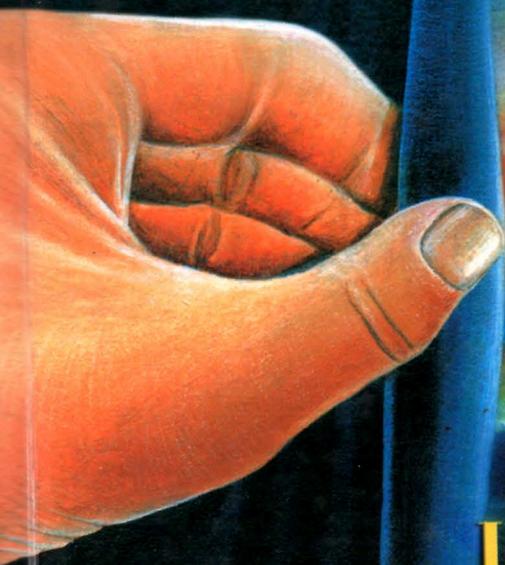


SAMUEL NÚÑEZ



Las profecías
apocalípticas de
Daniel

La verdad acerca del futuro de la humanidad



LOS ACONTECIMIENTOS y condiciones sociales del presente siglo son verdaderamente alarmantes y demandan una explicación inmediata. Esta situación actual confirma la exactitud de las profecías bíblicas que advierten a los seres humanos sobre los eventos finales de la historia humana.

El Señor Jesucristo, hace unos dos mil años, declaró a sus discípulos que el asentamiento de la "abominación desoladora" en el lugar santo sería la señal de la inminente destrucción de la antigua ciudad de Jerusalén en el año 70 d. C., y del mundo en el futuro. Además, les dio indicaciones de lo que ellos y su pueblo debían hacer para escapar de esas tragedias futuras (Mateo 24:15-20).

El profeta Daniel, por su parte, hace poco más de dos mil quinientos años, escribió un libro donde predijo la sucesión de cuatro grandes imperios en el planeta Tierra, desde el imperio neobabilónico hasta el fin del mundo. Él también reveló las características de la última potencia mundial y los eventos cruciales del "tiempo del fin". Además, el profeta Daniel reveló un evento importante, de carácter universal, que señalará el fin inminente de la historia humana (Dan. 12:5-13).

Esas profecías del "tiempo del fin", y la preparación que cada persona debe hacer para afrontar el "día grande y glorioso del Señor", sobre una base firme, se encuentran ampliamente explicadas en esta obra titulada: *Las profecías apocalípticas de Daniel*. Su lectura cuidadosa y reflexiva le impartirá el conocimiento que usted necesita ahora para afrontar el futuro con fe y esperanza.

Samuel Núñez, autor de esta obra erudita, es teólogo especialista en las profecías del libro de Daniel. Él obtuvo una Maestría en Religión, y un Doctorado en Teología en la Universidad Andrews, Berrien Springs, MI. El Dr. Núñez sirve ahora como pastor, profesor y director-orador de un programa televisivo de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Actualmente reside en el estado de Oregon, Estados Unidos.

Las profecías
apocalípticas de
Daniel
La verdad acerca del futuro de la humanidad

TOMO II

Samuel Núñez

México, D.F.
2006

*Las profecías apocalípticas
de Daniel*

Redacción editorial
Javier Hidalgo V.

Corrección
Alejandro Medina Villarreal

Diseño de portada
Ydeyo Alomía Lozano

Diseño de interiores
Felipe Alvarado Quiroz

Copyright © 2005 por
Samuel Núñez
Derechos reservados

Prohibida la reproducción
total o parcial en cualquier forma,
escrita o electrónica, sin la debida
autorización del autor.

ISBN 970-94655-0-3

Primera impresión, marzo 2006

Impreso y encuadernado por
DATACOLOR IMPRESORES, S.A. DE C.V.

Impreso en México/Printed in Mexico

Dedicatoria

*A mis queridos padres,
Dionisia y Miguel,
y a mi querida esposa
Raquel.*

Contenido

Prefacio	7
1 Naturaleza de las profecías bíblicas	15
2 Salvación divina en el tiempo del fin	28
3 El Mesías Príncipe y la purificación del santuario	75
4 El Anticristo del tiempo del fin	118
5 La señal del fin del mundo	153
6 Conclusión	203
Bibliografía	210

Prefacio

El mundo contemporáneo ha sido testigo de cambios radicales que otras generaciones en la historia de la humanidad no habían experimentado. Cuando parecía que el interés religioso en Occidente estaba condenado a desaparecer, hoy vemos un resurgimiento de lo espiritual en las sociedades occidentales llamado “la revancha de Dios”. Cuando parecía que el papado romano estaba destinado a someterse a la bota comunista y resignarse al avance de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas (URSS), hoy vemos a un Vaticano poderoso y desafiante y a la cortina de hierro desmoronada. Cuando parecía que la democracia sería la gran solución a los problemas políticos del planeta, hoy vemos a un mundo con profundas diferencias, casi irreconciliables, y la misma democracia como el medio de una crisis política que parece no tener solución.

La situación de nuestro planeta es cada vez más compleja. Los desastres naturales son cada vez mayores. Hoy hace más calor y más frío. La gente hace más preguntas y obtiene menos respuestas. En particular, la gente cuestiona qué le deparará al planeta Tierra.

Esta situación agonizante de nuestro mundo me ha incitado a investigar el libro de Daniel y a escribir esta obra acerca de tan importante sección de la Biblia. Ahora es cuando la lectura del mensaje de Daniel resulta imperativa, porque Dios lo reveló para conducir a su pueblo en el “tiempo del fin”.

Las profecías apocalípticas de Daniel

En esta obra, *Las profecías apocalípticas de Daniel*, usted encontrará una interpretación de los símbolos, figuras y términos lingüísticos de las visiones de Daniel 8, 9 y 10-12, que revelan el gran conflicto de la historia humana, su única solución y el futuro glorioso de los que escuchen, crean y sigan el plan de Dios.

Esta obra esclarecedora se originó básicamente durante el trámite, la preparación y defensa de mi disertación doctoral. A fines de 1983, le escribí al Dr. Gerhard Hazel, supervisor de mi tesis, que deseaba disertar sobre la visión de Daniel 8. Le dije que en mi disertación expondría una historia de la interpretación de esa visión y una interpretación o exégesis de la misma. El Dr. Hazel me contestó que había presentado mi sugerencia a los miembros de mi Comité Asesor, pero que ellos habían recomendado que disertara solamente sobre la historia de la interpretación de la visión de Daniel 8, desde 1700 a 1900 a. C.

Como resultado de este intercambio postal, decidí disertar sobre la historia de la interpretación de Daniel 8, y dejé el asunto de la exégesis o explicación de dicha profecía como un proyecto futuro. Fue hasta el otoño de 1987, un poco después de mi graduación, que comencé a planificar un libro que explicara las visiones del profeta Daniel.

Al principio, escribí un capítulo sobre la historia de la interpretación de Daniel; otro, sobre su autenticidad profética y el siguiente, sobre la presencia de ese libro en los rollos bíblicos de las cuevas del mar muerto. Además, continué investigando sobre la estructura literaria y algunos términos claves del libro de Daniel, tales como “el continuo [sacrificio]” y “la abominación desoladora” (Dan. 11:31; 12:11).

En 1991, recibí la invitación para presentar un tema teológico en la Universidad de Morelia, México, y allí hablé sobre “el continuo [sacrificio] y la abominación desoladora”. En 1992, recibí otra invitación para dar un seminario en el estado de Georgia, EE.UU., y allí expuse los mismos temas escatológicos que el año anterior había presentado en la Universidad de Morelia. En 1996, el Dr. David Merling me pidió que escribiera un ensayo en honor al Dr. William Shea, y escribí un artículo sobre “el uso y significado del término hebreo *tamid* (continuo) en el Antiguo Testamento”, el cual fue publicado en el libro *To understand the Scriptures* (1997). Finalmente, después de varios años de estudio, análisis y reflexión sobre las profecías de Daniel 8:3-27 y 11:2-12:4, llegué a la conclusión de que éstas tratan los mismos

asuntos y, por lo tanto, se iluminan mutuamente. Además, concluí que Daniel 9:24-27 es una explicación más detallada del tema del santuario de Daniel 8; y el diálogo de Daniel 12:5-13, de la sección escatológica de Daniel 11:36-12:4.

Importancia de Daniel 8-12

El estudio de las profecías de Daniel 8-12 es muy importante porque ellas presentan la única solución del grave problema de la humanidad (Dan. 9:24-27), y muestran la secuencia de los eventos del “tiempo del fin” (Dan. 8:9-14, 24-26; 11:36-12:13), que señalan la inminencia de la segunda venida del Señor Jesús al planeta Tierra y consecuentemente el fin de la historia de nuestro mundo.

La secuencia de los eventos históricos del “tiempo del fin”, de acuerdo a las profecías de Daniel, es como sigue: (1) el ataque del rey del sur al rey del norte, (2) el ataque del rey del norte al rey del sur (3), la invasión del rey del norte a la tierra deseable, (4) el control del rey del norte de los tesoros de Egipto, Libia y Etiopía, (5) la proclamación de las noticias del norte y del este, (6) la salida del rey del norte con gran furia para destruir y matar a muchos, (7) la invasión del rey del norte al monte glorioso y santo, (8) la intervención del gran Príncipe Miguel a favor de su pueblo, (9) el tiempo de angustia, (10) la liberación del pueblo de Dios, (11) la resurrección especial de los santos, (12) la glorificación del pueblo de Dios, (13) la destrucción del rey del norte, (14) la resurrección de Daniel y de todos los que murieron fieles al Señor.

Este estudio nos ayudará a entender qué eventos de la historia se han cumplido y cuáles restan por cumplirse. Asimismo, la presente investigación nos permitirá entender en qué momento de la historia nos encontramos y lo que debemos hacer para afrontar el futuro con valor y esperanza. Sobre todo, nos orientará en cuanto a lo que debemos hacer para recibir al Señor Jesús y morar en su reino.

La importancia de este estudio también se confirma por la revelación registrada en el libro *Testimonios para ministros*, págs. 110 y 112:

La luz que Daniel recibió de Dios fue dada especialmente para estos postreros días. Las visiones que él tuvo junto a las riberas del Ulai [Dan. 8] y del Hiddekel [Dan. 10-12], los grandes ríos de Sinar, están hoy en proceso de cumplimiento, y todos los acontecimientos predichos pronto ocurrirán.

Las profecías apocalípticas de Daniel

Se ve una maravillosa conexión entre el universo del cielo y este mundo [...] Dos veces Daniel preguntó: ¿Cuándo será el fin del tiempo?

Y yo oí, pero no comprendí. Dije pues: Señor mío, ¿cuál será el resultado de estas cosas? Mas él respondió: Anda Daniel; que estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin. Muchos serán purificados y emblanquecidos y acrisolados; pero los malos seguirán haciendo maldades; y no entenderá ninguno de los malhechores; mas los sabios entenderán. Y desde el tiempo en que fuere quitado el holocausto continuo, es a saber, para poner allí la abominación desoladora, habrá mil doscientos noventa días. ¡Bienaventurado aquel que espere, y alcance a mil trescientos treinta y cinco días! Tú, empero, anda por tu camino hasta que llegue el fin; entretanto descansarás, y te levantarás al goce de tu herencia al fin de los días [Dan. 12:8-13].

Convencido de que las profecías de Daniel 8 y 10-12 fueron reveladas para beneficio de los seres humanos que vivimos en el “tiempo del fin”, he decidido publicar, primeramente, este segundo volumen de *Las profecías apocalípticas de Daniel* (8-12). Después espero, con la ayuda de Dios, publicar el primer volumen (Dan. 2-7).

Objetivos y método de estudio

El profeta Daniel presenta cinco visiones profético-apocalípticas en su libro. La primera está registrada en Daniel 2, la segunda en Daniel 7, la tercera en Daniel 8, la cuarta en Daniel 9 y la quinta en Daniel 10-12.

En esta obra, *Las profecías apocalípticas de Daniel*, nos hemos concentrado en las visiones de Daniel 8-12 porque, como dijera un erudito adventista, estos capítulos “son problemáticos” y “constituyen una clase por sí mismos”.¹

Este libro es el resultado de una investigación seria. Aquí nos hemos abstenido de utilizar el método de interpretación “histórico-crítico”, porque sus presuposiciones básicas son contrarias a los parámetros de las Sagradas Escrituras. Es decir, el método histórico-crítico presupone que la historia de nuestro mundo es un círculo cerrado donde ni Dios ni los ángeles intervienen y, por lo tanto, considera que los

Prefacio

modelos de la revelación profética (teofanía, visión e historia sagrada) y los mensajes de los profetas bíblicos son frutos o productos de su propia imaginación o de la cultura precaria en que vivieron.² Esta perspectiva racionalista no armoniza con la realidad de Dios ni con la realidad de su revelación escrita, ya que el Señor Jesús actuó dentro de la historia de nuestro mundo (Heb. 1:1, 2; Juan 1:1-14).

En esta obra tampoco hemos utilizado el método de interpretación “futurista-dispensacionalista”, porque sus presuposiciones básicas no se apegan a las demandas de las Sagradas Escrituras. Es decir, el método futurista presupone que Dios tiene dos pueblos en la tierra y, en consecuencia, considera que las profecías del Antiguo Testamento se cumplen exclusivamente con el pueblo de Israel literal, pero de ninguna manera con la iglesia cristiana.³ Estas presuposiciones dispensacionalistas no están en armonía con la revelación del Nuevo Testamento. Dicha revelación sostiene que Dios tiene un solo pueblo y que las profecías del Antiguo Testamento, que no lograron cumplirse con el pueblo de Israel literal, se han cumplido con la iglesia cristiana primitiva o se cumplirán con la iglesia cristiana fiel del tiempo del fin. El Nuevo Testamento enseña que Dios formó de los dos pueblos antagónicos (judío y gentil) un solo pueblo, a saber, la iglesia cristiana (Efe. 2:11-19). Esta realidad eclesiológica de un solo pueblo de Dios se observa en el Nuevo Testamento mediante las comparaciones de la iglesia con un templo (Efe. 2:19-22), un rebaño (Juan 10:1-16) y un árbol de olivo (Rom. 11:11-24). Por lo tanto, la presuposición futurista, de que Dios tiene dos pueblos en la tierra, es equivocada. La otra perspectiva futurista, de que las profecías del Antiguo Testamento se cumplen solamente con el pueblo de Israel literal, no tiene base bíblica y es contraria a las enseñanzas del Nuevo Testamento. Allí encontramos que muchas de las profecías del Antiguo Testamento se cumplieron con el pueblo del nuevo pacto o la iglesia cristiana. Por ejemplo, la profecía de Joel 2:28-32, la profecía de Amós 9:11, 12 y la profecía de Éxodo 19:5, 6 son citadas en el Nuevo Testamento para indicar su cumplimiento parcial en la iglesia cristiana de Pentecostés (Hech. 2) y después de Pentecostés (Hech. 15:15-18; 1 Ped. 2:4-10). Todas estas evidencias indican claramente que los métodos de interpretación “histórico-crítico” y “futurista-dispensacionalista” no son aptos ni convenientes para interpretar las profecías del libro de Daniel.

Las profecías apocalípticas de Daniel

En la interpretación de estas profecías (Dan. 8-12) hemos utilizado el “método histórico-gramático-teológico” o el método histórico-bíblico. Este método se caracteriza porque toma en cuenta la naturaleza del lenguaje humano, la naturaleza de las profecías bíblicas, el lenguaje del texto bíblico, el tiempo en que vivió el autor, el contexto inmediato de las palabras analizadas, el contexto de toda la Biblia y la realidad de la revelación e inspiración de la Biblia. Es decir, este método acepta el principio de que *la Biblia es su propio intérprete* y que *el texto de la Biblia debe entenderse de manera literal, a no ser que se trate de una figura o símbolo.*⁴

Además, en la interpretación de estas profecías hemos hecho uso de la historia de los imperios que fueron representados en las visiones, o de los acontecimientos que allí se predicen, para constatar si nuestra interpretación del texto concuerda con la realidad histórica de los símbolos proféticos o de los acontecimientos predichos. Esperamos que esto ayude al entendimiento de las visiones de Daniel 8-12.

El primer capítulo de este libro es una introducción general a las profecías apocalípticas del libro de Daniel. El segundo capítulo es un estudio de la visión de Daniel 8. En él tratamos de explicar los símbolos y términos más importantes de dicha visión que nos ayudarán a entender el mensaje de ella. El tercer capítulo es un estudio de la visión de Daniel 9:24-27. Allí tratamos de establecer la cronología de las 70 semanas y los 2300 días. Además, explicamos con más detalles los términos que se refieren al tiempo y la naturaleza de la purificación del santuario (Dan. 8:14, 26). El cuarto capítulo es un estudio del discurso profético del ángel Gabriel (Dan. 11:2-12:4). Aquí tratamos de identificar al rey del norte o el anticristo del “tiempo del fin”. El quinto capítulo es un estudio del mensaje del varón vestido de lino (Dan. 12:5-13). Éste es el más extenso de todos y el más importante para el pueblo de Dios que vive en el “tiempo del fin”. Por último, el capítulo sexto es la conclusión del estudio de las visiones de Daniel 8-12.

En esta obra hemos transliterado todas las palabras hebreas más importantes de nuestro estudio. Las hemos transliterado para beneficio de los lectores que no conocen el hebreo bíblico y de las personas que deseen profundizar un poco más en el estudio de estas profecías de gran actualidad.

Finalmente, deseo expresar mi más profundo agradecimiento a Dios por la salud y la vida que me ha concedido para ver realizado este

Prefacio

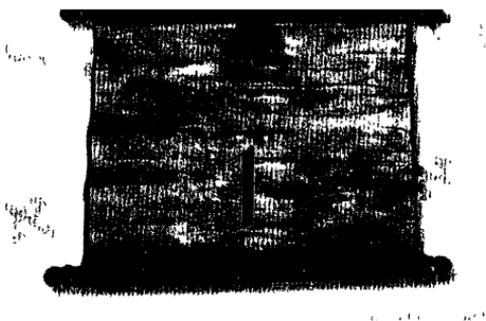
proyecto. También aprovecho este espacio para agradecer a mi familia, amigos, hermanos en la fe de Jesucristo, administradores, profesores, alumnos y colegas que, de una forma u otra, me animaron o motivaron para hacer una realidad esta publicación.

Espero que este libro le ayude a entender los eventos que presagiarán o señalarán el fin inminente de nuestro mundo. Sobre todo, espero que esta obra le ayude a reconocer y aceptar al Señor Jesús como su único salvador personal, si es que no lo ha hecho todavía, ya que esta decisión le permitirá enfrentar el futuro con fe y optimismo y, sobre todo, le hará disfrutar de la compañía y el reino del Señor Jesús por toda la eternidad. ¡*Maranatha* (El Señor viene)!

Hillsboro, Oregon, febrero 2006.

Referencias

- 1 Hans K. LaRondelle, *Las profecías del fin* (Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2000), pág. ix.
- 2 Ver Samuel Núñez, *The vision of Daniel 8: interpretations from 1700 to 1900* (Berrien Springs, MI: Andrews University Press, 1987), págs. 430, 433-435; Fernando Canale, *Understanding revelation-inspiration in a postmodern world* (sin lugar y sin casa publicadora, 2001), págs. 173-199.
- 3 Samuel Núñez, *The vision of Daniel 8*, pág. 431.
- 4 Ver Elena G. de White, *El conflicto de los siglos* (Mountain View: Pacific Press Publishing Association, 1954), pág. 657.



Naturaleza de las profecías bíblicas

Tal parece que el siglo XXI es la era de lo insólito, de lo inusual y, por lo mismo, plantea a esta generación serios desafíos del conocimiento. Éstos han despertado en el ser humano el deseo por la investigación y el conocimiento de las grandes verdades del mundo físico y espiritual. Por eso vemos por todo el planeta Tierra que el ser humano trata, de alguna manera, conocer la realidad de las cosas visibles e invisibles. Sobre todo, quisiera saber la verdad sobre el futuro de la humanidad. ¿Será posible?

Nosotros afirmamos que sí, porque Dios ya se lo reveló a sus siervos los profetas, y esa revelación se encuentra registrada en las Sagradas Escrituras del judaísmo y del cristianismo (cf. 2 Ped. 1:20, 21; Heb. 1:1, 2; Dan. 2:28-30).

La revelación de Dios

La revelación de Dios, concerniente al futuro de la humanidad, es el centro de nuestro estudio en este libro. Aquí consideramos exclusivamente las profecías de Daniel 8-12 porque ellas revelan, de manera particular, la historia de nuestro mundo desde el siglo sexto a.C. hasta el fascinante clímax del “reino de Dios”. Y, además, porque esas profecías proveen la mejor solución a los problemas fundamentales del ser humano.

Las profecías apocalípticas de Daniel

Las profecías de Daniel se encuentran registradas en la Santa Biblia del cristianismo. Este volumen sagrado, guía y orientación para la raza humana, es una colección de 66 libros. Estos fueron producidos por unos 40 escritores que vivieron en distintas épocas y durante el transcurso de 1500 años. Escritores que tuvieron distintos niveles de educación, temperamentos, estilos literarios y ocupaciones diferentes. Pero, a pesar de estas características variadas, Dios los escogió como sus mensajeros y les reveló asuntos muy importantes del pasado, presente y futuro de la humanidad. Esos mensajes reafirmaron su llamado divino y los impulsaron a comunicar la revelación de Dios al pueblo de Israel y a las naciones extranjeras.

La mayoría de los libros de la Santa Biblia fueron escritos originalmente en el idioma hebreo y griego. Sin embargo, algunos de ellos también fueron escritos parcialmente en arameo. De ahí que el hebreo y el arameo sean los lenguajes originales del Antiguo Testamento y el griego, del Nuevo Testamento. Es interesante notar que la Santa Biblia está dividida en dos partes o testamentos, y que cada división tiene su propio libro apocalíptico. Es decir, el libro de *Daniel* es “El Apocalipsis” o la revelación *sui generis* del Antiguo Testamento y *El Apocalipsis de Juan*, la revelación *sui generis* del Nuevo Testamento. Estos dos libros de la Biblia se caracterizan porque las visiones postreras recapitulan o amplían las visiones anteriores. Es decir, Dios reveló las visiones y el profeta las organizó siguiendo el principio de repetición y ampliación. De ahí que algunas de ellas, como ya dijimos, bosquejan la historia de nuestro mundo desde el tiempo de su recepción hasta la segunda venida del Señor Jesús. Y otras, amplían o clarifican algunos de los símbolos o temas que ya se habían presentado en visiones anteriores. Además, así como las visiones postreras de cada libro complementan las visiones anteriores, así también el libro de Apocalipsis complementa al libro de Daniel.

Es interesante notar que la mayoría de los escritores de la Biblia creyeron y afirmaron, explícita o implícitamente, que sus mensajes se originaron en Dios, el Creador de los cielos y la tierra, el Señor Omnipotente y Omnisapiente. Es decir, ellos creyeron y afirmaron la realidad de un Dios Personal y Verdadero: (1) Creador de los cielos y la tierra, (2) Conocedor de todas las cosas del pasado o futuro del planeta Tierra y (3) Salvador de la humanidad.

Dios conoce el futuro

Los profetas de Israel y de la Iglesia Cristiana, autores de los libros de la Santa Biblia, creyeron y enseñaron que Dios es el único que conoce el futuro de nuestro mundo y, por lo tanto, les reveló ese conocimiento. El creyente en la Palabra de Dios también acepta esa misma realidad por el testimonio escrito de ellos (2 Ped. 1:19-21). Además, porque el mensaje que Dios les reveló ya se cumplió o se está cumpliendo al pie de la letra y en el tiempo indicado. Dichos mensajes o profecías están al alcance de todo investigador sincero que desee o se interese en estudiar esa revelación de Dios con una mente abierta, con oración y una mente receptiva a la influencia del Espíritu Santo.

El profeta Isaías, quien vivió en el siglo octavo a. C., expresó la realidad de Dios y de su conocimiento del futuro de la siguiente manera:

Así dice Jehová Rey de Israel, y su Redentor, Jehová de los ejércitos: Yo soy el primero, y yo soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios. ¿Y quién proclamará lo venidero, lo declarará, y lo pondrá en orden delante de mí, como hago yo desde que establecí el pueblo antiguo? Anúncienles lo que viene, y lo que está por venir. No temáis, ni os amedrentéis; ¿no te lo hice oír desde la antigüedad, y te lo dije? Luego vosotros sois mis testigos. No hay Dios sino yo (Isa. 44:6-8).¹

Reuníos, y venid; juntaos todos los sobrevivientes de entre las naciones. No tienen conocimiento aquellos que erigen el madero de su ídolo, y los que ruegan a un dios que no salva. Proclamad, y hacedlos acercarse, y entren todos en consulta; ¿quién hizo oír esto desde el principio, y lo tiene dicho desde entonces, sino yo Jehová? Y no hay más Dios que yo; Dios justo y Salvador; ningún otro fuera de mí (Isa. 45:20-22).

Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos; porque yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero; que llamo desde el oriente al ave, y de tierra lejana al varón de mi consejo. Yo hablé, y lo haré venir; lo he pensado, y también lo haré (Isa. 46:8-11).

Lo que pasó, ya antes lo dije, y de mi boca salió; lo publiqué,

Las profecías apocalípticas de Daniel

lo hice pronto, y fue realidad. Por cuanto conozco que eres duro, y barra de hierro tu cerviz, y tu frente de bronce, te lo dije ya hace tiempo; antes que sucediera te lo advertí, para que no dijeras: Mi ídolo lo hizo, mis imágenes de escultura y de fundición mandaron estas cosas. Lo oíste, y lo viste todo; ¿y no lo anunciaréis vosotros? Ahora, pues, te he hecho oír cosas nuevas y ocultas que tú no sabías. Ahora han sido creadas, no en días pasados, ni antes de este día las habías oído, para que no digas: He aquí que yo lo sabía. Sí, nunca lo habías oído, ni nunca lo habías conocido; ciertamente no se abrió antes tu oído; porque sabía que siendo desleal habías de desobedecer, por tanto te llamé rebelde desde el vientre (Isa. 48:3-8).

De esta manera, y con estas palabras, el profeta Isaías expresó la realidad de Dios y su conocimiento del futuro de la humanidad. Por eso afirmó con seguridad: “Sécase la hierba, marchítase la flor; mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre” (Isa. 40:8).

También el Señor Jesús proclamó la misma realidad cuando dijo:

No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para *cumplir*. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya *cumplido* (Mat. 5:17, 18; énfasis añadido).

Estas declaraciones de los profetas, registradas en la Santa Biblia, son claras y directas. Ellas aseveran que Dios es el único que conoce el futuro de la humanidad y que, aparte de él, nadie más lo conoce. Los profetas también afirmaron que la Palabra de Dios se cumpliría tal y como él lo dijo y que las personas que pretendían conocer o predecir el futuro, independientemente de Dios, eran simplemente falsos profetas, adivinos, soñadores, astrólogos, encantadores, hechiceros y agoreros (Isa. 44:25; 47:13, 15; Jer. 27:9).

Es un hecho histórico que los sabios de Babilonia, durante el siglo séptimo antes de Cristo, pretendieron conocer el futuro mediante la observación de las estrellas y mediante otros ritos idolátricos. Sin embargo, cuando Dios los puso a prueba, salieron reprobados. Todos ellos resultaron ser simples farsantes y mentirosos. En la ciudad de

Babilonia, donde se practicaba la astrología, la adivinación y la magia, Dios demostró que solamente él conoce el futuro y, por tal motivo, se lo reveló al rey Nabucodonosor y al profeta Daniel.

El monarca de Babilonia, impactado por el peso de la evidencia, le declaró al profeta Daniel: “Ciertamente el Dios vuestro es Dios de dioses, y Señor de los reyes, y el que revela los misterios, pues pudiste revelar este misterio” (Dan. 2:47).

También el profeta Daniel, agradecido por la revelación que recibió, alabó a Dios por su conocimiento infinito y por su condescendencia de revelarle el asunto del rey Nabucodonosor. Daniel dijo:

Él revela lo profundo y lo escondido; conoce lo que está en tinieblas, y con él mora la luz. A ti, oh Dios de mis padres, te doy gracias y te alabo, porque me has dado sabiduría y fuerza, y ahora me has revelado lo que te pedimos; pues nos has dado a conocer el asunto del rey (Dan. 2:22, 23).

En efecto, Dios es el único que conoce el futuro de nuestro mundo y él se lo reveló a sus siervos los profetas.

El profeta y su mensaje

El profeta Amós, quien vivió en el siglo octavo a. C., declaró: “Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele sus secretos a sus siervos los profetas . . . Si habla Jehová el Señor, ¿quién no profetizará?” (Amós. 3:7, 8). Con estas palabras, Amós afirmó la gran realidad de que los “profetas” son los siervos de Dios y que él no hace nada sin que antes se lo revele a ellos. Además, el profeta Amós enseñó que la función de los profetas es proclamar el mensaje de Dios o “profetizar”. Es decir, los profetas son los “mensajeros” o “portavoces” de Dios (cf. Éxo. 4:15, 16; 7:1, 2). Ellos fueron conocidos por el pueblo de Israel al principio como “videntes” y, más tarde, como “profetas” (1 Crón. 29:29; 1 Sam. 9:9).

El Antiguo Testamento considera los mensajes de los profetas como “profecía” (2 Crón. 9:29), “visiones” (2 Crón. 9:29; 15:8; Isa. 1:1), “palabra del Señor” (Jer. 1:4, 11; 22:2), “oráculo” o “carga” (Isa. 12:1; Nah. 1:1; Hab. 1:1; Zac. 12:1). Sin embargo, algunos escritores del Nuevo Testamento utilizaron la palabra “profecía” para referirse tanto a los mensajes de los profetas (Mat. 13:14; 2 Ped. 1:21) como al “don espiritual” de ellos (Rom. 12:6). Es interesante notar que Deuteronomio

Las profecías apocalípticas de Daniel

18:15-19 afirma que los profetas debían ser personas llamadas o escogidas por Dios, quienes recibirían los mensajes de parte de él y los transmitirían al pueblo de Israel o a las naciones extranjeras. El pueblo de Dios tenía la responsabilidad de escuchar los mensajes y obedecerlos; en caso contrario, Dios los llamaría a cuentas.

Los “profetas” fueron conscientes de su función religiosa y profesional. Es decir, ellos sabían que tenían que ser fieles y honestos al transmitir los mensajes que habían recibido de Dios (Deut. 18:18, 20). Estaban seguros que dichos mensajes no provenían de ellos mismos, sino de su Creador. Por esta razón, afirmaron que las personas que se atrevían a menospreciar o rechazar sus mensajes tendrían que darle cuenta a Dios (Deut. 18:19). Ellos también sabían que su función era la de un mediador entre Dios y su pueblo o entre Dios y las naciones de la tierra. Esta función involucraba, entre otras cosas, servir como centinela, vigía, o atalaya (Jer. 6:27). Es decir, el profeta tenía el deber de velar por el bienestar y la seguridad de su nación, detectar el peligro que pondría en riesgo la seguridad de su pueblo y dar el toque de alarma o advertencia de manera clara. En suma, el profeta genuino tenía la responsabilidad de velar por la seguridad de su pueblo y proclamar las instrucciones de Dios con toda fidelidad y honestidad (Eze. 3:17; 33:7-9).

Dios, sabiendo de antemano que falsos profetas tratarían de engañar a su pueblo, les advirtió de dicho peligro y les dio, por lo menos, cinco características básicas que debían manifestarse en todo profeta verdadero. Es decir, el profeta genuino tenía que pertenecer al pueblo de Dios (Deut. 18:15-18), recibir sus mensajes mediante sueños o visiones (Núm. 12:6-8) y hablar en nombre de Jehová (Deut. 18:19). Además, los mensajes del profeta debían estar en armonía con el Decálogo de Dios (Deut. 13:1-5; Isa. 8:19, 20) y cumplirse de la manera anunciada (Deut. 18:15-22; Jer. 28:9).

El Señor Jesús y los apóstoles agregaron tres características más. Es decir, el profeta verdadero debe ser una persona moral o de buena conducta (Mat. 7:15-20), sus mensajes deben armonizar con los mensajes de los profetas que les han precedido (1 Cor. 14:32) y deben reconocer y confesar que Jesús es el Mesías (1 Juan 4:1-3).

Naturaleza de las profecías bíblicas

Los profetas de Israel afirmaron que sus mensajes provenían de Dios y, por esa razón, creyeron que eran “palabra de Jehová” (Jer. 1:2, 4, 11, 13). Sin embargo, este reconocimiento de ninguna manera desconoció el hecho de que los mensajes proclamados por ellos eran también la palabra de un ser humano (Jer. 1:1; Amós 1:1). Es decir, los mensajes provinieron de Dios, pero los profetas los transmitieron mediante su propio vocabulario y su propio estilo. En otros términos, los profetas reconocieron que la profecía bíblica es divino-humana. Se parece al Señor Jesús en el sentido de que tiene una naturaleza divino-humana.

Los mensajes de los profetas, que fueron recibidos mediante sueños o visiones, se encuentran en la segunda sección de la Biblia Hebrea y en la cuarta sección del Antiguo Testamento de la Biblia cristiana. Si queremos entender estas profecías, necesitamos primero conocer sus características particulares y su función o propósito. Veamos cuáles son.

Algunas de estas profecías conciernen, exclusivamente, a naciones o pueblos del pasado tales como Israel, Judá, Egipto, Asiria, Babilonia, Elam, Moab, Amón, etc. Y, otras, a ciudades específicas, gobernantes, sacerdotes, falsos profetas, varones, mujeres, etc.

Estos mensajes, por su contenido, pueden ser clasificados como profecías de instrucción moral, de amonestación contra la violación del pacto, de llamado al arrepentimiento, de advertencia sobre el juicio divino, de restauración de la cautividad, del Mesías príncipe y del reino glorioso de Dios. Los mismos mensajes, por el tiempo de su proclamación, pueden ser clasificados como “profecías preexílicas”, “profecías exílicas” o “profecías posexílicas”.

Las profecías de la Biblia tuvieron diversas funciones o propósitos. Algunas de ellas sirvieron para instruir al pueblo de Israel en lo que concierne al pacto santo de Dios. Otras, para mostrar el desagrado de Dios por la violación de su pacto o para advertir las consecuencias de su violación. Y otras, para consolar al pueblo de Dios que estaba en el cautiverio, al prometerles que su nación sería restaurada o que ellos regresarían de la cautividad extranjera.

Estas profecías fueron reveladas y proclamadas en tiempos difíciles de la historia de Israel. Es decir, durante el período de la invasión asiria (siglo VIII a. C.), en la víspera de la invasión babilónica

Las profecías apocalípticas de Daniel

(siglo VII), en tiempos del cautiverio babilónico (siglo VI) y durante el período de la reconstrucción de la ciudad y del templo de Jerusalén (siglos VI y V a. C.).

Además, notamos que aquellas profecías que están relacionadas con “el reino de Dios” fueron reveladas y proclamadas con base en los términos del pacto santo, la nación de Israel y el Mesías prometido. Sin embargo, ellas nunca excluyeron a los gentiles de la promesa del reino de Dios. Al contrario, el Señor siempre los involucró en su plan de salvación (Gén. 12:1-3; Isa. 56:1-9), porque él estaba tan interesado en el bienestar de Israel como en el de todas las naciones de la tierra. Es decir, Dios ama a todos los seres humanos de la misma manera y los quiere salvar de la maldición del pecado y de la muerte.

Las profecías clásicas

Tradicionalmente, los libros de los profetas del Antiguo Testamento han sido clasificados como “profetas mayores” y “profetas menores”. Sin embargo, algunos eruditos contemporáneos los han clasificado como “profecías clásicas” y “profecías apocalípticas”.

Las llamadas “profecías clásicas” son aquellas que fueron escritas entre el siglo octavo antes de Cristo y el siglo sexto de la misma era (Amós, Oseas, Isaías, Miqueas, Joel, Jeremías, Sofonías, Ezequiel, Abdías y Habacuc). Dichas profecías se caracterizan por la forma en que fueron reveladas, por su contenido, por el método de transmisión y por su tipo de cumplimiento. Ellas fueron reveladas, generalmente, mediante visiones o sueños, y de manera oral o audible. Esta es la razón por la cual ellas utilizan algunas expresiones tales como “así dice el Señor Jehová” (Isa. 10:24; Eze. 2:4; Amós 3:4), “dice Jehová” (Isa. 1:11; Jer. 1:15; Eze. 13:7; Ose. 2:15; Joel 2:12; Amós 2:11; Miq. 4:6; Sof. 1:2), “él dijo” (Isa. 6:9), “me dijo” (8:11; 18:4), “afirma Jehová” (Isa. 14:22), “así me ha dicho Jehová” (Isa. 21:6), etc. Sin embargo, las llamadas “profecías clásicas”, aunque también fueron reveladas mediante visiones o sueños, se distinguen de las primeras porque el profeta no sólo escuchó, sino que también vio figuras o escenas que le fueron mostradas. Es decir, el profeta recibió su mensaje o mensajes de manera audible y visual. Este tipo de visiones se caracteriza porque Dios o un ángel le preguntó usualmente al profeta qué era lo que estaba viendo y éste les respondió de acuerdo a la pregunta. Además, en este tipo de visiones encontramos

que algunas veces el profeta le preguntó al mensajero divino cuál era el significado de las cosas que se le estaban mostrando, y el mensajero celestial le dio el significado de ellas (Amós 7:1-9; Jer. 1:11-19; 24:1-10; Zac. 1:8-21; 3:1-9; 4:1-14; 5:1-10; 6:1-15).

Estas “profecías clásicas”, en lo que respecta a su contenido, se caracterizan porque los mensajes de juicio o destrucción estaban, generalmente, relacionados con una invasión militar (Amós 2:6-16; 6:1-14; Ose. 5:1-15; 9:1-17; 13:1-16; Isa. 3:1-4:1; 8:5-10; Mique. 2:1-5; 6:9-16; Sof. 1:4-13; Jer. 4:5-31; 6:1-30; 16:1-21; Eze. 6:1-7:21; 11:1-21), una plaga o desastre natural (Amós 4:6-11; Joel 2:1-11; Jer. 14:1-10). También se caracterizan porque las promesas de salvación o restauración estaban, en términos generales, relacionadas con una liberación de tipo militar o del cautiverio extranjero (Isa. 44:24-28; 45:1-13; Jer. 30:1-31:40; Eze. 37:1-28). En otras palabras, estas profecías estaban restringidas y limitadas, mayormente, a los acontecimientos históricos de la comunidad del pacto o de las naciones extranjeras. En pocos casos, sin embargo, se refirieron también a eventos escatológicos o eventos finales de nuestro mundo. A pesar del énfasis histórico y local de las profecías clásicas, esto no impidió que los mensajes de juicio o restauración pudieran servir también de “señal” o “tipo” del juicio final de Dios, o de la restauración escatológica del mundo.

Las profecías clásicas, por su cumplimiento, se caracterizan porque eran condicionales (Jer. 18:7-10; Eze. 18:21-32; 33:13-16). Es decir, podían cumplirse o no dependiendo de la actitud o la respuesta del pueblo hacia las mismas. Por ejemplo, si el profeta proclamaba mensajes de juicio o destrucción y el pueblo se arrepentía de sus pecados o hacía lo que Dios les pedía, el juicio o la destrucción predicha se cancelaba o no llegaba a realizarse. De la misma manera, si el profeta anunciaba mensajes de restauración o salvación y el pueblo no cumplía con las condiciones establecidas o persistía en su rebelión contra Dios, entonces las promesas de dichos mensajes no se cumplían de la manera anunciada. Es decir, las profecías clásicas estaban condicionadas a la respuesta o actitud del pueblo hacia los mensajeros y su proclamación (Jer. 18:7-10; Eze. 18:21-32; 33:13-16).

Las profecías clásicas cumplieron funciones o propósitos diversos: sirvieron para contrarrestar o eliminar la idolatría del pueblo de Dios (Ose. 10:6-8; Amós 3:14; Isa. 2:17; Jer. 10:14, 15), frenar el pecado

Las profecías apocalípticas de Daniel

o la maldad, dar a conocer al Dios verdadero (Joel 2:27; 3:17; Isa. 45:3; 49:23; 60:16; Jer. 16:21; Eze. 5:13; 6:7, 10, 13, 14), invitar al arrepentimiento (Amós 5:4-15; Jer. 3:6-14; 13:15-17; Eze. 33:10, 11) o vindicar al profeta de Dios (Eze. 33:30-33).

Por último, las “profecías clásicas” se caracterizan por la forma en que fueron proclamadas o transmitidas. Es interesante notar que algunas de ellas fueron proclamadas de manera dramatizada. Es decir, los mensajes fueron presentados por medio de actos simbólicos o dramas que eran “señales” o “prefiguraciones” de eventos futuros (Isa. 20:1-5; Eze. 4:1-3; 12:1-15). Dichas “señales” podían ser actos específicos ordenados por Dios al profeta o acontecimientos de su vida diaria. Este método de comunicación profética lo observamos, particularmente, en el ministerio de Oseas, Isaías, Ezequiel y Jeremías (Ose. 1:2-11; Isa. 7:14; 8:18; 20:1-5; Eze. 4:1-3; 24:15-27; Jer. 16:1-13). Es interesante notar que el Señor Jesús reconoció el evento histórico de la vida de Jonás, en el vientre del gran pez, como una “señal” y lo utilizó para indicar su estancia en la tumba y su resurrección futura (Mat. 12:38-40). Esta interpretación de Jesús, de un incidente de la vida de Jonás, implica que la palabra “señal” no está limitada a los actos dramáticos que Dios le ordenó directamente al profeta, sino que también abarca algunos acontecimientos personales o nacionales de la historia bíblica (Éxo. 7:3; 10:2; Núm. 14:11; Deut. 14:11; 26:8). Esta característica de las “acciones simbólicas” o “señales”, de prefigurar eventos futuros, nos permite interpretar algunos mensajes de juicio o restauración y todas las acciones simbólicas de los profetas de manera tipológica. Es decir, interpretarlas en su contexto histórico y profético. Sin embargo, nos adelantamos a decir que solo Dios y sus profetas están autorizados para indicar si una “señal” tiene más de un cumplimiento.

Las profecías apocalípticas

El término “apocalíptico(a)” ha sido utilizado de distintas maneras. Algunos lo usaron para referirse a un tipo de literatura o género literario del pasado que pretendía presentar profecías genuinas o revelaciones de Dios, pero que en realidad eran un producto de la imaginación humana o hechos históricos escritos en forma de profecía (*profecías ex eventu*). Este tipo de literatura también tiene sus propias características de recepción, transmisión, contenido y paternidad literaria (autor).

Ellas se originaron o fueron producidas entre el siglo II a. C. y el siglo II d. C.² Entre ellas están el libro I de Enoc, la Asunción de Moisés, el Apocalipsis de Baruc, el Apocalipsis de Elías, el Apocalipsis de Sofonías, el Apocalipsis de Ezequiel, los Oráculos Sibilinos y el libro IV de Esdras (conocido también como el Apocalipsis de Esdras).

El término “apocalíptico(a)” se ha utilizado, también, para referirse a un fenómeno sociorreligioso que se manifestó en la historia de alguna nación o imperio cuando el gobierno marginó o persiguió a grupos minoritarios que pudieron sobrellevar sus tragedias o momentos difíciles mediante mensajes escatológicos simbólicos que solamente ellos podían entender, pero los otros no.³

Finalmente, el término “apocalíptico(a)” se ha utilizado también para referirse, de manera exclusiva, a las profecías de Daniel o del Apocalipsis. Ellas también tienen sus características muy propias en cuanto a su contenido y perspectiva profética.⁴ Es importante recordar que la palabra “apocalíptico(a)” se deriva de la palabra griega *apokalupsis*, que significa revelación. Y “revelar” es el significado de la palabra *gālē^o* o *gālē^b*, que aparece varias veces en el libro de Daniel (Dan. 2:19, 27, 28, 30, 47).

Sin lugar a dudas, las profecías de Daniel tienen algunas características muy particulares y otras idénticas o similares a las profecías clásicas. Por ejemplo, las profecías de Daniel son similares a ciertos mensajes de Amós, Jeremías y Zacarías, en lo que respecta a la manera en que fueron recibidas (Amós. 7:1-9; 8:1-3; Jer. 1: 11-16; Zac. 1:7-21; 2:1-11; 4:1-13; 5:1-11; 6:1-8). Es decir, el profeta Daniel, al igual que Amós, Jeremías y Zacarías, recibió sus mensajes mediante visiones en donde se le mostraron figuras visuales o entidades simbólicas que fueron explicadas en la misma visión por un ángel intérprete (Dan. 2, 7, 8, 9, 11:2-12:13).

Además, las profecías de Daniel se parecen a las clásicas en el sentido de que ellas presentan el reino glorioso de Dios en términos del pacto santo, el Mesías y el reino de Israel. Ellas también, al igual que las clásicas, presentan mensajes de juicio (Dan. 4, 5, 7), mensajes de restauración (Dan. 2:44, 45; 7:27; 8:14; 12:1-3), mensajes sobre la expiación del pecado y el advenimiento del Mesías (Dan. 9:24-27).

La mayoría de las profecías de Daniel, diferente de las clásicas, presentan los eventos futuros de una manera progresiva y determinada

Las profecías apocalípticas de Daniel

hasta el fin de la historia o el segundo advenimiento del Mesías. Ellas se enfocan, mayormente, en ciertos eventos cruciales de la historia, tales como el primer advenimiento del Mesías, el surgimiento y dominio del cuerno pequeño, los acontecimientos del “tiempo del fin” y el segundo advenimiento del Mesías. De manera especial, las profecías de Daniel apuntan hacia eventos escatológicos del “tiempo del fin”, tales como la purificación del santuario celestial (Dan. 8, 9), la liberación del pueblo de Dios (Dan. 12:1), la entrega del reino a los santos del Altísimo (Dan. 7:25-27) y la destrucción del anticristo o rey del norte (Dan. 11:40-45). Estas profecías de Daniel se caracterizan, exclusivamente, porque son las únicas que utilizan la expresión “tiempo del fin” (Dan. 8:17, 11:35, 40; 12:4, 9). También se distinguen de las “profecías clásicas” porque ellas no son condicionales, sino que presentan los eventos de la historia y su cumplimiento de una manera determinada (Dan. 7:25; 8:14, 17, 19; 9:24, 25; 11:35, 40; 12:7, 11, 12).

Las profecías de Daniel fueron comunicadas, primeramente, para beneficio de la comunidad del pacto que estaba en Babilonia. Ellas tenían el propósito de consolar y dar esperanza al pueblo de Dios que se encontraba en cautiverio. Dios, a través de estas profecías, le recordó a su pueblo Israel que él no solamente conoce el futuro, sino que también tiene el control de la historia.

Así, también, estas profecías servirán para consolar a la comunidad del nuevo pacto y darles esperanza en los momentos difíciles de la historia de nuestro mundo. De ahí la importancia que la comunidad del nuevo pacto o la iglesia cristiana entienda correctamente las profecías apocalípticas de Daniel, porque ellas revelan tanto los acontecimientos finales de la historia de nuestro mundo, como el glorioso porvenir del pueblo de Dios.

Referencias

1. Las citas bíblicas de este libro, a menos que indiquemos otra cosa, son de la versión Reina-Valera, revisión de 1960.
2. Ver P. D. Hanson, "Apocalypse, Genre", *The Interpreter's Dictionary of the Bible*, 1976, supplementary volume.
3. Ver P. D. Hanson, "Apocalypticism", *The Interpreter's Dictionary of the Bible*, 1976, supplementary volume.
4. Ver R. K. Harrison, *Introduction to the Old Testament* (Grand Rapids, MI: William B. Eerdmans Publishing Company, 1969), págs. 1127-1132.

Naturaleza de las profecías bíblicas

5. Hans K. LaRondelle, *Las profecías del fin* (Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2000), pág. ix.
6. Ver Samuel Núñez, *The vision of Daniel 8: interpretations from 1700 to 1900* (Berrien Springs, MI: Andrews University Press, 1987), págs. 430, 433-435; Fernando Canale, *Understanding revelation-inspiration in a postmodern world* (sin lugar y sin casa publicadora, 2001), págs. 173-199.
7. Samuel Núñez, *The vision of Daniel 8*, pág. 431.
8. Ver Elena G. de White, *El conflicto de los siglos* (Mountain View: Pacific Press Publishing Association, 1954), pág. 657.



Salvación divina en el tiempo del fin

La visión de Daniel 8 es una revelación de Dios acerca de la gran lucha de los seres humanos por el control del gobierno mundial. Ésta revela, de manera especial, el surgimiento de “un reino” que atacaría al “pueblo de Dios”, al santuario de Dios y al Juez de toda la Tierra, en el “tiempo del fin”. Esta revelación escalofriante impulsó a un ángel a formular la siguiente pregunta: “¿Hasta cuándo [concluirá] la visión concerniente al servicio continuo y la rebelión desoladora que entrega el santuario y el ejército para ser pisoteados?” (Dan. 8:13, traducción personal). La respuesta de Dios fue: “Hasta 2300 tardes-mañanas, entonces el santuario será purificado” (Dan. 8:14, traducción personal). Esta respuesta de Dios es el clímax de *la segunda visión* exclusiva del profeta Daniel, que le fue mostrada en el tercer año del reinado de Belsasar (550 a. C.), junto al río Ulai (Dan. 8:1, 2). La descripción completa de esta visión se encuentra en Daniel 8, y ella es el objeto de nuestra investigación y estudio en este capítulo.

La visión de Daniel 8 utiliza dos animales como símbolos de dos reinos o imperios. El primero de ellos es “un carnero con dos cuernos” que hería hacia el oeste, hacia el norte y hacia el sur (8:3, 4). El segundo, es “un macho cabrío” que tenía “un cuerno notable” entre sus ojos. Éste venía corriendo del oeste y llegó hasta el carnero, lo embistió, le quebró sus dos cuernos, lo derribó en tierra, y lo pisoteó (Dan. 8:5-7). Después

de esto, el “cuerno notable” del macho cabrío fue quebrado, y en su lugar salieron otros cuatro cuernos hacia los cuatro puntos cardinales del cielo (Dan. 8:8).

La visión de Daniel 8 también utiliza un “cuerno pequeño” como símbolo de un reino o imperio. Éste salió de uno de los cuatro puntos cardinales del horizonte y creció mucho hacia el sur, hacia el este y hacia la tierra deseable (Dan. 8:9). Finalmente, “el cuerno pequeño” se engrandeció hasta “el ejército del cielo” (Dan. 8:10), y aun hasta “el príncipe del ejército” (Dan. 8:11).

Como notamos, la visión de Daniel 8 utiliza muchos símbolos y figuras de lenguaje en la comunicación de su mensaje. Sin embargo, ésta no nos deja sin orientación en cuanto al significado de sus símbolos y figuras. Ella misma nos dice lo que ellos significan o representan y cuál sería su función en la historia de nuestro mundo (8:20-26). Es interesante notar que la visión de Daniel 8 afirma que “el carnero de dos cuernos” representa a los reyes de Media y Persia (Dan. 8:20); “el macho cabrío”, al rey de Grecia (Dan. 8:21) y “el cuerno notable”, al rey primero (Dan. 8:21). Además, el ángel intérprete afirma que el “cuerno pequeño” representa a “un rey altivo de rostro”, que se levantaría en la parte final de los reinos divididos de Grecia (Dan. 8:23).

Como podemos notar, esta visión presenta al “macho cabrío”, al “cuerno notable” y al “cuerno pequeño” como “un rey” (Dan. 8:21-23). La pregunta es, ¿cuál es el significado del término “rey” en esta visión? ¿Fue usado de manera literal o figurada? Si su sentido es figurado, ¿qué representa en el contexto de la visión? Éstas y otras interrogantes serán contestadas oportunamente.

Daniel 8, como veremos más adelante, presenta “dos animales” y “un cuerno pequeño” que sirven como símbolos de tres de los cuatro reinos de las visiones anteriores (Dan. 2 y 7). Esta recapitulación de los reinos en Daniel 8 no es meramente repetitiva, sino más bien clarificativa. Es decir, la visión de Daniel 8 no repite la secuencia de los imperios por el simple hecho de repetirla, sino que lo hace para que el lector pueda ubicar el período del “tiempo del fin” y el evento de la “purificación del santuario”, que son los puntos centrales de esta visión (Dan. 8:17).

Es importante señalar que algunos eruditos de la Biblia afirman que la visión de Daniel 8 es una de las visiones más importantes del libro de Daniel.¹

Las profecías apocalípticas de Daniel

Esto se debe, entre otras cosas, a la posición estratégica de dicha visión en la estructura literaria del libro, y a su contribución esclarecedora de algunos símbolos y expresiones escatológicas del libro de Daniel. Indudablemente, la visión de Daniel 8 amplía nuestro conocimiento concerniente al símbolo del “cuerno pequeño” y la escena del “juicio en el cielo” que fueron revelados en la visión de Daniel 7 (Dan. 7:9-14). También Daniel 8 identifica, explícitamente, dos de los cuatro reinos de las profecías del libro de Daniel (Dan. 2 y 7), y ubica el período del “tiempo del fin” en la etapa final del cuarto reino (Dan. 8:9-14; 8:25, 26; 11:40-12:13). Esta función valiosa de la visión de Daniel 8, de ofrecer más detalles esclarecedores concernientes a los símbolos de las primeras dos visiones (Dan. 2 y 7), nos obliga a ser cuidadosos al interpretar los símbolos y figuras que intervienen en ella. Nuestra convicción es que si logramos entender los símbolos visibles y audibles de esta visión, también podremos entender los símbolos y figuras de las otras visiones del libro de Daniel.

Ahora, antes que procedamos a interpretar los símbolos y figuras de Daniel 8, haremos un análisis literario de dicha visión-audición para descubrir su estructura literaria, su género literario y su relación lingüística o temática que pudiera tener con las otras visiones del libro de Daniel. Creemos que este conocimiento nos ayudará a ser más objetivos en la interpretación de los símbolos de ella.

Estructura literaria de Daniel 8

Un estudio cuidadoso de Daniel 8 revela que este capítulo tiene una estructura literaria similar a la de Daniel 7. En otras palabras, la visión de Daniel 8 describe primero la visión-audición (Dan. 8:3-14), y luego presenta la interpretación de los símbolos que aparecen en ella (Dan. 8:15-26).

A continuación, presentamos un bosquejo general de Daniel 8:

A. Introducción	8:1, 2
B. Descripción de la visión-audición	8:3-14
1. Visión	8:3-12
a. Carnero	8:3, 4
b. Macho cabrío	8:5-8
c. Cuerno pequeño	8:9-12

Salvación divina en el tiempo del fin

2. Audición	8:13, 14
a. Pregunta	8:13
b. Respuesta	8:14
a' 2300 tarde(s)-mañana(s)	8:14
b' El santuario será purificado	8:14
C. Interpretación de la visión-audición	8:15-26
1. Comisión asignada al ángel intérprete	8:15-19
2. Explicación de la visión-audición	8:20-26
a. Carnero	8:20
b. Macho cabrío	8:21, 22
c. Cuerno pequeño	8:23-25
d. 2300 tarde(s)-mañana(s)	8:26
D. Conclusión	8:27

Este bosquejo, como podemos observar, tiene una estructura de simetría alternada. Es decir, la explicación de los símbolos sigue el mismo orden de su descripción. Sin embargo, un análisis literario más cuidadoso del texto revela que esta visión tiene una “estructura de simetría concéntrica”. O sea, el contenido de la primera sección de Daniel 8 (Dan. 8:1, 2) hace un paralelismo temático con la última sección del mismo capítulo (Dan. 8:27); el contenido de la segunda sección (Dan. 8:3-14), hace otro paralelismo temático con el contenido de la penúltima sección (Dan. 8:20-26); y el contenido de la tercera sección (Dan. 8:15, 16), hace otro paralelismo temático con el contenido de la antepenúltima sección (Dan. 8:18, 19). Y en el centro de la estructura literaria encontramos la exhortación del ángel Gabriel al profeta Daniel, de que entienda que la visión habrá de concluir hasta “el tiempo del fin” (8:17). Veamos esta estructura concéntrica en la siguiente ilustración gráfica:

- A. Introducción de la visión (8:1, 2)
- B. Descripción de la visión-audición (8:3-14)
 - 1. Visión (8:3-12)
 - 2. Audición (8:13, 14)
 - C. Comisión ordenada a Gabriel (8:15, 16)
 - D. Exhortación a Daniel de que entienda que la visión llegará hasta “el tiempo del fin” (8:17)
 - C' Comisión afirmada por Gabriel (8:18, 19)
- B' Interpretación de la visión-audición (8:20-26)

Las profecías apocalípticas de Daniel

1. Visión (8:20-25)

2. Audición (8:26)

A' Conclusión de la visión (8:27)

Como podemos ver, la estructura literaria de Daniel 8 presenta un paralelismo temático entre las primeras tres secciones de este capítulo (Dan. 8:1-16) y las tres últimas del mismo (Dan. 8:18-27). Luego, en el centro de la estructura, aparece la exhortación del ángel Gabriel al profeta Daniel, de que entienda que la visión concluirá hasta “el tiempo del fin” (Dan. 8:17). Es decir, la estructura literaria de la visión de Daniel 8 presenta el período del “tiempo del fin” como el foco central de toda la visión-audición. Este hecho nos ayuda a ver la importancia que el “tiempo del fin” tiene en la visión de Daniel 8 y en el plan de Dios, porque en el transcurso de este período el “santuario celestial” sería purificado, el “ejército de Dios” liberado y el “cuerno pequeño” destruido.

La expresión “tiempo del fin”, que aparece por primera vez en esta visión (Dan. 8:17), se repite cuatro veces más en la última visión de Daniel (Dan. 11:35, 40; 12:4, 9). Aquí es donde se revela cuándo comenzaría ese tiempo (Dan. 12:7) y cuándo terminaría (Dan. 12:1-3, 13). El “tiempo del fin”, como se demostrará más adelante, es una expresión netamente escatológica y se refiere al período final de la historia de nuestro mundo. Dicho período se inició en 1798 d. C., cuando los “tres tiempos y medio” de Daniel 7:25 se cumplieron (cf. Dan. 12:7), y concluirá cuando Miguel se levante del santuario celestial para (1) libertar a su pueblo de la cautividad del cuerno pequeño o rey del norte, (2) resucitar a los que duermen en el polvo de la tierra y (3) glorificar a los “entendidos” o “sabios” (Dan. 12:1-3).

La visión de Daniel 8, al igual que las visiones de Daniel 2 y 7, es una profecía simbólica y de largo alcance. Decimos que es simbólica porque ella presenta su mensaje, en gran parte, a través de figuras visibles (animales) y figuras de pensamiento (lenguaje figurado). Es decir, los elementos simbólicos de esta visión cumplen la función de representar realidades que están fuera de ellos mismos y, por lo tanto, no deberían interpretarse de manera literal, sino simbólica. Afortunadamente, los animales simbólicos o el lenguaje figurado que aparecen en la primera parte de la visión (8:3-14) son explicados en la segunda parte de la

misma (Dan. 8:20-26) o en las otras visiones que se le presentaron al profeta posteriormente (Dan. 9:24-27 y 11:2-12:13). La explicación de esos símbolos o figuras que aparece en Daniel 8:20-26, o en las visiones posteriores, es de suma importancia y de mucho valor para el lector, ya que dicha explicación nos ayudará a entender los símbolos de una manera más adecuada. Por otro lado, decimos que la visión de Daniel 8 es de largo alcance porque su mensaje profético abarca desde el tiempo del imperio Persa (8:20) hasta el fin de la historia de nuestro mundo (Dan. 8:23-25).

Contenido de la visión-audición

La visión de Daniel 8 presenta tres símbolos zoomorfos independientes, en lugar de los cuatro que fueron presentados en la visión de Daniel 2 y 7. Ellos son: (1) El carnero, (2) el macho cabrío y (3) el cuerno pequeño. La descripción de estos símbolos, y el significado que de ellos se da en la visión, nos permiten afirmar que representan los últimos tres reinos de las visiones anteriores (Dan. 2 y 7). En otras palabras, así como el oso simbólico de Daniel 7 y el pecho simbólico de la imagen de Daniel 2 representan a Medo-Persia, así también el carnero de Daniel 8 representa el mismo reino (Dan. 8:20). De igual manera, así como el leopardo simbólico de Daniel 7 y el vientre simbólico de la imagen de Daniel 2 representan a Grecia, así también el macho cabrío de Daniel 8 representa al mismo reino (Dan. 8:21). Igualmente, así como la cuarta bestia simbólica de Daniel 7 y las piernas con los pies de la imagen de Daniel 2 representan a Roma, así también el cuerno pequeño de Daniel 8 (Dan. 8:9-12) representa a ese reino (Dan. 8:23-25).

La visión de Daniel 8, como ya dijimos, no sólo presenta animales simbólicos, sino también incluye algunos términos figurados y cúl-ticos que necesitan ser clarificados. Uno de ellos es el término “santu-ario” y su purificación (Dan. 8:14), que tiene correspondencia temática y cronológica con la escena del juicio en el cielo de Daniel 7. Es decir, la expresión “el santuario será purificado” (Dan. 8:14) tiene caracterís-ticas temáticas y cronológicas similares a la escena del juicio de Daniel 7:9-14 y, por lo tanto, ambos pasajes se refieren al mismo evento. El paralelismo temático de ambas entidades es real y lo podemos percibir si hacemos una comparación de los símbolos y expresiones de ambas visiones (Dan. 8 y Dan. 7). Al hacer esto, notaremos que tanto la expre-

Las profecías apocalípticas de Daniel

sión “el santuario será purificado”, como la escena del juicio, se refieren al mismo evento profético.

Lo que hemos dicho, se puede ilustrar con el siguiente cuadro comparativo de las primeras tres visiones del libro de Daniel:

Símbolos de Daniel 2	Símbolos de Daniel 7	Símbolos de Daniel 8
1. Cabeza de oro.	1. León.	1. -----
2. Pecho y brazos de plata.	2. Oso.	2. Carnero.
3. Vientre y muslos de bronce.	3. Leopardo con sus cuatro cabezas.	3. Macho cabrío con sus cuatro cuernos.
4. Piernas de hierro, y pies con partes de hierro y barro.	4. Bestia indescriptible con 10 cuernos en la cabeza. Un cuerno pequeño. Juicio en el cielo.	4. ----- Un cuerno pequeño. Purificación del santuario.
5. Piedra.	5. Reino de Dios.	5. -----

Como podemos notar, los símbolos o figuras de las primeras tres visiones (2, 7, 8) son paralelos, y en esto están de acuerdo la mayoría de los eruditos del libro de Daniel.

La visión de Daniel 8, como ya dijimos, presenta tres elementos simbólicos independientes que, a su vez, representan los tres últimos reinos de las dos visiones anteriores (Dan. 2 y 7). Este aspecto cuantitativo de los símbolos que se utilizan en Daniel 2, 7 y 8, separa a Daniel 8 de Daniel 2 y 7. Si comparamos los símbolos de las tres visiones, notaremos que la visión de Daniel 8 no tiene ningún símbolo que represente a Babilonia, así como las dos primeras visiones lo tienen. Afortunadamente, la omisión del símbolo de Babilonia en Daniel 8 no afecta la identificación de los cuatro reinos universales de las dos visiones anteriores. Al contrario, las características de los símbolos de Daniel 8 y la interpretación que de ellos se da en la misma visión, nos ayudan a identificar con más acierto la secuencia de los cuatro reinos universales de las dos visiones anteriores (2 y 7). Gracias a la visión y explicación de Daniel 8 sabemos, de manera contundente, que los símbolos independientes que aparecen en ella corresponden al segundo, tercero y cuarto reino de las dos visiones anteriores (2 y 7).

Esta afirmación, de ninguna manera insinúa que no existen problemas de interpretación en lo que concierne a los símbolos de Daniel 8. Al contrario, estamos conscientes que en esta etapa de la historia existen distintos puntos de vista concernientes al significado del “cuerno pequeño” y su lugar en la secuencia de los cuatro reinos universales.² Consideramos que este problema de interpretación se debe (1) al hecho de que el “cuerno pequeño” de Daniel 8 aparece en la visión desligado de un animal simbólico, (2) a la ambigüedad de algunos términos que se utilizan en su descripción (8:9-12) e interpretación (8:23-25), y (3) a las presuposiciones y métodos equivocados que se utilizan para interpretar este elemento simbólico.

Este problema de interpretación concerniente al “cuerno pequeño” de Daniel 8 podría resolverse si tomáramos en cuenta que la visión de Daniel 7 ya había presentado el símbolo del “cuerno pequeño”, como parte de la cuarta bestia indescriptible y, por lo tanto, ya no era necesario que se presentara de la misma manera en la visión de Daniel 8. Además, las diferencias interpretativas podrían resolverse si lográramos reconocer que existe un paralelismo temático y lingüístico entre el cuerno pequeño de Daniel 8 y el cuerno pequeño de Daniel 7. Este reconocimiento podría lograrse si hiciéramos una comparación de las características y actividades de ambos cuernos “pequeños” (Dan. 7 y 8). Al hacerla, percibiríamos que hay una estrecha similitud entre ellos y, por lo tanto, aceptaríamos que el “cuerno pequeño” de Daniel 8 está más relacionado con el cuarto reino universal de Roma que con el tercer reino de Grecia. Sin embargo, este asunto de la identidad y ubicación del “cuerno pequeño” en la historia será determinada más adelante, mediante un estudio gramático-histórico-teológico de esta visión.

Siendo que el símbolo del “cuerno pequeño” y la expresión “el santuario será purificado” son los dos puntos más sobresalientes de la visión de Daniel 8, les dedicaremos más atención en este estudio gramático-histórico-teológico, que a cualquiera de los otros símbolos o expresiones lingüísticas de esta visión. Además, siendo que el tema de la “purificación del santuario” está muy relacionado con el período de las 2300 “tardes-mañanas”, éste también recibirá su respectiva atención.

Propósito de la visión

Al estudiar la estructura literaria del libro de Daniel, observamos que la visión de Daniel 8 tiene una función particular que cumplir tanto en la estructura de dicho libro como en la revelación global de su mensaje. Notamos que ella tiene el propósito de ampliar nuestro conocimiento concerniente al “cuerno pequeño” y al “juicio del cielo”, que se habían presentado en Daniel 7. Además, notamos que dicha visión tiene la función de presentar el tiempo crucial de la actuación del “cuerno pequeño” y de la “purificación del santuario” dentro del período histórico del cuarto reino universal. Esta conclusión puede ser corroborada si comparamos los animales simbólicos y expresiones figuradas de Daniel 8 con los de Daniel 7. Al hacer dicha comparación notamos que, en realidad, existe un paralelismo temático entre el cuerno pequeño de Daniel 7 y el de Daniel 8, y entre la escena del juicio de Daniel 7:9-14 y el evento de la purificación del santuario (Dan. 8:14). La descripción y explicación de ambas entidades simbólicas son tan parecidas, que hemos llegado a pensar que éstas fueron utilizadas de propósito para servir como un eslabón de unión entre la primera parte estructural del libro de Daniel (capítulos 2-7) y la segunda parte de dicho libro (capítulos 8-12). Es importante notar que los dos elementos simbólicos que fueron dados a conocer primeramente en Daniel 7, reaparecen otra vez en la visión de Daniel 8 y Daniel 10-12. La repetición de ambos temas, en las dos visiones posteriores, nos demuestra la importancia que ellos tienen en el libro de Daniel y el carácter progresivo o explicativo de dichas visiones. En otras palabras, la repetición de estos símbolos de las primeras visiones (Dan. 2 y 7), en las visiones posteriores (Dan. 8-12), demuestra la importancia que ellos tienen en el mensaje profético del libro de Daniel y el método pedagógico que el profeta utilizó para facilitar su aprendizaje o comprensión de sus lectores.

La visión de Daniel 8 también fue dada con el propósito de impartir confianza y seguridad a los lectores de esta visión, de que Dios tiene el control de la historia de nuestro mundo. Este hecho lo percibimos claramente en la pregunta de Daniel 8:13 y en la respuesta de Daniel 8:14 y 26, donde se reafirma que Dios tiene un *tiempo determinado* para poner fin a todos los desafíos y pretensiones del cuerno pequeño (Dan. 8:9-12) es decir, el “tiempo del fin” (Dan. 8:17, 19).

Nos llama la atención el hecho de que el profeta Daniel quedó espantado porque no pudo entender la visión (*mar^oē^h*) que se le presentó (Dan. 8:27). El término visión que aparece en este pasaje (*mar^oē^h*; Dan. 8:27) es el mismo que el ángel utilizó en Daniel 8:26, para referirse a la visión (*mar^oē^h*) de las “2300 tardes-mañanas” o la purificación del santuario (Dan. 8:14). Lamentablemente, este asunto de los 2300 días y la purificación del santuario no fueron explicados plenamente por el ángel Gabriel en esta visión (Dan. 8:26) y, por lo tanto, dicha visión quedó inconclusa y lejos de ser comprendida por el profeta. Lo sabemos porque Daniel lo dejó registrado (Dan. 8:27) para alertar a sus lectores de que el tema del santuario había quedado inconcluso y, por lo tanto, debían estar atentos a la información que él les proporcionaría en el capítulo siguiente. Al estudiar el capítulo 9, notamos que hay una conexión lingüística y temática entre este capítulo y el anterior (Dan. 8). Los elementos lingüísticos, que hacen tal conexión, son el verbo “entender” (*bin*) y el sustantivo “visión” (*mar^oē^h*). El verbo “entender” aparece varias veces tanto en Daniel 8 (8:16, 17, 23, 27) como en Daniel 9 (9:2, 22, 23). Y el término visión (*mar^oē^h*), de Daniel 8:26 y 27, es idéntico al sustantivo visión (*mar^oē^h*) de Daniel 9:23.

También observamos que ambos capítulos (Dan. 8 y 9) están unidos por el tema del santuario y su purificación. En el capítulo 9, encontramos que Daniel estaba preocupado en el primer año de Darío el Medo (539 a. C.), por el número de los años en que Jerusalén permanecería desolada (Dan. 9:1-3). Esta preocupación lo llevó a investigar el libro de Jeremías, a tratar de entender el significado de las 2300 tardes-mañanas y la naturaleza de la purificación del santuario de Daniel 8. Siendo que Daniel no había podido entender este asunto del santuario, y creyendo que su purificación (Dan. 8:14) se refería al santuario de Jerusalén que estaba en ruinas, le pidió a Dios en oración que se acordara de su santuario que estaba desolado (9:4-19). Mientras Daniel oraba, el ángel Gabriel se le apareció y le dijo que él había venido para explicarle “la visión” (*mar^oē^h*; 9:23) que él no había podido entender hasta ese momento (8:27; 9:1-3). Estas palabras de Gabriel, dirigidas a Daniel, son la mejor evidencia de que sí existe un enlace temático y lingüístico entre la visión de Daniel 9 y la visión de Daniel 8. Por lo tanto, todo aquel que estudie Daniel 8 y desee entender la profecía de las 2300 tardes-mañanas y la naturaleza de la purificación

del santuario, debería tomar en cuenta la explicación de Daniel 9:24-27. Esta sugerencia tiene su validez en el hecho de que Daniel 9:24-27 es el único pasaje que nos informa sobre el punto del inicio de las 2300 tardes-mañanas y, además, nos explica la naturaleza de la “purificación del santuario” (Dan. 8:14).

Género literario de Daniel 8

Otro punto de interés para los estudiosos del libro de Daniel, es el asunto del género literario de la visión. A nuestro juicio, la visión de Daniel 8 debería clasificarse como *profecía apocalíptica bíblica*, ya que comparte algunas características con la literatura apocalíptica judía y otras, con las profecías bíblicas. Una de las características de la literatura apocalíptica es el uso de símbolos visibles y audibles para transmitir su mensaje. Sin embargo, esta práctica no es exclusiva de la literatura apocalíptica judía, sino también de la profecía bíblica (i.e. Jer. 13:1-14; 24:1-10; Zac. 1:7-17; 2:1-9, etc.).

Lamentablemente, investigadores del género literario de Daniel 8 y de las otras visiones del libro de Daniel, no han logrado ponerse de acuerdo sobre este asunto. En este momento, hay muchos eruditos que clasifican las visiones de Daniel como profecías apocalípticas o profecías *ex eventu* (escritas después de que sucedieron los eventos predichos). Dichos eruditos llegaron a tal conclusión basándose en la premisa de que el libro de Daniel (1) tiene características similares a la literatura apocalíptica judía, (2) tiene anacronismos históricos, (3) tiene un seudónimo y (4) se originó en el siglo segundo a. C.³ Sin embargo, hay otro buen número de eruditos que no está de acuerdo con dicha conclusión arbitraria. En primer lugar, porque el libro de Daniel no sólo comparte algunas características con la literatura apocalíptica judía, sino que también se distancia de ella en lo que respecta a su contenido. En segundo lugar, porque se ha comprobado que las referencias históricas del libro de Daniel son confiables. En tercer lugar, porque el pueblo judío, a quien Dios le dio la responsabilidad de cuidar su revelación escrita (Rom. 3:1, 2), siempre consideró al libro de Daniel como una revelación de Dios, mientras que el mismo pueblo consideró la literatura apocalíptica judía como espuria y no inspirada.⁴ Esta actitud del pueblo judío hacia el libro de Daniel, debería alertarnos a no cometer el grave error de considerar las visiones de dicho profeta, como consideramos la literatura apocalíptica

judía. Si esta razón no fuera suficiente, entonces deberíamos recordar que el Señor Jesús reconoció el libro de Daniel como un libro profético genuino y exhortó a sus oyentes a que trataran de entenderlo (Mat. 24:15). Indudablemente, el Señor Jesús consideró las visiones de Daniel al mismo nivel que las otras profecías del Antiguo Testamento. Por esta razón, cuando él habló sobre la destrucción de Jerusalén y del fin del mundo, utilizó las profecías de Daniel para advertir a sus discípulos de los peligros que confrontarían en el futuro (Mat. 24:15). Por tal motivo, creemos que la mejor clasificación del género literario de Daniel 8 debería ser “apocalíptico-bíblico”, ya que esta visión comparte con el estilo de la literatura apocalíptica judía y con el estilo y mensaje de las profecías bíblicas. Por último, afirmamos que la literatura apocalíptica judía, que fue escrita después de los eventos que pretendían profetizar, no tiene hoy nada que ofrecer a sus lectores; en cambio, la profecía de Daniel 8, por ser genuina, es una profecía de gran actualidad.

Después de este corto análisis sobre la estructura, contenido y género literario de Daniel 8, pasemos a considerar de manera exegética los símbolos zoomorfos y las expresiones figuradas que aparecen en Daniel 8:3-12.

Estudio histórico-gramático-teológico de Daniel 8:3-12

La visión de Daniel 8 presenta tres símbolos zoomorfos independientes, que son representaciones del segundo, tercero y cuarto reinos de las visiones anteriores (Dan. 2 y 7). Los tres símbolos zoomorfos independientes son: (1) el carnero de dos cuernos; (2) el macho cabrío de cuatro cuernos; y (3) el cuerno pequeño, que llegó a engrandecerse más que el carnero y el macho cabrío. Alguien podría preguntar, ¿qué simbolizan estas figuras? ¿Cuál es su significado? ¿Cuál es su relación con los otros símbolos del libro de Daniel? Éstas y otras interrogantes se contestarán en las páginas que siguen.

El carnero de dos cuernos

El primer animal simbólico que aparece en la visión de Daniel 8 es un carnero con dos cuernos (8:3,4). Éste, según Daniel 8:20, se refiere a los reyes de “Media y Persia”. Al analizar esta expresión, notamos que tiene características propias de un recurso literario que los antiguos utilizaron para expresar un solo concepto, pero complejo. Dicho recur-

Las profecías apocalípticas de Daniel

so es conocido como “hendiadys” y se compone de dos sustantivos que se unen por la conjunción “y”⁵. Estos elementos gramaticales son los mismos de la expresión “Media y Persia”, y por esta razón consideramos que esa expresión es un “hendiadys”. Es decir, la expresión “Media y Persia” cumple el propósito de indicar *un solo reino o imperio* (un concepto), que estaba formado por dos pueblos o razas: los Medos y los Persas (complejidad del concepto). Este reino fue el que conquistó al imperio babilónico en el año 539 a. C., y se convirtió en el segundo de los cuatro grandes imperios (Babilonia, Medo-Persia, Grecia y Roma).

Además, consideramos que el “carnero” de Daniel 8 se refiere a Medo-Persia porque observamos una correspondencia real entre la descripción de Daniel 8:4 y la historia de ese imperio. Daniel 8:4 dice que el carnero combatió hacia el occidente, hacia el norte y hacia el sur. Estos tres puntos cardinales nos permiten asumir que dicho animal vino del oriente; y el único reino que estaba al oriente de Susa y logró derrotar a Babilonia en el año 539 a. C., fue Medo-Persia. También la historia presenta a Medo-Persia como un reino que extendió su dominio hacia el occidente (Babilonia, Lidia y Grecia), hacia el norte (Asiria) y hacia el sur (Egipto). Por lo tanto, concluimos que el carnero de dos cuernos simboliza al imperio Medo-Persa, que llegó a ser el segundo de los cuatro grandes imperios⁶ (Babilonia, Medo-Persia, Grecia y Roma).

Es interesante notar que Daniel 8 no tiene un animal simbólico que represente al imperio de Babilonia. Este hecho particulariza a esta visión de las dos anteriores (Dan. 2 y 7). También observamos que Babilonia no se menciona en la visión de Daniel 10-12. Allí notamos solamente que el ángel Gabriel le anunció a Daniel que en Persia habría cuatro reyes, y que después de ellos surgiría un rey valiente de Grecia (Dan. 11:2, 3). Es un hecho, pues, que el reino de Babilonia no se menciona en Daniel 10-12, así como tampoco se presenta en la visión de Daniel 8. Esta omisión de Babilonia en Daniel 8 y en Daniel 10-12 nos permite afirmar que ambas visiones son paralelas y más cortas en su alcance, que las dos visiones anteriores (Dan. 2 y 7).

El macho cabrío

El segundo animal simbólico de Daniel 8 es un “macho cabrío”. Éste tuvo al principio un “cuerno notable” entre sus ojos, pero cuando

estaba en su mayor apogeo, el cuerno notable se quebró y en su lugar surgieron otros cuatro cuernos prominentes (8:5-8). Este macho cabrío, de acuerdo a la interpretación del ángel Gabriel, se refiere al “rey de Grecia”; y el cuerno notable que tenía entre sus ojos, al “rey primero” (8:21).

Nos llama la atención que tanto el “macho cabrío” como su “cuerno notable” representan en la visión a “un rey”. Esto nos motiva a formular la siguiente pregunta: ¿Cuál es el significado del término “rey” en las expresiones “el rey de Grecia” y “el rey primero”? ¿Significa esa palabra un monarca o un reino? Estas preguntas son importantes y deben ser contestadas. Para ello, tenemos que analizar el término “rey” de cada frase, en su contexto local y en el contexto de todo el libro. Al investigar el uso de dicho término, encontramos que el libro de Daniel lo utiliza tanto de manera literal como de manera figurada. El último uso se justifica porque el lenguaje humano permite usar palabras en sentido metafórico, para alterar su significado por razones de retórica o de estrategia literaria. También se justifica porque las figuras de lenguaje se acomodan perfectamente bien a la naturaleza apocalíptica de las visiones del libro de Daniel.

Nuestro estudio de Daniel 8:21 indica que el ángel Gabriel utilizó el término “rey” en esta visión de manera figurada. Es decir, el ángel utilizó la figura de *sinécdoque* para designar un objeto o una entidad mediante una de sus partes cuando le declaró a Daniel el significado del macho cabrío.⁷ En otras palabras, el ángel se refirió al reino de Grecia mediante una de sus partes, “el rey”.

Hemos llegado a esta conclusión porque el uso figurado del término rey es común en las profecías de Daniel. Allí notamos que el profeta utilizó la figura de *sinécdoque* cuando le explicó al rey Nabucodonosor el significado de la cabeza de oro de la imagen de su sueño (Dan. 2:38). También observamos que el ángel Gabriel la utilizó cuando le explicó al profeta el significado de las cuatro bestias simbólicas (Dan. 7:17) y el significado de los diez cuernos de la cuarta bestia (Dan. 7:24). Este uso figurado de la palabra “rey”, en Daniel 2 y 7, nos permite afirmar que la frase “rey de Grecia” (8:21) debería entenderse como el “reino de Grecia”; y la frase “el rey primero” (8:21), como la primera etapa del reino de Grecia, bajo el liderazgo de Alejandro Magno.

Además, consideramos que la palabra “rey” de Daniel 8:21 debiera entenderse de manera figurada porque “un cuerno”, en el

Las profecías apocalípticas de Daniel

libro de Daniel, representa un reino. Este significado de un “cuerno” simbólico es claro en la visión de Daniel 8. Allí observamos que el “macho cabrío” (Grecia) aparece primero con “un cuerno notable” que representa la etapa unida del reino, y después aparece con “cuatro cuernos” que representa la etapa dividida del reino de Grecia. Estos “cuatro cuernos”, declaró el ángel Gabriel, significan “cuatro reinos” que se levantarán de esa nación (Grecia), aunque sin la fuerza o el poder de la primera etapa (8:22). Es claro, pues, que los “cuatro cuernos” del macho cabrío representan “cuatro reinos”. Ellos fueron Macedonia, Tracia, Siria y Egipto. La historia de Grecia nos indica que Casandro inició el reino de Macedonia; Lisímaco, el de Tracia; Seleuco, el de Siria y Ptolomeo, el de Egipto.⁸ El hecho de que los “cuatro cuernos” del “macho cabrío” representan “cuatro reinos” (8:22), es razón suficiente para que entendamos que el término “rey” de Daniel 8:21 fue usado metafóricamente para indicar “reino”. En otras palabras, si los cuatro cuernos del macho cabrío representan cuatro reinos en la visión, el cuerno notable del mismo animal simbólico también debe representar a un reino, y no a un rey literal.

Es interesante notar que la descripción del macho cabrío de Daniel 8 y la historia del imperio griego concuerdan entre sí. Los historiadores afirman que Grecia, bajo el liderazgo de Alejandro Magno, conquistó definitivamente al imperio Medo-Persa en la batalla de Gaugamela, cerca de Arbela (331 a.C.).⁹ Después, el imperio griego continuó unido bajo el liderazgo del mismo rey durante 8 años (331-323 a.C.).¹⁰ Pero, cuando Alejandro Magno murió, sus generales dividieron el territorio de Grecia en cuatro reinos (315 -301 a. C.). Éstos fueron, como ya se dijo, Macedonia, Tracia, Siria y Egipto.¹¹ Todo esto nos indica que el testimonio de la historia armoniza con el mensaje profético de Daniel 8.

Hasta aquí, hemos visto que todos los aspectos descriptivos del macho cabrío concernientes a su origen, su velocidad, su triunfo sobre el carnero, su cuerno notable y sus cuatro cuernos (Dan. 8:5-8) concuerdan con la historia del imperio de Grecia y su división. Por lo tanto, concluimos que el macho cabrío, con sus cinco cuernos, se refiere al imperio de Grecia; esto es, el tercer imperio en la secuencia de los cuatro grandes imperios (Babilonia, Medo-Persia-Grecia y Roma).

El cuerno pequeño

El “cuerno pequeño” se distingue en la visión de Daniel 8 porque se engrandeció horizontalmente (1) hacia el sur, hacia el este y hacia la tierra gloriosa; y verticalmente, (2) hasta el ejército del cielo y (3) hasta el Príncipe del ejército (Dan. 8:9, 10). Además, notamos que el “cuerno pequeño” se engrandeció hasta el Príncipe cuando le quitó el “servicio continuo”, lanzó por tierra el fundamento de su santuario y derribó su verdad (Dan. 8:11,12). Es decir, el “cuerno pequeño” aparece en la visión como el enemigo acérrimo del Mesías Príncipe, del santuario, de la verdad y del pueblo de Dios.

Esta realidad del “cuerno pequeño” nos impone la difícil tarea de identificarlo y ubicarlo en la historia. Indudablemente, podemos lograrlo si hacemos una lista de sus características y acciones, y con esos datos buscamos un reino histórico que cumpla con todos los requisitos de su descripción. Este procedimiento es justificable porque la visión utilizó cuernos simbólicos para representar reinos humanos.

El lugar de su procedencia

El profeta Daniel inició su descripción del “cuerno pequeño” como sigue: “Y de uno de ellos salió un cuerno pequeño que creció mucho hacia el sur, hacia el este y hacia la tierra deseable” (Dan. 8:9). Indudablemente, las primeras palabras de este pasaje son ambiguas. Por eso necesitamos hacer un análisis gramatical y sintáctico del versículo 9, para establecer su significado. Aclaremos que el contexto de este pasaje presenta, solamente, dos expresiones que podrían indicar la procedencia de dicho símbolo (Dan. 8:8). Una es la frase “cuatro [cuernos] notables” y la otra, los “cuatro vientos de los cielos” (Dan. 8:8). La pregunta es: ¿a qué origen o procedencia se refiere la frase “de uno de ellos”? ¿Se refiere a los “cuatro cuernos” del macho cabrío o a los “cuatro vientos de los cielos” de Daniel 8:8? Estas preguntas son importantes y les daremos una respuesta con base en la gramática hebrea y el contexto de Daniel 8:9.

La expresión “de uno de ellos” (Dan. 8:9) es una traducción de la frase hebrea *ûmin-hāʾaḥaṭ mehem*. Esta frase podría traducirse literalmente “y de la una de ellos”. La razón es que la palabra hebrea *hāʾaḥaṭ* significa literalmente “la una”. Aquí conviene aclarar que esta palabra es femenina en hebreo (una), pero que su género no se observa en las versiones castellanas de la Biblia. Esto se debe a que

Las profecías apocalípticas de Daniel

los antecedentes potenciales del término “una” son masculinos en castellano (cuatro, vientos). Por este motivo, la palabra femenina *ʔahat* (una) en Daniel 8:9 se ha traducido generalmente como masculino (uno). Por otro lado, el pronombre hebreo *hem* (ellos) se ha traducido correctamente en castellano.

En términos generales, el hebreo bíblico utiliza el “pronombre” y su “antecedente” de manera igual que el castellano. Es decir, el pronombre “ellos” debe armonizar con su antecedente en número (plural) y en género (masculino). Y el numeral “una” debe concordar con su antecedente en género.

El texto de Daniel 8:8, 9, que nos ocupa en esta sección, presenta los antecedentes potenciales de la expresión “de la una de ellos” (Dan. 8:9) como sigue:

8 El macho cabrío se engrandeció muchísimo, pero cuando estaba en la plenitud de su poder, el gran cuerno se quebró y en su lugar despuntaron **cuatro** [cuernos] **notables** hacia los cuatro **vientos de los cielos**. 9 Y **de uno de ellos** salió un cuerno pequeño que creció mucho hacia el sur, hacia el oriente y hacia la [tierra] deseable (énfasis añadido).

Notemos que los antecedentes potenciales de la frase “de uno de ellos” aparecen en la cita del versículo 8 en letras negritas. Ellos son los “cuatro [cuernos] notables” y los “vientos de los cielos”. Uno de estos dos, solamente, puede ser el antecedente correcto de la frase “de uno de ellos”. La pregunta es: ¿Cuál de los dos antecedentes potenciales es la opción correcta? ¿Los “cuatro [cuernos] notables” o los “vientos de los cielos”?

Para contestar estas preguntas de manera acertada, necesitamos hacer un análisis gramatical de cada uno de los antecedentes potenciales de Daniel 8:8. Comenzaremos con la expresión los “cuatro [cuernos] notables” que es una traducción de la frase hebrea *ḥāzūt ʔarbaʕ*. El término *ḥāzūt* es femenino y significa “notable”. En cambio, el numeral *ʔarbaʕ* es masculino y significa “cuatro”. Por otro lado, la palabra “cuernos” es *femenino*, pero no aparece en Daniel 8:8 de la Biblia Hebrea. Estos datos revelan que el antecedente potencial “cuatro” de la frase anterior (Dan. 8:8) no concuerda con el género femenino de la palabra hebrea “una” de Daniel 8:9. De la misma manera, el género femenino de la palabra *ḥāzūt* (notable) de Daniel 8:8 no armoniza con

el género masculino del pronombre “ellos” de Daniel 8:9. Esta realidad gramatical nos indica que la expresión “cuatro [cuernos] notables” de Daniel 8:8 no puede ser el antecedente real de la frase “de la una de ellos” (Dan. 8:9).

La gráfica que sigue nos muestra la incongruencia genérica que existe entre el pronombre “ellos” (Dan. 8:9) y su antecedente potencial femenino “notables” o “cuernos”.

Daniel 8:8: cuatro (*masculino*) [cuernos] (*femenino*) notables (*femenino*).

Daniel 8:9: una (*femenino*) de ellos (*masculino*).

Como podemos observar, no existe concordancia entre el género femenino de las palabras hebreas “notables” o “cuernos” de Daniel 8:8 y el pronombre masculino “ellos” de Daniel 8:9. Tampoco existe concordancia entre el género masculino de la palabra hebrea “cuatro” y el género femenino de la palabra “una” de la cita anterior. Todo esto nos indica que la frase “cuatro [cuernos] notables” de Daniel 8:8 no puede ser el antecedente real de la expresión literal “de la una de ellos” de Daniel 8:9.

La expresión “vientos de los cielos” de Daniel 8:8 es una traducción de la frase hebrea *rûhôt hassāmāyim*. En hebreo, la primera palabra es femenino plural y significa “vientos”, pero la segunda es masculino plural y significa “cielos”. En este caso, el género femenino de la palabra *rûhôt* (lit. vientos) corresponde con el género femenino de la palabra hebrea *ʾaḥat* (una) de Daniel 8:9. Y el género masculino plural de la palabra “cielos” de Daniel 8:8 armoniza con el género masculino plural del pronombre “ellos” de Daniel 8:9.

Esta congruencia o armonía que existe entre el pronombre y su antecedente lo ilustramos de la siguiente manera:

8:8: vientos (*femenino plural*) de los cielos (*masculino plural*).

8:9: una (*femenino*) de ellos (*masculino plural*).

Esta realidad gramatical nos permite concluir que la expresión “vientos de los cielos” es el antecedente real de la expresión “uno de ellos” de Daniel 8:9. Y en el contexto de la visión, el punto cardinal sería el norte del panorama profético o la península de Italia.

El tiempo de su salida

Otra característica importante del “cuerno pequeño” es el tiempo o la cronología de su salida. Según Daniel 8:23, el “cuerno pequeño”

Las profecías apocalípticas de Daniel

o “el rey altivo de rostro” debía aparecer como una potencia imperialista en “el tiempo final” (*ʿahārīt*) de los reinos divididos de Grecia. El término hebreo *ʿahārīt* tiene el significado de “fin exacto” o “parte final” de un período de tiempo, territorio, etc. Esta inexactitud del lenguaje humano nos obliga a tomar en cuenta otras características o factores importantes del “cuerno pequeño” para establecer con certeza el tiempo de su surgimiento.

Un estudio de Daniel 8:23 revela que el ángel Gabriel no relacionó al “rey altivo de rostro” con ningún rey literal de Grecia, sino que él sólo indicó el tiempo de su surgimiento en el “fin” o durante “el tiempo final” de los reinos divididos del imperio de Grecia. Esta explicación cronológica del ángel Gabriel es básica para establecer con seguridad el tiempo en que debía surgir el cuerno pequeño. En otras palabras, la identificación del “cuerno pequeño” o “el rey altivo de rostro” debe cumplir con este requisito del comentario de Gabriel. Es decir, el reino representado por el “cuerno pequeño” debía aparecer como conquistador en el marco histórico de la profecía en el “fin exacto” o durante el “tiempo final” de los reinos divididos de Grecia (Dan. 8:23).

Otro factor que debemos tomar en cuenta al tratar de establecer el tiempo del surgimiento del “cuerno pequeño” es la descripción de Daniel con relación al engrandecimiento de dicho cuerno. En esta visión encontramos que el “cuerno pequeño” se engrandeció más que “el carnero” y “el macho cabrío” (Dan. 8:9-12). Esta descripción nos permite afirmar que el reino representado por el “cuerno pequeño” debía ser más poderoso y extenso que los reinos de Grecia y Medo-Persia. Y esta interpretación del “cuerno pequeño” está en armonía con el uso figurado del término “rey” y con la representación de un cuerno como reino en las visiones de Daniel siete y ocho.

Notamos también que la superioridad del cuerno pequeño de Daniel 8 armoniza con la descripción del cuerno pequeño de Daniel 7, ya que éste aparece como parte de la cuarta bestia o imperio de Roma y no como parte de la tercera bestia o imperio de Grecia. Por lo tanto, la superioridad del “cuerno pequeño” de Daniel 8, sobre los otros símbolos zoomorfos de esa visión, es una evidencia de que ese cuerno representa a Roma.

La intervención de Roma en el territorio de Grecia armoniza también con el comentario de Gabriel (Dan. 8:23), ya que Roma

manifestó sus intenciones imperiales, de manera especial, cuando atacó al reino que se encontraba al este de su dominio. La historia nos informa que Roma consolidó su imperio sometiendo a Cartago (202-146 a. C.), Macedonia (168 a. C.), Pérgamo (133 a. C.), Siria (65 a. C.), Judá (64 a. C.) y Egipto (31 a. C.). Estos datos concuerdan con el comentario del ángel Gabriel, que “el rey altivo de rostro” aparecería como una potencia imperialista en la “parte final” de los reinos de Grecia. Por lo tanto, Roma cumple con la condición del tiempo en que el “cuerno pequeño” de Daniel 8 debía surgir como una potencia mundial.

Su crecimiento y sus acciones

El crecimiento físico del cuerno pequeño y sus acciones de conquista se presentan de manera conjunta en la visión de Daniel 8. Este crecimiento o engrandecimiento fue descrito en dos etapas diferentes, en dos áreas distintas y de manera progresiva. El crecimiento del “cuerno pequeño” fue descrito, en primer lugar, de manera horizontal y hacia tres puntos cardinales geográficos (Dan. 8:9). Luego, fue descrito creciendo de manera vertical y hacia las estrellas de los cielos (Dan. 8:10-12).

A continuación, analizaremos la descripción de su crecimiento y actividades, con el propósito de identificarlo y ubicarlo en la historia de nuestro mundo.

Su crecimiento horizontal

Daniel 8:9, después de mencionar la procedencia del cuerno pequeño, señala su crecimiento horizontal y geográfico. Según este pasaje, él creció hacia el sur, hacia el oriente y hacia la tierra deseable. Dicho crecimiento se describe en Daniel 8 mediante el verbo *gadal*. Éste tiene la característica de indicar un crecimiento físico o un engrandecimiento en poder o en importancia.¹²

Por lo tanto, el crecimiento del cuerno pequeño, mencionado en Daniel 8:9, debería entenderse primeramente como un crecimiento físico y horizontal. Este crecimiento físico, sin lugar a dudas, representa el crecimiento territorial, económico y político del reino que está siendo representado por él. Es decir, si el “cuerno pequeño” es simbólico, su crecimiento es también simbólico. Por esta razón, entendemos que el crecimiento físico del cuerno pequeño se refiere al crecimiento territorial o político del reino que está siendo representado por dicho símbolo.

Las profecías apocalípticas de Daniel

El crecimiento del “cuerno pequeño” hacia el sur, hacia el oriente y hacia la tierra de Palestina, concuerda perfectamente con la expansión territorial del reino de Roma. Los historiadores afirman que Roma se extendió hacia el sur (Sicilia, Cartago, Numidia y Egipto), hacia el oriente (Macedonia, Tracia, Asia Menor, Babilonia y Medo-Persia) y hacia la tierra deseable (Judá). El reino de Cartago, que estaba ubicado al sur de Italia, fue dominado y sometido por el reino de Roma mediante las tres “guerras púnicas” en que ambas naciones pelearon desde el año 264 a. C. hasta el año 146 a. C.¹³. El reino de Macedonia, que estaba ubicado al este de Italia, fue sometido por Roma en el año 168 a. C.¹⁴. El reino de Siria, que también estaba al este y era otro de los reinos de la división de Grecia, fue sometido en el año 65 a. C.¹⁵. El reino de Judá, la tierra deseable entre Siria y Egipto, fue sometido en el año 63 a. C.¹⁶. Y el reino de Egipto, que estaba al sur y era otro de los reinos de la división de Grecia, fue sometido por Roma en el año 31 a. C.¹⁷ Esta trayectoria de las conquistas de la Roma republicana armoniza, perfectamente bien, con la descripción del crecimiento horizontal o geográfico del cuerno pequeño de Daniel 8.

La identificación de este cuerno pequeño con el imperio de Roma también tiene apoyo en la descripción de Daniel acerca del carnero, del macho cabrío y de ese cuerno. Según Daniel, (1) el carnero “se engrandeció” (Dan. 8:4 u. p.) y (2) el macho cabrío “se engrandeció sobremanera” (Dan. 8:8 p.p.); pero el cuerno pequeño (3) “se engrandeció muchísimo” (Dan. 8:9), hasta el ejército de los cielos (Dan. 8:10) y aun hasta el príncipe del ejército (Dan. 8:11). Estas declaraciones de Daniel concernientes al carnero, al macho cabrío y al cuerno pequeño, nos indican que este último se engrandeció más que sus antecesores. Daniel señala explícitamente que el macho cabrío se engrandeció más que el carnero, y el cuerno pequeño más que el macho cabrío. Esta descripción progresiva o ascendente de las declaraciones de Daniel nos indica claramente que el “cuerno pequeño” sería una potencia superior al carnero y al macho cabrío. Por lo tanto, esta información favorece la identificación del cuerno pequeño con Roma, ya que el imperio romano fue el sucesor del imperio griego y superior a éste. Además, las dos visiones anteriores a Daniel 8 habían anticipado ya que el imperio de Roma habría de ser más poderoso que los reinos de Medo-Persia y Grecia, reinos representados por el carnero y el macho cabrío en Daniel 8.

Su crecimiento vertical

Daniel 8:10 continúa describiendo el crecimiento físico del “cuerno pequeño”, pero ahora de una manera vertical. La primera cláusula del versículo señala que él “creció”, o se engrandeció, “hasta el ejército de los cielos”. Esta frase aparece unas 17 veces en el Antiguo Testamento. La misma se utilizó de manera literal, algunas veces, para referirse a las estrellas del cielo (Gén. 2:1; 2 Crón. 33:5; Isa. 34:4; Jer. 33:22 y Neh. 9:6) y otras de manera figurada o metafórica, para referirse a las estrellas del cielo como ídolos de adoración religiosa (Deut. 4:19; 17:3; 2 Rey. 17:16; 21:3, 5; 23:4, 5; 2 Crón. 33:3; Jer. 8:2; 19:13; Sof. 1:5). La misma frase, “ejército de los cielos”, también se utilizó de manera figurada para referirse a seres sobrenaturales del cielo (1 Rey. 22:19; 2 Crón. 18:18).

Por otro lado, el término “ejército” (*šābā*), por sí solo, aparece en el Antiguo Testamento unas 487 veces. Este término fue utilizado de manera literal para referirse a un grupo organizado de soldados (Núm. 1:20, 22, 24; 2:4, 6, 8, 11, etc.) y, de manera metafórica, para referirse a un grupo organizado de sacerdotes del santuario israelita (Núm. 4:23, 30, 35, 38, 43, etc), una tribu del pueblo de Israel (Éxo. 19:15, 16, 19, 20), o cierto tipo de servicio (Isa. 40:2).

Este estudio de la palabra “ejército” y de la frase “ejército de los cielos”, nos permite concluir que la frase de Daniel 8:10 se refiere a las estrellas del cielo como símbolo de líderes religiosos y del pueblo de Dios (Sal. 103:21).

La segunda cláusula de Daniel 8:10 añade que el cuerno pequeño arrojó parte del ejército o parte de las estrellas hacia la tierra (Dan. 8:10b). El verbo hebreo *nafal* (caer), que aparece en dicha cláusula, fue utilizado algunas veces de manera literal y otras de manera metafórica. El uso figurado de *nafal* (caer) aparece en el Antiguo Testamento para indicar la muerte de soldados o habitantes de una nación (Éxo. 19:21; 32:28; Lev. 26:7, 8, 36; Jos. 8:25; Juec. 8:10; 12:6; 20:44, 46; 1 Sam. 4:10; 2 Sam. 1:19; 3:38; Dan. 11:12, 19). Siendo que la frase “ejército de los cielos” de Daniel 8:10 es una expresión figurada o simbólica, el verbo *nafal* (caer) del mismo versículo también debería entenderse de manera figurada y, por lo tanto, significa la muerte de los líderes o personas del “pueblo de Dios”. Esta interpretación del verbo “caer” y de la frase “ejército de los

Las profecías apocalípticas de Daniel

cielos” armoniza con la explicación que el ángel Gabriel le dio a Daniel concerniente a la obra del cuerno pequeño (Dan. 8:24). Es decir, que él destruiría a los fuertes y al “pueblo de los santos” (Dan. 8:24).

Los hechos del cuerno pequeño de Daniel 8:10 armonizan con la historia de la Roma imperial y con la historia de la Roma papal. Dicha historia registra que la Roma imperial persiguió y mató tanto a judíos como a cristianos de los primeros siglos de la Era Cristiana. Es decir, el emperador Nerón condenó a Pablo y a Pedro a morir.¹⁸ Vespaciano y Tito ordenaron la muerte de muchos judíos durante el sitio y la destrucción de Jerusalén en el año 70 d. C.¹⁹ Domiciano, Trajano, Adrián y Marco Aurelio Antonino persiguieron y condenaron a muchos nobles cristianos.²⁰ Y Diocleciano es considerado como el perseguidor más tirano de la iglesia cristiana.²¹ Además, la historia atestigua que la Roma cristiana o papal también persiguió y mató a muchos cristianos durante la Edad Media, entre los cuales figuran los albigenses, valdenses y hugonotes.²²

Su crecimiento máximo

Daniel 8:11 presenta, de manera sorprendente, el engrandecimiento vertical del cuerno pequeño. Allí dice que él se engrandeció aun hasta el “príncipe del ejército”. Notamos que el verbo “engrandeció” (*gādal*) tiene la forma verbal hebrea “Hifil” (causativo). Esta forma del verbo *gādal*, cuando tiene a un ser humano como sujeto, denota generalmente arrogancia.²³ Esta característica del cuerno pequeño se deja ver mejor en la segunda y tercera cláusulas de este versículo. En dichas cláusulas percibimos hasta qué grado llegó la arrogancia o el atrevimiento de esta entidad simbólica. Ahora, antes de analizar las cláusulas de este versículo, contestaremos primero la pregunta: ¿Quién es el “príncipe del ejército” de Daniel 8:11?

La frase “príncipe del ejército” aparece unas 7 veces en el Antiguo Testamento (1 Sam. 17:55; 1 Rey. 1:19; 11:15, 21; 2 Rey. 4:13; 1 Crón. 19:18; 27:5). En estos pasajes, la frase fue utilizada de manera literal para referirse al jefe o general de un ejército militar. La misma frase, con cierta variación, se utilizó para referirse a un jefe específico del ejército militar de un rey particular (Juec. 4:7; 2 Sam. 2:8; 10:16), o de una nación (1 Rey. 2:32; 2 Rey. 5:1). Además, observamos que la palabra “príncipe” (*šar*) y la palabra “príncipes” (*šarim*) aparecen unas 420 veces. Ellas fueron utilizadas para señalar a un jefe o jefes de un

ejército militar, de una ciudad (1 Sam. 12:9; 1 Rey. 22:26), de un distrito (Neh. 3:12-19), de una tribu (Núm. 7:2,18, 24, 30, 36; 1 Crón. 27:22; 28:1, etc.), de un grupo de mil o poco menor (1 Sam. 18:13; 2 Rey. 1:9; 1 Crón. 13:1; Isa. 3:3), de un grupo de sacerdotes (1 Crón. 15:22; 24:5; 2 Crón. 36:14), de un grupo de levitas (1 Crón. 15:22) y de un departamento de gobierno (Jer. 39:3). Aún más, observamos que la frase “Príncipe del ejército de Jehová” fue utilizada específicamente para referirse a un ser sobrenatural; es decir, al líder supremo de los ángeles celestiales o Jesús (Jos. 5:14, 15).

Este uso del término “príncipe” y de la frase “príncipe del ejército”, nos permite concluir que la expresión “príncipe del ejército”, de Daniel 8:11, puede referirse a un jefe militar, a un líder de los “sacerdotes del santuario israelita” o a un líder sobrenatural del ejército del cielo. En el contexto particular de Daniel 8:11, la frase “príncipe del ejército” no puede referirse a un ser humano, sino a un ser sobrenatural. La razón es que el ángel Gabriel se refirió a él como el “Príncipe de los príncipes” (Dan. 8:25). En otras palabras, este “Príncipe” goza de una jerarquía superior a cualquier otro príncipe de la tierra o del cielo. Por lo tanto, el “Príncipe” de Daniel 8:11 no puede ser un humano, sino un ser celestial, que tiene la posición de príncipe del pueblo de Dios en el cielo y en la tierra. Este “Príncipe de los príncipes” (Dan. 8:24) es conocido en el libro de Daniel como Miguel (Dan. 10:13, 21; 12:1), Mesías príncipe (Dan. 9:25), Hijo del hombre (Dan. 7:13) y Príncipe del pacto (Dan. 11:22). También aparece como “vuestro príncipe” (Dan. 10:21) y “Uno de los principales príncipes” (Dan. 10:13). Indudablemente, este Príncipe es Cristo o el Mesías del Nuevo Testamento (Jud. 9; Apoc. 12:7-10). En base a estas evidencias, consideramos que el “cuerno pequeño” de Daniel 8 debe referirse a un reino que se levantaría contra Jesucristo y su pueblo. Esta acción del “cuerno pequeño” de Daniel 8 armoniza bien con la conducta de la Roma imperial y de la Roma cristiana. La primera se levantó contra el Señor Jesús cuando lo crucificó en Jerusalén, y la segunda, cuando le usurpó su posición de sumo sacerdote y cabeza de la iglesia. Además, la Roma cristiana se levantó contra los seguidores de Jesús al perseguir y matar a los fieles cristianos de la Edad Media (albigenses, valdenses y hugonotes).²⁴

Ya dijimos que Daniel 8:11 tiene tres cláusulas que describen más ampliamente al cuerno pequeño. La primera de ellas nos informa que

el cuerno pequeño se engrandeció hasta el “príncipe del ejército”. La segunda clarifica que el “cuerno pequeño” se engrandeció hasta dicho “príncipe” al quitarle “el servicio continuo” (*hattāmîd*), y la tercera explica que el cuerno pequeño se engrandeció hasta el mismo Príncipe al arrojar su santuario por tierra. De esta manera, la primera cláusula describe el antagonismo del “cuerno pequeño” hacia “el Príncipe del ejército”, y las últimas dos cláusulas clarifican o amplían cómo se engrandeció el “cuerno pequeño” hasta dicho “Príncipe” o el Señor Jesús.

El término hebreo *hattāmîd*, de Daniel 8 11, aparece de manera independiente en este versículo. Dicho término, por su uso en el Antiguo Testamento, debe referirse a los rituales del “servicio diario” del templo de Jerusalén o al ministerio intercesor de Jesús en el santuario celestial. Daniel 8:11, como podemos notar, no indica explícitamente quién le quitó “el servicio continuo” al “príncipe del ejército”. Sin embargo, el contexto nos permite asumir que fue el mismo cuerno pequeño. Por lo tanto, ese “cuerno” tiene que representar a un reino que atentaría contra “el servicio diario” (*hattāmîd*) del santuario terrenal o celestial.

Un estudio más exhaustivo sobre la palabra *tāmîd* revela que ésta aparece 103 veces en el Antiguo Testamento, de las cuales, 69 veces tiene la función de adverbio, 29 veces la función de sustantivo (en frases genitivas) y 5 veces la función de sustantivo definido independiente (*hattāmîd*).²⁵ Éste último aparece, exclusivamente, en el libro de Daniel (8:11, 12, 13; 11:31; 12:11), y ha sido considerado, por traductores y comentaristas, como una frase técnica o elipsis de la frase “continuo sacrificio” (^c*olaṭ hattāmîd*).²⁶ Sin embargo, esta interpretación está fuera de lugar, ya que el término *tāmîd* no tan sólo se utilizó con la palabra “sacrificio”, sino también con la palabra “pan”, “incienso”, “cereal”, “fuego”, etc. Por lo tanto, la palabra independiente *hattāmîd* del libro de Daniel debería entenderse mejor como “el servicio continuo” del santuario israelita o del santuario celestial. La identificación precisa de su significado dependerá del contexto en que ella aparezca.

Una traducción sugerente de la frase *hattāmîd* podría ser “la continuidad” o “el servicio continuo”, ya que ambas frases reflejan la esencia de la frase hebrea. Por otro lado, si deseamos comprender el significado teológico de *hattāmîd*, sería apropiado que primero tratemos de entender la teología del “servicio continuo” del santuario israelita, y luego estudiemos la frase *hattāmîd* en su respectivo contexto.

Al estudiar el ritual del “servicio continuo” israelita, observamos que éste se componía de varios elementos simbólicos que prefiguraban o representaban el plan de Dios para redimir a los pecadores. El servicio involucraba el ofrecimiento del sacrificio continuo, del cereal continuo, del incienso continuo, del pan continuo y del fuego continuo (Éxo. 25:30; 29:38-42; 30:7, 8; Núm. 28:3-8). Estos rituales eran ofrecidos diariamente, de mañana y tarde (Éxo. 29:38-42; Núm. 28:3-8), por los sacerdotes ungidos de la tribu de Leví. Ellos ejercían, a su vez, una función simbólica de intercesión (Lev. 8, 9; Núm. 18:1-7), y los sacrificios diarios representaban o tipificaban el gran sacrificio del Señor Jesús en la cruz del calvario y sus méritos expiatorios a favor de la humanidad (Heb. 7:22-27; 9:9-14, 23-28; 10:19-25; 12:22-29). En otras palabras, los elementos rituales del “servicio continuo” (*hattāmîd*) tenían la función de representar la función sacerdotal de Jesús y sus méritos expiatorios (justicia y santidad), mediante las cuales el pecador podría tener acceso a Dios, obtener el perdón de sus pecados y adorar a Dios en espíritu y en verdad. Observamos que aunque el pueblo de Israel tenía el privilegio de adorar a Dios todos los días de la semana, el clímax de su adoración tenía lugar, de manera especial, en el séptimo día de la semana (Éxo. 20:8-11; 31:12-17).

Es interesante notar que los elementos rituales del “servicio continuo” se ofrecían todos los días de la semana, del mes y del año; inclusive en el día de la expiación o *yôm hakkippūrîm* (Núm. 29:7-11). Las horas matinales o vespertinas de dicho “servicio”, durante las cuales se ofrecían los elementos rituales, ocupaban un lugar muy importante en la vida religiosa del pueblo de Israel, y fueron apartadas y dedicadas en forma oficial para la adoración de Dios, aun durante los años de la cautividad babilónica (586 a. C. - 516 a. C.). El libro de Daniel declara que los israelitas, a la hora determinada del servicio continuo, tornaban sus rostros hacia la ciudad de Jerusalén para adorar al Dios de Israel (Dan. 6:10).

¿Pero cómo le quitó el cuerno pequeño el “servicio continuo” al Príncipe del ejército? En primer lugar, notemos que Roma extendió su dominio hasta la tierra deseable o el reino de Judá a partir del año 63 a. C. En segundo lugar, recordemos que el profeta Daniel afirma que dicho reino continuaría hasta el fin de la historia de nuestro mundo (8:9-12, 24-26; 11:36-45). Este cuadro nos permite entender que Daniel

Las profecías apocalípticas de Daniel

8:11 se ha cumplido parcialmente en las acciones de la Roma imperial contra Jesucristo y el templo de Jerusalén, y se cumplirá totalmente en las acciones de la Roma papal contra el Señor Jesús y su santuario celestial. Esta interpretación armoniza con otras explicaciones que el ángel Gabriel (Dan. 9:24-27; 11:31-45) y el varón vestido de lino (12:11, 12) le dieron a Daniel. En otras palabras, la frase *hattāmîd* de Daniel 8:11 se refiere tanto al “servicio diario” del templo de Jerusalén, que fue eliminado por la Roma imperial en el año 70 d. C., como al sistema de salvación y adoración del santuario celestial, que la Roma papal pondrá a un lado en el “tiempo del fin” (cf. Dan. 12:11). La frase “tiempo del fin”, que aparece cinco veces en el libro de Daniel, será analizada al final de este capítulo y en nuestro estudio de Daniel 12:5-13.

Esta interpretación, de la segunda cláusula de Daniel 8:11, está basada en nuestra investigación de la frase preposicional hebrea *ûmimménû* (de él). Dicha frase está compuesta de la preposición *min* (de) y el sufijo de la tercera persona singular (él). Este sufijo no puede referirse al “cuerno pequeño”, sino al “príncipe del ejército”, porque esta frase es el foco gramatical de la primera cláusula de Daniel 8:11 y, consecuentemente, el antecedente del sufijo “él”. Por esta razón, consideramos que el sufijo “él”, de la frase hebrea *ûmimménû*, se refiere al “príncipe del ejército” y no al “cuerno pequeño”.

Lamentablemente, algunas versiones de la Biblia han traducido la frase preposicional *ûmimménû* “por él”, en lugar “de él”, y esto ha traído un poco de confusión en la comprensión del pasaje. Sin embargo, la traducción “por él” no se apega a la sintaxis del idioma hebreo, ni tampoco a la traducción usual de esta frase en el Antiguo Testamento. La realidad es que la frase *ûmimménû* siempre fue traducida en la mayoría de las versiones de la Biblia “de él” o “delante de él”, a excepción de Nahum 1:6 y Daniel 8:11. Estas dos excepciones, a nuestro parecer, no son apropiadas.

De igual manera, el pronombre posesivo masculino “su”, que aparece en la frase “el lugar de su santuario” (Dan. 8:11), tiene como su antecedente al “príncipe del ejército” y no al “cuerno pequeño”. En otras palabras, la expresión el “lugar de su santuario” no se refiere al santuario del cuerno pequeño, sino al santuario del “príncipe del ejército”. Pero, ¿qué significa la expresión “el lugar de su santuario”? Antes de contestar esta pregunta, aclaramos que la palabra “lugar” de

este versículo es la traducción castellana del término hebreo *makôn*. Esta palabra fue utilizada 17 veces en el Antiguo Testamento: cuando fue usada de manera literal, siempre denotó el lugar de la habitación o morada de Dios; es decir, el santuario terrenal (Esd. 2:68; Isa. 4:5) o el santuario celestial (1 Rey. 8:39, 43, 49; 2 Crón. 6:30, 33, 39; Sal. 33:14). Por otro lado, cuando la palabra *makôn* fue utilizada metafóricamente, denotó el fundamento del trono de Dios o los principios básicos de su gobierno (Sal. 89:14; 97:2). Solamente una vez fue utilizada de manera literal para referirse al fundamento de la tierra (Sal. 104:5). Por estas razones, concluimos que el término *makôn*, de Daniel 8:11, se refiere tanto al fundamento o lugar del templo de Jerusalén, que fue destruido en el año 70 d. C., como al fundamento metafórico del santuario celestial. El significado metafórico de *makôn* se observa en el Salmo 89:15. Allí dice que *la justicia y el derecho* son “el fundamento” o *makôn* del trono de Dios, y estos principios fueron el mismo fundamento del santuario israelita. En la *Torah* observamos que el arca del pacto, que contenía las tablas del pacto, representaba al trono de Dios. Y las dos tablas del pacto, a su vez, constituían la norma de *justicia y derecho* del gobierno de Dios en la tierra.

En base a este análisis de Daniel 8:11, concluimos que la expresión “fue arrojado el fundamento de su santuario” se refiere, en primer lugar, a la destrucción del templo de Jerusalén por la Roma imperial (70 d. C.). Y, en segundo lugar, se refiere al atropello del santuario celestial por la Roma papal medieval y por la Roma papal del “tiempo del fin”. En otras palabras, Daniel 8:11 predice que el cuerno pequeño, en su primera fase, derribaría el santuario de Jerusalén y, en su segunda y tercera fases, echaría por Tierra los elementos básicos del santuario celestial, tales como los mandamientos de la Ley de Dios y el ministerio intercesor del Señor Jesús. Siendo que el Decálogo o las Tablas del Pacto son el fundamento del gobierno de Dios, el derribamiento o el lanzamiento de dicho “fundamento” estaría indicando que esos principios eternos serían atacados o degradados por Roma. Esta acción del “cuerno pequeño”, de atacar o degradar la Ley de Dios, es una de las cosas que la Roma papal ha realizado en el pasado. La historia de la Roma papal revela que dicha institución anuló el segundo mandamiento del decálogo, con el propósito de facilitar la veneración o la adoración de las imágenes, y dividió en dos el décimo mandamiento para restituir el

Las profecías apocalípticas de Daniel

mandamiento que se había eliminado. Además, las evidencias históricas indican que la Roma papal aprobó el cambio de la observancia del séptimo por el primer día de la semana, tal y como el libro de Daniel lo había profetizado (Dan. 7:25; 8:11).²⁷ De esta manera, Roma en su fase imperial y papal lanzó “el fundamento” del santuario de Dios por tierra y, de acuerdo con Daniel 11:40-45 y 12:10-12, la Roma papal del “tiempo del fin” lo hará una vez más. Este evento sucederá un poco antes de la Segunda Venida de Jesús (ver Apoc. 12:17; 13:1-18).

Daniel 8:12 continúa describiendo la magnitud del engrandecimiento del cuerno pequeño. Desafortunadamente, este versículo tiene varios obstáculos textuales y gramaticales. Uno de ellos es la dificultad para traducir el verbo pasivo *tinnātēn*, la preposición [°]*al* y la frase *bəpāsa*[°]. A nuestro parecer, la traducción de la primera cláusula de Daniel 8:12 tiene tres alternativas, (1) un ejército fue puesto (*tinnātēn*) sobre ([°]*al*) el servicio continuo (*hattāmîd*) en rebelión (*bəpāsa*[°]); (2) un ejército fue puesto (*tinnātēn*) contra ([°]*al*) el servicio continuo (*hattāmîd*) en rebelión (*bəpāsa*[°]); y (3) el ejército fue entregado (*tinnātēn*) junto con ([°]*al*) el servicio continuo (*hattāmîd*) por rebelión (*bəpāsa*[°]). Si las dos primeras traducciones fueran las correctas, entonces el ejército de este versículo podría ser un grupo organizado de sacerdotes o ministros que tendrían el “control” o atacarían el “servicio continuo” del templo de Jerusalén o del santuario celestial. Además, la acción de poner a un “ejército” sobre el *tāmîd* o contra el *tāmîd*, sería considerado en el contexto de la visión como un acto de “rebelión” contra Dios y su santuario. Por otro lado, si la tercera traducción es la correcta, entonces el ejército se refiere al “pueblo de Dios”, que sería entregado y pisoteado durante la destrucción del templo de Jerusalén (70 d. C.) por la rebelión de este pueblo contra el pacto santo. Además, esta cláusula puede referirse también al pueblo de Dios que será entregado y pisoteado durante “el tiempo del fin” por la rebelión contra el pacto santo. A nuestro juicio, la tercera opción se apega más a la gramática hebrea y al contexto de la visión. Por lo tanto, traducimos la primera cláusula de Daniel 8:12 de la siguiente manera: “Y el ejército fue entregado junto con (veáse el uso de la preposición [°]*al* en Gén. 18:2; 45:1; Núm. 35:6; Dan. 8:2) el servicio continuo (veáse el uso de [°]*al* en Núm. 28:10, 15, 24) por rebelión o en rebelión” (veáse el uso de la preposición *be* en Prov. 28:2; 29:6; Miq. 1:5). Esta interpretación armoniza con la información de Daniel 8:13, donde

dice que *la rebelión* desoladora entregaría el santuario y el ejército para ser pisoteados.

La segunda cláusula de Daniel 8:12 continúa diciendo que el cuerno pequeño arrojó o lanzó “la verdad” por tierra. Este lanzamiento demuestra la actitud del cuerno pequeño hacia Dios y hacia su santuario. Es interesante notar que el término “verdad”, en el Antiguo Testamento, se refiere a todo lo que es derecho y justo o todo lo opuesto a la falsedad o mentira. El término “verdad”, dependiendo del contexto en que se use, puede referirse a la Ley de Dios, la Palabra de Dios, o los principios de justicia y misericordia del gobierno de Dios (2 Sam. 7:28; Sal. 119:142, 151, 160; Dan. 10:21). Por estas razones, consideramos que “la verdad” lanzada por tierra tuvo su cumplimiento, primeramente, con la Roma imperial y más tarde, con la Roma papal. La historia afirma que la Roma imperial se opuso a las enseñanzas de las Sagradas Escrituras y decretó la primera ley dominical. La historia también afirma que la Roma papal, durante la Edad Media, suprimió el estudio y la circulación de las Sagradas Escrituras, anuló el segundo mandamiento del decálogo y legalizó el cambio del sábado por el domingo. Es decir, la Roma imperial y la Roma papal arrojaron la verdad de Dios por tierra.²⁸ Pero la profecía no se limita tan solo al pasado, ella también afirma que la Roma papal manifestará el mismo antagonismo hacia la ley de Dios en el futuro, aunque de una manera más radical y abarcante (Dan. 11:40-45; 12:11).

Por último, la tercera cláusula de Daniel 8:12 termina diciendo que el cuerno pequeño “hizo” y “prosperó”. En otras palabras, la carrera del cuerno pequeño sería activa y próspera hasta que Dios se lo permita o el santuario celestial sea totalmente purificado. De acuerdo con Daniel 11:36, el cuerno pequeño o el rey del norte prosperaría hasta la “consumación de la ira”. Y, según Daniel 12:1, la purificación del santuario concluirá con el levantamiento de Miguel en el “tiempo del fin”. Este evento será explicado más adelante, cuando estudiemos el significado de Daniel 8:14.

Su identificación histórica

Los datos específicos del cuerno pequeño ofrecidos en Daniel 8, concernientes al lugar de su procedencia, el tiempo de su surgimiento, las direcciones de su crecimiento y el objetivo de sus actividades, son puntos claves que nos ayudan a identificarlo en la historia.

Las profecías apocalípticas de Daniel

Hasta aquí hemos visto que el cuerno pequeño surgió de uno de los cuatro puntos cardinales esto es del norte (Dan. 8:8, 9). Y desde allí creció o se engrandeció hacia el sur (Cartago), hacia el oriente (Macedonia) y hacia la tierra deseable (Palestina). Siendo que el “cuerno pequeño” creció primeramente hacia el sur, deducimos que él procedía o venía del norte. Este punto cardinal, que no se menciona en Daniel 8:9, apunta hacia la ciudad de Roma, capital del imperio romano.

También la visión afirma que el cuerno pequeño o “el rey altivo de rostro” se levantaría al final de los cuatro reinos divididos de Grecia (8:23). Si el reino de Grecia perdió su unidad a partir del año 323 a. C., y el último de los reinos de su división se sometió a Roma en el año 31 a. C., entonces el período de su división fue de 292 años. Si este dato es correcto, entonces la parte final de la división de Grecia empezó a partir del año 177 a. C., que es el término medio de los 292 años de la división de Grecia. El año 177 a. C. encaja muy bien con las fechas en que Roma sometió definitivamente al reino de Cartago (202 a. C.-146 a. C.), Macedonia (168-146 a. C.), Siria (65 a. C.), Judá (63 a. C.) y Egipto (31 a. C.). Por lo tanto, el “rey” que se levantaría en la parte final de los reinos divididos de Grecia se refiere a Roma.

Otra característica del cuerno pequeño es que él se engrandeció hasta “el ejército de los cielos” y “aun hasta el príncipe del ejército”. Dicha característica concuerda muy bien con la historia de Roma. El imperio romano mató al Señor Jesús, destruyó a miles de judíos en el año 70 d. C. y mató a muchos “cristianos” durante los primeros siglos de nuestra era. La Roma papal, como vimos anteriormente, también persiguió y mató a muchos cristianos albigenses (1208 d. C.), valdenses (1487, 1655, 1686, 1696) y hugonotes (1572). Y lo que la Roma papal realizó en el pasado, lo repetirá una vez más en el tiempo del fin. Por lo tanto, el cuerno pequeño no puede referirse a Antíoco Epifanes, sino a Roma: la Roma imperial y la Roma papal.

Si el lector es sincero y honesto, admitirá que la única conclusión a la cual podemos llegar es que el cuerno pequeño de Daniel 8 representa al reino de Roma en sus tres etapas: la Roma pagana (168 a.C. - 476 d. C.), la Roma papal de la Edad Media (538 d. C.-1798) y la Roma papal del tiempo del fin (1798 d. C. - Fin). Esta interpretación armoniza con Daniel 11:21-45 y Apocalipsis 12:1-17. Además, el reino de Roma cumple con las características y acciones del cuerno pequeño en lo que

concierna a: (1) el lugar o punto cardinal de su procedencia, (2) el tiempo de su surgimiento, (3) sus actividades persecutorias o destructivas, (4) sus acciones arrogantes contra el “Príncipe de los príncipes” o Jesús, (5) sus acciones contra el santuario de Dios y la verdad eterna. En otras palabras, todo lo que la visión de Daniel 8 predijo concerniente al cuerno pequeño, la Roma pagana y la Roma papal lo cumplieron, lo están cumpliendo, y anticipa que lo cumplirán al pie de la letra.

La Roma papal, de manera especial, se levantó contra el pueblo de Dios y persiguió a los que no estaban de acuerdo con sus dogmas e intereses políticos. Este mismo poder también usurpó las prerrogativas que le pertenecen solamente al Señor Jesús; esto es, ser cabeza de la iglesia cristiana (Ef. 4:15), sumo sacerdote (Heb. 9:11), perdonador de los pecados (1Jn. 2:1), y mediador entre Dios y los hombres. (1Ti. 2:5) Además, la Roma papal echó por tierra la verdad cuando eliminó el segundo mandamiento del decálogo y legalizó la observancia del primer día de la semana o domingo, en lugar del séptimo día o sábado. Por último, la Roma papal también echó por tierra la verdad eterna de Dios cuando enseñó doctrinas contrarias a las Sagradas Escrituras. Es decir, que los santos están vivos en el cielo e interceden por los pecadores, la doctrina de la inmortalidad del alma, la supremacía del obispo de Roma, el sacrificio repetitivo de la Misa, el purgatorio, etc.²⁹

Estas evidencias son suficientes para concluir que las características y actividades del cuerno pequeño de Daniel 8 armonizan con el reino de Roma. De una manera más exacta, podemos decir que dicho cuerno se refiere al reino de Roma en sus tres etapas: la Roma pagana (168 a. C. - 476 d. C.), la Roma papal de la Edad Media (538-1798 d. C.) y la Roma papal del tiempo del fin (1798 a. C. - Fin).

Un ángel interroga a un ser santo

Al estudiar Daniel 8 notamos que los símbolos zoomorfos de esta visión aparecen hasta el versículo 12. Luego, en el versículo 13, un ángel le pregunta o otro Santo: “¿Hasta cuándo [concluirá] la visión que concierne al servicio continuo y la rebelión desoladora que entrega el santuario y el ejército para ser pisoteados?”

Esta pregunta debe ser entendida, si deseamos comprender la respuesta del ser Santo (Dan. 8:14). Para lograr este objetivo, haremos un análisis cuidadoso de cada una de las partes gramaticales de dicha pregunta. En primer lugar, analizaremos la frase interrogativa “hasta cuándo”. Esta

Las profecías apocalípticas de Daniel

frase, en la Biblia Hebrea, está compuesta de la preposición ^c*ad* (hasta) y el término interrogativo *māṭay* (cuándo). La misma, aparece unas 21 veces en el Antiguo Testamento. Allí notamos que los interrogadores que la usaron, para solicitar una información temporal, esperaron una respuesta que les indicara el punto final del tiempo (Éxo. 10:3, 7; Núm. 14:27; 1 Sam. 1:14; 16:1; 1 Rey. 18:21; Sal. 74:10; 80:5; 82:2; 90:13; Prov. 1:22; 6:9; Isa. 6:11; Dan. 12:6), y no su duración. Por lo tanto, ^c*ad-māṭay* debería traducirse “hasta cuándo” o “cuándo”, pero no “por cuánto tiempo”, ya que el interrogador que la usaba esperaba recibir una respuesta que le indicara la terminación del tiempo, y no su duración.

Después de la frase “hasta cuándo”, sigue el sustantivo definido “la visión”. Éste es el objeto de la pregunta del ángel y está relacionado con la visión descrita en Daniel 8:3-12. El ángel, sin lugar a dudas, estaba interesado en saber hasta cuándo o en qué momento de la historia terminaría de cumplirse la visión. A él le interesaba saber, de manera especial, cuándo terminaría la arrogancia o la guerra del “cuerno pequeño” (8:9-12) contra el “Príncipe del ejército”, el “pueblo de Dios”, “el servicio continuo” (*hattāmîd*) y el “santuario” (*qōdes*).

La frase hebrea *hattāmîd* (el servicio continuo), que sigue a la palabra visión, está compuesta del artículo *ha* (el) y el adverbio *tāmîd* (continuamente). Cuando este adverbio está definido por el artículo, y es usado de manera independiente, deja de ser adverbio y se transforma en sustantivo. En esta función, el término *hattāmîd* debería traducirse como “la continuidad” o “el servicio continuo”. Dicha frase, como ya vimos, involucraba los ritos del “servicio diario” del santuario israelita, o los ritos de las mañanas y tardes del templo de Jerusalén. Sin embargo, el término *hattāmîd* de la pregunta del ángel, no puede referirse exclusivamente al “servicio diario” del templo de Jerusalén, sino también al “ministerio sumo sacerdotal” de Jesús en el santuario celestial. Este significado del término *hattāmîd* es posible en Daniel 8:13, porque el ángel preguntó sobre la terminación de la visión que concernía al “servicio continuo” en el tiempo del fin (8:11, 17, 19). Es decir, la pregunta del ser Santo implica que el “cuerno pequeño” atacaría el santuario de Dios hasta que éste llegase a ser totalmente purificado en el “tiempo del fin” (8:14, 26; 11:40-12:1). Este período, de acuerdo al libro de Daniel, abarcaría desde el año 1798 d. C. (12:6, 7) hasta la resurrección de Daniel (12:13). Esta perspectiva profética impide que el

“servicio continuo” (*hattāmîd*) de Daniel 8:13 se refiera exclusivamente al servicio del templo de Jerusalén, pues éste fue destruido en el año 70 d. C. Por otro lado, “el ministerio de Jesús” en el “santuario celestial” se ha mantenido activo desde su resurrección, y continuará hasta que él termine su ministerio en “el tiempo del fin” (Heb. 8 y 9; Dan. 12:1). Por lo tanto, “el servicio continuo” de la pregunta del ángel tiene que referirse tanto al “servicio continuo” del templo de Jerusalén, como al “servicio continuo” del santuario celestial. Esta conclusión encuentra apoyo en el contexto de la pregunta del ángel y en la explicación que el ángel Gabriel le dio a Daniel (Dan. 9:24-27 y 11:21-12:3).

Es importante notar que la frase *hattāmîd* (el servicio continuo) y la palabra *hāzôn* (visión), de la pregunta del ángel, no pueden formar una frase genitiva. Esto se debe a que el sustantivo visión tiene el artículo. Y según la gramática hebrea, cuando dos sustantivos están juntos, y el primero tiene el artículo, dicho sustantivo no puede formar una frase genitiva con el sustantivo que le sigue.³⁰ Por lo tanto, en este caso particular, ambos sustantivos tienen una relación gramatical de “aposición”. Es decir, el segundo sustantivo (continuidad) clarifica, determina o identifica al primer sustantivo (visión) en una de las siguientes maneras: (1) designando el papel o la capacidad del primer sustantivo, (2) especificando el estado del primer sustantivo, (3) revelando una característica o cualidad del primer sustantivo, (4) especificando el material o la sustancia del cual el primero es hecho, etc.³¹ A nuestro juicio, el término *hattāmîd* revela una característica de “la visión”; es decir, la visión se caracteriza porque trata el tema del “servicio continuo”. Por lo tanto, la pregunta del ángel debería traducirse: “¿Hasta cuándo [concluirá] la visión [concerniente] al “servicio continuo” y “la rebelión desoladora” que entrega el santuario y el ejército para ser pisoteados?”

Después de la frase *hattāmîd*, en la pregunta del ángel, sigue la expresión *wəhappésa^c sōmēm* (rebelión desoladora). Esta frase está formada por el sustantivo *happésa^c* y el participio *sōmēm*. El sustantivo *happésa^c* significa “la rebelión” o “la revuelta”, en un sentido moral o religioso. Es interesante notar que la palabra *pésa^c* se encuentra asociada, a menudo, con otros términos como pecado e iniquidad (Gén. 31: 36; 50:17; Éxo. 34:7; Lev. 16:21; Isa. 1:28; Eze. 21:24, etc.). En otras palabras, *pésa^c* presenta al pecado como un acto de rebelión o revuelta contra Dios, o como una insubordinación contra las leyes y

Las profecías apocalípticas de Daniel

los mandamientos de Dios. El término *pésa*^c, en la pregunta del ángel, debería entenderse como “la rebelión” o “la insubordinación” del pueblo del pacto contra el gobierno y la ley de Dios. La “rebelión” de Daniel 8:13 sería, entonces, la causa que entregaría el “ejército” y el “santuario” para ser pisoteados. Pero, ¿a qué se refieren, específicamente, la frase “la rebelión desoladora” y las palabras “ejército” y “santuario”?

El contexto de Daniel 8:13 nos permite asumir que el término “rebelión” de este versículo se refiere a una rebelión contra el Príncipe del ejército, su santuario, su “servicio continuo” y su ley (Dan. 8:11, 12). Daniel 8:12, como ya vimos, declara explícitamente que el “ejército” fue entregado junto con el *tamid* por causa de rebelión. Es decir, porque el pueblo de Israel violó “el pacto santo”. Por lo tanto, “la rebelión desoladora” de Daniel 8:13, que entrega el santuario y el ejército para ser pisoteados, se refiere a la rebelión o pecado contra “el pacto santo”.

Como mencionamos anteriormente, el término “ejército” se usa en el Antiguo Testamento para referirse a: (1) un grupo de personas organizadas militarmente, (2) un grupo de personas que sirven en el sacerdocio o ministerio del santuario israelita, (3) un grupo de personas que pertenecen a una tribu de Israel o a todo el pueblo de Israel. Este uso del término “ejército” nos permite concluir que el “ejército” de Daniel 8:13 se refiere al pueblo de Dios, que sería atacado por el cuerno pequeño o Roma (168 a. C. - fin del mundo).

Por otro lado, el término “santuario” de la pregunta del ángel, es la traducción de la palabra hebrea *qōdes*. Este sustantivo abstracto significa “santidad” (Éxo. 15:11), y puede referirse al “lugar santo” o primer departamento del “santuario” (Éxo. 26:33), al “lugar santísimo” o segundo departamento (Lev. 16:2) y al “santuario” en general (Éxo. 30:13; 36:1, 3, 4; Lev. 4:6; 10:4; Núm. 3:28; Dan. 9:25; 1 Crón. 9: 29; 24:5; Isa. 43:28; Sof. 3:4; Sal. 134:2; Mal. 2:11). Notamos también que el término *qōdes*, en otros lugares de la Biblia, determina o califica al “pacto” de Dios (Dan. 11:28, 30; cf. Deut. 4:13, 23), al pueblo de Dios (Dan. 12:7) y a ciertos elementos del templo de Jerusalén (Éxo. 28:2; 29:33; 30:25; 31:14; 40:9; Lev. 21:6, 7; 23:20; 25:12; 1 Sam. 21:4, 6; Esd. 8:28). Todas estas evidencias lingüísticas nos indican que el término *qōdes* está relacionado con la santidad o lugar santo de Dios. Este santuario, cuyo fundamento sería derribado y pisoteado por el cuerno

pequeño o Roma, se refiere tanto al santuario de Jerusalén (Dan. 9:26) como al santuario celestial (8:14). Es decir, el lugar donde Dios mora y el Príncipe de los príncipes ministra a favor de los seres humanos.

El término hebreo *mirmās*, de la pregunta del ángel, es un sustantivo masculino singular que significa “lugar de pisoteo” o “pisoteado” (Isa. 10:6; 28:18; Eze. 34:19; Miq. 7:10). La idea de esta palabra, en su contexto, es que el santuario y el ejército serían pisoteados o tratados como un lugar de pisoteo.

En resumen, podemos decir que el ángel preguntó: ¿Hasta cuándo [concluirá] la visión [concerniente] al “servicio continuo” y la “rebelión desoladora” que entrega el *santuario* [de Jerusalén y del cielo] y el “ejército” [de Dios] para ser pisoteados?

La respuesta del Santo

La respuesta del Santo, a la pregunta del ángel (8:13), se presenta en Daniel 8:14. Allí dice: “Hasta 2300 tardes-mañanas, entonces el santuario será purificado”. Esta respuesta es la solución suprema de Dios para resolver el problema de la rebelión humana y poner fin a la lucha del ser humano por el control de los asuntos del mundo. Para entender esta respuesta, necesitamos analizar las expresiones “tardes-mañanas” y “el santuario será purificado”. Una lectura superficial de Daniel 8:14 nos permite percibir inmediatamente que el santuario, cuyo fundamento fue arrojado a la tierra y pisoteado, sería purificado o vindicado después que transcurrieran 2300 tardes-mañanas. Sin embargo, la respuesta del ser “Santo” no concedió ninguna información concerniente al tiempo en que se iniciarían las 2300 tardes-mañanas, ni tampoco el ángel Gabriel se lo explicó a Daniel (8:23-26). La realidad es que este asunto necesitó más información, y por eso Dios le concedió a Daniel la explicación que necesitaba para que lo entendiera (Dan. 9:24-27). Daniel tampoco recibió ninguna explicación concerniente a la naturaleza de la purificación del santuario en su visión de Daniel 8 y, por tal motivo, Gabriel tuvo que regresar para explicarle al profeta cuándo iniciarían las 2300 tardes-mañanas y cuál era el significado de la purificación del santuario (Dan. 9:24-27).

En el contexto de esta visión, la purificación del santuario es la respuesta o la solución de Dios al problema de la rebelión humana. Esa purificación, de acuerdo a la teología de las Sagradas Escrituras, no

Las profecías apocalípticas de Daniel

podía ser un evento puntual, sino un proceso que requería el sacrificio o la garantía del pacto (la muerte de Jesús), el transcurso de las 2300 tardes-mañanas (hasta el año 1844), el proceso de la “purificación” o “juicio” durante el “tiempo del fin” (8:17; 12:1), la segunda venida de Miguel o Jesús a la Tierra (Dan. 12:1; 1 Tes. 4:16, 17) y, por último, la destrucción del “cuerno pequeño” y sus aliados.

Lamentablemente, la visión de Daniel 8 guardó silencio sobre la naturaleza de la purificación del santuario y del inicio de las 2300 tardes-mañanas. Este silencio de la visión de Daniel 8 fue lo que enfermó al profeta Daniel (8:27), y lo estimuló a investigar en los escritos del profeta Jeremías lo concerniente a la desolación de Jerusalén y del santuario (9:1-3). El profeta Daniel, creyendo que la profecía de las 2300 tardes-mañanas y la purificación del santuario se referían al santuario de Jerusalén, rogó a Dios en oración que perdonara a su pueblo y restaurara el santuario de Jerusalén que estaba desolado (9:4-23). La respuesta a la oración de Daniel no se dilató y el ángel Gabriel lo visitó nuevamente para explicarle la realidad concerniente a las 2300 tardes-mañanas y la purificación del santuario. La explicación de Gabriel se encuentra en Daniel 9:24-27, y ella es la clave para entender la profecía de las 2300 tardes-mañanas y la naturaleza de la purificación del santuario celestial.

Las 2300 tardes-mañanas.

¿Cuál es el significado de la expresión “tardes-mañanas” de Daniel 8:14? ¿Se refiere a las mañanas y tardes en que se ofrecían los sacrificios del santuario de Jerusalén o a días literales del calendario israelita? ¿Existe la posibilidad de que esta expresión sea simbólica?

Primeramente, diremos que la frase “tardes-mañanas” de Daniel 8:14 no puede referirse al tiempo (mañanas y tardes) de los sacrificios diarios del santuario israelita. La razón es que no encontramos en ninguna parte del Antiguo Testamento que esa expresión se haya utilizado para referirse al tiempo de los sacrificios diarios. Sin excepción, encontramos en el Antiguo Testamento que el tiempo de los sacrificios es referido como “mañana y tarde”, y nunca como “tarde-mañana”. Por lo tanto, la expresión “tarde-mañana”, de Daniel 8:14, no puede referirse al tiempo de los sacrificios matutinos y vespertinos del santuario israelita.³²

La expresión “tarde-mañana” es la traducción literal de la frase hebrea *‘ereḥ bôqer*; *‘ereḥ* significa “tarde” y *bôqer*, “mañana”. Ambos términos son sustantivos singulares y fueron utilizados en el Antiguo Testamento, de manera independiente, para referirse a una “tarde” o “mañana” literal, y juntos, a un día literal. Sin embargo, ninguno de estos significados hace sentido en el contexto de la visión, ya que 2300 días literales (6 años y 4 meses) no son suficientes para que todos los eventos de la visión de Daniel 8 pudieran cumplirse en la historia y conforme a la explicación del ángel Gabriel (9:24-27). Esta realidad nos lleva a investigar la expresión *‘ereḥ bôqer* de manera figurada o simbólica.

Al estudiar la visión de Daniel 7, observamos que allí aparece la expresión “tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo” (7:25), que equivale a 1260 días. Esos días, de acuerdo al contexto, son simbólicos y cada día representa un año literal. Además, notamos que el término “semanas” fue usado de manera figurada o simbólica en Daniel 9:24. Por lo tanto, creemos que la expresión “tarde-mañana”, de Daniel 8:14, aunque en Génesis 1 indica un día literal, en el contexto de Daniel 8 es simbólico. En otras palabras, los 2300 días de Daniel 8:14, por ser simbólicos representan 2300 años literales. Esta interpretación simbólica de las 2300 tardes-mañanas no es caprichosa ni arbitraria, sino que está en perfecta armonía con el contexto de la visión, con todos los elementos simbólicos y gramaticales de Daniel 8 y el libro de Daniel. Este asunto del simbolismo de las 2300 “tardes-mañanas” será clarificado más ampliamente en el siguiente capítulo de esta obra.

Comienzo y fin de las 2300 tardes-mañanas

Si los días de Daniel 8:14 son simbólicos, ¿cuándo comienzan y cuándo terminan? Para poder contestar esta pregunta necesitamos recurrir a la visión de Daniel 9:24-27. Allí es donde encontramos el evento que marcaría su inicio y, a su vez, nos permitirá establecer la terminación de ese período profético. Al leer Daniel 9:24, encontramos que “70 semanas” serían cortadas a favor del pueblo de Israel (9:24). Alguien podría preguntar, ¿de qué período serían cortadas esas semanas? La respuesta es: de las 2300 tardes-mañanas de la visión de Daniel 8.

Por lo tanto, las 70 semanas de Daniel 9:24 deberían comenzar al mismo tiempo de la iniciación de los 2300 días simbólicos de Daniel 8:14. La pregunta es, ¿podemos saber cuándo se iniciarían las 70 semanas

Las profecías apocalípticas de Daniel

simbólicas? Según Daniel 9:25, las 70 semanas deberían comenzar con un decreto que le permitiría al pueblo judío retornar y edificar a Jerusalén (9:25). Como veremos en el siguiente capítulo de este libro, el decreto de la reconstrucción de Jerusalén se emitió en el otoño del año 457 a. C. Por lo tanto, los 2300 días simbólicos o 2300 años literales tendrían que llegar hasta el otoño del año 1844 d. C. Esta fecha, como se explicará mas adelante, está dentro del período del “tiempo del fin”; período que, de acuerdo con Daniel 8:17, es el punto focal de la visión de Daniel 8.

La purificación del santuario

Hasta aquí hemos visto que las 2300 tardes-mañanas son simbólicas y se refieren a 2300 años literales, que comenzarían en el otoño del año 457 a. C. y terminarían en el otoño de 1844 d. C. Pero, ¿qué significa la expresión “el santuario será purificado”? ¿A qué santuario se refiere y en qué consiste su purificación?

La palabra “santuario”, de Daniel 8:14, es una traducción del término hebreo *qōdes*. Esta palabra, como ya hemos visto, puede referirse al lugar santo del santuario de Jerusalén, al lugar santísimo del mismo santuario o a todo el santuario en general (1 Crón. 24:5; Sal. 134:2; Sof. 3:4; Isa. 43:28). ¿A cuál de estos lugares se estará refiriendo la palabra *qōdes* de Daniel 8:14? ¿Se estará refiriendo al santuario de Jerusalén o al santuario celestial? Antes de contestar estas preguntas, notemos primero que el término *qōdes*, de Daniel 8:14, se utiliza también en Levítico 16 para referirse al lugar santísimo (16:2, 3), al lugar santo y al santuario en general (16:16, 20, 23). Este uso del término *qōdes*, en Daniel 8:14 y en Levítico 16, nos indica que ambos capítulos están ligados lingüística y temáticamente y, por lo tanto, ambos eventos podrían estar relacionados el uno con el otro.

Ya hemos visto que la purificación del santuario de Daniel 8:14 es un evento del tiempo del fin (8:17). Y el tiempo del fin, como ya lo hemos mencionado, comenzó en 1798 d. C., y terminará con el levantamiento de Miguel, la resurrección de los hijos de Dios y su glorificación (12:1-3). Siendo que el santuario de Daniel 8:14 tendría que ser purificado en el tiempo del fin, podemos asumir que dicho santuario no se refiere al templo de Jerusalén, porque éste fue destruido en el año 70 d. C. y no existe más en el tiempo del fin. Además, el santuario de

Daniel 8:14 no puede ser el templo de Jerusalén, porque dicho templo ya no tiene ninguna función expiatoria después de la muerte de Jesús (31 d. C.). De acuerdo a las Sagradas Escrituras, el verdadero Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, ya murió, y los sacrificios de animales simbólicos ya no tienen ningún valor expiatorio. Al morir Jesús, caducaron los elementos simbólicos del antiguo pacto y entró en vigencia la realidad del nuevo pacto que continuará hasta el fin de la historia de nuestro mundo. En otras palabras, así como el antiguo pacto tenía su santuario, el nuevo pacto también tiene el suyo. La epístola a los Hebreos afirma que ese santuario está en el cielo, donde Dios mora y donde Jesús ministra a favor de la humanidad (Heb. 8:1, 2; 9:11, 12, 23-26; 10:19-22). Por lo tanto, el santuario de Daniel 8:14, que sería purificado en el “tiempo del fin” (1844 - segunda venida de Cristo), tiene que referirse al santuario celestial, donde el “Príncipe del ejército” ministra a favor del pecador y realiza el proceso final de la expiación del pecado (*yôm hakkippūrīm*). Esta interpretación de Daniel 8:14 tiene base exegética y apoyo en la epístola a los Hebreos, donde el autor explica que el plan de salvación dejó de ministrarse en el santuario terrenal y pasó a realizarse en el santuario celestial. También tiene apoyo en la tipología de los ritos expiatorios de Levítico 1-7 y 16, y en la revelación de Daniel 9:24-27.

Pero, ¿cuál es la naturaleza de la purificación del santuario celestial? ¿Podrá existir algo impuro en ese lugar o algo que necesite ser vindicado o restaurado? Para contestar estas preguntas, necesitamos investigar primero cuál es el significado de la palabra hebrea *nišdaq*, que se ha traducido “purificado” en algunas versiones castellanas. La palabra *nišdaq* es el pasivo del verbo *šadaq* (justificar, purificar, vindicar). La raíz *sdq*, en el Antiguo Testamento, puede tomar la forma de un sustantivo masculino (*šedeq*) o femenino (*šedaqah*), la de un adjetivo (*šaddiq*) y la de un verbo (*šadaq*). La raíz *sdq* aparece 523 veces en el Antiguo Testamento. El significado básico de dicho verbo es “justificar”, y el significado del sustantivo es “justicia”. Sin embargo, notamos que el verbo *šadaq* y el sustantivo *šedeq* o *šedaqah* adquieren un significado más amplio o extenso cuando son usados en líneas poéticas paralelas. Por ejemplo, el profeta Isaías utilizó la palabra “justicia” en líneas paralelas con el sustantivo “salvación” (Isa. 45:8; 51:5, 6, 8; 56:1; 58:17; 62:1; cf. Sal. 119:123; 98:2). La misma palabra “justicia” fue utilizada, en líneas paralelas, con el

Las profecías apocalípticas de Daniel

verbo “limpiar” (Job 4:17; 17:9) y con el verbo “purificar” (Sal. 51:4; Job 15:14; 25:4). Este uso paralelo de la palabra “justicia”, con otros términos sinónimos, nos sugiere que el verbo pasivo *nišdaq* puede significar: (1) justificado, (2) restaurado, (3) salvado, (4) vindicado o (5) purificado.³³

La purificación del santuario israelita, en el día de la expiación o *yôm hakkippūrîm*, era un proceso que comprendía varias ceremonias rituales. El sumo sacerdote tenía primero que ofrecer un sacrificio por sus propios pecados y luego un macho cabrío por los pecados del pueblo de Israel. Con la sangre del macho cabrío podía, entonces, expiar o quitar los pecados del santuario y del pueblo, ponerlos sobre el macho cabrío vivo, y mandarlo al desierto (Lev. 16). De la misma manera, así como era necesario que muriera un macho cabrío para que se purificara el santuario israelita, así también era necesario que primero muriera el Mesías o Cristo (9:24-27), quien había sido representado por el macho cabrío (Lev. 16), para que se pudiera purificar el santuario celestial (8:14). De acuerdo con Daniel 9:24-27, la muerte del Mesías sería el factor básico y obligatorio para que se exterminara totalmente el pecado y se estableciera plenamente la justicia eterna. Su muerte sucedió a la mitad de la septuagésima semana de Daniel 9:24, o sea en el año 31 de nuestra era. Una vez que Jesús murió por el pecado y resucitó, continuó con su función intercesora en el santuario del cielo hasta el cumplimiento de los 2300 días simbólicos, entonces comenzó su nueva función judicial (7:9-14; 8:14) o el proceso de la purificación del santuario celestial (8:14). Este evento se inició, como ya vimos, en el año 1844.

El ritual del “día de la expiación” o *yôm hakkippūrîm* (Lev. 16) nos enseña que la “purificación del santuario” israelita era la última representación ceremonial del proceso de la expiación o erradicación del pecado del pueblo de Dios y del santuario. En dicho día, de manera definitiva, se expiaba o quitaba todo rastro o mancha de los pecados de Israel y del santuario terrenal. De la misma manera, el proceso de la purificación del santuario celestial, en base al sacrificio expiatorio de Jesús, comenzó en el año 1844 o la fecha en que se cumplieron las 2300 tardes-mañanas. Esta etapa de purificación es un proceso muy solemne que tiene el objetivo de expiar, de manera definitiva, toda mancha o registro de los pecados del pueblo de Dios; esto es, borrar todo registro de los pecados de la comunidad del pacto de los archivos

del cielo (Sal. 51:1, 9; Isa. 43:25; 44:22; Hech. 3:19). En otras palabras, todos los pecados que nosotros confesemos a Dios, de manera sincera, serán eliminados del registro del cielo de manera definitiva y total; pero los pecados que los seres humanos no confesemos a Dios, no podrán ser borrados de los registros del cielo. Ellos permanecerán allí como evidencia, en el juicio final, contra aquellos que los cometieron. Esos pecados, que no fueron confesados ni borrados del registro del cielo, serán la prueba determinante para borrar del libro de la vida los nombres de las personas que los cometieron (Éxo. 32:33; Sal. 69:28; Apoc. 20:15). De ahí la importancia de que cada ser humano busque al Señor Jesús y aproveche su ministerio de intercesión a favor del ser humano. Las Sagradas Escrituras declaran: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9). El mismo apóstol Juan escribió: “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; pero si alguno hubiere pecado, abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo el justo” (1 Juan 2:1).

Además de nuestro arrepentimiento y confesión a Dios, tenemos que aceptar a Jesús como nuestro único Salvador del pecado y de la muerte; es decir, tenemos que creer que él ya pagó nuestra deuda a través de su sacrificio (Dan. 9:25-27; Juan 3:16), que él es nuestro abogado o sumo sacerdote (1 Juan 2:1) y el autor de nuestra salvación (Dan. 9:25). Esta entrega de nuestra vida a Dios transformará nuestro ser y nos motivará a vivir en armonía con los principios de su ley.

Concluimos diciendo que la purificación del santuario (Dan. 8:14) es un proceso que requirió la muerte del Señor Jesús en el calvario y continúa requiriendo su ministerio sacerdotal en el santuario celestial. Dicha purificación es la única solución que hace posible que tanto el santuario celestial como el pueblo de Dios en la tierra queden, finalmente, libres de la tragedia del pecado y de los ataques del “cuerno pequeño”. Es decir, el proceso de purificación del santuario hace posible que el pueblo de Dios y el gobierno de Dios queden totalmente libres de la maldición del pecado y de la perturbación del cuerno pequeño o de cualquier otro malhechor. Este proceso de purificación, según Daniel 8:14, tendría que entrar en acción al completarse el período de las 2300 tardes-mañanas (1844 d. C.), y terminar al concluir la función sacerdotal de Miguel en la última parte del “tiempo del fin” (12:1-3). En otras palabras, la purificación del santuario es un proceso judicial

Las profecías apocalípticas de Daniel

divino que tiene el propósito de demostrarle al mundo y al universo entero que Dios es justo, que los creyentes en Jesús o redimidos de la tierra son dignos de vivir en el reino eterno de Dios y que el cuerno pequeño merece quedar excluido de dicho reino.

El tiempo del fin

Pero, ¿qué significa la expresión “tiempo del fin”, y de qué manera se relaciona con la purificación del santuario celestial?

Primeramente diremos que la expresión “tiempo del fin” aparece cinco veces en el libro de Daniel. Una vez en Daniel 8 (8:17) y cuatro veces en la última visión (11:35, 40; 12:4, 9). Este “período” es el clímax y el foco de atención de la visión de Daniel 8 y de Daniel 10-12.

La frase “tiempo del fin”, como se explicará más adelante en nuestro estudio de Daniel 12:5-13, se refiere al período que comenzó en 1798 d. C., y terminará con la destrucción de nuestro mundo. En otras palabras, este período llegará a su fin cuando Miguel se levante del santuario celestial (Dan. 12:1) y venga a esta tierra para defender a su pueblo de la persecución del cuerno pequeño y a resucitar a todos los que confiaron en él (12:1-3, 13).

Como ya hemos visto, Daniel 8 especifica que el santuario celestial sería purificado al completarse el período de las 2300 tardesmañanas, es decir, en 1844 (8:14). Esta fecha está dentro del período del “tiempo del fin” que se inició en 1798. Por lo tanto, nosotros estamos viviendo en ese período final de la historia de nuestro mundo en que se está realizando la purificación del santuario celestial; es decir, el período en que se están borrando de manera definitiva los registros de pecado del pueblo de Dios y reafirmando sus nombres registrados en el libro de la vida.

Lamentablemente, todos aquellos que sean indiferentes al sacrificio de Jesús y continúen en abierta rebelión contra Dios y su santa ley, cargarán sus propias culpas y morirán para siempre. Por esta razón viene la pregunta obligada: ¿Cuál es su actitud hacia la salvación que Dios le ofrece? ¿Qué está haciendo con su vida mientras se está realizando la purificación del santuario celestial? ¿Será sabio, valiente y humilde para pedir perdón y aceptar la gracia salvadora de Jesús? ¿O seguirá siendo indiferente a la salvación tan grande y a la salvación gratuita que él le brinda? Hoy quiero invitarle en el nombre de Jesús a que lo acepte

como su salvador personal y el Señor de su vida. Acéptelo hoy; mañana será demasiado tarde, ya sea porque la muerte le sorprenda, o la puerta de la gracia se cierre para siempre. Recuerde, estamos viviendo en el “tiempo del fin” y pronto llegaremos al fin del tiempo de gracia, cuando ya no habrá más oportunidad.

Resumen

La visión de Daniel 8 es simbólica, y presenta a un carnero de dos cuernos como símbolo de Medo-Persia, a un macho cabrío, como símbolo de Grecia y a un cuerno pequeño, como símbolo de Roma: (1) la Roma imperial, (2) la Roma cristiana de la Edad Media y (3) la Roma cristiana del tiempo del fin.

Una de las características del cuerno pequeño es que él se extendió horizontalmente hacia el sur (Sicilia, Cartago y Egipto), hacia el este (Grecia, Asia menor, Babilonia y Medo-Persia) y hacia la tierra deseable (Palestina).

Otra de las características del cuerno pequeño es que él también creció verticalmente hasta el cielo, se engrandeció hasta el ejército del cielo (el pueblo de Dios) y aun hasta el príncipe del ejército (el Señor Jesús). La manera en que el cuerno pequeño se levantó contra el príncipe del ejército fue (1) quitándole la vida en el Calvario, (2) quitándole o usurpándole su derecho a la ministración de la salvación eterna, (3) derribando el fundamento literal del templo de Jerusalén y el fundamento metafórico del santuario celestial, (4) tergiversando la verdad de las Sagradas Escrituras y cambiando los diez mandamientos de la ley de Dios.

La guerra del cuerno pequeño contra Dios, su santuario y su pueblo, llegará a su fin cuando el proceso de la purificación del santuario celestial termine (Dan. 8:14; 12:1-3). Dicha purificación, según la visión de Daniel 8, tendría que comenzar al final de las 2300 tardes-mañanas, o sea en el otoño de 1844 (Dan. 8:14). La misma purificación, de acuerdo con el libro de Daniel, es un proceso judicial que terminará con el levantamiento de Miguel en el “tiempo del fin” (Dan. 12:1). Cuando él se levante, destruirá al cuerno pequeño o rey del norte (Dan. 8:25; 11:45), libertará a su pueblo y lo glorificará (Dan. 12:1-3).

Tan pronto como Jesús termine su ministerio intercesor, ya no habrá más oportunidad de salvación para los pecadores, y el cuerno

Las profecías apocalípticas de Daniel

pequeño y sus aliados tendrán que ser, finalmente, destruidos (Dan. 8:25; 11:45). En otras palabras, la purificación del santuario celestial es la solución o la respuesta de Dios a todos los ataques insolentes y soberbios del cuerno pequeño contra él, su santuario y su pueblo.

Hasta aquí, hemos visto que la secuencia de los reinos universales de Daniel 8 y el inicio de la purificación del santuario celestial se han cumplido al pie de la letra. El cumplimiento de estas profecías nos da confianza y seguridad de que el resto de las profecías de Daniel, que todavía no se han cumplido, se cumplirán de la misma manera. Pronto, de acuerdo con las profecías, el santuario del cielo quedará totalmente purificado, los registros del pecado borrados, el pueblo de Dios completamente liberado y el cuerno pequeño destruido. Al final, Dios y su pueblo habrán ganado la victoria en el gran conflicto cósmico entre el bien y el mal.

Esta gloriosa victoria ya se anticipó en el Calvario, cuando el Mesías se ofreció como sacrificio por el pecado del mundo. Sacrificio que era sumamente indispensable para la realización de la purificación del santuario celestial en el tiempo del fin, y la vindicación del carácter de Dios. Este sacrificio del Mesías, que es el foco de Daniel 9:24-27, será considerado en el siguiente capítulo.

Referencias

1. James A. Montgomery, *The book of Daniel*, The International Critical Commentary (New York: Charles Scribner's Sons, 1927), pág. 324; John F. Walvoord, *Daniel, the key to prophetic revelation* (Chicago: Moody Press, 1971), pág. 27.
2. Ver Samuel Núñez, *The vision of Daniel 8*, págs. 408-413.
3. Georg Fohrer, *Introduction to the Old Testament* (Nashville: Abingdon Press, 1968), págs. 471-479.
4. R. K. Harrison, *Introduction to the Old Testament*, págs. 1105-1134.
5. Wilfred G. E. Watson, *Classical hebrew poetry* (Sheffield: Sheffield Academic Press, 1986), págs. 324-328; E. W. Bullinger, *Figures of speech used in the Bible* (Grand Rapids: Baker Book House, 1968), págs. 657-671.
6. A. T. Olmstead, *History of the persian empire* (Chicago: University of Chicago Press, 1970), págs. 38-93.
7. E.W. Bullinger, *Figures of speech used in the Bible*, págs. 613-656.
8. John Warry, *Alexander 334-323 BC* (Oxford: Osprey Publishing, 1991), pág. 85.

Salvación divina en el tiempo del fin

9. Will Durant, *The life of Greece* (New York: Simon and Schuster, 1939), pág. 545.
10. *Ibíd.*, págs. 545-551.
11. *Ibíd.*, págs. 558-561.
12. William L. Holladay, *A Concise Hebrew and Aramaic Lexicon of the Old Testament* (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1971), pág. 56.
13. Adrian Goldsworthy, *The punic wars* (London: Cassel and Co., 2000), pág. 12; Polybius, *The rise of the roman empire*, traducido por Ian Scott-Kilvert, Book I, III, XVIII, XXIV, XXXI y XXXVI.
14. Will Durant, *The life of Greece*, págs. 586-587, 659-666.
15. Walter C. Kaiser, *A history of Israel* (Nashville: Broadman and Holman Publishers, 1998), pág. 485.
16. *Ibíd.*
17. James I. Packer, Merrill C. Tenney and William White, *The Bible Almanac* (Nashville: Thomas Nelson Publishers, 1980), págs. 175-186.
18. Ralph Martin Novak, *Christianity and the roman empire* (Harrisburg: Trinity Press International, 2001), págs. 26-30.
19. Josephus, *The jewish war* 6.403-408, 414-418, 420-421; 7.1-4.
20. Ralph Martin Novak, *Christianity and the roman empire*, págs. 38-76.
21. *Ibíd.*, págs. 141-153.
22. Elena G. de White, *El conflicto de los siglos* (Mountain View: Pacific Press Publishing Association, 1945), págs. 49-60
23. Martin T. Probstle, "A Linguistic Analysis of Daniel 8:11, 12", *Journal of the Adventist Society*, (1996) 7.48; R. Laird Harris, Gleason L. Archer and Bruce K. Waltke, *Theological Wordbook of the Old Testament* (Chicago: The Moody Bible Institute, 1980), I:151; William L. Holladay, *A Concise Hebrew and Aramaic Lexicon of the Old Testament*, pág. 56.
24. Elena G. de White, *El conflicto de los siglos*, págs. 49-60.
25. Samuel Nunez, "The usage and meaning of the Hebrew word *Tamid* in the Old Testament", *To understand the Scriptures: essays in honor of William H. Shea*, ed. David Merling (Berrien Springs: Archaeological Publication Department, 1997), págs. 95, 96.
26. James A. Montgomery, *The book of Daniel*, pág. 336.
27. Elena G. de White, *El conflicto de los siglos*, págs. 53-65.
28. C. Mervyn Maxwell, *The message of Daniel: God cares volume one* (Boise, Idaho: Pacific Press Publishing Association, 1981), págs. 134-142.
29. *Ibíd.*, págs. 172-178; Elena G. de White, *El conflicto de los siglos*, págs. 53-65.

Las profecías apocalípticas de Daniel

30. Bruce K. Waltke and M. O'Connor, *An introduction to biblical hebrew syntax* (Winona Lake: Eisenbrauns, 1990), págs. 156, 157; Christo H. J. van der Merwe, et al. *A biblical hebrew reference grammar* (Sheffield: Sheffield Academic Press, 2000), pág. 194.
31. Bruce K Waltke and M. O'Connor, *An introduction to biblical hebrew syntax*, pág. 229-232.
32. Siegfred J. Schwantes, “‘Ereb boqer of Daniel 8:14 re-examined”, *Symposium on Daniel*, ed. Frank B. Holbrook (Washington: Biblical Research Institute, 1986), págs. 462-474.
33. Niels-Erick Andreasen, “Translation of nisdq/katharisthesetai in Daniel 8:14”, *Symposium on Daniel*, ed. F. B. Holbrook (Washington: Biblical Research Institute, 1986), págs. 475-496.



El Mesías Príncipe y la purificación del santuario

La profecía de Daniel 9:24-27 es realmente extraordinaria, y tiene el propósito de explicar el tema de la purificación del santuario (Dan. 8:14, 26). Lo es por su contenido y por su forma literaria. De manera singular, predice la expiación total del pecado, el establecimiento de la justicia eterna, el sellado de la visión profética, el aparecimiento y la muerte del Mesías Príncipe, el ungimiento del santuario celestial y la destrucción de Jerusalén y su santuario.

Esta información teológica, de valor incalculable, se presenta en un poema que tiene una estructura concéntrica (Dan. 9:24-27). Dicho poema, mejor que otras porciones de las Sagradas Escrituras, predice con suma claridad el tiempo exacto del aparecimiento del Mesías Príncipe, la obra que él realizaría, el propósito de su misión y el tiempo de su muerte. Este mensaje mesiánico (Daniel 9:24-27) aparece en el centro de la segunda división del libro de Daniel y es el objeto de nuestro estudio en este capítulo.

En primer lugar, analizaremos la estructura literaria del libro de Daniel para descubrir su propósito y sus temas más sobresalientes. Luego, analizaremos el capítulo 9 del libro de Daniel con el propósito de (1) descubrir su género y estructura literaria, y (2) ver cuál es la relación lingüística o temática que podría tener con las otras visiones del libro. Por último, haremos un estudio gramatical e histórico de Daniel 9:24-27.

Género y estructura literaria del libro de Daniel

El libro de Daniel, en términos generales, tiene dos tipos o estilos de comunicación escrita: prosa y poesía. La prosa es la forma natural del lenguaje humano que no se sujeta a ninguna métrica o cadencia; mientras que el verso, es la forma artística del lenguaje humano, que está sujeta a métrica y cadencia o a otros recursos del poeta.

El libro de Daniel tiene dos grandes divisiones. La primera comienza en el capítulo 2 y termina en el capítulo 7, y la segunda comienza en el capítulo 8 y termina en el capítulo 12. Cada una de estas divisiones tiene una estructura concéntrica. Es decir, el capítulo 2 del libro de Daniel hace un paralelismo genérico y temático con el capítulo 7, el capítulo 3 con el capítulo 6 y el capítulo 4 con el capítulo 5. Los últimos dos capítulos son el centro de la estructura y presentan el tema o temas que el autor quiso enfatizar.

Nuestro análisis literario de la segunda división del libro de Daniel (8:1-12:13) revela que Daniel 8 y Daniel 11:1-12:4 hacen un paralelismo genérico y temático; Daniel 9:1-22a y Daniel 10:1-21 hacen otro paralelismo de introducción a su respectiva visión y, finalmente, Daniel 9:24-27 ocupa el centro de la estructura concéntrica. A continuación, presentamos una ilustración gráfica de dicha estructura:

Segunda división del libro de Daniel

Género: Profecía 8:1-27	Género: Historia 9:1-23	Género: Profecía 9:24-27	Género: Historia 10:1-21	Género: Profecía 11:1-12:4
Tema: <i>Los tres últimos reinos del mundo</i>	Tema: Oración y visión de Daniel.	Tema: Las 70 semanas y el Mesías Príncipe	Tema: Ayuno y visión de Daniel	Tema: <i>Los tres últimos reinos del mundo.</i>

Como podemos ver, la segunda división del libro de Daniel tiene una estructura de simetría concéntrica. Ella está formada por el paralelismo *genérico y temático* de la primera y quinta columnas (8:1-27 y 11:1-12:4), el paralelismo *genérico y temático* de la segunda y cuarta columnas (9:1-23 y 10:1-21) y la tercera columna presenta el centro *temático* de las 70 semanas y el Mesías Príncipe (9:24-27).

Género y estructura de Daniel 9:24-27

Nuestro análisis de Daniel 9:24-27 revela que el género literario de este pasaje es distinto del género de Daniel 9:1-23. Es decir, Daniel 9:1-23 es una narración histórica, mientras que Daniel 9:24-27 es un poema profético, de belleza extraordinaria.

Daniel 9:1-23 presenta el marco histórico de la visión (9:1-4a), la oración de Daniel (Dan. 9:4b-19), la visita del ángel Gabriel (Dan. 9:20-22a) y el preámbulo de la profecía de las 70 semanas (Dan. 9:22b-23). Por otro lado, Daniel 9:24-27 es un poema profético que tiene dos partes. La primera de ellas presenta las 70 semanas que fueron determinadas para Jerusalén e Israel, la obra del Mesías Príncipe y el resultado de su ministerio (Dan. 9:24); mientras que la segunda, el evento que marcaría el inicio de las 70 semanas, las tres divisiones de las 70 semanas (7, 62, 1), el sacrificio del Mesías Príncipe y la destrucción de Jerusalén (Dan. 9:25-27).

La Biblia de Jerusalén, al igual que la Biblia Hebrea, registra la profecía de Daniel 9:24-27 en forma de poesía. Un estudio cuidadoso de estos versículos revela que ellos son versos de un poema simétrico. Dicho poema se divide, naturalmente, en dos partes.¹ La primera parte consta de tres unidades poéticas que forman el primer verso o estrofa (Dan. 9:24). La segunda, consta de siete unidades poéticas que forman tres estrofas o versos poéticos (Dan. 9:25-27). El poema completo tiene cuatro versos o estrofas, 10 unidades poéticas y 31 líneas.

La primera unidad poética de Daniel 9:24-27 se compone de tres líneas (bicola) que hacen un paralelismo sintético o de precisión. Ella presenta el tema de las 70 semanas o el período de oportunidad que Dios le concedió al pueblo de Israel y a Jerusalén. La segunda unidad poética tiene tres líneas (tricola) que predicen la *obra redentora* del Mesías Príncipe o la expiación del pecado. Y la tercera unidad poética tiene también tres líneas (tricola), que anuncian el *resultado* grandioso de la obra del Mesías Príncipe.

A continuación, presentamos la primera parte del poema mesiánico. En ella hacemos notar el tema de cada unidad, las líneas de cada unidad y el número de palabras hebreas que contiene cada línea (Dan. 9:24).²

Las profecías apocalípticas de Daniel

Primera parte del poema mesiánico

(Dan. 9:24)

Tema de cada unidad:	Líneas de cada unidad:	Número de palabras hebreas:
I		
A. JERUSALÉN:	a. Setenta semanas b. están determinadas para tu pueblo c. y para <i>tu santa ciudad</i> .	(2) (2) (2)
B. MESÍAS:	a. Para terminar <i>la rebelión</i> , b. Para poner fin a <i>los pecados</i> , a' Y para expiar <i>la iniquidad</i> .	(2) (2) (2)
B' MESÍAS:	a. Para traer <i>la justicia perdurable</i> b. Para sellar <i>la visión profética</i> a' Y para ungir <i>al santo de los santos</i> .	(3) (3) (3)
A' JERUSALÉN:	La unidad poética que debería estar en este lugar, para formar una estructura <i>quiástica</i> o <i>concéntrica</i> en esta parte del poema, aparece como la primera unidad poética (25a) en la segunda parte del poema mesiánico (Dan. 9:25-27). Esta unidad poética cumple la función de unir la primera parte del poema (Dan. 9:24) con la segunda parte de la misma (Dan. 9:25-27).	

Nuestro análisis poético de Daniel 9:24 revela que la segunda y la tercera unidades de este pasaje tienen una estructura *concéntrica*. Este tipo de estructura se caracteriza por tener un orden progresivo y regresivo, o ascendente y descendente (a b a'; a b c d c' b' a'), que facilita la organización o desarrollo del tema o temas del mensaje, su memorización y entendimiento. Es decir, la estructura concéntrica cumple la función de facilitar (1) la organización, (2) la memorización, (3) el entendimiento, (4) el énfasis y (5) la exposición de su mensaje.

Los escritores de la Biblia Hebrea formaron algunas veces estructuras *quiásticas* o *concéntricas* en una línea del verso, en una unidad poética, en una estrofa, en un poema completo o en un libro. Los paralelismos estructurales pueden ser lingüísticos (i.e. palabras idénticas, sinónimas o de antítesis), gramaticales (i.e. sustantivos singulares o plurales, frases genitivas, hendiadys, etc.), temáticos (i.e. Jerusalén, el Mesías,

El Mesías Príncipe y la purificación del santuario

etc.), fonéticos (sonido idéntico o similar), sintácticos (orden del sujeto, verbo, objeto, etc.) o de precisión.³ Estos elementos o componentes estructurales pueden observarse, como ya dijimos, en una línea del verso o en un poema completo. Sin embargo, advertimos al lector que los componentes estructurales no siempre son los mismos, ni aparecen de la misma manera.

Por ejemplo, los elementos estructurales de la segunda unidad poética de Daniel 9:24 son gramaticales. Éstos aparecen al final de cada línea y, en este estudio, la estructura se observa de manera vertical. En otras palabras, el autor utilizó la última palabra de cada línea (un sustantivo) para formar la estructura concéntrica de la unidad poética. Notamos que el último sustantivo de la primera línea es la palabra *rebelión* (sustantivo singular); el último de la segunda línea es la palabra *pecados* (sustantivo plural); y el último de la tercera línea es la palabra *iniquidad* (sustantivo singular). Estos elementos gramaticales son los que constituyen la *estructura concéntrica* de esta unidad. Podemos verlos, de manera gráfica, en la siguiente ilustración:

Segunda unidad de Daniel 9:24

Primera línea	Sustantivo final (<i>rebelión</i>) = Sustantivo singular
Segunda línea	Sustantivo final (pecados) = <i>Sustantivo plural</i>
Tercera línea	Sustantivo final (<i>iniquidad</i>) = Sustantivo singular

Como podemos notar, el sustantivo singular de la primera línea forma un paralelismo gramatical idéntico con el sustantivo singular de la tercera línea, mientras que el sustantivo plural del centro es distinto del elemento gramatical de la primera y tercera líneas. Mediante estos elementos, el autor formó la estructura concéntrica de la segunda unidad de Daniel 9:24.

Los elementos estructurales de la tercera unidad de Daniel 9:24 son también gramaticales. Ellos aparecen al final de cada línea y, en este estudio, la estructura se observa de manera vertical. Notamos que la última frase de la primera línea es “justicia eterna” (frase constructa o genitiva); la última frase de la segunda línea es “visión y profeta” (hendiadys); y la última frase de la tercera línea es “santo de los santos” (frase constructa o genitiva). Estos elementos gramaticales, organizados de esta manera, forman una estructura concéntrica en esta unidad. Veamos la siguiente ilustración gráfica:

Las profecías apocalípticas de Daniel

Tercera estrofa de Daniel 9:24

Primera línea	Frase final (justicia eterna) = Frase constructa o genitiva
Segunda línea	Frase final (visión y profeta) = Hendiadys
Tercera línea	Frase final (santo de los santos) = Frase constructa o genitiva

Como se puede ver, la “última frase” de la primera línea forma un paralelismo gramatical con la “última frase” de la tercera línea, mientras que la “última frase” de la línea del centro es un elemento gramatical distinto de los otros (hendiadys). Estos elementos gramaticales son los que forman la estructura vertical de la tercera unidad de Daniel 9:24.

Hasta aquí hemos visto que la segunda y tercera unidades poéticas de Daniel 9:24 forman una estructura *concéntrica o quíástica*. También hemos notado que la segunda unidad enfatiza el tema de “la terminación de los pecados”, mientras que la tercera unidad destaca el tema del “sellado o confirmación de la visión profética”. Ambos temas son importantes en el libro de Daniel, y ya tendremos la oportunidad de aclararlos más adelante.

También notamos que Daniel 9:24 tiene tres unidades poéticas que, temáticamente, forman una estructura de simetría incompleta o *quiasmo* incompleto. Son incompletos porque les hace falta una cuarta unidad que haga un paralelismo temático con la primera unidad de esta parte del poema. Es interesante notar que el tema de la primera unidad es Jerusalén; el tema de la segunda es el Mesías; y el tema de la tercera es también el Mesías. A continuación, ilustramos esta estructura incompleta como sigue:

Temas de las tres unidades de Daniel 9:24

A. JERUSALÉN	(Primera unidad)
B. MESÍAS	(Segunda unidad)
B' MESÍAS	(Tercera unidad)
A'	(Cuarta unidad ausente)

Como podemos ver, la estructura temática de Daniel 9:24 es parcialmente concéntrica o incompleta, ya que la cuarta unidad de dicha estructura está ausente en el versículo 24. Esta unidad, si estuviese presente, formaría un paralelismo distante con el tema de la primera unidad, y el tema del Mesías quedaría en el centro.

El Mesías Príncipe y la purificación del santuario

Esta omisión de la cuarta unidad temática de Daniel 9:24 no fue casual, sino que el poeta la omitió de propósito para utilizarla como la primera unidad de la segunda parte del mismo poema mesiánico (Dan. 9:25-27). Dicha unidad, al haberse utilizado de esta manera, suple el tema que fue omitido en la primera parte y cumple la función de unir las dos partes del poema (Dan. 9:24 y Dan. 9:25-27). Aquí conviene aclarar que el tema de la segunda y tercera unidades de Daniel 9:24 no la percibimos a primera vista, pero cuando éstas se analizan a la luz de la estructura general del poema mesiánico, nos damos cuenta que el tema de ambas unidades está relacionado con el Mesías.

Es interesante notar que los sustantivos “rebelión”, “pecados” e “iniquidad”, que aparecen en la segunda unidad poética de Daniel 9:24, son tres clases de pecados que se expiaban o removían tanto del pueblo de Israel como del santuario israelita en el Día de la Expiación (Lev. 16:16, 21). Este paralelismo lingüístico que observamos entre Daniel 9:24-27 y Levítico 16 es una evidencia de que ambos capítulos tienen una conexión lingüística. Además, notamos que esos tres tipos de pecados son los mismos que los profetas declararon que Jehová se dignaba perdonarlos (Éxo. 34:7; Núm. 14:18; Miq. 7:18,19).

La frase “justicia perdurable”, de la primera línea de la tercera unidad poética de Daniel 9:24, tiene que estar relacionada con la justicia del carácter de Dios, que se menciona ampliamente en las Sagradas Escrituras (i.e., Jer. 23:6; 33:16; Isa. 9:6,7; 11:1-5; 32:1; 33:3; 42:21; 51:5-8; 53:11). Si esto es así, entonces la expresión “justicia perdurable” y la expresión “santo de los santos” de la tercera línea hacen un paralelismo temático, ya que del “santo de los santos” o “morada de Dios” procede la justicia divina.

La expresión “visión profética”, de la segunda línea de la tercera unidad poética de Daniel 9:24, es la traducción castellana de la frase hebrea *hāzôn wənābîʿ* (visión y profeta). Esta frase, en la Biblia Hebrea, no tiene el artículo definido. Si esta omisión fue de propósito, entonces la frase “visión profética” se está refiriendo a cualquiera de las visiones del Antiguo Testamento, y no sólo a las visiones del profeta Daniel. Pero, si la ausencia del artículo se debe a una práctica común de la poesía hebrea, que solía suprimir el artículo por conceptos de métrica o cadencia; entonces, la expresión “visión y profeta” se está refiriendo, exclusivamente, a las visiones del profeta Daniel. A nuestro juicio, la

Las profecías apocalípticas de Daniel

última opción es la correcta, porque la poesía hebrea, de manera usual, omitía el artículo.⁴

El tema de las unidades poéticas de Daniel 9:24, como ya se ha visto, es la ciudad de Jerusalén y la obra del Mesías Príncipe. Estos dos temas, de acuerdo al contexto, se desarrollarían en un período de 70 semanas que Dios le había determinado a Israel para (1) resolver el problema del pecado, (2) establecer la “justicia eterna”, (3) sellar la “visión profética” y (4) ungir al “santo de los santos”.

Los elementos temáticos y lingüísticos de Daniel 9:24 están relacionados con el *santuario* o la morada de Dios. Esta realidad, sin lugar a dudas, demuestra claramente que la profecía de Daniel 9:24-27 tiene nexos lingüísticos y temáticos con la purificación del santuario de Daniel 8:14, que el ángel Gabriel no le había explicado detalladamente a Daniel en su visión del río Ulai (Dan. 8:26).

La segunda parte del poema de Daniel 9, forma también una estructura concéntrica. Para beneficio del lector, presentamos a continuación las unidades y estrofas que forman la segunda parte del poema mesiánico, indicando el tema de cada unidad y el número de palabras hebreas que tiene cada línea. Aclaremos que la traducción de los siguientes versículos es casi literal, para que distingamos las líneas de cada verso.

Segunda parte del poema mesiánico

(Dan. 9:25-27)

Tema	Líneas de cada unidad	Número de palabras	Versos
II			
A. JERUSALÉN	Sabe y entiende: desde la salida de la palabra, para restaurar y edificar a <i>Jerusalén</i> ,	(2) (2) (3)	25a
B. MESÍAS	hasta el <i>Mesías Príncipe</i> , habrá siete semanas y sesenta y dos semanas;	(2) (2) (3)	25b

El Mesías Príncipe y la purificación del santuario

C. JERUSALÉN	Se restaurará y será edificada <i>la plaza y el muro,</i> pero en tiempos angustiosos.	(2) (2) (2)	25c
III			
D. MESÍAS	Y después de las sesenta y dos semanas el <i>Mesías</i> será cortado, sin que nadie lo ayude;	(4) (4)	26a
C' JERUSALÉN	<i>La ciudad</i> santa destruirá, el pueblo de un Príncipe que vendrá, y su fin será con inundación; y hasta el fin de la guerra, desolaciones determinadas.	(3) (3) (2) (3) (2)	26b
IV			
B' MESÍAS	<i>Él</i> confirmará el pacto con muchos en una semana, y a la mitad de la semana <i>él</i> hará cesar el sacrificio y la ofrenda.	(3) (2) (2) (3)	27a
A' JERUSALÉN	Junto al ala de las abominaciones estará un desolador, hasta que la consumación determinada sea derramada sobre <i>el lugar</i> <i>desolado.</i>	(4) (2) (2)	27b

Como podemos observar, las unidades poéticas de Daniel 9:25-27 presentan una estructura temática concéntrica. Es decir, los elementos estructurales temáticos forman los paralelismos distantes entre la primera y la última unidad, la segunda y la penúltima, la tercera y la antepenúltima, etc. El tema de la primera y la última unidad es Jerusalén. El tema de la segunda y penúltima unidad es el Mesías. El tema de la tercera y antepenúltima unidad es también Jerusalén. Y el tema de la cuarta unidad, que está en el centro de la estructura concéntrica, presenta la muerte del Mesías. Este evento extraordinario, por encontrarse en el centro de la estructura, es el tema que el autor quiso resaltar como lo más importante del poema de Daniel 9:24-27 y de la segunda parte del libro de Daniel.

Las profecías apocalípticas de Daniel

El tema de la primera y tercera unidades, de la segunda parte del poema, presenta la *reconstrucción* física de la ciudad de **Jerusalén**; mientras que el tema de la quinta y séptima unidades presenta la *destrucción* de dicha **ciudad**, que se cumpliría mucho después de su reconstrucción. Este desarrollo temático, que se observa en las unidades del poema, revela poderosamente que el Mesías Príncipe tendría que manifestarse al pueblo de Israel después del decreto de la reconstrucción de Jerusalén (457 a. C.), y antes de su postrera destrucción (70 d. C.). Este recurso temático estructural del poema establece, de manera inequívoca, los dos polos o extremos de las 70 semanas en que aparecería el Mesías Príncipe. Es decir, él se manifestaría al pueblo de Israel entre el decreto de la reconstrucción de Jerusalén (457 a. C.) y su destrucción posterior (70 d. C.). Estas dos fechas históricas, como se verá más adelante, son claves para identificar al Mesías verdadero de la profecía bíblica y ubicarlo en la historia. Indudablemente, decenas de personas pretendieron a través de la historia ser el Mesías prometido, pero de todos ellos, uno sólo es el verdadero. De acuerdo con las evidencias lingüísticas y estructurales del poema de Daniel 9:24-27, **JESÚS, EL CRISTO**, es el único que cumple con todos los requerimientos de dicha profecía mesiánica.

Además, la estructura poética de Daniel 9:24-27 demuestra que la septuagésima semana de este pasaje está estrechamente unida a las primeras 69 semanas de la misma profecía. Es decir, la unidad estructural del poema no permite que se separe la última semana de las 69 semanas previas, porque ellas son continuas, sus temas se refieren a la misma ciudad y al mismo Mesías y abarcan el período que comienza con el decreto de la reconstrucción de Jerusalén (457 a. C.) y termina con la destrucción de dicha ciudad (70 d. C.).⁵ La estructura poética de Daniel 9:24-27 también demuestra que el Mesías de Daniel 9:25, 26 es el mismo Mesías que confirmaría el pacto durante la septuagésima semana (Dan. 9:27). Por lo tanto, no hay razón estructural, ni lingüística, o exegética para proponer que el Mesías Príncipe de Daniel 9:25 es diferente del Mesías de Daniel 9:27. Por otro lado, los tres días y medio finales de la septuagésima semana no son abordados en este poema. Sin embargo, podemos inferir que ellos les fueron concedidos al pueblo de Israel para que durante su transcurso ellos decidieran si querían continuar siendo el pueblo del pacto o no. La decisión final que ellos tomaran durante la septuagésima semana determinaría la suerte que

El Mesías Príncipe y la purificación del santuario

ellos tendrían en el plan de Dios y, además, la suerte que la ciudad de Jerusalén y el santuario terrenal correrían.

La profecía de Daniel 9:24-27 es explícita al predecir que 70 semanas simbólicas o 490 años literales estaban determinados para el pueblo de Israel y la ciudad de Jerusalén. El *terminus a quo*, o inicio de las semanas, fue relacionado específicamente con el edicto de la reconstrucción de Jerusalén (Dan. 9:25; 457 a. C.). El *terminus ad quem*, o el fin de dicho período, no fue relacionado de manera específica con ningún evento del futuro; posiblemente, porque si logramos establecer el inicio de las 70 semanas, podremos también establecer su conclusión.

La profecía de las 70 semanas de Daniel 9:24-27 es específica y de corta extensión. Decimos que ella es de corta extensión, porque cubre un período más reducido que las otras profecías del libro de Daniel (Dan. 2, 7, 8, 12:7). Por otro lado, decimos que la profecía de Daniel 9:24-27 es de carácter específico, porque ella se limita al período de 70 semanas y a dos temas específicos: Jerusalén y el Mesías. Es decir, ella no recapitula la secuencia de los cuatro reinos universales de la tierra, ni ofrece una explicación de dichos reinos. Al contrario, el mensaje de dicha profecía tiene el propósito de ayudarnos a entender cuándo comenzaría el período de las 2300 tardes-mañanas de Daniel 8:14 y a explicarnos la naturaleza de la purificación del santuario (Dan. 8:14, 26). Además, Daniel 9:24-27 es una profecía de carácter específico o exclusivo porque ella es la única que menciona (1) el período de las 70 semanas simbólicas o 490 años literales, (2) el decreto de la reconstrucción de Jerusalén, (3) las circunstancias de la reconstrucción del muro y la plaza de Jerusalén, (4) el tiempo exacto del aparecimiento del Mesías, (4) el tiempo de la muerte del Mesías y (5) la destrucción posterior de Jerusalén. En otras palabras, Daniel 9:24-27 es una profecía netamente mesiánica, porque todos los elementos lingüísticos, estructurales y simbólicos de ella tienen el propósito de arrojar luz sobre la persona del Mesías, el tiempo de su manifestación, su ministerio y muerte. El sacrificio del Mesías, en el contexto de la visión, es el acontecimiento que haría posible la expiación completa de la iniquidad, el establecimiento de la justicia perdurable, el sellado de la visión profética (lit. visión y profeta) y el ungimiento del santuario celestial. Por lo tanto, el contenido de la profecía de Daniel 9:24-27 es de carácter exclusivo, y esta característica nos permite clasificarla de manera distinta que las otras profecías del mismo libro o autor.

Estudio histórico-gramático-teológico de Daniel 9:24-27

Ahora, pasemos a estudiar el significado de la profecía de Daniel 9:24-27. En este estudio tomaremos en cuenta el texto hebreo, la gramática hebrea, el contexto histórico de la visión, el contexto del libro y el contexto de toda la Biblia. En primer lugar, analizaremos los términos lingüísticos más importantes de Daniel 9:24. Luego, trataremos de establecer la cronología de las distintas etapas de las 70 semanas y, por último, estableceremos la identidad del Mesías Príncipe (Dan. 9:25-27).

Términos lingüísticos de Daniel 9:24

Semanas (šābūʿîm)

Daniel 9:24 afirma que 70 semanas se habían “cortado” o “determinado” para el pueblo de Israel y la ciudad de Jerusalén. Esta declaración nos permite preguntar, ¿cuál es el significado de la palabra “semanas” (*šābūʿîm*) de este pasaje? ¿Se debería entender de manera literal o simbólica? ¿Existe alguna justificación gramatical o contextual para entenderlo de la última manera?

En primer lugar, diremos que el término hebreo *šābūʿîm* es el plural masculino de la palabra singular *šabūʿa*.⁶ Este término significa “semana” y no “siete”, o “héptada”, como algunos sugieren.⁷ En su forma singular, aparece en Génesis 29:27; en su forma dual, en Levítico 12:5; y en su forma plural, en Éxodo 34:22, Números 28:26, Deuteronomio 16:9, 10 y 2 Crónicas 8:13. Es interesante notar que la palabra “semanas”, de los versículos anteriores, es femenino (*šābūʿōt*); mientras que la palabra “semanas” del libro de Daniel (Dan. 9:24, 25; 10:2, 3), es masculino (*šābūʿîm*). Esta diferencia gramatical tiene implicaciones importantes de interpretación, ya que el plural masculino (*îm*) indica la unidad de un bloque de tiempo continuo e inseparable.⁸

Pero, ¿cómo debemos entender las “semanas” de Daniel 9:24? ¿De manera literal, o simbólica? Ya hemos visto, en otro lugar, que el lenguaje humano es flexible para expresarse de manera literal, figurada, o simbólica. Y el idioma hebreo no se sustrae a este fenómeno lingüístico, pues es un hecho que los escritores de la Biblia Hebrea utilizaron algunas palabras, tanto de manera literal como de manera figurada o simbólica.

La palabra “día”, por ejemplo, se utilizó de manera literal para referirse al tiempo en que el sol aparece sobre el horizonte (Gén. 1:5,

18), o al tiempo en que la Tierra dura en dar una vuelta completa sobre su propio eje (Gén. 1:5, 8, 13, 19, 23, 31). También encontramos en la Biblia Hebrea que un *día* literal fue utilizado para representar un año literal. Por ejemplo, en el libro de Números encontramos que doce espías israelitas fueron a inspeccionar la tierra de Canaán (Núm. 13). Después de 40 días literales, ellos terminaron su misión e informaron a Moisés lo que habían visto y escuchado en su viaje. Dicho informe provocó la rebelión del pueblo de Israel, y se opusieron al mandato de Dios de ir y conquistar la tierra prometida. A causa de esta rebelión, Dios les dijo que peregrinarían en el desierto 40 años. Es decir, por cada día literal que los espías emplearon en reconocer la tierra de Canaán, los israelitas peregrinarían un año en el desierto (Núm. 14:34). En este caso particular, la unidad de tiempo más pequeña, el día, representaría la unidad más grande, el año.

También encontramos en la Biblia que los años literales de maldad del pueblo de Israel fueron representados por días literales en el drama profético de Ezequiel (Eze. 4:5, 6). Cada año literal de la maldad de Israel, fue representado por un día literal en el drama simbólico del profeta. Es decir, la unidad de tiempo más pequeña (el día), representó la unidad más grande (el año).

Además de estos ejemplos, encontramos otros similares en donde la palabra “días” fue utilizada de manera diferente de la literal; es decir, para indicar un año o años. Por ejemplo, Números 9:22 dice literalmente en el idioma hebreo: “dos días, un mes, o días”. Es interesante notar que la palabra “días” fue traducida, en algunas versiones castellanas, como “un año”. También el primer libro de Reyes 1:1 dice, literalmente en hebreo, que “David era viejo y avanzado en días”; pero notamos que algunas versiones traducen: “David era viejo y avanzado en años”. Además de estos versículos, existen otros pasajes en los Salmos y en otros libros de la Biblia donde la palabra “días” forma un paralelismo sinónimo con la palabra “años” (Sal. 77:5; 90:9, 10; Job 10:5; 32:7; 36:11; Deut. 32:7). Todo esto nos demuestra que la palabra “días” se utilizó tanto de manera literal, como de manera figurada o simbólica.⁹

Pero, ¿cómo fue utilizada la palabra “semanas” (*sābūʿîm*) en el libro de Daniel? Es interesante notar que dicha palabra aparece dos veces en Daniel 9 (9:24, 25) y dos en Daniel 10 (10:2, 3). Al estudiar Daniel 10:2, 3, percibimos que la palabra “semanas” (*sābūʿîm*) debería

Las profecías apocalípticas de Daniel

entenderse de manera literal, porque el contexto así lo exige. Sin embargo, en el contexto de Daniel 9:24, 25 no podemos entenderla de la misma manera. Sencillamente, porque 70 semanas literales (1 año, 4 meses y 15 días) no son suficientes para que todos los eventos proféticos predichos en la profecía se desarrollasen y cumpliesen en ese período. Es decir, no es posible que durante 70 semanas literales se pudiesen cumplir todos los eventos de la profecía, tales como el edicto del decreto para reconstruir a Jerusalén, la reconstrucción de la ciudad de Jerusalén, el unguimiento del Mesías, el desarrollo de su ministerio, el evento de su muerte y la determinación divina de volver a destruir a Jerusalén. Este problema real, que concierne al cumplimiento de los eventos proféticos en un período de 70 semanas literales, nos obliga a entender la palabra “semanas” (*sābūʿîm*) de una manera distinta de la literal; esto es, de manera simbólica o como semanas de años. Este entendimiento encuentra apoyo en Levítico 25, donde notamos que la palabra sábados (*sabbatōt*) fue utilizada juntamente con la palabra años (*sānîm*), para referirse a sábados o semanas de años (*sabbatōt sānîm*). Este uso de la palabra *sábados* nos permite asumir que la palabra “semanas”, de Daniel 9:24, pudo haber sido usada también para referirse a semanas de años.¹⁰

Además, encontramos apoyo en la práctica de otros escritores bíblicos que utilizaron la palabra “días” y “años” de manera paralela, como ya lo mencionamos anteriormente. Esta manera de entender la palabra “semanas” (*sābūʿîm*), será probado en el transcurso de nuestro estudio de esta profecía mesiánica.

Hasta aquí hemos visto que los eventos de la profecía de Daniel 9:24-27 son (1) el decreto de la reconstrucción de Jerusalén, (2) la reconstrucción de la plaza y el muro de Jerusalén en tiempos angustiosos, (3) la manifestación del Mesías Príncipe al final de las 69 semanas, (4) el desarrollo del ministerio del Mesías durante los primeros tres días y medio de la última semana, (5) la muerte del Mesías o la cesación del sacrificio y la ofrenda a la mitad de la última semana y (6) la nueva determinación de Dios de destruir a Jerusalén. También hemos visto que no es posible entender las 70 semanas de esta profecía de manera literal, porque si así fuera, difícilmente se habrían cumplido en dicho período todos los eventos que se mencionan en esa profecía. Aún más, hasta este momento no sabemos de ningún registro bíblico o histórico en donde se mencione que esos eventos se cumplieron en el período de las 70 semanas literales.

Por estas razones, la gran mayoría de los intérpretes de Daniel 9:24-27 concuerdan en que estas “semanas” de la profecía son semanas simbólicas o semanas de años. Por lo tanto, nosotros concluimos y aceptamos que las 70 semanas de Daniel 9:24-27 representan 70 semanas de años, o un período de 490 años literales. Esta interpretación de la palabra “semanas” no es arbitraria, sino que está en armonía con el carácter simbólico del libro de Daniel y con el uso del lenguaje hebreo en el Antiguo Testamento.

Determinadas (nehtak)

El verbo hebreo *nehtak* aparece una sola vez en la Biblia Hebrea, esto es, en Daniel 9:24. Este término fue traducido en algunas versiones de la Biblia como “determinadas” o “decretadas”. El uso limitado de *nehtak*, en la Biblia Hebrea, nos obliga a recurrir a otras fuentes literarias del judaísmo para ver cómo la utilizaron ellos y qué significado le dieron. Afortunadamente, el verbo *hatak* aparece en los escritos de los rabinos de los primeros siglos de nuestra era, y en ellos tiene el significado básico de “cortar”.¹¹ La forma del verbo *hatak*, en Daniel 9:24, es Nifal (pasiva). Por lo tanto, la palabra debería traducirse “cortadas” o “separadas”. Este sentido encaja perfectamente bien en el contexto de Daniel 9:24.

En dicho contexto notamos que Daniel investigó el libro de Jeremías para saber cuánto tiempo permanecería Jerusalén desolada (Dan. 9:2). Además, observamos que Daniel oró a Dios para que le pusiese fin a la desolación de Jerusalén y del santuario (Dan. 9:16, 17), que habían sido destruidos por el ejército de Babilonia (Jer. 52:12-23) en el año 586 a. C.¹² Esta preocupación de Daniel, por la desolación de Jerusalén y del santuario, la podemos entender mejor a la luz de la visión del capítulo 8 de su libro. Allí leemos que un ángel le preguntó a otro Santo: “¿Hasta cuándo [concluirá] la visión del continuo sacrificio y la rebelión desoladora que entrega el santuario y el ejército para ser pisoteados?” La respuesta fue: “Hasta 2300 tardes-mañanas, entonces el santuario será purificado” (Dan. 8:14). Esta respuesta del ser Santo, concerniente al tiempo en que se iniciaría la purificación del santuario, le produjo a Daniel angustia y preocupación, al punto de que él se enfermó (Dan. 8:26, 27). Esta misma preocupación y angustia fue la que lo motivó a investigar en el libro del profeta Jeremías (Dan. 9:1, 2) y

Las profecías apocalípticas de Daniel

a orar a Dios por la pronta restauración de la ciudad y del santuario de Jerusalén (Dan. 9:3-19).

El contexto histórico de Daniel 9:1-23 es clave para que podamos entender el propósito del mensaje de Daniel 9:24-27. Es clave porque muestra las circunstancias de la visita del ángel Gabriel a Daniel, cuando él le explicó lo referente al tiempo de la purificación del santuario y la naturaleza de dicha purificación (Dan. 9:24-27). Además, el contexto inmediato de Daniel 9:24 declara explícitamente que el ángel Gabriel visitó a Daniel con el propósito exclusivo de explicarle la visión que le preocupaba (Dan. 9:22, 23), esto es, la profecía de las 2300 tardes-mañanas (Dan. 8:14, 26). Es importante notar que el ángel Gabriel le dijo a Daniel: “Entiende, pues, la orden, y entiende la visión” (*mar^oe^h*, 9:23).

La palabra hebrea *mar^oe^h*, que se ha traducido “visión” en castellano, es exactamente la misma palabra que el ángel Gabriel utilizó en la visión de Daniel 8 para referirse a la visión (*mar^oe^h*) de las “2300 tardes-mañanas” (8:26, 27). Este uso de la palabra *mar^oe^h* (visión), por el ángel Gabriel, tanto en Daniel 9:23 como en Daniel 8:26, nos indica que la profecía de las 70 semanas y la profecía de las “2300 tardes-mañanas” están enlazadas lingüísticamente. Además, el hecho de que Daniel 9:24-27 y Daniel 8:14, 26 hagan referencia al tema del santuario, es otra demostración de que estos dos pasajes están estrechamente ligados.

Estas evidencias lingüísticas y contextuales de la visión de Daniel 8 y 9, nos llevan a concluir que el significado básico del verbo *hatak* (cortar), que aparece en los escritos de los rabinos, debería ser el mismo significado en Daniel 9:24. Dicho significado, de ninguna manera desmerece los otros significados secundarios que se derivaron del mismo verbo, tales como “separar”, “decretar” y “determinar”, ya que estos significados son posibles, si el contexto lo permite.

A favor de (al) tu pueblo y a favor de (al) tu santa ciudad

La idea central de Daniel 9:24 es que el período de las 70 semanas sería “cortado” o “separado” de las “2300 tardes-mañanas” de la visión anterior (Dan. 8:14, 26). Es decir, el período más corto (70 semanas) sería cortado del período más largo (las 2300 tardes-mañanas).

Pero, ¿cómo se relacionan las 70 semanas con Israel y Jerusalén? En primer lugar, notamos que Jerusalén es parte esencial de la profecía de las 70 semanas de principio a fin. Es decir, la primera unidad poética

menciona a Jerusalén; luego, la cuarta unidad la vuelve a mencionar en relación con el decreto de su reconstrucción, que daría inicio a las 70 semanas (Dan. 9:25); luego la sexta unidad la menciona otra vez con relación a su reconstrucción y, finalmente, la octava y décima unidades la menciona, con relación a su destrucción posterior (Dan. 9:26, 27).

También observamos que la profecía de las 70 semanas está relacionada con el pueblo de Israel, porque el Mesías de dicha profecía fue el príncipe prometido de ese pueblo. Además, consideramos que esta profecía está relacionada con Israel porque las 70 semanas fueron concedidas explícitamente al pueblo de Israel, para que ellos recapacitaran y se arrepintieran de su infidelidad al pacto santo. Dicho de otra manera, Dios le concedió al pueblo de Israel estas 70 semanas proféticas para que ellos decidieran si querían seguir siendo el pueblo del pacto o no; es decir, para que decidieran si querían que el Mesías prometido siguiera siendo su príncipe o no. La decisión que Israel tomara, a favor o en contra del Mesías, determinaría lo que Dios haría a favor o en contra de dicha nación, del templo y de la ciudad de Jerusalén.

El propósito de las 70 semanas aparece registrado en la segunda unidad poética de Daniel 9:24. Allí notamos que dicho período sería concedido a Israel para “terminar la rebelión”, “poner fin a los pecados” y “expiar la iniquidad”. Pero, ¿qué significado tienen estos tres infinitivos (terminar, poner fin y expiar) en su contexto? Y, ¿cuáles son los significados de los sustantivos “rebelión”, “pecados” e “iniquidad”, de la misma unidad? Éstas y otras interrogantes serán contestadas a continuación.

Para terminar (lāḵallē^o) la rebelión (happésá^c)

Al estudiar Daniel 9:24, notamos que los tres infinitivos de la segunda unidad tienen también tres sustantivos como objeto. De acuerdo a la sintaxis hebrea, cuando la preposición “lā” precede a un infinitivo, puede indicar propósito o resultado. En la segunda unidad de Daniel 9:24, la preposición “lā” indica propósito: (1) “para terminar la rebelión”, (2) “para poner fin a los pecados” y (3) “para expiar la iniquidad”. Por otro lado, la preposición “lā”, que acompaña a los tres infinitivos de la tercera unidad poética, indica resultado (1) “para traer la justicia eterna”, (2) “para sellar la visión profética” y (3) “para unguir al santo de los santos”.

Las profecías apocalípticas de Daniel

El lector podría preguntar, ¿qué significado tienen los tres infinitivos y sustantivos de la segunda unidad (Dan. 9:24)? La pregunta es muy importante y merece ser contestada de manera precisa y correcta. En lo que respecta a los infinitivos, encontramos que el primero de ellos aparece escrito *kallē*^o en la Biblia Hebrea. Es decir, la letra *alef* aparece como la última consonante de dicho infinitivo. Sin embargo, una nota en el margen de la Biblia Hebrea sugiere que la última consonante, del mismo infinitivo, sea *he* (h) en lugar de *alef* (◌). En otras palabras, la nota marginal de la Biblia Hebrea registra que el verbo *kālā*^o tiene un problema de transmisión textual. O sea, uno de los escribas copió el infinitivo de manera equivocada. En lugar de escribir la última consonante con *he* (h), él la escribió con *alef* (◌). La diferencia semántica o de significado, entre las dos palabras, es amplia. La palabra *kālā*^o, tal y como aparece en el texto hebreo, significa “retener”, “cerrar” y “refrenar”¹³; mientras que la palabra *kālā*^h, tal como se sugiere en la nota marginal de la Biblia Hebrea, significa “terminar”, “completar”, “consumir”, “exterminar” y “desvanecer”¹⁴. Este verbo (*kālā*^h) fue utilizado en el Antiguo Testamento, de manera positiva, para indicar la terminación o culminación de una obra o actividad; por ejemplo, la obra creadora de Dios (Gén. 2:1, 2), la construcción de un edificio (2 Crón. 8:16), el acto de hablar (Gén. 17:22), el acto de comer (1 Rey. 1:41), el acto de beber (Gén. 24:19), etc. El mismo término fue utilizado en el Antiguo Testamento, de manera negativa, para indicar la consumación o exterminación de un ser humano, un edificio, etc. (Deut. 7:22; Job 33:21; Prov. 5:11; Jer. 16:4).

Una vez más preguntamos, ¿cuál de estos dos infinitivos podría ser el término correcto de Daniel 9:24? Reconocemos que a primera vista es muy difícil determinarlo. Por esta razón, es necesario que hagamos un análisis del contexto para encontrar la solución correcta al problema. Antes de continuar, veamos primero cuál es el significado del sustantivo *pésā*^c, que es el objeto del infinitivo *kālā*^h.

El sustantivo *pésā*^c ha sido traducido en las versiones castellanas como “prevaricación” y “transgresión”. La raíz de este sustantivo aparece 93 veces en la Biblia Hebrea. El significado básico de *pésā*^c, involucra el rompimiento de una relación amistosa o política entre dos partidos, ya se trate de personas o naciones. Esta palabra fue utilizada en el Antiguo Testamento, tanto en la esfera secular como en la religiosa. La misma, se utilizó en el área religiosa para indicar la “rebelión” del pueblo de Israel hacia la Ley de Dios o para indicar la “transgresión”

de Israel al pacto de Dios. En otras palabras, un israelita o la nación de Israel podían ser acusados de rebelión cuando violaban la Ley de Dios o desobedecían sus mandamientos. Dicha rebelión o desobediencia podía ser razón suficiente para causar el rompimiento del pacto de Dios, que había sido concertado en el Sinaí. El problema de la “rebelión”, desde la perspectiva de Dios, se podía resolver únicamente de dos formas. Una, castigando a la persona o pueblo “rebelde”. Dicho castigo podía ser el hambre, el cautiverio y aun la misma muerte (Núm. 14:32-35; Deut. 28:15-68; 29:1-29). La otra forma sería concediéndole perdón al rebelde y renovando el pacto quebrantado. Este método de resolver el problema de la “rebelión” requería que el pecador se arrepintiera de su transgresión, pidiera perdón por su pecado y ofreciera el animal sustituto, que moriría en su lugar (Lev. 4:13-6:7). Si a este problema se refirió Daniel, cuando expresó el propósito de la llegada del Mesías, entonces el primer infinitivo de Daniel 9:24 debería ser el verbo *kālā^h* que, en su forma negativa, significa “terminar”, “acabar”, “exterminar”, “consumir”, etc. Si esta solución es la correcta, entonces la cláusula “para terminar la rebelión” debería referirse al propósito de la muerte del Mesías, que sería el medio provisto por Dios para terminar con la rebelión de Israel y de todo el mundo. Este significado del verbo *kālā^h* (terminar) tiene la ventaja de armonizar con los dos infinitivos siguientes, con la teología de la expiación del pecado y con el evento de la muerte del Mesías (Dan. 9: 26 y 27). Por lo tanto, favorecemos el significado de la palabra hebrea *kālā^h* (terminar), en lugar del verbo *kālā^o* (retener).

Para poner fin (lahtōm) a los pecados (ḥaṭṭā^oōl)

Este segundo infinitivo, al igual que el anterior, está escrito en la Biblia Hebrea de una forma, pero debe leerse de otra. El verbo *ḥātam*, del texto hebreo, significa “sellar”, “encerrar” y “confirmar”. En cambio el verbo *tāmam*, que debe leerse, significa “completar”, “poner fin” y “remover”. Antes de tomar una decisión a favor o en contra de estas dos opciones, investiguemos primero cuál es el significado del sustantivo hebreo *ḥaṭṭā^oōl* (pecados), que es el objeto del infinitivo *lahtōm*.

Casi todas las versiones de la Biblia han traducido el sustantivo *ḥaṭṭā^oōl* como “pecado” o “pecados”. Esta palabra es el plural de *ḥaṭā^o* (pecado). La raíz de este término se utilizó en el Antiguo Testamento, tanto en la esfera secular como en la religiosa, y siempre tuvo el

Las profecías apocalípticas de Daniel

significado de “fallar el blanco” o “perder el camino”.¹⁵ La diferencia que notamos entre el uso de *péšaʿ* (rebelión) y *ḥatāʾ* (pecado) en la esfera religiosa, sería básicamente lo siguiente: *péšaʿ* indica una “rebelión” en contra de Dios o en contra de la Ley de Dios, mientras que *ḥatāʾ* indica una “falla” hacia Dios o hacia su Ley¹⁶.

La solución al problema del pecado o su exterminación, desde la perspectiva de Dios, es exactamente la misma que fue prescripta para el problema de la “rebelión”. Esto es, se pone fin al “pecado” cuando se castiga la desobediencia del pecador o cuando se lo perdona por causa de su arrepentimiento y fe en el sacrificio expiatorio. En otras palabras, el pecador tenía que escoger entre ser castigado o ser perdonado; es decir, entre cargar con su propio pecado y ser castigado, o arrepentirse y ser perdonado. Este método del perdón divino, a través del arrepentimiento y la fe en el sustituto que Dios proveyó, le permitía tanto al pecador como al rebelde obtener el perdón de su “pecado” y evitar el castigo consecuente.

Este análisis del término “pecado” y de la teología de la expiación del pecado, tal y como se presenta en el Antiguo Testamento, está en armonía con el propósito de la muerte del Mesías en Daniel 9:24-27. En base a este análisis, podemos concluir que el verbo *tāmam* (poner fin) debería ser el segundo infinitivo de Daniel 9:24, en lugar del verbo *ḥatam* del Texto Masorético (sellar, retener).

Para expiar (ləkappēr) la iniquidad (ʿāwōn)

El tercer infinitivo de la segunda unidad poética de Daniel 9:24 es *kappēr*. De acuerdo con el aparato crítico de la Biblia Hebrea, este verbo no tiene ningún problema de transmisión textual. Pero, ¿cuál es el significado de dicho infinitivo?

La raíz *kpr* aparece 150 veces en el Antiguo Testamento¹⁷. Esta raíz verbal no aparece en la forma *Qal*. Sin embargo, notamos que el sustantivo *koper* puede significar (1) un “rescate”, “tributo” o “regalo” requerido por un juez o autoridad para eximir a una persona del castigo (Éxo. 30:12; Núm. 35:31, 32; Job 33:24; Sal. 49:8; Prov. 6:35; 13:8; 21:28); (2) una “suma de dinero” o “pago” requerido por un juez o autoridad para liberar a una persona de la muerte (Éxo. 21:30); y, (3) posiblemente, el “soborno” o “cohecho” que podría aplacar la ira de una persona ofendida o influenciar la decisión del ofendido a favor del ofensor (1 Sam. 12:3; Job 36:18; Amós 5:12). La misma raíz (*kpr*), usada

El Mesías Príncipe y la purificación del santuario

en la forma verbal *piel* (*kippēr*), tiene el significado de “apaciguar, aplacar la ira” o “propiciar” a la persona ofendida y evitar el castigo del ofensor (Gén. 32:20, 21; Éxo. 32:30; Núm. 16:46 ; Prov. 16:5, 14; Isa. 27:9). Además, la forma verbal *piel* tiene el significado de “hacer expiación” del pecado a favor de un objeto o persona que tiene necesidad de ser perdonada, purificada o santificada (Éxo. 29:33, 36, 37; 30:10, 15; Lev. 1:4; 4:20, 26, 31, 35; 5:10, 13, 16, 18; 6:7, 30; 7:7; 8:15, 34; 9:7; 10:17; 12:7, 8; 14:18, 19, 20, 29, 31, 53; 15:15, 30; 16:6, 10, 11, 16, 17; Eze. 45:15, 20; Dan. 9:24).

De acuerdo con el sistema del santuario, el sacerdote era la persona indicada para expiar el pecado, la culpa, las impurezas y las contaminaciones de las personas (Lev. 1:4; 4:20, 26, 31, 35; 5:6, 10, 13, 18; 6:7), los objetos comunes (Lev. 14:53), el altar del sacrificio (Exo. 29:36, 37; Lev. 8:7) o el santuario (Lev. 16:16, 20). El rito de la expiación tenía que hacerse delante de la presencia de Dios en el santuario, y de la manera prescrita por Dios para obtener los resultados finales del ritual; es decir, el perdón del pecado (Lev. 4:26, 35; 5:10, 13, 16, 18, 26; 19:22), la remoción de la culpa (Lev. 10:17; Isa. 6:7), la salvación o redención de la vida (Éxo. 30:16; Núm: 31:50; Lev. 17:11; etc.), la purificación (Lev. 14:52, 53; Núm. 8:21) o la santificación (Éxo. 29:37). El rito de la expiación, que involucraba el ministerio del sacerdote y el sacrificio del animal sustituto prescripto por Dios (Lev. 17:11), hacía posible que las personas y los objetos pudieran ser restaurados de su impureza o de su contaminación. Las personas, por medio de la expiación del pecado, podían recobrar su pureza y quedar ritualmente limpios para servir a Dios, para adorarlo y para estar en comunión amistosa con él. Esta expiación, que debía realizarse en el santuario, eliminaba de las personas el pecado o la contaminación, gracias a la misericordia de Dios (Éxo. 34:6, 7) y al sustituto que moría en lugar del pecador (Lev. 17:11).

El pecado, la rebelión y la iniquidad, de acuerdo con la Biblia, son elementos muy ofensivos y detestables ante la vista de Dios (Éxo. 32-34; Lev. 17-24). Sin embargo, por la misericordia de Dios (Éxo. 34:6, 7; Sal. 78:38) y por la provisión del sustituto que moría en lugar del pecador (Lev. 17:11), el grave problema del pecado podía ser resuelto y eliminado. Este plan de liberación, para que fuera efectivo, requería que las personas se arrepintieran de su pecado, tomaran la resolución de apartarse completamente del mal y obedecer los mandamientos

Las profecías apocalípticas de Daniel

de Dios (Jer. 14:20; Sal. 51:5-8; Prov. 28:13; 1 Rey. 8:46-50; Isa. 1:16, 17; Jer. 18:8). Si las personas, por alguna razón, no cumplían con los requisitos señalados, entonces los sacrificios no podían hacer nada para evitar el castigo del pecado o la desobediencia a la ley de Dios. Por eso encontramos en las Sagradas Escrituras que el pueblo de Israel, en forma personal o colectiva, tuvo que sufrir en más de una ocasión el castigo por su maldad y la violación del pacto (1 Sam. 3:14; Isa. 22:14; 47:11). En otras palabras, el sacrificio de la expiación no podía resolver el problema del pecado en forma automática, sino tan sólo cuando el pecador tenía la actitud correcta y el sacerdote realizaba el rito de acuerdo con la voluntad de Dios y las instrucciones del pacto santo.

La expiación del pecado, en el sistema típico del santuario terrenal, se realizaba específicamente en tres lugares: (1) en el altar del holocausto (2 Crón. 29:24), (2) en el lugar santo o primer departamento del santuario (Lev. 6:30) y (3) en el lugar santísimo o segundo departamento (Lev. 16). La expiación diaria y continua se realizaba en el altar del holocausto y en el primer departamento del santuario, mientras que la expiación anual (una sola vez al año) se realizaba en el altar del holocausto y en el lugar santísimo (Éxo. 30:10; Lev. 16:1-34). Las únicas personas que podían realizar la expiación del pecado en el santuario terrenal, eran los sacerdotes descendientes de Leví. Este rito, que se hacía en el santuario, nos ayuda a entender el ministerio expiatorio del Mesías predicho en Daniel 9:24. Es decir, la muerte del Mesías, como sustituto del pecador, era de suma importancia y obligatoria para que se perdonara el pecado y se purificara el santuario celestial o se anularan los registros del pecado en el cielo.

Hasta aquí hemos visto que Daniel 9:24 repite tres veces el concepto de la expiación del pecado. Esta triple repetición es un recurso literario semítico conocido como “tour”, cuya función señala que el problema del pecado sería resuelto de manera total y completa.¹⁸ En otras palabras, el recurso literario de la repetición triple nos indica que el problema del pecado tendrá que ser totalmente erradicado de los seres humanos y, en todos los sentidos, para siempre.

El uso de la raíz *kippēr*, en la forma verbal *piel*, nos indica primeramente que *kippēr* es un verbo denominativo; esto es, que el verbo no se originó de una raíz verbal, sino de un sustantivo. En segundo lugar, nos indica que el verbo *kippēr* tiene una función “privativa” y, por

lo tanto, debería traducirse como “hacer expiación”, siempre y cuando el objeto directo sea una persona; y como “hacer purificación” o “hacer limpieza”, cuando el objeto directo no sea una persona.¹⁹

Antes de continuar, queremos hacer notar que los tres sustantivos de la segunda unidad de Daniel 9:24 (*pésa^c, hattā^oōt y ^cāwōn*) hacen un enlace lingüístico entre esta profecía y el sistema de tipos o símbolos del santuario de Israel, ya que estos tres tipos de pecados eran los que se eliminaban de los israelitas y del santuario en el día de la expiación (Lev. 16:16, 21, 22, 30). También, es un hecho real que Daniel 9:24-27 está estrechamente ligado con la profecía de Daniel 8:14, donde se presenta la purificación del santuario en el “tiempo del fin” (Dan. 8:17-19). Por último, hacemos notar que el contexto inmediato de Daniel 9:24 señala que el Mesías Príncipe sería cortado y haría cesar los sacrificios y ofrendas a la mitad de la septuagésima semana (Dan. 9:26, 27). Todos estos puntos sugieren que Daniel 9:24 está ligado lingüística y temáticamente con el servicio del santuario y, por lo tanto, predice elocuentemente que la solución al problema del pecado, en el nuevo pacto, sería de una manera radical y completa. Esta profecía de Daniel 9:24-27, al igual que la profecía del Siervo Sufriente de Isaías 52:13-53:12, nos asegura que el problema del pecado será resuelto, definitivamente, gracias a la muerte expiatoria del Mesías Príncipe, o el Siervo de Dios.

Para traer la justicia (šēdeq) eterna (°ōlāmîm)

El sustantivo “justicia” en hebreo tiene dos géneros: masculino y femenino; *šēdeq*, es masculino y ocurre 118 veces en el Antiguo Testamento; *šēdaqa*, es femenino, y aparece 156 veces en la misma división. El significado básico de *šēdeq* o *šēdaqa* es “rectitud”, “justicia”; esto es, conformidad plena con la norma ética o moral de Dios.²⁰ Esta “norma” de justicia, en el Antiguo Testamento, es llamada “testimonio” (Éxo. 25:16, 21; 30:6, 36; 31:18; 32:15) o “pacto” (Deut. 4:12, 13, 23), y está expresada en los diez mandamientos o decálogo (Éxo. 20:1-17; Deut 5:2-18).

La “rectitud” o “justicia” en el Antiguo Testamento es lo contrario de la iniquidad (Eze. 3:20; Ecl. 3:16), la maldad (Sal. 45:8; Prov. 11:19), la mentira (Sal. 52:3), la impiedad (Prov. 13:6) y la dureza de corazón (Isa. 46:12). Por otro lado, la “justicia” está relacionada positivamente con el Mesías (Isa. 11:4, 5), la salvación de Dios (Isa. 46:13; 51:5, 8; 62:1), la verdad (Prov. 12:7), la integridad (Sal. 15:2) y la fidelidad (Isa. 1:26). Y el fruto de la justicia es la paz y la seguridad (Isa. 32:17).

Las profecías apocalípticas de Daniel

La justicia en el Antiguo Testamento es un principio integral del carácter de Dios (Isa. 45:21, 24; Sal. 119:137) que se refleja en su ley (Isa. 51:7), en sus testimonios (Sal. 119:138, 144), en sus mandamientos (Sal. 119:172) y en sus instrucciones (Isa. 45:19). La justicia de Dios es activa y se manifiesta en su trato con su pueblo, en el cumplimiento fiel de su pacto, en su relación con la humanidad y en sus juicios que preservan a los justos y destruyen a los injustos. Así como Dios es justo (Sal. 9:4) y la justicia, el fundamento de su trono (Sal. 89:15; 97:2), así también él espera que su pueblo practique la justicia en sus relaciones sociales, en sus actos judiciales (Lev. 19:15; Deut 1:16), en sus intercambios comerciales (Lev. 19:36; Deut. 25:15; Eze. 45:10) y en su cumplimiento del pacto eterno. Este ideal de la justicia, manifestado en el Decálogo y en el carácter de Dios, ha llegado a ser una realidad para el ser humano gracias a la obra y muerte del Mesías Príncipe (Dan. 9:24-27). Hoy mismo, el ser humano puede disfrutar de esa justicia si acepta el plan de salvación de Dios y pone su confianza en el Señor Jesús, el Cordero de Dios, que ofreció su vida para expiar la rebelión, el pecado y la iniquidad (Dan. 9:24). En esta nueva etapa del plan de salvación, que el Mesías inició con su muerte, la ley de Dios no es tan sólo una norma externa, sino más bien “principio” o “ley moral” que Dios quiere grabar en la mente y en el corazón (Jer. 31:31-34; Heb. 8:1-13) por medio del Espíritu Santo. Este Espíritu de Dios, gracias a la muerte del Mesías, tiene la autoridad de cambiar el corazón insensible de los seres humanos y, además, tiene el poder para hacer que su pueblo viva en armonía con los mandamientos de Dios (Eze. 36:26-28). Esta obra del Espíritu Santo está en armonía con las promesas de Dios dadas a Israel (Joel 2:28-32; Eze. 36:26-28) y con su plan de salvación (Juan 16:5-13; Rom. 8). Así como Dios y su ley son eternos, también su justicia es eterna (Dan. 9:24). Justicia que, según Daniel 9:24-27, será una realidad total y permanente en el pueblo de Dios, gracias a la muerte del Mesías Príncipe.

Para sellar (laḥtōm) la visión profética (hāzōn wənābīʿ)

El verbo *ḥātam* (sellar) aparece 27 veces en el Antiguo Testamento, y significa básicamente “imprimir o estampar un sello”.²¹ El sello, a su vez, tiene la función de darle autenticidad a un documento, o autoridad a una actividad (Est. 8:8). El verbo *ḥātam* se encuentra asociado con cartas (1 Rey. 21:8), pactos (Neh. 9:38), escrituras de propiedad (Jer.

32:10-14), decretos (Est. 8:8) y libros (Dan. 12:4, 9). De este significado básico de *hātam* (sellar), se derivaron otros significados secundarios, como por ejemplo, “autenticar”, “confirmar”, “encerrar”, “ocultar”, “parar”, etc. El contexto, en la mayoría de los casos, es crucial para determinar con precisión cuál es su significado exacto.

El objeto gramatical del verbo “sellar”, en Daniel 9:24, es la frase “visión y profeta”. Esta frase es un recurso literario semítico conocido como “hendiadys”²². Como ya explicamos en el capítulo anterior, el “hendiadys” se compone de dos sustantivos que están unidos por la conjunción “y”: la función de este recurso es expresar una sola idea o concepto, pero complejo. También notamos en la frase “visión y profeta”, que ninguno de los dos sustantivos tiene el artículo definido. Esta ausencia del artículo podría indicar, por un lado, que la frase literal “visión y profeta” se está refiriendo a la “visión profética bíblica” en general, y no necesariamente a “la visión profética” del libro de Daniel. Por otro lado, si la ausencia del artículo en ambos sustantivos es el reflejo tendencioso de la poesía hebrea, que omite el artículo por asuntos de métrica o estilo,²³ entonces la cláusula se está refiriendo a otro de los resultados de la llegada del Mesías; es decir, la de autenticar la veracidad de las profecías de Daniel. Si esto es así, entonces la cláusula “para sellar la visión y profeta” nos está indicando la importancia de la muerte del Mesías Príncipe (Dan. 9:24-27), cuyo cumplimiento autenticaría la veracidad de todas las profecías del libro de Daniel y garantizaría el cumplimiento total de todas ellas. Por lo tanto, seguiremos estudiando esta profecía mesiánica con sumo cuidado, para ver si en realidad ha tenido su cumplimiento en la historia o no.

Para ungir el santuario (qōdeš qo,dāšim)

El rito del unguimiento de los sacerdotes y del santuario está claramente delineado en el Pentateuco. Allí encontramos que Dios le comunicó a Moisés que ungiera al sumo sacerdote (Éxo. 29:7; 30:30; 40:13), al tabernáculo y a los muebles del santuario (Éxo. 30:25-29; 40:9-11). El rito del unguimiento tenía el propósito de consagrar a los sacerdotes y al santuario para el ministerio de la expiación del pecado, la administración del perdón y el servicio de adoración a Dios. El rito debía realizarse con un aceite especial (Éxo. 30:25) y, una vez que se hubiera realizado, indicaría que el sumo sacerdote y el santuario eran aptos para ejercer su ministerio de expiar el pecado y reconciliar al ser humano con Dios.

Las profecías apocalípticas de Daniel

La tercera unidad poética de Daniel 9:24 predice que el “santo de los santos” sería ungido. Este unguimiento se haría durante la septuagésima semana (la última de las 70 semanas) y como un resultado directo de la muerte del Mesías. Siendo que este evento es uno de los resultados de la muerte del Mesías, sería bueno que investiguemos la naturaleza de este unguimiento y el lugar de su cumplimiento en la historia.

La expresión hebrea *qōdeš qo.ḏāšim* (santo de los santos) aparece 23 veces en el Antiguo Testamento y se traduce, regularmente, “muy santo” o “santísimo”. Esta frase, con una posible excepción, siempre se refiere al santuario y sus utensilios santos: (1) el tabernáculo (Éxo. 30:29), (2) el lugar santísimo del santuario terrenal (Éxo. 26:33; 1 Rey. 8:6; 2 Crón. 3:8, 10; 5:7; Eze. 41:4), (3) los muebles del tabernáculo: el altar del incienso, la mesa, el candelero, el altar del sacrificio y la fuente (Éxo. 29:37; 30:10, 29; 40:10; Núm. 4:4, 19; 1 Crón. 6:34), (4) las cosas dedicadas a Dios (Lev. 27:28), (5) los sacrificios por el pecado y la culpa (Lev. 6:18, 22; 7:1, 6; 10:12; 14:13; Núm. 18:9), (6) el pan de la proposición (Lev. 24:9), (7) el incienso (Éxo. 30:36; 1 Crón. 23:13) y (8) la ofrenda de cereal (Lev. 2:3, 10; 6:10; 10:12; Esd. 2:63; Neh. 7:65). En el libro de Ezequiel, la frase “santo de los santos” se refiere a un espacio geográfico que estaría relacionado con el futuro santuario del pueblo de Israel (Eze. 43:12; 45:3; 48:12). Es interesante notar que todos los versículos referidos anteriormente utilizan la frase *qōdeš qo.ḏāšim* para aludir, únicamente, al santuario y sus objetos santos, y de todos ellos, el tabernáculo y sus muebles fueron los únicos que se ungieron con aceite (Éxo. 30:25-29; 40:9-11). Por lo tanto, la expresión “santo de los santos”, de Daniel 9:24, se refiere al santuario y sus muebles. Pero, ¿a qué santuario, al santuario terrenal o al santuario celestial?

Para contestar esta pregunta, tenemos que considerar el contexto de Daniel 9:24. En primer lugar, notemos que este versículo declara que las 70 semanas serían concedidas para “expiar el pecado” y para establecer la “justicia eterna”. Estas bendiciones vendrían como resultado de la muerte del Mesías Príncipe (Dan. 9:26, 27). Es decir, la expiación del pecado y el establecimiento de la justicia, referidos en Daniel 9:24, no son bendiciones que vendrían como resultado de los sacrificios de animales del santuario terrenal, sino del sacrificio o la muerte del Mesías Príncipe (9:26, 27). Por lo tanto, Daniel 9:24-26 estaba prediciendo que el Mesías vendría para introducir un nuevo sistema de

El Mesías Príncipe y la purificación del santuario

salvación que, anteriormente, se había prefigurado mediante elementos tipológicos del santuario terrenal. Al venir el Mesías para morir por los pecados de la humanidad, los sacrificios y las ofrendas del santuario terrenal cesarían y entraría en acción la sangre del Mesías y su ministerio sacerdotal en el santuario celestial (Dan. 9:27). En otras palabras, así como Daniel 9:26, 27 predecía la muerte del Mesías Príncipe como la víctima del sacrificio por el pecado, en lugar del animal típico del santuario terrenal, así también Daniel 9:24 predecía el ungimiento del santuario celestial (*qódeš qo dāšim*), en lugar del santuario de Jerusalén.

Por lo tanto, así como Moisés ungió el tabernáculo del desierto y sus muebles para dar inicio al sistema tipológico de la salvación del pecado, Dios unguiría el santuario celestial para dar inicio al nuevo sistema de salvación que operaría mediante el sacrificio del Mesías y su ministerio sumo sacerdotal. Es decir, Daniel 9:24 predice “la expiación completa” del pecado, el establecimiento de “la justicia eterna”, el sellado de “la visión profética” y el ungimiento del “santuario celestial”. Todo esto, gracias al sacrificio y ministerio del Mesías Príncipe.

Hasta aquí hemos visto, de manera general, que el libro de Daniel predijo con exactitud el aparecimiento del Mesías al final de las 69 semanas (Dan. 9:25, 26) y la muerte del mismo, a la mitad de la septuagésima semana (Dan. 9:27). Ahora nos toca establecer los datos cronológicos de las 70 semanas y el cumplimiento de esta profecía en la historia.

La cronología de las setenta semanas y el Mesías Príncipe

El principio de las setenta semanas (Dan. 9:25a)

Daniel 9:25a predice un acontecimiento significativo que marcaría el inicio de las setentas semanas simbólicas, o los 490 años literales. Este evento es “la salida de la palabra” o el decreto que permitiría edificar o reconstruir la ciudad de Jerusalén (Dan. 9:25). Siendo que este decreto marcaría el inicio de las 70 semanas, nos conviene investigar quién lo promulgó y cuándo. Pero, ¿habrá alguna evidencia histórica o bíblica acerca de su promulgación? ¿Será posible encontrar alguna referencia histórica sobre este asunto? ¿Será posible saber su fecha de expedición?

En primer lugar, consideremos el marco histórico de la visión de Daniel 9:24-27. Dicha visión fue vista por Daniel el primer año de

Las profecías apocalípticas de Daniel

Darío el Medo (539 a. C., Dan. 9:1). En ese año, Daniel se encontraba cautivo en Babilonia y la ciudad de Jerusalén estaba en ruinas. Hasta donde sabemos, ningún gobernante israelita o extranjero se había atrevido a promulgar un decreto para reconstruirla, antes del 539 a. C. Por esta razón, Daniel le pidió a Dios que se acordara de la desolación de Jerusalén y del santuario (9:3-19). Esta petición de Daniel, descrita un poco antes de la visión, nos permite afirmar que el decreto de Daniel 9:25 tenía que promulgarse después del año 539 a. C. y, por lo tanto, tenemos que buscarlo en la historia después de esa fecha, y no antes.

Desafortunadamente, no existe ningún documento histórico o arqueológico de Babilonia, Medo-Persia, Grecia o Roma que mencione un decreto que se haya dado después del año 539 a. C., y que se relacione con la reconstrucción de Jerusalén. Sin embargo, el libro de Esdras menciona dos decretos persas que se expidieron después de la caída de Babilonia (539 a. C.) para reconstruir el templo de Jerusalén, y un decreto para que se reconstruyera la ciudad de Jerusalén. Según el libro de Esdras, Ciro el Grande expidió el primer decreto; Darío I, el segundo y Artajerjes I, el tercero. A continuación, analizaremos dichos decretos registrados en la Biblia, para ver si alguno de ellos armoniza con los datos de Daniel 9:25-27.

El primer decreto fue promulgado en el primer año del rey Ciro (539 a. C.) y se encuentra registrado en Esdras 1:2-4 y 2 Crónicas 36:23. La historia bíblica revela que Ciro expidió su decreto en el año 539 a. C., con el propósito exclusivo de que se reconstruyera el templo de Jerusalén, y no la ciudad. Por esta razón, no lo podemos aceptar como “la palabra” que marcaría el inicio de las 70 semanas. Este hecho no minimiza su importancia, porque dicho decreto le permitió al pueblo de Israel regresar oficialmente a su territorio, reconstruir su templo y, más tarde, reconstruir la ciudad de Jerusalén.

El libro de Esdras también menciona un segundo decreto persa que fue expedido por Darío I en el año 520 a. C. (Esd. 6:6-12). Según el relato de Esdras, el gobernador Tatnai le pidió a Darío I que investigara en los registros del imperio si el rey Ciro había expedido un decreto para que los judíos reconstruyeran el templo de Jerusalén (Esd. 5:6-17). Los oficiales del rey Darío I, después de cierto tiempo, encontraron una copia del decreto de Ciro en el palacio de Ecbatana (Esd. 6:2). Dicho hallazgo, motivó a Darío I a expedir otro edicto, donde él exhortaba a sus oficiales

a que no estorbasen la reconstrucción del templo de Jerusalén y que le dieran a los judíos todo lo que ellos necesitaban para que terminasen la reconstrucción de su templo. Gracias a Darío I, que apoyó económica y políticamente al pueblo de Israel, el templo de Jerusalén quedó reconstruido en el año sexto de su reinado, o sea en el año 516 a. C. (Esd. 6:15). Al analizar el decreto de Darío I, tal y como se encuentra en Esdras 6:6-12, notamos que el rey Darío I dio órdenes expresas para que se reconstruyera el templo de Jerusalén, pero en ellas no aparece nada que se relacione con la reconstrucción de la ciudad. Por esta razón, no podemos aceptar este decreto de Darío I como “la palabra” que marcaría el inicio de las 70 semanas simbólicas de Daniel 9:24.

Esdras 4:12, por primera vez, menciona que los judíos estaban reconstruyendo la ciudad de Jerusalén. Este proyecto, por lo visto, no le agradó a los oficiales “del oeste del río Éufrates”, y le enviaron al rey Artajerjes I una carta que decía: “Sea notorio al rey, que los judíos que subieron de ti a nosotros vinieron a Jerusalén; y edifican la ciudad rebelde y mala, y levantan los muros y reparan los fundamentos” (Esd 4:12). Como podemos observar, esta carta menciona explícitamente que Artajerjes había enviado a los judíos a Jerusalén y que ellos estaban (1) edificando la ciudad, (2) levantando los muros y (3) reparando los cimientos (Esd. 4:12). Esta es la primera referencia, después del año 539 a. C, en que se menciona la reconstrucción de Jerusalén. Por lo tanto, este decreto del rey Artajerjes es el mejor candidato que tenemos en este momento para que se establezca el inicio de las 70 semanas de Daniel 9. Por supuesto, antes de aceptarlo de manera definitiva, tenemos que probar si este decreto cumple con todos los requisitos de la profecía.

En Esdras 7:7-26 encontramos que Artajerjes, en el séptimo año de su reinado, expidió un decreto para que todos los que quisieran ir de Persia a Jerusalén, lo hicieran sin ningún impedimento. Además, notamos que el decreto autorizaba a Esdras para que él organizara el gobierno de la provincia de Judá y activara el servicio del santuario (Esd. 7:23-26). Sin lugar a dudas, la orden para que se organizara el gobierno civil judío implicaba también que se reconstruyera la ciudad capital. Por esta razón, creemos que el decreto del rey Artajerjes es el que cumple la profecía de Daniel 9:25. Si esta conclusión es correcta, entonces necesitamos ubicar el séptimo año de Artajerjes I en la historia y, así, establecer la fecha del inicio de las 70 semanas proféticas.

Las profecías apocalípticas de Daniel

Historiadores modernos, basándose en documentos de la antigüedad, afirman que el séptimo año de Artajerjes I corresponde al año 458/457 a. C.²⁴ Es decir, el séptimo año de Artajerjes se ubica en nuestro calendario desde la primavera del año 458 a. C. hasta la primavera del año 457 a. C. Esta cobertura de dos años distintos, en nuestro calendario, se debe a que el calendario anual de los persas operaba de primavera a primavera. Por otro lado, si el autor del libro de Esdras siguió el calendario judío, entonces el séptimo año de Artajerjes se ubicaría en nuestro calendario desde el otoño del año 458 a. C. hasta el inicio del otoño del año 457 a. C. Si estos datos son correctos, entonces podemos utilizar el año 458/457 a. C. como el inicio de las 70 semanas de Daniel 9:24. Nosotros utilizaremos la fecha del otoño del año 457 a. C., porque todas las evidencias históricas y cronológicas disponibles la respaldan.

Fecha del aparecimiento del Mesías Príncipe (Dan. 9:25b)

La fecha del aparecimiento del Mesías príncipe se presenta en Daniel 9:25 de la siguiente manera:

II

Sabe y entiende:
desde la salida de la palabra,
para restaurar y edificar a Jerusalén,

hasta el Mesías Príncipe,
habrá siete semanas
y sesenta y dos semanas.

En las primeras tres líneas de este pasaje encontramos que un decreto sería promulgado para que se reconstruyera la ciudad de Jerusalén, y que dicho decreto marcaría el principio de las 70 semanas simbólicas. La segunda unidad del mismo pasaje añade que, después de la expedición de dicho decreto, transcurrirían 69 semanas simbólicas o 483 años literales hasta la manifestación del Mesías Príncipe. En otras palabras, si Artajerjes I promulgó su decreto en el año 457 a. C., entonces el Mesías debería aparecer en el año 27 d. C. Tomando este año como la posible fecha del aparecimiento del Mesías, investiguemos

El Mesías Príncipe y la purificación del santuario

qué es lo que sucedió en Judea durante ese año. Es decir, investiguemos si alguna persona reclamó su derecho de ser el rey o Mesías de Israel durante el año 27 d. C.

Antes de continuar, queremos ilustrar el período de las 69 semanas simbólicas, o 483 años literales, de la siguiente manera:

Otoño	Otoño	Otoño
457 a. C.	27 d. C.	34 d. C.
7 semanas + 62 semanas = 69 semanas o 483 años.		1 semana = 7 años
-----		-----

Aquí conviene aclarar que la palabra Mesías proviene del adjetivo hebreo *māšîʿh*. Esta palabra hebrea fue traducida al idioma griego como *Xristós*, y de ese idioma pasó al español como “Cristo”. El adjetivo hebreo *māšîʿh* significa “ungido” y aparece 38 veces en el Antiguo Testamento. En este lugar fue utilizado, mayormente, para referirse a un rey de Israel o a un sumo sacerdote. El título de “ungido” se le dio a Saúl (1 Sam. 24:6 [BH 7], 11; 26:9, 11, 23), a David (2 Sam. 22:51; 23:1; Sal.18:50; 89:38, 51 [BH 39, 52]) y a otros reyes de Israel. Sin embargo, este título no fue exclusivo de los reyes israelitas, sino también se le dio a Ciro el Grande (Isa. 45:1) y a los sumos sacerdotes de la tribu de Leví (Lev. 4:3; 5:16). De esta práctica o costumbre surgió el concepto de un Mesías Príncipe, descendiente de David, que sería el Redentor de Israel y de la humanidad (Isa. 9: 5, 6; 11:1-9; 52:13-53:12; Dan. 9:25; Zac. 9:9, 10; Mal. 3:1, 2).

El Mesías Príncipe, según Daniel 9:25, tendría que manifestarse al final de las 69 semanas simbólicas o 483 años literales; es decir, en el año 27 d. C. Es interesante notar que el Nuevo Testamento menciona a un descendiente de David que fue ungido en el año 27 de nuestra era. Es decir, Jesús de Nazaret o el Cristo. El registro sagrado testifica que Jesús, siendo como de 30 años de edad (Luc. 3:23), fue bautizado por Juan el Bautista y ungido por el Espíritu Santo (Mat. 3:13-15). Si este evento es el cumplimiento de Daniel 9:25, entonces deberíamos verificarlo en la historia y establecer la fecha de su cumplimiento.

Afortunadamente, algunos datos históricos de la vida de Jesús sincronizan con otros eventos históricos de su tiempo. Éstos podrían ayudarnos a establecer la fecha del bautismo de Jesús y su unguimiento.

Las profecías apocalípticas de Daniel

Uno de ellos es la muerte de Herodes el Grande, quien quiso matar a Jesús un poco después de su nacimiento (Mat. 2:1-8). El otro evento es el ministerio de Juan el Bautista, quien bautizó a Jesús en el río Jordán cuando él (Jesús) tenía como 30 años de edad (Luc 3:23). El último evento es la administración de Poncio Pilato, quien enjuició a Jesús y autorizó su muerte. Ahora, si logramos establecer las fechas de estos eventos históricos, es decir, el año de la muerte de Herodes el Grande, el tiempo del ministerio de Juan el Bautista y el período del gobierno de Poncio Pilato, entonces podremos también establecer el tiempo del bautismo y la muerte de Jesús.

Historiadores modernos concuerdan que Herodes el Grande murió en la primavera del año 4 a. C.²⁵ Si este dato es correcto, entonces el nacimiento de Jesús tuvo lugar un poco antes de la primavera de dicha fecha, cuando Herodes todavía estaba vivo (Mat. 2:1-12). Este dato histórico (4 a. C.), juntamente con la edad que Jesús tenía cuando fue bautizado (30 años, Luc 3:23), nos permitiría establecer la fecha del bautismo de Jesús alrededor del año 26 d. C.

El Evangelio de Lucas ubica el ministerio profético de Juan el Bautista a partir del decimoquinto año del emperador Tiberio César (Luc. 3:1-23). Siendo que él comenzó a reinar en el año 14 d. C., entonces Jesús pudo haber sido bautizado alrededor del año 28 de nuestro calendario.²⁶

Por último, los cuatro Evangelios testifican que Jesús fue enjuiciado y sentenciado a muerte por Poncio Pilato, quien sirvió como procurador de Judea desde el año 26 d. C. hasta el 36 d. C.²⁷. Basados en este dato histórico, podríamos decir que el bautismo y el ministerio de Jesús pudieron haber sucedido entre el año 26 d. C. y el año 36 d. C.

Ahora bien, si la fecha del decreto de la reconstrucción de Jerusalén fue dado en el séptimo año de Artajerjes I (457 a. C.), entonces el bautismo y unguimiento del Mesías tuvo que haber sucedido en el año 27 d. C. Esta fecha sincroniza perfectamente con los datos del Nuevo Testamento y con los registros históricos de la vida de Jesús. Por lo tanto, el unguimiento de Jesús, después de su bautismo, testifica que él es el Mesías de la profecía de Daniel 9:24-27.

Culminación de la reconstrucción de Jerusalén (Dan. 9:25c)

Daniel 9:25 divide las 70 semanas en tres partes o períodos de tiempo. Al primer período le corresponden 7 semanas o 49 años. Durante

El Mesías Príncipe y la purificación del santuario

ese período la ciudad de Jerusalén debió haber sido reconstruida (457-408 a. C.) en tiempos angustiosos. Y esto se cumplió al pie de la letra según los datos históricos de los libros de Esdras y Nehemías. Por lo tanto, podemos ubicar la reconstrucción de Jerusalén desde el año 457 a. C. hasta el año 408 a. C.

Antes de pasar a otro punto, quisiéramos señalar que la Biblia Hebrea divide las cláusulas de Daniel 9:25 de manera equivocada. Es decir, la Biblia Hebrea sugiere que el Mesías tendría que aparecer al final de las primeras 7 semanas o 49 años, y que la reconstrucción de la ciudad de Jerusalén debería terminar al final de las 62 semanas. Esta puntuación masorética, sin lugar a dudas, está equivocada por varias razones. En primer lugar, si el Mesías debía manifestarse al final de las primeras siete semanas o 49 años (408 a. C.), entonces ¿cómo sería posible que a él se le quitara la vida después de las 62 semanas o 434 años (27 d. C.)? En segundo lugar, la estructura literaria de Daniel 9:24-27 indica claramente que el Mesías debía manifestarse al final de las 62 semanas y que la reconstrucción de la ciudad de Jerusalén debía terminar al final de las primeras 7 semanas. Esta evidencia estructural, como vimos anteriormente, contradice la puntuación masorética de Daniel 9:25. Ésta, que es distinta de las otras versiones antiguas del Antiguo Testamento, se debe posiblemente a la tendencia anticristiana de los judíos de los primeros siglos de nuestra era o a otros factores que desconocemos.

La muerte del Mesías (Dan. 9:26)

Y después de las sesenta y dos semanas
será cortado el Mesías,
y nadie lo ayudará.

Y la ciudad santa destruirá,
el pueblo de un Príncipe que ha de venir;
y su fin será con inundación,
y hasta el fin de la guerra,
habrá desolaciones determinadas.

Según Daniel 9:26, al Mesías se le quitaría la vida después de las 62 semanas simbólicas o 434 años literales. Este versículo, como

Las profecías apocalípticas de Daniel

se puede observar, no indica la fecha exacta de la muerte del Mesías. El texto solamente dice que después de las 62 semanas se le quitaría la vida o moriría. Por otro lado, el texto implica que el Mesías no moriría por causas naturales, sino que a él se le quitaría la vida. Su muerte, en este pasaje, está expresado por el verbo *kārat* (cortar). Este verbo fue usado en el Antiguo Testamento (1) para expresar la transacción de “un pacto” mediante la muerte de un animal (Gén. 21:27, 32; 32:44; Éxo. 23:32; 34:10,12, 15, 27), (2) para indicar la acción de cortar cualquier objeto (Éxo. 4:25; 34:13; Jer. 34:18; 46:23) o para expresar la muerte de un ser viviente (Gén. 9:11; 41:36; Éxo. 8:5; 31:14; Lev. 7:20, 27; 17:4, 14; 20:5, 6, 18). Este uso de la palabra *kārat* (Dan. 9:26) y de la palabra “pacto” (Dan. 9:27), indican poderosamente que el Mesías moriría en lugar del pecador.

El mensaje de Daniel 9:26, sobre la muerte del Mesías, aparece en el centro del poema de Daniel 9:24-27. Dicha ubicación nos indica que el autor del libro de Daniel a propósito enfatizó la muerte del Mesías como el punto focal de esta profecía que, a su vez, traería todos los demás beneficios que aparecen en la primera parte del poema (9:24). Este énfasis estructural, como se ha visto, es una de las funciones de la estructura concéntrica.

Daniel 9:26 también predecía que nadie estaría a favor del Mesías. Este pensamiento se deduce de la frase hebrea *wəʿên lô*. Frase que ha sido traducida por algunas versiones como “no tendrá nada” o “no por sí”. Ella es única en el Antiguo Testamento y quiere decir, literalmente, “nadie por él” o “nada por él”. Tres cláusulas similares a ésta aparecen en el Antiguo Testamento y se encuentran en Salmos 72:12, Daniel 11:45 y Lamentaciones 1:7. La diferencia que observamos entre las tres cláusulas de los pasajes referidos y la frase de Daniel 9:26, es que las primeras tres tienen el verbo ayudar (*ʿazer*), mientras que la frase de Daniel 9:26, no la tiene. La frase de Daniel 9:26, tal y como está escrita, podría traducirse “nadie estará por él”. Y esta expresión podría significar que nadie estaría a su favor, que lo dejarían solo o que nadie lo ayudaría. Ambas ideas encajan perfectamente en la experiencia del Señor Jesucristo. Los Evangelios testifican que él, además de ser rechazado por su pueblo (Juan 1:11), fue abandonado por sus discípulos (Juan 16:32, 33; 18:8, etc.). Después de todo, él llevó solo la culpa del pecado.

El Mesías Príncipe y la purificación del santuario

Daniel 9:26 también predice la destrucción de la ciudad de Jerusalén. Sin embargo, este pasaje no indica la fecha exacta de su destrucción, sino que lo menciona de una manera general. Por otro lado, el versículo identifica, explícitamente, al culpable de dicha destrucción, y de manera indirecta, su causa. Según Daniel 9:26, el culpable de la destrucción de Jerusalén sería “el pueblo de un Príncipe que ha de venir”. El pueblo, de acuerdo al contexto, podría ser Israel, o el pueblo romano. Esta interpretación se debe al hecho de que el sujeto del verbo destruir es el “pueblo” y no “el príncipe”. Además, la estructura del poema sugiere que el Príncipe (*nāgīd*) de este versículo debe ser el mismo Príncipe del versículo 25; es decir, el Mesías. Otra posibilidad interpretativa podría ser que el príncipe (*nāgīd*) de este pasaje, se esté refiriendo al príncipe romano; es decir, el César. Esta interpretación es posible, ya que la palabra *nāgīd* (príncipe) también fue utilizada para referirse a un monarca no israelita (Eze. 28:1).

La destrucción de Jerusalén, de acuerdo con el contexto de Daniel 9:26, vendría como una consecuencia del rechazo del Mesías y de su muerte. El cumplimiento de esta profecía lo encontramos en Lucas 19:28-44. Este pasaje declara que cuando Jesús entró en la ciudad de Jerusalén, como el Mesías prometido (Zac. 9: 9, 10), los líderes de la nación judía lo ignoraron y aun se opusieron a su recibimiento. El Evangelio de Lucas declara que “Algunos de los fariseos que estaban entre la gente le reclamaron a Jesús: ¡Maestro, reprende a tus discípulos!” (Luc. 19:39). Todo parece indicar que esta actitud de los líderes judíos hacia el Mesías, fue la gota que llenó el vaso de la ira de Dios y provocó el juicio de Jesús contra Jerusalén y sus habitantes (Luc. 19:42-44). Él dijo: “Te sobrevendrán días en que tus enemigos levantarán un muro y te rodearán, y te encerrarán por todos lados. Te derribarán a ti y a tus hijos dentro de tus murallas. No dejarán ni una piedra sobre otra, porque no reconociste el tiempo en que Dios vino a salvarte” (Luc 19: 43, 44). De esta manera y con estas palabras, a la mitad de la septuagésima semana, Jesús proclamó la suerte de la ciudad rebelde, porque “a lo suyo vino y los suyos no le recibieron” (Juan 1:11; Luc. 19:41-44). No está por demás decir que estas palabras de Jesús y la profecía de Daniel se cumplieron al pie de la letra en el año 70 de nuestra era. Flavio Josefo, el historiador judío y testigo de la destrucción de Jerusalén, la describió, prácticamente, en los mismos términos en que Jesús lo expresara.²⁸

Las profecías apocalípticas de Daniel

La última semana y la muerte del Mesías (9: 27a)

Y él confirmará el pacto con muchos
en una semana
y a la mitad de la semana
él hará cesar el sacrificio y la ofrenda.

Daniel 9:27 declara enfáticamente que el Mesías confirmaría el pacto con muchos en una semana. Ésta, por supuesto, se refiere a la septuagésima semana. Ahora, nos preguntamos ¿a qué pacto se refiere este pasaje y con quiénes se confirmaría?

Notése bien que el pacto se confirmaría en una semana y que el sacrificio y la ofrenda cesarían a la mitad de la semana. En otras palabras, el pacto de este versículo no es nuevo, sino que ya existía en el tiempo del profeta Daniel. Lo único que le faltaba era su confirmación. Y esto es lo que el Mesías hizo durante la septuagésima semana. Él confirmó el pacto con muchos, a viva voz y con su propia muerte, durante la última semana o la septuagésima.

El Nuevo Testamento testifica que Jesús, el Cristo, predicó un sermón al inicio de su ministerio. Muchos eruditos cristianos consideran que Jesús predicó este sermón para inaugurar su reino mesiánico. Si esto es así, entonces Jesús confirmó su pacto con muchos a través de su predicación y, finalmente, a través de su muerte. Este pacto, sin lugar a dudas, es el mismo que él concertó con el pueblo de Israel en el Monte Sinaí, sólo que ahora lo refinó, lo elevó y confirmó. Jesús, en el sermón del monte, confirmó las condiciones y promesas de su pacto eterno (Mat. 5-7) y, finalmente, lo ratificó con su propia sangre en la cruz del Calvario.

La expresión “muchos” tiene que referirse al pueblo de Israel y a los gentiles. Es decir, todos aquellos que en algún tiempo de la historia aceptaron el pacto, o aceptarían sus condiciones y promesas. Dicha expresión incluye a todos los fieles de Israel y de la iglesia cristiana.

Daniel 9:27a profetiza también que los sacrificios y las ofrendas tendrían que cesar a la mitad de la última semana. El contexto y el paralelismo de los versos señalan que el Mesías sería el agente o el instrumento de la cesación del sacrificio de dichos animales y ofrendas que se habían ofrecido en el santuario de Jerusalén. Al morir el Mesías, esos animales y ofrendas que lo prefiguraban dejarían de tener la validez de su promulgación y, finalmente, dejarían de ofrecerse en el santuario de

El Mesías Príncipe y la purificación del santuario

Jerusalén. La representación temporaria de dichos sacrificios desaparecería juntamente con la tipología del santuario de Jerusalén, y el sacrificio de Jesús en el Calvario y su ministerio sacerdotal serían la única solución al problema del pecado (Dan. 9:26).

La muerte del Mesías, que causaría la cesación de los sacrificios de animales y de las ofrendas de cereales, tendría lugar a la “mitad” o en el “medio” de la septuagésima semana; es decir, tres años y medio después de que él se presentara públicamente como el Mesías. Si él se manifestó al final de las 62 semanas, o sea en el año 27 d. C., entonces su muerte tendría que llevarse a cabo en el año 31 de la era cristiana.

La muerte del Mesías se cumplió al pie de la letra. Tres años y medio después de que Jesús fuera ungido por el Espíritu Santo e iniciara su ministerio público en el Jordán, él fue conducido al Monte Calvario para ofrecer su vida a favor de toda la humanidad (Luc. 23). Jesús, como Cordero, fue llevado al matadero y no abrió su boca. En lugar de proferir insultos o maldiciones, él oró y suplicó a favor de los que lo maltrataban: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Luc. 23:34).

Aunque todavía no existe un consenso sobre la fecha exacta de la crucifixión de Jesús, podemos afirmar que él murió en el año 31 d. C.²⁹ Esta fecha, como se ha visto, concuerda muy bien con todos los datos de las Sagradas Escrituras y de la historia. La otra fecha que los eruditos favorecen es el año 33 d. C., pero esta fecha no puede armonizar con todos los datos proféticos e históricos que tenemos a mano. Por lo tanto, aceptamos la fecha 31 d. C. como la fecha del sacrificio de Jesús en la cruz del Calvario. Esta fecha tiene la ventaja de concordar con el tiempo de la manifestación de Jesús como el Mesías prometido y con otros datos de su vida. Por lo tanto, Jesús de Nazaret, el Hijo de la virgen María, es la persona que cumplió con todos los requisitos de la profecía y de la historia. Él fue ungido al final de las 62 semanas (27 d. C.) y murió a la mitad o en el medio de la última semana (31 d. C.). Jesús, entre estas dos fechas históricas, ejerció su ministerio y confirmó el pacto con muchos y para muchos.

La destrucción de Jerusalén (Dan. 9:27b)

La segunda unidad poética del versículo 27 declara:
Junto al ala (*Kənaḇ*) de las abominaciones (*siqqûšîm*) estará un
desolador (*məsōmēm*),

Las profecías apocalípticas de Daniel

hasta que la consumación determinada (*néḥrāšāʾ*)
sea derramada sobre [la ciudad] desolada (*sōmēm*).

El versículo 27b inicia la última unidad del poema mesiánico, con la preposición hebrea *ʿal* (sobre, junto). Esta preposición significa “junto con”, “al lado de”, “sobre”, etc. El sustantivo *Kənaḅ* significa “ala”, “manto o falda” y “extremidad o borde”. La expresión *Kənaḅ siqqûšîm* es una “cadena constructa” o frase genitiva, que tiene como objeto al “desolador”. Ya hemos visto que la frase genitiva tiene la función de establecer una relación entre el primer sustantivo y el segundo. En este caso, *Kənaḅ* es el primer sustantivo y *siqqûšîm*, el segundo. La relación de estas dos palabras, en este contexto particular, es de “entidad-característica”; o sea, el ala (*Kənaḅ*) se caracteriza por las abominaciones (*siqqûšîm*).

La palabra *siqqûšîm* aparece 27 veces en el Antiguo Testamento y siempre se refiere a un ídolo o a cosas relacionadas con la idolatría. Si la palabra *siqqûšîm* es un genitivo subjetivo, entonces la frase *Kənaḅ siqqûšîm* podría traducirse “el ala de las abominaciones”, “la falda de las abominaciones”, o “el borde (extremo) de las abominaciones”. En esta relación, el término “ala” o “falda” podría referirse a las orillas de la ciudad de Jerusalén, donde estarían los estandartes del ejército romano. La otra opción sería que la palabra *Kənaḅ* significara “la falda de un monte”, donde estarían los mismos estandartes romanos idolátricos. En cualquiera de estas dos opciones, la frase indicaría que los ídolos o estandartes paganos estarían presentes en el sitio de Jerusalén y, por lo tanto, apuntaban al ejército romano como el desolador. Esta profecía se cumplió al pie de la letra en el año 70 de nuestra era, cuando el ejército romano destruyó la ciudad de Jerusalén.

El término hebreo *māsōmēm* es un “poel” participio masculino, y debería traducirse “desolador”. La forma “poel”, de este verbo, indica que el desolador es un desolador profesional o habitual⁸⁰ y, por lo tanto, se refiere a un ejército. Este desolador, sin lugar a dudas, se refiere al ejército romano que destruyó la ciudad de Jerusalén en el año 70 d. C. Dicho ejército, como se sabe bien, portaba estandartes que contenían figuras o imágenes de sus ídolos y, de acuerdo con la profecía, él permanecería en Jerusalén hasta que la destrucción determinada se realizara. Este hecho se cumplió históricamente al pie de la letra en el año 70 d. C.

El Mesías Príncipe y la purificación del santuario

El término hebreo *sōmēm*, de la última línea del versículo 27, es un Qal participio masculino. Este término aparece cuatro veces en el Antiguo Testamento. Lo encontramos en Lamentaciones 3:11, donde se ha traducido “desolado”. También aparece en Daniel 8:13; 9:27 y 12:11, donde se ha traducido como desolador(a). El verbo *sāmēm* se caracteriza porque puede realizar dos funciones: transitiva (puede tener complemento) e intransitiva (no puede tener complemento). Si el término *sōmēm* ocupa el segundo lugar de una “frase constructa”, entonces debería traducirse como un adjetivo (asolador o asoladora). En cambio, si el mismo verbo hace el papel de un sustantivo independiente, como aparece en este lugar, entonces podría traducirse como “desolador” (transitivo), o “desolado” (intransitivo; cf. Lam. 3:11). El contexto de Daniel 9:27 indica que el verbo *sōmēm* fue utilizado como intransitivo y, por lo tanto, debería entenderse como “el que será desolado” (la ciudad de Jerusalén), en lugar de “desolador”.

Aunque la construcción gramatical y sintáctica de este versículo es complicada, su mensaje es bastante claro. Aquí se predice que un desolador ejecutaría la destrucción de Jerusalén. El “desolador”, sin lugar a dudas, sería el ejército romano y “el que sería desolado”, la ciudad de Jerusalén.

La última de las 70 semanas concluye en el año 34 d. C. En dicha fecha, el último mensajero de Dios enviado a Israel fue silenciado y muerto. Éste es el año cuando el pueblo de Israel apedreó y mató a Esteban. Con este acto criminal, Israel rechazó el pacto de Dios y su posición privilegiada como el pueblo del pacto. De allí en adelante, el evangelio de Dios sería predicado a los gentiles, y a ellos les tocaría continuar la misión inconclusa de Israel. A partir del año 34 d. C., cuando terminaron las 70 semanas, el pueblo del pacto no fue más una nación, sino la iglesia cristiana, compuesta de israelitas y gentiles que habían aceptado a Jesús como el Mesías prometido y el Salvador del mundo. A partir del año 34 d. C., le tocaba a Jerusalén y a sus habitantes esperar solamente la inminente destrucción, que se realizaría en el año 70 d. C. ¡Qué triste realidad de una ciudad y un pueblo escogidos por Dios, y qué gran lección para la iglesia cristiana y el mundo entero!

Resumen

La profecía de Daniel 9:24-27 es una pieza literaria extraordinaria. Los cuatro versículos forman un poema de 10 unidades con 31 líneas. El poema se divide naturalmente en dos partes, y ambas tienen una estructura concéntrica. El paralelismo temático del poema está formado por la ciudad de Jerusalén y el Mesías. Y ambos temas unen las dos partes en un solo poema.

El tema de las estrofas, que ocupan el centro de la primera división del poema (Dan. 9:24) es el Mesías; y el tema de la estrofa que ocupa el centro de la segunda división del poema (Dan. 9:25-27) es también el Mesías. Las primeras dos unidades poéticas de la segunda división del poema (Dan. 9:25-27) desarrollan el tema de la reconstrucción de la ciudad de Jerusalén, mientras que las últimas dos unidades desarrollan el tema de su destrucción (Dan. 9:26, 27). De esta manera, la estructura concéntrica establece que la aparición del Mesías acontecería entre el decreto de la reconstrucción de la ciudad de Jerusalén (457 a. C.) y el futuro evento de su destrucción (70 d. C.).

El período de las 70 semanas se presenta dividido en tres partes desiguales: 7 + 62 + 1 (Dan. 9:25-27). Las primeras 7 semanas corresponden al período de la reconstrucción de la ciudad de Jerusalén. Las siguientes 62 semanas corresponden al período de espera que culminaría con el ungimiento del Príncipe de Israel o el apareamiento del Mesías. La primera mitad de la última semana corresponde al período del ministerio del Mesías Príncipe, a quien se le quitaría la vida a la mitad o en medio de la semana.

El rechazo del Mesías, por parte de Israel, pondría en efecto la determinación divina de destruir a Jerusalén. La culpa de la destrucción recaería sobre “el pueblo del Príncipe”, es decir, el pueblo de Israel. La ejecución de la determinación divina lo realizaría el “desolador”, o sea el ejército romano. Todo esto sucedió de acuerdo con la predicción profética de Daniel en el año 70 de nuestra era.

Todas las predicciones de Daniel 9:24-27, que se relacionan con la ciudad de Jerusalén y el Mesías Príncipe, declaran poderosamente que Jesús de Nazaret es el Mesías prometido. Por lo tanto, su muerte en el Calvario es la garantía de que todos los beneficios predichos en la primera división del poema (Dan. 9:24), llegarán a ser una realidad en los seres humanos, de manera total y completa. Además, así como

El Mesías Príncipe y la purificación del santuario

la profecía de Daniel 9:24-27 se cumplió fielmente, las otras profecías del libro de Daniel que faltan cumplirse se cumplirán al pie de la letra. En otras palabras, la muerte de Cristo es el sello y la garantía de que las profecías de Daniel son genuinas y auténticas y, por lo tanto, todas ellas se cumplirán en el momento determinado por Dios y al pie de la letra.

Al concluir las 70 semanas (34 d. C.), el pueblo del pacto o el pueblo de Dios no sería más una nación sino una iglesia, visible e invisible, que estaría compuesta de todas las razas y pueblos que aceptasen a Jesús como el Mesías y Salvador del mundo.

Nos asombra que todos los elementos proféticos de Daniel 9:24-27 se cumplieron en la historia y en la vida de Jesús, el Cristo. Por lo tanto, no hay lugar a dudas de que Jesús, el Hijo de la virgen María, es el Mesías, el único que garantiza la expiación del pecado de nuestro mundo y del establecimiento de la justicia eterna. Su sacrificio o muerte es también la garantía y el prerrequisito del proceso de la purificación del santuario celestial durante el tiempo del fin. Bienaventurada aquella persona que en él creyere y lo acepte como su sustituto y Salvador, porque gozará de la vida eterna. ¿Es usted esa persona?

Referencias

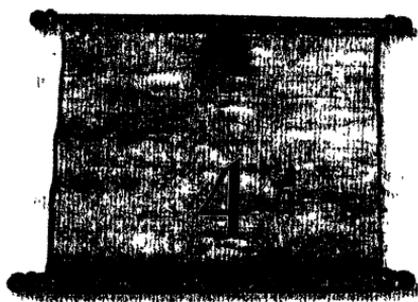
1. William H. Shea, "The prophecy of Daniel 9:24-27", *The seventy weeks, Leviticus, and the nature of prophecy*, ed. Frank B. Holbrook (Washington: Biblical Research Institute, 1986), Págs. 77, 78
2. Lo que nosotros llamamos línea, otros lo llaman "colon" o "stich".
3. Adele Berlin, *The dynamics of biblical parallelism* (Indianapolis: Indiana University Press, 1992), págs. 50, 51; Donald Broadribb, *An attempt to delineate the characteristic structure of classical (biblical) hebrew poetry* (Beverly, Australia: Bookleaf Publishing, 1995), p. 112.
4. Adele Berlin, *The dynamics of biblical parallelism* (Indianapolis: Indiana University Press, 1992), págs. 50, 51; Donald Broadribb, *An attempt to delineate the characteristic structure of classical (biblical) hebrew poetry* (Beverly, Australia: Bookleaf Publishing, 1995), p. 112.
5. Gerhard F. Hasel, "Interpretations of the chronology of the 70 Weeks", *The seventy weeks, Leviticus, and the nature of prophecy*, págs. 22, 23;
6. Gerhard F. Hasel, "Seventy weeks in Daniel 9:24", AUSS 31 (1993):105-107.
7. *Ibíd.*

Las profecías apocalípticas de Daniel

8. *Ibíd.*, p. 111.
9. William H. Shea, *Selected studies on prophetic interpretation* (Lincoln, Nebraska: College View Printers, 1982), págs. 56-85.
10. *Ibíd.*, págs. 69-72.
11. Robert L. Alden, “hatak” en *Theological wordbook of the Old Testament*, I: 334. De aquí en adelante, este libro será abreviado TWOT.
12. Walter C. Kaiser, *A history of Israel*, pág. 404; Edwin R. Thiele, *The mysterious numbers of the hebrew kings* (Grand Rapids, William B. Eerdmans Publishing Company, 1951), pág. 169.
13. John N. Oswalt, “kālā” en *TWOT*, I: 438; William L. Holladay, *A Concise Hebrew and Aramaic Lexicon of the Old Testament*, pág. 157.
14. John N. Oswalt, “kālā” en *TWOT*, I: 439; William L. Holladay, *A Concise Hebrew and Aramaic Lexicon of the Old Testament*, pág. 158.
15. Herbert G. Livingston, “hātā” en *TWOT*, I: 277-279; William L. Holladay, *A Concise Hebrew and Aramaic Lexicon of the Old Testament*, págs. 100.
16. *Ibíd.*
17. Laird R. Harris, en *TWOT*, I: 452.
18. Wilfred G. E. Watson, *Classical hebrew poetry*, pág. 35, note 53.
19. Bruce K. Waltker and M. O’Connor, *An introduction to biblical hebrew syntax*, págs. 410-414.
20. Harold G. Stigers, en *TWOT*, II: 752; William L. Holladay, *A Concise Hebrew and Aramaic Lexicon of the Old Testament*, pág. 303.
21. William L. Holladay, *A Concise Hebrew and Aramaic Lexicon of the Old Testament*, pág. 120; Jack P. Lewis, en *TWOT*, I: 334.
22. Wilfred G. E. Watson, *Classical hebrew poetry*, p. 324.
23. Ver las referencias del número 2.
24. William H. Shea, “The prophecy of Daniel 9:24-27”, *The seventy weeks, Leviticus and the nature of prophecy*, pág. 100.
25. James I. Packer, Merrill C. Tenney and William White, *The Bible Almanac*, pág. 62; Ralph Martin Novak, *Christianity and the roman empire*, págs. 285-287.

El Mesías Príncipe y la purificación del santuario

26. Ralph Martin Novak, *Christianity and the roman empire*, pág. 302.
27. *Ibíd.*, pág. 301.
28. Josephus, *The wars of the jews*. Libro VI, capítulos i-v.
29. James I. Parker, Merrill C. Tenney and William White, *The Bible Almanac*, pág. 64; Ralph Martin Novak, *Christianity and the roman empire*, pág. 306; William H. Shea, "The prophecy of Daniel 9:24-27", *The seventy weeks, Leviticus and the nature of prophecy*, págs. 102, 103.
30. Bruce K. Waltke and M. O'Connor, *An introduction to biblical hebrew syntax*, pág. 416.



El Anticristo del tiempo del fin

Daniel 11:21-45 es una subsección importante del discurso del ángel Gabriel que tiene la función de ampliar un poco más sobre el símbolo del cuerno pequeño de la visión de Daniel 8:9-12. Si los intérpretes del libro de Daniel reconocieran que el texto de Daniel 11:21-45 cumple la función de explicar el símbolo de Daniel 8:9-12, estarían en mejor posición para comprender el contenido de ambos segmentos. Sin embargo, esto no ha sido posible todavía, como lo demuestran las diferentes versiones de ella. Los histórico-críticos y preteristas sostienen que el “hombre vil” o “rey del norte” de esta profecía (Dan. 11:21-45) se refiere al rey Antíoco IV Epífanes de Siria, quien reinó del 175 al 164 a. C. Los futuristas dispensacionalistas afirman que el mismo “hombre vil” de Daniel 11:21-45 se refiere al rey Antíoco Epífanes, pero como un tipo del anticristo de los últimos días. Por otro lado, la mayoría de historicistas consideran que este “hombre vil” o “rey del norte” (Dan. 11:21-45) se refiere a Roma. Esta variedad de interpretaciones nos motiva a preguntar, ¿cuál de todas ellas es la correcta?

Para contestar esta pregunta, procederemos a establecer primero la estructura literaria de la visión de Daniel 10-12 y, luego, del discurso del ángel Gabriel (Dan. 11:2-12:4). Por último, haremos un estudio gramático-histórico-teológico de dicho discurso (Dan. 11:2-12:4).

Estructura literaria de Daniel 10-12

Nuestro análisis literario de Daniel 10-12 revela que esta visión tiene tres secciones naturales. La primera de ellas comienza en Daniel 10:1 y termina en Daniel 10:21. Dicha sección presenta la fecha de la visión (Dan. 10:1, 4), las circunstancias previas a la visión (Dan. 10:2, 3), el aparecimiento del “varón vestido de lino” en el río Hidekel o Tigris (Dan. 10:5-9) y el diálogo del ángel Gabriel con el profeta Daniel (Dan. 10:10-21). Este segmento podría titularse: “Daniel contempla dos seres sobrenaturales y dialoga con Gabriel” (10:1-21).

La segunda sección comienza en Daniel 11:1 y termina en Daniel 12:4. Ésta contiene una declaración directa que introduce el discurso del ángel Gabriel (11:1, 2a) y, luego, sigue su discurso profético (Dan. 11:2-12:4). Este segmento explica o amplía el tema de los tres reinos mundiales de Daniel 8:3-14 y, por último, presenta la intervención de Miguel en la historia de nuestro mundo (12:1-3). Esta sección podría titularse: “El discurso profético del ángel Gabriel: desde Persia hasta la intervención de Miguel” (11:1-12:4).

La tercera y última sección principia en Daniel 12:5 y termina en Daniel 12:13. Ésta presenta el diálogo de Daniel, o de un ángel, con el “varón vestido de lino” (Dan. 12:5-7), y el diálogo de Daniel con el mismo “varón” (Dan. 12:8-13). Este segmento podría titularse: “Daniel contempla otros dos seres sobrenaturales y dialoga con el varón vestido de lino” (Dan. 12:5-13).

La estructura literaria de Daniel 10-12 está formada por elementos lingüísticos y temáticos. Uno de ellos es la palabra hebrea *wehinnē^h* (mira, he aquí), que fue utilizada para introducir la descripción del “varón vestido de lino” (Dan. 10:5), la segunda sección de la visión (Dan. 11:2) y la tercera sección de la misma (Dan. 12:5). El otro marcador estructural es de carácter temático y se observa en la primera (Dan. 10:1-21), segunda (Dan. 11:1-12:4) y tercera secciones (Dan. 12:5-13). Notamos que la primera de ellas presenta la visión de dos seres sobrenaturales y el diálogo de Daniel con uno de ellos (Dan. 10:4-21), la segunda presenta el discurso profético del ángel Gabriel (Dan. 11:1-12:4) y la tercera presenta otros dos seres sobrenaturales y el diálogo de Daniel con “el varón vestido de lino”.

Como ya dijimos, Daniel 10-12 tiene una estructura de simetría concéntrica. Es decir, la primera sección de esta visión hace un para-

Las profecías apocalípticas de Daniel

lelismo genérico o literario con la última, mientras que el centro de la estructura presenta el discurso profético del ángel Gabriel, que el autor quiso enfatizar. En esta estructura (Dan. 10-12) notamos que la primera sección presenta a dos seres sobrenaturales y el diálogo de Daniel con el ángel Gabriel (10:1-21), y la última sección presenta también otros dos seres sobrenaturales y el diálogo de Daniel con “el varón vestido de lino” (12:5-13). Pero el centro de la estructura ofrece el discurso revelador del ángel Gabriel (11:2-12:4), concerniente a los tres últimos reinos universales, y la intervención de Miguel. Esta estructura temática puede presentarse de manera gráfica como sigue:

- A. Daniel contempla dos seres sobrenaturales y dialoga con Gabriel (Dan. 10:1-21).
- B. El discurso profético del ángel Gabriel: desde Persia hasta la intervención de Miguel (Dan. 11:1-12:4).
- A'. Daniel contempla otros dos seres sobrenaturales y dialoga con Miguel (Dan. 12:5-13).

Es interesante notar que al principio y al final de esta estructura literaria de la visión de Daniel 10-12 se presenta al profeta dialogando con un ser sobrenatural, y en el centro aparece el discurso profético del ángel Gabriel que el autor quiso resaltar. Estas características estructurales, como ya vimos, son propios de la estructura *quiástica* o concéntrica.

Nuestro análisis literario de Daniel 10-12 revela que esta visión, al igual que la visión de Daniel 9, está estrechamente relacionada con la profecía de Daniel 8. Estas dos visiones, indudablemente, cumplen la función de reafirmar los temas de la secuencia de los tres últimos reinos universales de nuestro mundo, la profanación del santuario de Dios, la eliminación del “servicio continuo” (*hattāmūd*) y el asentamiento de la “abominación que causa desolación” (*siqqûšîm sômēm*). Estas dos visiones se caracterizan porque utilizan términos idénticos, tales como el “tiempo del fin” (8:17; 11:35, 40; 12:4, 9), Persia (8:20; 10:20; 11:2), Grecia (8:21; 10:20; 11:2), santuario (8:11, 13, 14; 11:31), desoladora (8:13; 11:31, 12:11), engaño (8:25; 11:23), sin aviso (8:25; 11:21), prosperar (8:24, 25; 11:27, 37), increíble (8:24; 11:36), engrandecer (8:25; 11:37), ira (8:19; 11:36), rey (8:23; 11:36, 40) y “el servicio continuo” (8:11-13; 11:31; 12:11). Algunos de estos términos no aparecen en las otras visiones

del libro de Daniel, sino solamente en estas dos profecías. Este hecho significativo nos permite concluir que ambas profecías son paralelas.

Estructura y contenido del discurso de Gabriel

Nuestro análisis de Daniel 11:2-12:4 demuestra que este discurso es un bosquejo profético de los tres últimos reinos mundiales, desde el principio de Persia hasta el fin de Roma. Este discurso de Gabriel principia diciendo: “He aquí que aún habrá tres reyes en Persia, y el cuarto se hará de grandes riquezas más que todos; y fortificándose con sus riquezas, despertará a todos contra el reino de Grecia” (11:2). Luego, el discurso predice el levantamiento de un rey valiente de Grecia, que dominaría con gran poder, pero cuyo reino sería quebrantado, repartido hacia los cuatro vientos del cielo y gobernado por otros, aparte de sus descendientes (11:3, 4). Enseguida, el discurso describe una serie de luchas bélicas entre los reyes de Egipto y los reyes de Siria (11:5-20). Entonces, el discurso presenta a *un hombre vil* o *rey del norte* que destruiría poderosamente a las tropas enemigas y al Príncipe del pacto (11:21, 22), atacaría al rey del sur (11:25-30), se enojaría contra el pacto santo (11:30-35) y lucharía persistentemente hasta asentar las tiendas de su palacio sobre el “monte glorioso y santo” (11:36-45). Por último, el discurso profético declara que Miguel se levantará en la parte final de la historia de nuestro mundo para liberar a su pueblo y establecer el reino eterno de Dios (12:1-3).

Indudablemente, este discurso tiene el propósito de revelarnos más detalles sobre Persia, Grecia, Roma y el inicio del reino glorioso de Dios. A continuación, presentamos un bosquejo temático de este discurso del ángel Gabriel.

- | | |
|---|-----------|
| 1. Cuatro reyes de Persia | 11:2 |
| 2. Un rey valiente de Grecia | 11:3 |
| a) División del reino de Grecia | 11:4 |
| b) Guerra entre reyes del sur y reyes del norte | 11:5-20 |
| a. Rey del sur: rey de Egipto | 11:5-9 |
| b. Rey del norte: rey de Siria | 11:10 |
| a' Rey del sur: rey de Egipto | 11:11, 12 |
| a. Rey del norte: rey de Siria | 11:13-15a |
| b. Rey del sur: rey de Egipto | 11:15b |
| a' Rey del norte: rey de Siria | 11:16-20 |

Las profecías apocalípticas de Daniel

- | | |
|--|-----------|
| 3. Un hombre despreciable o vil (Roma) | 11:21-45 |
| a) Guerra entre el rey del norte y el rey del sur, antes del tiempo del fin | 11:21-35 |
| a. Rey del norte: Roma imperial | 11:21-25a |
| b. Rey del sur: Cartago | 11:25b-27 |
| a' Rey del norte: Roma imperial | 11:28-35 |
| b) Guerra entre el rey del norte y el rey del sur, durante el tiempo del fin | 11:36-45 |
| a. Rey del norte: Roma cristiana | 11:36-39 |
| b. Rey del sur: Egipto (ateísmo) | 11:40a |
| a' Rey del norte: Roma cristiana | 11:40b-45 |
| 4. Miguel se levanta (Reino de Dios) | 12:1-3 |
| a. Liberación del pueblo de Dios | 12:1 |
| b. Resurrección especial | 12:2 |
| c. Glorificación del pueblo de Dios | 12:3 |

Este bosquejo nos permite ver la secuencia de los tres últimos reinos universales de nuestro mundo y algunos datos más específicos sobre Medo-Persia (11:2), Grecia (11:3-20) y Roma (11:21-45), que no se habían revelado en las visiones anteriores. Además, el discurso de Gabriel ofrece algunos datos informativos de Roma (Dan. 11:21-45), que podemos compararlos con la descripción del “cuerno pequeño” de Daniel 8 (8:9-12, 23-25) y del “cuerno pequeño” de Daniel 7 (7:8, 21, 24-26). Si comparamos estos datos de las tres visiones, notaremos que el hombre vil de Daniel 11:21-45, el cuerno pequeño de Daniel 8:9-12 y el cuerno pequeño de Daniel 7:8, 24-26 se refieren al mismo rey o entidad. Por otro lado, notaremos también que el “cuerno pequeño” de Daniel 7 y 8 y el “hombre vil” de Daniel 11:21-45 muestran algunas diferencias entre ellos. Éstas se deben al hecho de que el “hombre vil” (Dan. 11:21-45) aparece en la última visión de Daniel ejerciendo su poder antes del “tiempo del fin” (11:21-35) y durante el “tiempo del fin” (11:36-45); mientras que el “cuerno pequeño” de Daniel 7 (7:21, 24-26) aparece ejerciendo su poder, exclusivamente, antes del “tiempo del fin” (7:25), y el cuerno pequeño de Daniel 8 (8:9-12; 24-26) hasta el “tiempo del fin” (8:17, 19, 26). Esta realidad de los símbolos de Daniel 7, 8 y 11 nos permite concluir que la explicación de Daniel 11:21-45 no es meramente repetitiva, sino de un carácter progresivo y novedoso.

El Anticristo del tiempo del fin

En nuestro estudio de Daniel 8 notamos que el ángel Gabriel identificó al “cuerno pequeño” de dicha visión (8:9-12) como un “rey” (8:23). Este hecho nos muestra la estrategia de Dios al revelar el último reino universal de la Tierra y el genio literario del profeta Daniel al presentar la revelación de Dios y organizar su libro (Dan. 1-7; Dan. 8-12). Por un lado, notamos que Daniel unió las dos grandes divisiones de su libro mediante el eslabón del cuerno pequeño de Daniel 7 y el eslabón del cuerno pequeño de Daniel 8; y por el otro, indicó el paralelismo que existe entre Daniel 8:23-26 y Daniel 11:21-45 mediante el término “rey” y las características propias de ambos personajes. De esta manera, las tres visiones quedaron entrelazadas y forman una sola pieza literaria. Este arreglo estructural de los elementos simbólicos y términos lingüísticos nos demuestra la genialidad literaria del profeta Daniel al producir su libro y al presentar el último antagonista del reino de Dios en la historia de nuestro mundo. Esta estrategia literaria de Daniel guarda armonía con el carácter enigmático y revelador del mensaje profético de las visiones.

Una comparación de las características y actividades del cuerno pequeño de Daniel 7 con las del cuerno pequeño de Daniel 8, revela que ambos símbolos son afines. Veamos el siguiente cuadro comparativo:

El cuerno pequeño de Daniel 7	El cuerno pequeño de Daniel 8
<ol style="list-style-type: none"> 1. Pertenece al cuarto reino universal (7:23, 24). 2. Lucha contra los santos y los vence (7:21). 3. Habla palabras contra el Altísimo (7:25). 4. Quebranta a los santos del Altísimo (7:25). 5. Piensa en cambiar los tiempos y la ley (7:25). 6. Actúa durante tres tiempos y medio (7:25). 7. Es destruido por el Juez divino (7:26, 27). 	<ol style="list-style-type: none"> 1. Pertenece al cuarto reino universal (8:9, 23). 2. Arroja a una parte del ejército hacia la tierra y los pisotea (8:10). 3. Se engrandece hasta el Príncipe de los ejércitos (8:11, 25). 4. Destruye al pueblo de los santos (8:24). 5. Echa por tierra la verdad (8:12). 6. Actúa hasta la purificación del santuario (8:13, 14, 17). 7. Es quebrantado, mas no por mano humana (8:26).

Las profecías apocalípticas de Daniel

Esta comparación demuestra que ambos símbolos comparten la misma naturaleza, el mismo objetivo y el mismo fin. Por lo tanto, ambos se refieren al mismo “poder” o al cuarto reino universal de nuestro mundo (Dan. 2 y 7). Además, observamos que estas características del cuerno pequeño de Daniel 8 y las del cuerno pequeño de Daniel 7, son las mismas que se dan del “rey del norte” de Daniel 11:21-45. Esta similitud es percibida cuando comparamos las características del “cuerno pequeño” de Daniel 7 y Daniel 8, con las del rey del norte de Daniel 11:21-45. Veamos la siguiente comparación:

1. El “rey del norte” *hablará* de manera extraordinaria contra el Dios de los dioses (11:36).

El cuerno pequeño de Daniel 8 *se engrandecerá* contra el Príncipe del ejército (8:11, 25).

El cuerno pequeño de Daniel 7 *hablará* palabras contra el Altísimo (7:25).

2. El “rey del norte” *actuará y prosperará* hasta la consumación de la ira (11:36).

El cuerno pequeño de Daniel 8 *actuará* hasta la purificación del santuario (8:14, 26).

El cuerno pequeño de Daniel 7 *actuará* hasta el fin del juicio divino (7:26).

3. El “rey del norte” *se hará de las fortalezas* con un dios extraño (11:39).

El cuerno pequeño de Daniel 8 *se fortalecerá*, “mas no con fuerza propia” (8:24).

4. El “rey del norte” estará activo en “*el tiempo del fin*” (11:40-45).

El cuerno pequeño de Daniel 8 llegará hasta “*el tiempo del fin*” (8:17, 26).

El cuerno pequeño de Daniel 7 será destruido *después del juicio divino* (7:26, 27).

5. El “rey del norte” entrará en “*la tierra gloriosa*” (11:41).

El cuerno pequeño de Daniel 8 creció hacia “*la tierra gloriosa*” (8:9).

El cuerno pequeño de Daniel 7 hizo guerra *contra los santos y los venció* (7:21, 25).

6. El “rey del norte” saldrá con gran ira *para destruir y arruinar a muchos* (11:44).

El cuerno pequeño de Daniel 8 sin aviso “*destruirá a muchos*” (8:25).

El cuerno pequeño de Daniel 7 *quebrantará a los santos del Altísimo* (7:25).

El Anticristo del tiempo del fin

7. El ejército del “rey del norte” profanará *el santuario* y *quitará el continuo* (11:31).

El cuerno pequeño de Daniel 8 *quitará el continuo* y *echará por tierra el fundamento del santuario* (8:11).

El cuerno pequeño de Daniel 7 pensará en cambiar *los tiempos* y *la ley* (7:25).

8. El “rey del norte” llegará a su fin *sin que nadie lo ayude* (11:45).

El cuerno pequeño de Daniel 8 será quebrantado, *mas no por mano humana* (8:25).

El cuerno pequeño de Daniel 7 será destruido *por el Juez divino* (7:26).

Indudablemente, el “cuerno pequeño” de Daniel 7, el “cuerno pequeño” de Daniel 8 y el “rey del norte” de Daniel 11:21-45 comparten las mismas características, realizan las mismas actividades y tienen el mismo fin. Aunque el capítulo 11 no expresa explícitamente quién destruye al “rey del norte”, inferimos por los versículos posteriores que será Miguel, ya que él es el que se levanta en el “tiempo del fin” para libertar a su pueblo y establecer su reino (12:1-3). Aclaremos que, si bien es cierto que los tres símbolos comparados se refieren al mismo “reino”, también es cierto que cada uno de ellos aparece en la visión ejerciendo su poder en diferentes etapas del cuarto reino. Es decir, el “cuerno pequeño” de Daniel 7 ejerce su poder durante la Edad Media (538-1798 d. C.); el “cuerno pequeño” de Daniel 8, desde el siglo tercero antes de Cristo hasta la purificación del santuario; y el “rey del norte” de Daniel 11:21-45, desde el siglo tercero antes de Cristo hasta el fin de la historia de nuestro mundo.

Aquí conviene aclarar que el discurso del ángel Gabriel forma dos subestructuras temáticas en la primera parte de dicho discurso. La primera menciona a los reyes del sur al principio de la subestructura (11:5-9) y al final de la misma (11:11, 12), y en el centro, al rey del norte (11:10). La segunda menciona a los reyes del norte al principio de la subestructura (11:13-15a) y al final de la misma (11:16-20), y en el centro, al rey del sur (11:15b). Además, observamos que así como Daniel 11:5-20 tiene dos subestructuras concéntricas, Daniel 11:21-45 las tiene también. Estas características literarias demuestran que el discurso del ángel Gabriel fue bien planificado y estructurado. Además, el contenido temático de dicho discurso nos confirma que la visión de Daniel 11 y Daniel 8 son profecías paralelas.

Estudio histórico-gramático-teológico de Daniel 11:2-12:4

La primera sección de la última visión de Daniel revela que el ángel Gabriel visitó a Daniel con el propósito de mostrarle lo que le pasaría a su pueblo en los últimos días de nuestro mundo (Dan. 10:11-14). Es decir, el foco principal de la última visión de Daniel son los eventos del “tiempo del fin” (Dan. 10:14) y, de manera particular, los eventos que “el varón vestido de lino” le explicó a Daniel al final de su visión (Dan. 12:5-13).

El discurso profético del ángel Gabriel se encuentra en el centro de la estructura literaria del informe de Daniel (Dan. 11:2-12:3). Al analizar este discurso, notamos que la explicación del ángel Gabriel se concentra mayormente en los tres reinos mundiales que se le habían mostrado al profeta Daniel en la visión del río Ulai mediante los símbolos de “un carnero” (Dan. 8:3, 4), “un macho cabrío” (Dan. 8:5-8) y “un cuerno pequeño” (Dan. 8:9-12). Si esta observación es correcta, entonces la profecía de Daniel 11 es paralela a la visión de Daniel 8, es decir, ambas cubren los mismos tópicos y el mismo tiempo. Por esta razón, al estudiar la profecía de Daniel 11 tomaremos en cuenta la información de la visión de Daniel 8.

Con esta observación en mente, pasemos a estudiar los datos más importantes del discurso del ángel Gabriel (Dan. 11:2-12:4).

Cuatro reyes de Persia

El discurso del ángel Gabriel comienza diciendo que aún habría tres reyes en Persia y que el cuarto sería más rico que los anteriores. Además, él indica que el cuarto monarca agitaría a todos en contra de Grecia (11:2). Esta declaración del ángel Gabriel nos motiva a preguntar, ¿quiénes son los cuatro reyes de Persia y cuáles sus nombres? Siendo que Daniel tuvo esta visión en el tercer año de Ciro II, rey de Persia (536/535 a. C.), los cuatro reyes de esta profecía pudieron haber sido aquellos que reinaron después de Ciro. Según la historia persa, después de Ciro II reinó su hijo Cambises II (531-522 a. C.). Después de éste, siguió el usurpador Gaumata o el Falso Esmerdis. Éste fue eliminado por Darío II, quien ocupó el trono del imperio persa por 37 años (522-485 a. C.). Luego, le siguió su hijo Jerjes I (485-465 a. C.), y después de éste reinó Artajerjes (464-424 a. C.). Si la profecía de Daniel 11:2 toma

en cuenta al Falso Esmerdis, el cuarto rey del discurso de Gabriel es Jerjes I. Pero si el Falso Esmerdis no es tomado en cuenta, entonces el cuarto rey del discurso de Gabriel es Artajerjes, hijo de Jerjes I. De estas dos opciones, preferimos la última porque Artajerjes reinó muchos años (40 años), fue más rico que Jerjes y también peleó contra los griegos. Además, Artajerjes ocupa un lugar muy importante en la profecía de Daniel 8 y, por asuntos de paralelismo, creemos que sucede lo mismo en Daniel 11. Jerjes es el rey Asuero del libro de Ester, y Artajerjes es el rey que dio la orden para que se reconstruyera la ciudad de Jerusalén y se organizara el gobierno de Judá (Esd. 7).

Es interesante notar que tanto el discurso del ángel Gabriel (Dan. 11:2-12:4) como la visión de Daniel 8 comienzan con el reino de Persia. Este hecho nos demuestra que ambas profecías son paralelas en los tópicos que presentan. Más adelante tendremos la oportunidad de señalar que ambas profecías son paralelas no solamente en la presentación del tópico de los reinos, sino también en algunos eventos proféticos particulares.

El rey valiente de Grecia

El ángel Gabriel continuó diciendo a Daniel que después de los “cuatro reyes persas” se levantaría un rey valiente, que haría su voluntad y dominaría con gran poder (11:3). Dicho rey, sin lugar a dudas, es Alejandro Magno. Éste fue el que derrotó a los *persas* en las batallas de Gránico (334 a. C.),¹ Iso (333 a. C.)² y Gaugamela, cerca de Arbela (331 a. C.)³. Él reinó muy pocos años sobre su gran imperio (331-323 a. C.) y, después de su muerte, sus generales se distribuyeron entre sí el territorio griego (315 a. C.). Cuando Antígono quiso extender su dominio hacia el este, los otros generales griegos pelearon contra él y lo derrotaron, primeramente en el año 315 a. C. y más tarde en el año 301 a. C.⁴ Después de esta victoria, los generales de Alejandro Magno consolidaron la división del imperio griego en cuatro reinos: Macedonia, Tracia, Siria y Egipto. Esta división concuerda muy bien con las palabras de Gabriel de que el reino de Grecia se esparciría “hacia los cuatro vientos del cielo” y sería entregado a “otros”, aparte de éstos (Dan. 11:4; cf. Dan. 8:8).

***El rey del sur contra el rey del norte, y viceversa
(Daniel 11:5-20)***

A partir de Daniel 11:5, el discurso del ángel Gabriel presenta una serie de luchas bélicas entre los reyes del sur y los reyes del norte. La frase “rey del sur”, del segmento de Daniel 11:5-20, se refiere a un rey de Egipto; y la frase “rey del norte,” a un rey de Siria. Veamos por qué.

En primer lugar, notamos que Daniel 11:4 predice que el reino de Grecia sería quebrantado y repartido hacia los cuatro vientos del cielo, y que los reinos divididos de Grecia serían “para otros, aparte de éstos”. Al analizar este pasaje, notamos que el antecedente del pronombre “éstos” es el sustantivo “descendientes” (*ʿahārîr* = posteridad, remanente, descendientes; cf. Sal. 37:38; 109:13; Eze. 23:25). Este hecho nos indica que la expresión “aparte de éstos”, se está refiriendo a “los descendientes de Alejandro Magno”. En otras palabras, Gabriel le dijo a Daniel que los reinos divididos de Grecia serían gobernados por otras personas que no serían los descendientes de dicho rey. Esto concuerda con la historia de Grecia. Allí encontramos que al morir Alejandro Magno, sus generales se dividieron el imperio, y ellos o sus dinastías fueron los que gobernaron el territorio del imperio griego. Ptolomeo se apoderó del reino de Egipto; Casandro, de Macedonia; Lisímaco, de Tracia y Seleuco, de Siria.⁵ Estas evidencias históricas nos permiten concluir, tentativamente, que la frase “rey del norte” de Daniel 11: 5-20, se refiere a un rey de Siria; y la frase “rey del sur”, a un rey de Egipto.

Además, Daniel 11:8 declara que el “rey del sur” llevaría los despojos del norte a Egipto. Este versículo, indudablemente, enlaza la frase “rey del sur” con el país de Egipto. También notamos en Daniel 11:5 que el reino del norte sería más extenso que el del sur. Al estudiar la historia de Siria, notamos que este reino, en realidad, fue más extenso que el reino de Egipto. La historia griega relata que después del reinado de Alejandro Magno, sus generales se pelearon entre ellos mismos y dividieron el reino griego en cuatro partes: Macedonia, Tracia, Siria y Egipto (315 a. C.). Los historiadores dicen que cuando Ptolomeo y Seleuco derrotaron a Antígono I en el año 312 a. C., Seleuco se quedó con el reino de Siria y el territorio de Asia Menor.⁶ Sin embargo, este territorio no llegó a ser un reino permanente de Seleuco, sino hasta el año 301 a. C.⁷ Después, Antíoco III extendió su territorio desde Asia hasta India, y se quedó también con Coele-Syria.⁸ Como resultado

de estas anexiones, Siria llegó a ser el más extenso de todos los reinos divididos de Grecia. Este hecho histórico armoniza con la información de Daniel 11:5, donde notamos que el rey del norte tendría un dominio más grande que el del rey del sur. Aún más, sabemos que ambos reinos lucharon intensamente por el control del reino de Judá. Éste, al principio, estuvo bajo el dominio de Egipto (312-198 a. C.), pero en el año 198 a. C. pasó a ser territorio de Siria. Estas evidencias nos demuestran que el reino del norte y el reino del sur, mencionados en Daniel 11:5-20, se refieren a Siria y Egipto.

El relato profético de la lucha bélica de los reyes del sur contra los reyes del norte se desarrolla en Daniel 11:5-20. Para beneficio del lector, presentamos a continuación el texto completo de este pasaje, y los nombres de los reyes del sur y del norte entre paréntesis.

Daniel 11:5-20

11:5 Y se hará fuerte el rey del sur (Ptolomeo I, Soter 323-285 a. C.); mas, uno de sus príncipes (Seleuco I, Nicátor, 312-280 a. C.) será más fuerte que él (Ptolomeo I), y se hará poderoso; su dominio será grande. **6** Al cabo de años harán alianza (Ptolomeo II, Filadelfo, 285-246 a. C. y Antíoco II, Theos, 261-246 a. C.), y la hija del rey del sur (Berenice) vendrá al rey del norte (Antíoco II, Theos) para hacer la paz. Pero ella (Berenice) no podrá retener la fuerza de su brazo, ni permanecerá él (Antíoco II), ni su brazo; porque será entregada ella y los que la habían traído, asimismo su hijo, y los que estaban de parte de ella en aquel tiempo. **7** Pero un renuevo de sus raíces se levantará sobre su trono (Ptolomeo III, Evergetes, 246-221 a. C.), y vendrá con ejército contra el rey del norte (Seleuco II, Calínico, 246-226 a. C.), y entrará en la fortaleza, y hará en ellos a su arbitrio, y predominará. **8** Y aun a los dioses de ellos, sus imágenes fundidas y sus objetos preciosos de plata y de oro, llevará cautivos a Egipto; y por años se mantendrá él contra el rey del norte. **9** Así entrará en el reino el rey del sur (Ptolomeo III), y volverá a su tierra. **10** Mas los hijos de aquél se airarán (Seleuco III), y reunirán multitud de grandes ejércitos; y vendrá apresuradamente e inundará, y pasará adelante (Antíoco III, el Magno, 223-187 a. C.); luego volverá y llevará la guerra hasta su fortaleza. **11** Por lo cual se enfurecerá el rey del sur (Ptolomeo IV, Filopátor, 221-203 a.C.), y saldrá y peleará contra el rey del norte (Antíoco III); y pondrá en campaña multitud

grande, y toda aquella multitud será entregada en su mano (batalla de Rafia, 217 a. C.).⁹ **12** Y al llevarse él la multitud, se elevará su corazón, y derribará a muchos millares; mas no prevalecerá (Ptolomeo IV murió en el año 203 a. C.). **13** Y el rey del norte (Antíoco III) volverá a poner en campaña una multitud mayor que la primera, y al cabo de algunos años vendrá apresuradamente con gran ejército y con muchas riquezas (200 a. C.). **14** En aquellos tiempos se levantarán muchos contra el rey del sur; y hombres turbulentos de tu pueblo se levantarán para cumplir la visión, pero ellos caerán. **15** Vendrá, pues, el rey del norte (Antíoco III), y levantará baluartes, y tomará la ciudad fuerte; y las fuerzas del sur no podrán sostenerse, ni sus tropas escogidas, porque no habrá fuerzas para resistir. **16** Y el que vendrá contra él hará su voluntad (Antíoco III), y no habrá quien se le pueda enfrentar; y estará en la tierra gloriosa (Judá), la cual será consumida en su poder. **17** Afirmará luego su rostro para venir con el poder de todo su reino; y hará con aquél convenios (Ptolomeo V, Epífanés, 203-181 a. C.), y le dará una hija de mujeres (Cleopatra) para destruirle; pero no permanecerá, ni tendrá éxito. **18** Volverá después su rostro a las costas, y tomará muchas; mas un príncipe (Escipión el Africano) hará cesar su afrenta, y aun hará volver sobre él su oprobio (Antíoco III fue derrotado en Magnesia, 190 a. C.).¹⁰ **19** Luego volverá su rostro a las fortalezas de su tierra; mas tropezará y caerá, y no será hallado (Antíoco III murió en el año 187 a. C.). **20** Y se levantará en su lugar uno (Seleuco IV, Filopátor 187-175 a. C.) que hará pasar un cobrador de tributos por la gloria del reino; pero en pocos días será quebrantado, aunque no en ira, ni en batalla (fue asesinado por Heliodoro).

El “hombre vil” (Dan. 11:21-45)

A partir de Daniel 11:21, notamos que la sucesión de poderes pasa a un “hombre vil”. Él es el actor principal de la profecía de Daniel 11:21-45. Lamentablemente, este segmento profético del discurso de Gabriel es la porción más controversial de dicho discurso y, posiblemente, de todo el libro de Daniel. Sin embargo, esta situación no debería prevalecer, ya que estos versículos contienen algunos datos claves que nos permiten descifrar el misterio del “hombre vil”. Notemos, en primer lugar, que el ángel Gabriel presenta a este personaje como el último actor de los reinos de la tierra (Dan. 11:21-45) y, luego, pre-

El Anticristo del tiempo del fin

senta a Miguel como el príncipe del reino de Dios (12:1). En segundo lugar, observemos que el “hombre vil” combate poderosamente contra el rey del sur antes del “tiempo del fin” (Dan. 11:25-30, 35) y durante el “tiempo del fin” (Dan. 11:40-45). En tercer lugar, notemos que el “hombre vil” se levantaría contra el “Príncipe del pacto” (Dan. 11:22) y contra el “pacto santo” (Dan. 11:28, 30) antes del tiempo del fin (Dan. 11:35). También, observemos que el rey del norte entraría otra vez en la “tierra deseable” (Dan. 11:41) y levantaría sus tiendas sobre “el monte glorioso y santo” durante el “tiempo del fin” (Dan. 11:45). En otras palabras, el “hombre vil” es el actor principal de este segmento profético (Dan. 11:21-45), que pelaría contra el “Príncipe del pacto”, el “rey del sur” y el “pacto santo”. Por otro lado, notemos que aunque esta profecía (Dan. 11:21-45) tiene un solo protagonista, ella presenta dos etapas o períodos naturales en las cuales se desarrollarían los eventos predichos. La primera etapa podríamos llamarla “antes del tiempo del fin” (Dan. 11:21-35) y la segunda, “el tiempo del fin” (Dan. 11:36-45). Esta realidad cronológica nos sugiere que el “hombre vil” actuaría, por lo menos, desde el tiempo de la muerte del “Príncipe del pacto” (11:22; siglo primero de nuestra era) hasta la conclusión del tiempo del fin (11:45; fin de la historia de nuestro mundo). Si esto es así, entonces la expresión “hombre vil” no puede referirse a un hombre literal, sino a un personaje simbólico.

Nos llama la atención el hecho de que el término “rey”, de Daniel 8:23, se hubiera utilizado de manera figurada para indicar al reino de Roma. Este uso figurado del término “rey” nos permite asumir que, así como fue utilizado en Daniel 8:23, también pudo haber sido utilizado en Daniel 11:21-45 para referirse a Roma antes del tiempo del fin (Dan. 11:21-35) y en el tiempo del fin (Dan. 11:36-45).

Además, es importante notar que Daniel utilizó algunos términos exclusivos de su descripción del “cuerno pequeño” de Daniel 8, para referirse al “hombre vil” de Daniel 11:21-45. Este recurso literario de Daniel, de utilizar ciertas palabras claves para describir tanto al cuerno pequeño de Daniel 8 como al hombre vil de Daniel 11:21-45, es otra evidencia de que el rey de Daniel 8:23-26 y el rey de Daniel 11:21-45 se refieren al mismo reino de Roma. Los términos o expresiones que Daniel utilizó en Daniel 8:9-12, 23-26 y Daniel 11:21-45 son los siguientes: “sin aviso” (*bəsalwā^h*, Dan. 8:25; 11:21, 24), “mentira” (*mirmā*, Dan. 8:25;

Las profecías apocalípticas de Daniel

11:23), “engrandecer” (*gāḏal*, Dan. 8:25; 11:36), “increíble” (*nīplāōt*, Dan. 8:24; 11:36), “servicio continuo” (*hattāmīd*, Dan. 8:11, 12; 11:31; 12:11), “santuario” (*miqdās*, Dan. 8:11; 11:31) y “desoladora” (*sōmēm*, Dan. 8:13; 12:11). Además, notamos que las características y actividades del cuerno pequeño de Daniel 8 y las características y actividades del “hombre vil” de Daniel 11:21-45, son casi idénticas. Por lo tanto, ambas figuras se refieren al reino de Roma.

Con estos datos en mente, pasemos a estudiar algunas expresiones importantes de Daniel 11:21-12:4. Esperamos que al hacerlo, logremos identificar al hombre vil de Daniel 11:21-45 de una manera más clara y convincente.

Contra el “Príncipe del pacto”

El discurso del ángel Gabriel, después de mencionar al “hombre vil” (11:21), especifica que él destruiría las tropas enemigas y al “príncipe del pacto” (11:22). La pregunta es, ¿a quién se refiere la frase “príncipe del pacto” de Daniel 11:22? ¿Es posible identificarlo o saber de quién se trata?

La expresión “Príncipe del pacto” es la traducción castellana de la frase hebrea *nāgīd bārīt*. Esta frase es única en el Antiguo Testamento, y aparece exclusivamente en Daniel 11:22. El término *nāgīd*, por sí solo, aparece 25 veces en el Antiguo Testamento, y significa “príncipe” o “líder”.¹¹ Este título honorario lo recibió el rey David (2 Sam. 7:8; 1 Crón. 17:7), Salomón (1 Crón. 29:22), varios sumos sacerdotes (1 Crón. 9:11; 12:27; Neh. 11:11; Jer. 20:1), el príncipe de Tiro (Eze. 28:2) y el Siervo sufriente (Isa. 55:4).

El término *bārīt*, por otro lado, significa “pacto” o “alianza”.¹² Éste aparece 135 veces en el Antiguo Testamento y fue utilizado tanto en asuntos seculares como religiosos. De manera especial, *bārīt* fue utilizado para indicar el pacto de Dios con su pueblo a través de los siglos; es decir, el pacto de Dios con Noé (Gén. 9:8-11), Abrahán (Gén. 15:18-20), Israel (Éxo. 24:7, 8), el nuevo pacto (Jer. 31:33, 34; 32:40, 41), etc.

La frase “Príncipe del pacto,” como ya dijimos, es una expresión única del libro de Daniel y no se repite en ningún otro lugar del Antiguo Testamento. Sin embargo, notamos que hay una frase similar en el libro de Malaquías; es decir, la frase “el mensajero del pacto”

(Mal. 3:1). Este Mensajero (Mal. 3:1), de acuerdo al contexto, es el Mesías o Cristo. Otra referencia interesante se encuentra en Jueces 2:1, donde leemos que el ángel de Jehová le dijo al pueblo de Israel: “Yo no invalidaré jamás mi pacto con vosotros”. Este ángel de Jehová, sin lugar a dudas, es el mismo mensajero de Malaquías y, por lo tanto, se refiere al Mesías o Cristo. Además, en Daniel 9:25 encontramos que el “Mesías Príncipe” (*māsi^{ah}h nāgīd*) aparecería 69 semanas simbólicas después del decreto de la reconstrucción de Jerusalén. Dicho personaje, como ya hemos visto, se refiere al Mesías o el Cristo del pueblo de Dios. Ahora bien, siendo que Daniel 9 y Daniel 11 son visiones que cumplen la función de explicar algunos símbolos y términos de Daniel 8, entonces el “Príncipe del pacto” de Daniel 11:22, tiene que ser el mismo Mesías Príncipe de Daniel 9; es decir, el Señor Jesús.

Con base en estas evidencias presentadas, confirmamos que el hombre vil de Daniel 11:21 se refiere al imperio romano, ya que éste crucificó al Señor Jesús en el año 31 de nuestra era.

Contra el “rey del sur”

La frase “rey del sur” aparece varias veces y en diferentes contextos del discurso del ángel Gabriel. Ya hemos visto que esta frase, en el contexto de Daniel 11:5-20, se refiere a un rey literal de Egipto. Sin embargo, la misma frase, en el contexto de Daniel 11:21-35, no puede referirse a un rey de esa nación, sino a un rey de un reino que estaría ubicado al sur de Roma. Esta interpretación, por supuesto, asume que el “hombre vil” o el “rey del norte” de Daniel 11:21-45 se refiere al reino de Roma. Si esta interpretación es correcta, entonces “el rey del sur” de Daniel 11:25 debería referirse a un rey de Cartago, que se encontraba ubicado al sur de Italia.

Otro punto a favor de esta interpretación es el hecho de que Roma y Cartago pelearon tres guerras fratricidas que se conocen en la historia como las “guerras púnicas”. La primera de ellas se desarrolló del 264-241 a. C.; la segunda, del 218-202 a. C. y la tercera, del 149-146 a. C. La historia de estas tres guerras, a nuestro parecer, concuerda con la descripción de Daniel 11:25-30.

Los historiadores afirman que Roma, tres siglos antes de Cristo, había limitado su política y sus esfuerzos a la península itálica (Italia). Sin embargo, después de la primera guerra púnica, Roma alentó la esperanza de conquistar al mundo conocido de su tiempo y de llegar

Las profecías apocalípticas de Daniel

a ser un gran imperio.¹³ Para lograr este objetivo, Roma se propuso primeramente subyugar al reino de Cartago, que era el más poderoso y cercano a su territorio. Luego, quiso dominar y someter a Macedonia, que estaba al este de su península y tenía también aspiraciones de dominio mundial. Finalmente, Roma conquistó los reinos de Siria, Judá y Egipto.

Tres siglos antes de Cristo, el imperio de Cartago era considerado como la potencia naval más efectiva del Mediterráneo Occidental, y dicho imperio comprendía el norte de África, una parte de Sicilia, la isla de Cerdeña, la isla de Córcega y parte de la península ibérica (España).¹⁴ Sin embargo, todo este territorio pasó, en poco más de un siglo, al dominio absoluto de Roma (264-146 a. C.).

Los historiadores afirman que el ejército de Roma realizó su primera incursión, fuera de los límites italianos, cuando invadió la isla de Sicilia (264 a. C.).¹⁵ Dicha invasión provocó la chispa de la primera guerra púnica e inició el proceso del engrandecimiento imperial de Roma (241 a. C.). La primera guerra púnica duró 23 años y dio lugar a muchos combates terrestres y marinos. Cientos de barcos fueron destruidos o hundidos y varias decenas de miles de soldados romanos y cartagineses murieron en luchas sangrientas. Finalmente, Roma venció a Cartago y le impuso un tributo de tres mil docientos talentos de plata; es decir, unas 80 toneladas de dicho metal. Cartago, de acuerdo con el tratado que ella firmó, tenía que pagar su tributo en 10 años.¹⁶ Esta gran fortuna de Roma, además de los equipos de guerra y otras clases de botín que adquirieron, armoniza con la descripción profética de Daniel 11:28, donde dice: “Y volverá a su tierra con gran riqueza”.

Cartago no sólo perdió esta primera guerra contra Roma y admitió su pesado tributo, sino que también perdió la lealtad y el apoyo de sus soldados mercenarios, que le causaron grandes estragos.¹⁷ Esta realidad histórica de Cartago está en armonía con las palabras de Daniel 11:26 que dice: “los que coman de sus manjares le quebrantarán; y su ejército será destruido y caerán muchos muertos”.

Luego, el ángel Gabriel continuó diciendo: “al tiempo señalado [Roma] volverá al sur; mas no será como la primera, o como la última” (11:29). Esta descripción del segundo retorno de Roma en contra del sur concuerda muy bien con el desarrollo de la segunda guerra púnica que comenzó en el año 218 a. C.¹⁸ Esta guerra, desde la perspectiva

profética e histórica, no tuvo ningún parecido con la primera guerra de Roma contra Cartago, ni con la última (la tercera). La razón de esta situación se debió a que Aníbal, hijo de Amílcar Barca, luchó contra Roma en su propio territorio y derrotó a su ejército en Tesino, Trebia (218 a. C.), Trasimeno (217 a. C.) y Cannas (216 a. C.), donde murieron, por lo menos, 100 mil soldados romanos y una tercera parte del senado.¹⁹ Además de estos logros, Aníbal se apoderó de la ciudad de Capua (216 a. C.), Tarento (212 a. C.) y, finalmente, marchó hacia la ciudad de Roma (211 a. C.).²⁰

También la profecía declaraba: “Y vendrán contra él (Roma) naves de Quitim, y él se contristará” (Dan. 11:30). Este versículo, aunque presenta algunos obstáculos, se puede entender de la siguiente manera.

En primer lugar, la palabra *Quitim* debería entenderse como una referencia al pueblo o territorio griego. Esta conclusión concuerda con Génesis 10:4, 5, con algunos escritos sobre cerámica que fueron encontrados en Palestina,²¹ y con 1 Macabeos 2:1. Además, las frases “*Quitim de Asiria*” y “*Quitim de Egipto*”, que aparecen en algunos escritos judíos, son comprensibles si aceptamos el significado de *Quitim* como el pueblo o territorio griego, ya que las dinastías de Siria y Egipto eran de ese origen. Las referencias a Creta, como *Quitim*, también se pueden entender mejor si aceptamos las razones expresadas.

En segundo lugar, el historiador Livy y otros historiadores modernos afirman que el rey Filipo V de Macedonia, tan pronto como se dio cuenta de que Aníbal había derrotado al ejército de Roma en Cannas, envió sus mensajeros por vía marítima para que concertaran una alianza de amistad con el líder cartaginés. Filipo, mediante esa alianza, esperaba que ambos se comprometieran protegerse mutuamente en su lucha contra Roma.

Según el historiador Livy, esta alianza de Macedonia con Cartago fue la causa de una gran preocupación para el senado de Roma, ya que ellos se encontraban en una situación muy difícil por las pérdidas humanas y económicas en su lucha contra Aníbal.²²

Lamentablemente, el discurso del ángel Gabriel no da más pautas con relación a las naves de *Quitim*, ni sobre el descorazonamiento del rey del norte. Lo cierto es que Roma, gracias a su gran determinación y perseverancia, logró vencer finalmente a Cartago en el año 202 a. C. y, más tarde, destruyó esa ciudad y mató a todos sus habitantes (146 a. C.).

Las profecías apocalípticas de Daniel

Después de esta referencia, las naves de Quitim, el ángel Gabriel pasó a describir la actitud de Roma hacia el “pacto santo” (11:30). Este hecho nos motiva a preguntar, ¿qué significa la frase “pacto santo”?

Contra el pacto santo

La expresión “pacto santo” es la traducción castellana de la frase hebrea *bərīt qōḏes. bərīt*, como ya vimos, significa pacto y *qōḏes*, santidad.²³ Ambas palabras forman una construcción genitiva que podríamos traducir, literalmente, “el pacto de la santidad”. Y la santidad siempre está asociada con Dios en las Sagradas Escrituras. Por lo tanto, dicha frase se refiere al pacto de Dios con el pueblo de Israel. Pacto que, por un lado, involucraba las promesas de un “Descendiente”, una nación y la tierra de Canaán (Gén. 12:1-3; 15:6-21); y, por el otro, las condiciones o términos del pacto, los Diez Mandamientos (Deut. 4:13, 23; 5:2, 22). Este pacto santo, que involucraba las promesas y condiciones de Dios, fue mantenido vivo en el pueblo de Israel mediante la institución del santuario y sus fiestas o servicios religiosos. Por lo tanto, la frase el “pacto santo” de Daniel 11:30 debe referirse al pacto de Dios con Israel (Éxo. 19:3-7), que giraba en torno al santuario (Éxo. 25:8, 9) y tenía como fundamento los diez mandamientos (Deut. 4:13, 23; 5:2, 22).

La enemistad de Roma hacia “el pacto santo”, referido en Daniel 11:30, se llevó a cabo primeramente con la invasión de Pompeyo a Judá en el año 64 a. C. A partir de esa fecha, el reino de Judá quedó sometido al dominio de Roma.²⁴

Luego, el discurso del ángel Gabriel predice: “Y se levantarán de su parte tropas que profanarán el santuario y la fortaleza, y quitarán el continuo sacrificio, y pondrán la abominación desoladora” (11:31). La pregunta es, ¿qué significan estas expresiones de Daniel 11:31?

Contra el santuario-fortaleza

La frase “el santuario” es la traducción castellana de la palabra hebrea *hammiqdās*. Ella aparece 16 veces en el Antiguo Testamento y se refiere, dependiendo del contexto, al tabernáculo portátil de Israel, al templo de Jerusalén y al futuro templo de la profecía de Ezequiel. También la palabra *miqdās*, sin el artículo, se refiere a las mismas instituciones del pueblo de Israel.²⁵

La frase “la fortaleza” es la traducción castellana de la palabra hebrea *hammāʿôz*. Esta palabra aparece dos veces de manera definida

(Dan. 11:31; Juec. 6:26) y 11 veces de manera indefinida. El significado de *mā'ôz* es “fortaleza” o “lugar fuerte”.²⁶ Siendo que las palabras *hammiqdās* (el santuario) y *hammā'ôz* (la fortaleza) tienen el artículo definido, ellas no pueden formar una frase genitiva, sino apositiva. Por lo tanto, la traducción “santuario-fortaleza” es correcta. Y este “santuario-fortaleza”, en su contexto, se refiere al templo de Jerusalén, que fue destruido por Roma en el año 70 d. C. Esta interpretación de la expresión “santuario-fortaleza” está en armonía con Daniel 8:11 y Daniel 9:26, donde se predice que el santuario sería destruido por un desolador.

Si el lector cree que esta interpretación no es apropiada porque Daniel 11:31 utiliza la palabra “profanar”, en lugar de “destruir”, lo remitimos a Ezequiel 24:20 donde el verbo “profanar” está relacionado con la destrucción del templo de Jerusalén, en el tiempo de Nabucodonosor (cf. Eze. 7:20-22; 25:3; Sal. 74:7; 79:1).

Contra el “servicio continuo”

Ya hemos visto en nuestro estudio de Daniel 8 y 9, que la frase “la continuidad” (*hattāmîd*) puede referirse tanto al “servicio continuo” del templo de Jerusalén como al ministerio intercesor de Jesús en el santuario celestial. Ambos significados son correctos. Sin embargo, el contexto, en donde se usa la palabra, determina finalmente el significado preciso de *hattāmîd*.

Creemos que “la continuidad” o “servicio continuo” (*hattāmîd*), de Daniel 11:31, debe referirse al “servicio regular” del templo de Jerusalén. Primero, porque el protagonista de este segmento profético sigue siendo el “hombre vil” o la Roma imperial y, segundo, porque el contexto indica que dicho evento debería suceder antes del tiempo del fin (11:35). Si esto es así, entonces las tropas que profanarían el “santuario-fortaleza” y quitarían “la continuidad”, deberían ser las tropas del “hombre vil”; es decir, el ejército de la Roma imperial. Y este ejército, de acuerdo a la historia, profanó el templo de Jerusalén en el año 70 de nuestra era, tal y como Daniel 8:11, Daniel 9:26 y Daniel 11:31 lo habían profetizado.

Además, consideramos que Daniel 11:31 debe referirse al servicio del templo de Jerusalén, porque Jesús así lo entendió y así lo utilizó en su discurso escatológico del Monte de los Olivos (Mat. 24:15, 16). Y Jesús, sin lugar a dudas, es la máxima autoridad o el máximo intérprete del libro de Daniel.

Las profecías apocalípticas de Daniel

A favor de la abominación desoladora

La expresión “abominación desoladora”, de Daniel 11:31, es una traducción de la frase hebrea *hassiqqûš mäsômēm*. Esta frase está formada por el sustantivo *siqqûš* (cosa detestable) y el participio *mäsômēm* (desolador). El sustantivo *siqqûš* aparece 28 veces en el Antiguo Testamento y se refiere a un “ídolo detestable” o “cosa abominable”.²⁷ En Daniel 11:31, *hassiqqûš* es un sustantivo singular definido, y esto nos indica que ese término ya se había mencionado anteriormente en otra parte del mismo libro (Dan. 9:27). Dicho sustantivo (*siqqûš*), en otros lugares de la Biblia, aparece también en singular y de manera definida, pero no con el artículo, sino con otro sustantivo o con algún pronombre que lo acompaña (1 Rey. 11:5, 7; 2 Rey. 23:13). El plural *siqqûšim* aparece veintiún veces en la Biblia Hebrea, de manera definida o indefinida (Deut. 29:17; 2 Rey. 23:24; 2 Crón. 15:8; Isa. 66:3; Jer. 4:1; 7:30; 13:27; 16:18; 32:34; Eze. 5:11; 7:20; 11:18, 21; 20:7, 8, 30; 37:23). En todos los lugares donde la palabra *siqqûš* o *siqqûšim* aparece tiene el significado de “ídolo detestable” o de “prácticas idolátricas”. Tan sólo en Oseas 9:10, la palabra *siqqûšim* se refiere a los adoradores de ídolos. Y esto, posiblemente, porque los seres humanos se habían relacionado tanto con las “cosas detestables” o “ídolos”, que ellos mismos llegaron a ser “detestables” o “abominables” delante de Dios.

El uso y significado de la palabra *siqqûš*, en el Antiguo Testamento, nos obliga a concluir que el término *siqqûš* de Daniel 11:31 debe referirse a “un ídolo” o “práctica idolátrica”. Si esto es así, entonces dicho término puede referirse a los estandartes idolátricos del ejército romano, que fueron usados durante el sitio de Jerusalén en el año 69-70 d. C. Dichos estandartes, que solían tener figuras idolátricas, fueron colocados alrededor de Jerusalén en esa fecha. Además, después de la destrucción de la ciudad, los estandartes también fueron levantados en el lugar donde había estado el templo de Dios, cuando Tito se declaró emperador de Roma.

La frase “abominación desoladora”, utilizada por Daniel, fue mencionada por el Señor Jesús como una de las *señales* de la futura destrucción de Jerusalén y como una advertencia del peligro que afrontarían sus discípulos en esa ocasión. Jesús les dijo: “Cuando veáis, pues, la abominación de la desolación, anunciada por el profeta Daniel, erigida en el lugar santo (el que lee, que entienda), los que estén en Judea huyan a los montes” (Mat. 24:15, 16). Esta advertencia y señal

de Jesús, a nuestro parecer, es la mejor evidencia de que Daniel 11:31 está relacionada con la destrucción de Jerusalén en el año 70 de nuestra era. El evangelista Lucas también lo entendió de esta manera, y así lo dio a conocer a los gentiles de su tiempo (Luc. 21:20-24). Es cierto que el Evangelio de Lucas no menciona la expresión “abominación desoladora”, sino la palabra “ejércitos”, pero esto se debe a que dicho Evangelio fue dirigido a los gentiles. El autor sabía muy bien que los gentiles entenderían más fácilmente la palabra “ejércitos”, que la frase “abominación asoladora”. Y, después de todo, los soldados o ejércitos eran los que portaban los estandartes idólatricos y los que los asentaban en el suelo donde colocaban sus tiendas.

Jesús, al utilizar esta frase (“abominación desoladora”), como una de las *señales* de la destrucción de Jerusalén, nos dio a entender que habría otro evento similar en el futuro y de proporción universal. Dicho evento sería una advertencia del peligro que el pueblo de Dios tendría que afrontar y una *señal* de la inminente destrucción de nuestro mundo (Dan. 12:11, 12). Esta “abominación desoladora” tendría características similares a las del evento de la destrucción de Jerusalén y, por lo tanto, estaría relacionada con un ídolo detestable o alguna práctica idólatrica, que advertirá al pueblo de Dios del peligro que los amenazará y de la repentina destrucción de nuestro mundo.

Esta interpretación de la palabra *señal*, utilizada por el Señor Jesús y sus apóstoles, está en armonía con la práctica del Antiguo y Nuevo Testamentos (Isa. 7:11-14; 8:18; 20:1-4; Eze. 24:15-24; Mat. 12:38-40, etc.). En ambos Testamentos encontramos que los profetas y el Señor Jesús utilizaron la palabra *señal*, para referirse a eventos históricos o actos simbólicos que apuntaban hacia otros acontecimientos del futuro, que serían más universales y de mayor trascendencia.

Contra los sabios (Dan. 11:33-35)

Este segmento del discurso de Gabriel tiene que ver con eventos que sucederán antes del tiempo del fin. Esto lo deducimos de Daniel 11:35, en donde se predice que los eventos de los versículos anteriores llegarían hasta el “tiempo del fin”. Para entender este segmento, necesitamos notar que el protagonista de estos versículos continúa siendo el “hombre vil”; y los sabios, aquellos que continúan siendo leales al pacto de Dios y los que hacen avanzar su causa a pesar de

Las profecías apocalípticas de Daniel

las dificultades y peligros. Éstos son aquellos que, por su lealtad, serían muertos a filo de espada, o quemados, o llevados cautivos y despojados de todos sus bienes (Dan. 11:32-34). Sin embargo, al final del gran conflicto, serían recompensados por Dios.

Estos versículos de Daniel 11:33-35 describen la tribulación del pueblo de Dios durante los siglos de la Roma imperial y de la Roma medieval. Dicha tribulación tuvo su cumplimiento, primeramente, durante la hegemonía de la Roma imperial de los primeros siglos de nuestra era y, luego, durante la supremacía de la Roma cristiana de la Edad Media. Como ya sea ha dicho en otro lugar,²⁸ miles de judíos y cristianos murieron durante el período de la Roma pagana y cristiana, por causa de su fe y dedicación a Dios.

El tiempo del fin

La expresión “tiempo del fin” es una frase exclusiva del libro de Daniel y aparece cinco veces en él (8:17; 11:35, 40; 12:4, 9). Esta expresión es una traducción castellana de la frase hebrea *‘ēṭ qēš*. El sustantivo *‘ēṭ* (tiempo) aparece 290 veces en el Antiguo Testamento y significa, básicamente, “tiempo” o “temporada”. Este término puede indicar un tiempo puntual definido (Éxo. 9:18; Jos. 11:6), un tiempo eventual no repetitivo (Miq. 5:3; Ecl. 7:17), un tiempo largo o corto (1 Crón. 21:29; Eze. 16:8; Jer. 3:17; 50:20) y un tiempo eventual repetitivo o de temporada (como el tiempo de lluvia, Est. 10:13; de cosecha, Jer. 50:16; de la migración de los pájaros, Jer. 8:7; etc.)²⁹ La clase de tiempo que el autor quiso indicar a sus lectores, no es determinada por la palabra *‘ēṭ*, sino *por* el contexto en que se la usa. Por otro lado, el sustantivo *qēš* significa “fin” o “límite”.³⁰ La idea básica de este término es el “fin” de la vida, de un gobierno, de un territorio, de un evento o período de tiempo. La clase de fin que el autor quiso indicar a sus lectores, tampoco es determinada por la palabra *qēš*, sino por el contexto en que se la usa. En el caso particular de Daniel 11:35 y 40, la palabra “fin” está relacionada con la historia final de nuestro mundo (12:1-3, 13).

Gramaticalmente, la expresión hebrea *‘ēṭ qēš* es una frase genitiva que denota el sentido del caso “genitivo” del idioma griego. El genitivo, como sabemos, sirve para indicar la relación que existe entre el primer sustantivo y el segundo de cierta frase. Esta relación gramatical en castellano, se expresa por medio de la preposición “de”, y por esta

razón la frase $^{\circ}\bar{e}l q\bar{e}s$ se ha traducido como “tiempo del fin”. La palabra $q\bar{e}s$ (fin), que es el segundo término de dicha frase, puede clasificarse como un *genitivo atributivo*.³¹ Esta clasificación gramatical indicaría que dicho sustantivo tiene la función de caracterizar al primer sustantivo (tiempo). En otras palabras, el término “fin” ($q\bar{e}s$) tiene la función de calificar o expresar el atributo del sustantivo “tiempo” ($^{\circ}\bar{e}l$) y, por tal motivo, la expresión “tiempo del fin” debería entenderse como el “tiempo final” o el período final de la historia de nuestro mundo.

Según Daniel 12:7, el “tiempo del fin” debería comenzar con la conclusión de los “tres tiempos y medio” de Daniel 7:25 (1798 d. C.), y tendría que terminar con la intervención de Miguel en el planeta Tierra (Dan. 12:1-3) y la resurrección de Daniel (12:13). Por lo tanto, concluimos que el tiempo del fin ya comenzó en 1798 d. C., y terminará con el segundo advenimiento de Jesús.

Con base en lo que ya hemos visto, afirmamos que los eventos de Daniel 11:21-35 se refieren a hechos históricos que tuvieron su cumplimiento antes de 1798, y los eventos de Daniel 11:36-12:3, a hechos históricos que tendrían su cumplimiento después de 1798.

El rey del sur contra el rey del norte (Dan. 11:36-45)

Hasta aquí hemos visto que el “hombre vil” actuaría desde el siglo tercero antes de Cristo *hasta* el inicio del tiempo del fin (11:21-35). Ahora nos toca estudiar la actuación exclusiva de este personaje *durante* el tiempo del fin (11:36-45). En este estudio, tomaremos en cuenta la *interpretación* de Jesús, Pablo y Juan sobre este segmento del libro de Daniel.

Anteriormente notamos cómo el Señor Jesús interpretó Daniel 11:31 y cómo lo aplicó al sitio y destrucción de Jerusalén (Mat. 24:15, 16; Luc. 21:20-24). Ahora nos toca ver cómo Jesús y sus apóstoles interpretaron los eventos del tiempo del fin de Daniel 11:36-12:3.

En primer lugar, diremos que el apóstol Pablo utilizó la profecía de Daniel 11:36-12:13 para reafirmar la fe de los creyentes y ubicar el tiempo de la Segunda Venida del Señor Jesús. Notamos que él utilizó dicha profecía en su segunda epístola a los tesalonicenses (2 Tes. 2:1-12). Allí encontramos que Pablo presenta la *apostasía* como el evento clave que manifestaría al “hombre de pecado” y señalaría la proximidad de la venida del Señor Jesús. Es interesante notar que ese término se utiliza en

Las profecías apocalípticas de Daniel

Daniel 11:31 y en Daniel 12:11 de la Biblia Griega para indicar que el “servicio continuo” sería “apartado” o “puesto a un lado” para asentar la “abominación que causa desolación”. En otras palabras, la apostasía de la profecía de Daniel y de Pablo están directamente relacionados con el “rey del norte”, la eliminación del “servicio continuo” y el asentamiento de la “abominación que causa desolación”. En la epístola a los tesalonicenses notamos que el “hombre de pecado” se manifestaría después de la Roma imperial (2 Tes. 2:6, 7) y, finalmente, sería derrocado y destruido con el resplandor del segundo advenimiento de Jesús (2 Tes. 2:8). Además, en la misma epístola encontramos que el hombre de pecado se levantaría contra todo lo que lleva el nombre de Dios o es objeto de adoración, hasta el punto de adueñarse o sentarse en el templo de Dios y pretender o hacerse pasar por Dios (2 Tes. 2:4).

En segundo lugar, observamos que el apóstol Juan desenmascaró el enigma del “hombre vil” o “rey del norte”, de Daniel 11:21-45, utilizando el símbolo de un dragón (Apoc. 12), una bestia marina (Apoc. 13:1-10), una bestia terrestre (Apoc. 13:11-18) y una ramera montada sobre una bestia escarlata (Apoc. 17).

Es un hecho irrefutable que Apocalipsis 12 amplía la visión del cuerno pequeño de Daniel 8 y del “hombre vil” de Daniel 11. Allí notamos que el dragón tiene las mismas características de los símbolos anteriores, actúa de la misma manera que ellos y durante las tres etapas de su dominio; es decir, la etapa de la Roma imperial (Apoc. 12:1-5), la etapa de la Roma cristiana medieval (Apoc. 12:13-16) y la etapa de la Roma cristiana moderna (12:17; Apoc. 17), durante la cual perseguiría a los descendientes de la mujer, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesús. Además, notamos que Apocalipsis 13:1-10 amplía la visión de Apocalipsis 12:13-16; y Apocalipsis 13:11-18 amplía el texto de Apocalipsis 12:17. Y, por último, notamos que Apocalipsis 17 amplía los dos símbolos de Apocalipsis 13.

Lo que dijimos en el párrafo anterior, tiene base bíblica y exegética. Es decir, los símbolos de Apocalipsis 12-14 ofrecen temas paralelos a los temas del cuerno pequeño de Daniel 8 y el “hombre vil” de Daniel 11. Notemos la siguiente comparación.

El Anticristo del tiempo del fin

El cuerno pequeño de Daniel 8	Simbolos de Apocalipsis 12-14
<ol style="list-style-type: none"> 1. Creció hasta el ejército del cielo, precipitó en tierra parte del ejército y de las estrellas, y las pisoteó (8:10; 11:33). 2. Llegó incluso hasta el Príncipe del ejército (8:11 p.p.; 11:36). 3. Destruirá a poderosos y al pueblo de los santos (8:24; 11:33-35). 4. Lanzó el cimientó de su santuario (8:11; 11:31). 5. Se hará poderosa su fuerza, mas no por sí mismo (8:24 p.p.; 11:39). 6. Hasta 2300 tardes y mañanas: entonces el santuario será purificado (8:14). 7. Pero, será quebrantado sin mano alguna (8:25 u. p.; 11:45). 	<ol style="list-style-type: none"> 1. La cola del dragón arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo y las precipitó sobre la tierra (12:4). 2. Y ella abrió su boca para blasfemar contra Dios (13:6). 3. Se le concedió hacer guerra a los santos y vencerlos (13:7). 4. Blasfemó el nombre de Dios y de su tabernáculo (santuario; 13:6). 5. Y el dragón le dio su poder y su trono y gran poderío (13:2). 6. Temed a Dios y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado (14:7). 7. Tendrá que beber también del vino del furor de Dios (14:9, 19).

Este paralelismo temático de Daniel 8-11 y Apocalipsis 12-14 es bastante claro como para negarlo. Ahora bien, si el “hombre vil” o “rey del norte” es un personaje simbólico, entonces el reino que él representa (Roma) es el actor de Daniel 11:21 hasta Daniel 11:45. Ya hemos visto que el “hombre vil” de Daniel 11:21-31 se refiere a la Roma imperial, y Daniel 11:32-35 se refiere tanto a la Roma imperial como a la Roma cristiana. Esta interpretación está en armonía con Daniel 8:9-12, Daniel 9:24-27 y Apocalipsis 12:1-17. Ahora nos toca investigar lo que Daniel 11:36-45 predice acerca del “hombre vil” del tiempo del fin.

Indudablemente, la Roma imperial fue la que crucificó al Mesías o Cristo (31 d. C.) y destruyó la ciudad de Jerusalén (70 d. C.). Sin embargo, dicho imperio perdió su dominio en el año 476 d. C. y fue reemplazado por la Roma cristiana. Esta realidad histórica concuerda con la revelación de Juan, donde encontramos que el dragón (la Roma imperial) le confirió a la bestia marina (la Roma cristiana) su poder, su trono y gran autoridad (Apoc. 13:2). Decimos que la bestia marina está relacionada con la Roma cristiana, porque dicho símbolo comparte las mismas características del cuerno pequeño de Daniel 7 y del “hombre

Las profecías apocalípticas de Daniel

vil” de Daniel 11:32-35. Es decir, la bestia marina hablaría grandes cosas contra el Dios de dioses y perseguiría a los santos por cuarenta y dos meses; o sea, un tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo (Apoc. 13:5-7; cf. Dan. 7:25). Además, notamos que la “bestia marina” atentaría contra el tabernáculo o santuario de Dios (Apoc. 13:6; cf. Dan. 8:11), y después de esto, vendría el juicio divino (Apoc. 14:7; cf. Dan. 8:14; 11:45). Por lo tanto, el cuerno pequeño de Daniel 7 y 8, el “hombre vil” de Daniel 11:32-35 y la “bestia marina” de Apocalipsis 13:1-10, se refieren al mismo poder; esto es, la Roma cristiana o medieval.

Ahora bien, la visión de Apocalipsis 13 revela que dicho poder recibiría una herida de muerte, pero que ésta sanaría (13:3). Si esto es así, entonces la bestia marina tendría que seguir ejerciendo su poder durante el “tiempo del fin”. Sin embargo, lo haría juntamente con la bestia terrestre, que tiene dos cuernos como de un cordero (Apoc. 13:11-17). Aquí aclaramos que las diferencias que observamos entre los símbolos de Daniel 7-12 y los de Apocalipsis 12-14, se debe justamente a que ellos son presentados en las visiones, ejerciendo su poder, en distintos períodos de la historia.

Es prudente recordar que el “hombre de pecado”, la “bestia marina” y la “mujer escarlata” aparecen en las profecías del Nuevo Testamento como agentes de Satanás, realizando falsos milagros, hablando mentiras, blasfemando contra Dios, atacando el santuario y persiguiendo al pueblo de Dios (2 Tes. 2: 9-11; Apoc. 13:3, 4, 8; 17:6, 14). Estas características son similares a las del “hombre vil” de Daniel 11:21-45 y a las de los cuernos pequeños de Daniel 7 y 8. Por lo tanto, afirmamos que los símbolos del cuerno pequeño (Dan. 7 y 8) y el “hombre vil” (Dan. 11) representan al mismo poder o poderes que son prefigurados por “el dragón” (Apoc. 12), “la bestia marina” (Apoc. 13), “el hombre de pecado” (2 Tes. 2) y la “mujer vestida de púrpura y escarlata”, que está sentada sobre una bestia escarlata” (Apoc. 17).

Indudablemente, el hombre vil o rey del norte de Daniel 11:36-45 sigue siendo Roma, pero ya no es la pagana, sino la cristiana, la que se unió con dicho poder y tomó su estandarte. De la misma manera, el rey del sur sigue siendo un poder completamente opuesto al rey del norte, pero ya no es Egipto ni Cartago literales, sino un poder político ateo. La mención de Egipto, en este segmento de la narración, armoniza con nuestra interpretación, ya que esa nación se caracterizó por desconocer

a Dios (Éxo. 5:1, 2) y oponerse a sus planes (Éxo. 5-12). La mención de Egipto, como símbolo de un poder ateo, armoniza también con la perspectiva profética de los actores del “tiempo del fin” (Apoc. 11). De acuerdo con dicha perspectiva, los nombres geográficos y los nombres de naciones, cuyo cumplimiento va más allá de la muerte del Mesías y de la destrucción de Jerusalén, no son más entidades literales, sino simbólicas y universales.³² Por lo tanto, el rey del sur (Dan. 11:40), que atacaría al rey del norte en el tiempo del fin, no se refiere más a un monarca literal de Egipto, o Cartago, sino a un poder ateo que primeramente se manifestó en Francia y atacó a la Roma cristiana en el año 1798, exactamente al final de los tres tiempos y medio de Daniel 7:25; o sea, al inicio del tiempo del fin. Por otro lado, el rey del norte (Dan. 11:40), que sería atacado por el rey del sur, está relacionado con la Roma cristiana, como ya lo hemos explicado anteriormente. Este poder, al verse atacado por el rey del sur, no se quedaría con los brazos cruzados, sino que se levantaría contra dicho rey (el ateísmo), con muchos instrumentos de guerra (Dan. 11:40). Como resultado de esta lucha bélica, el ateísmo terminará siendo sometido o haciendo alianza con la Roma cristiana (Dan. 11:42) o Babilonia espiritual (Apoc. 17). Este episodio profético se ha cumplido parcialmente durante la década de los ochentas, cuando el Vaticano y los Estados Unidos de Norteamérica causaron la caída ideológica del ateísmo europeo.

El rey del norte, no satisfecho con su victoria contra el rey del sur, invadiría también “la tierra deseable”, y muchas provincias o países tendrían que sucumbir. Sin embargo, Edom, Moab y Amón escaparían la suerte de sus vecinos (Dan. 11:41). La tierra deseable, en esta profecía del tiempo del fin, no se refiere al territorio literal de Israel, sino al pueblo del pacto, o la iglesia cristiana protestante del tiempo del fin. Si esto es así, entonces las provincias de la tierra deseable no se refieren a entidades políticas, sino a denominaciones cristianas que sufrirían persecución y extinción por no hacer alianza con Roma. Sin embargo, notamos en la profecía que algunas denominaciones, representadas por Edom, Moab y Amón, escaparían la suerte de sus hermanos porque ellos harían alianza con dicho poder (11:41).

La mención explícita de Libia y Etiopía (11:42, 43), juntamente con Egipto, nos permite asumir que esos países son entidades simbólicas del sur y, por lo tanto, relacionadas con el ateísmo.

Las profecías apocalípticas de Daniel

Por otro lado, las noticias provenientes del norte y del este (Dan. 11:44) son un eco del mensaje de juicio que Dios envió contra Babilonia antes del exilio israelita, y mediante dicho mensaje les anunció la venida del libertador de Israel; es decir, Ciro (539 a. C.; Isa. 44:28). Este libertador es presentado como el ungido de Dios (Isa. 45:1-7), originario del norte y del este (Isa. 41:2, 25; 46:11; Jer. 51:48), y llegaría a Babilonia para libertar a Israel de su triste cautiverio (Isa. 41:26, 27; Jer. 51: 45-48). La misma figura profética se observa también en el libro de Apocalipsis (14:6-13; 16:19-21; 17:5; 18:2-24), pero allí de una manera más dramática. Si esta interpretación de Daniel 11:44 es correcta, entonces las noticias referidas en este versículo son mensajes de advertencia para el pueblo de Dios que estaría todavía en la Babilonia espiritual (11:44; Apoc. 18:1-8). Es decir, se refiere a los mensajes de los tres ángeles y del cuarto ángel del libro de Apocalipsis (Apoc. 14:6-13; 18:1-8), que anuncian los juicios de Dios contra la Babilonia espiritual e invitan a los habitantes de la tierra a que echen su suerte con Dios y sean leales a su pacto santo. Estos mensajes, según Daniel 11:44, turbarán al rey del norte y lo harán salir con mucha ira para destruir y exterminar a todos los que se opongan a sus planes o no quieran someterse a su dominio.

El último acto del rey del norte, según Daniel 11:45, será el de levantar sus tiendas reales sobre el monte glorioso y santo. Sin embargo, dicho acto lo llevará a su destrucción total, sin que nadie lo ayude (11:45). La expresión “levantará sus tiendas” alude a un sitio militar, que los monarcas de la antigüedad tenían que realizar frecuentemente durante sus campañas de conquistas, para someter a los pueblos que se resistían a su dominio. Por otro lado, el “monte santo” es una referencia al lugar donde estaba el santuario de Dios o la ciudad de Jerusalén (Dan. 9:16, 20; Sal. 87:1-3). Este “monte santo”, que sería invadido en el tiempo del fin, no se refiere al templo literal de Jerusalén, sino al “santuario celestial” o al pueblo de Dios de los últimos días de la historia de nuestro mundo. Esta interpretación encuentra apoyo en los escritos del apóstol Pablo. Allí encontramos que el “hombre de pecado” llegaría a sentarse en el templo de Dios y se haría pasar por Dios (2 Tes. 2:4). Esta afirmación nos indica que el hombre vil llegaría a convencer a los poderes de la tierra que él es la cabeza visible de la iglesia cristiana mundial y el único mediador entre Dios y los hombres; pero cuando

esto llegue a suceder, le alcanzará su ruina final, porque el Príncipe Miguel intervendrá prestamente para defender a su pueblo y librarlo de su adversario acérrimo. El libro de Apocalipsis afirma que los poderes políticorreligiosos de la Tierra, en común acuerdo, le harían “la guerra al Cordero, pero el Cordero los vencerá, porque él es Señor de señores y Rey de reyes, y los que están con él son sus llamados, sus escogidos y sus fieles” (Apoc. 17:14).

Algunos consideran que el Señor Jesús utilizó la figura de Daniel 11:45 para referirse al sitio de Jerusalén. Si esto es cierto, diríamos que él la utilizó solamente como una *señal* profética de lo que le acontecería al santuario de Dios o la iglesia de Dios en el tiempo del fin. Es decir, si Jesús aplicó Daniel 11:45 al sitio de Jerusalén, lo hizo sencillamente porque quiso utilizar dicho evento como una *señal* profética de lo que le acontecería al santuario de Dios o a la iglesia remanente de los últimos días.

Es muy posible que Jesús utilizó ciertas predicciones del fin como *señales* del sitio y de la destrucción de Jerusalén (Mat. 24:1-31). Sin embargo, tenemos que entenderlas a la luz del significado o significados del término *señal* del Antiguo Testamento. Allí notamos que la palabra *señal* podía significar “un memorial” (Gén. 9:12; Éxo. 31:13, 17), “una manifestación sobrenatural” (Éxo. 4:8, 9; Jer. 32:20, 21), “una advertencia” (Núm. 16:38; 17:10), “un acto simbólico”, un “evento histórico” que prefiguraba un suceso futuro. Este significado de la palabra *señal* lo percibimos en los actos simbólicos o eventos históricos de Isaías (Isa. 7:14; 8:18; 20:1-4), Ezequiel (Eze. 4:1-3; 12:3-16; 24:15-24) y Jonás (Jon. 1:17-2:10; Mat. 12:39-41). Por lo tanto, si Jesús aplicó Daniel 11:45 al sitio de Jerusalén, como algunos lo sugieren, lo hizo sencillamente en calidad de *señal* o prefiguración del acontecimiento real del tiempo del fin.

Miguel, el gran Príncipe (12:1)

El término hebreo *Mika'el* (Miguel), de Daniel 12:1, significa “Quien es como Dios”. Este vocablo se refiere al Príncipe de Israel (10:21) o “uno de los principales Príncipes” del cielo (10:13). Él es, en el Nuevo Testamento, el Cristo o el Mesías (Apoc. 13:7-10); es decir, Jesús de Nazaret. En otras palabras, Miguel es el Hijo del hombre de Daniel 7, el Príncipe del ejército y el Príncipe de los príncipes de Daniel 8, el Mesías Príncipe de Daniel 9 y el Príncipe del pacto de Daniel 11. Él es

Las profecías apocalípticas de Daniel

el protector de su pueblo (12:1), de los que son llamados, escogidos y fieles (Apoc. 17:14).

El Príncipe Miguel, según Daniel 12:1, se levantará en “aquel tiempo”. Esta frase, sin lugar a dudas, se refiere a la expresión “tiempo del fin”, que aparece en Daniel 11:40 y que antecede a la frase de Daniel 12:1.

El término “levantarse” o “ponerse de pie”, en el contexto de Daniel 12:1, es una figura de lenguaje relacionada con la acción militar de los reyes del pasado, cuando ellos actuaban para invadir un reino o defender el suyo propio (11:7, 14, 21, 31). El contexto de Daniel 12:1 sugiere que Miguel actuará para defender a su pueblo, destruir a sus enemigos y establecer su reino en el planeta Tierra. Él se “levantará” cuando concluya su ministerio de intercesión continua en el cielo a favor de toda la humanidad, y venga a nuestro mundo para enjuiciar a sus enemigos. Es decir, Miguel se levantará cuando termine su función de sumo sacerdote y concluya la purificación del santuario celestial, que es necesaria antes que él aparezca gloriosamente en los cielos (Dan. 8:14; 12:1). Cuando él se levante, entonces se manifestará como Rey de reyes y Señor de señores (Apoc. 19:11-21).

El tiempo de angustia (12:1)

La frase “tiempo de angustia” es la traducción castellana de la expresión hebrea ^o*ēṭ šārā^h*. Esta frase es una construcción genitiva, donde el segundo sustantivo caracteriza al primero. Es decir, el tiempo de la venida de Miguel se caracterizará por la angustia que los enemigos de Dios experimentarán a causa de su ira. Dicho de otra manera, la angustia será la consecuencia inevitable de las siete postreras plagas, a través de las cuales se manifestará la ira de Dios y su justicia (Apoc. 15:1; 16:1-21).

Es interesante notar que la Septuaginta, o la Biblia Griega, traduce el término angustia de Daniel 12:1 como *thlipsis* [*tribulación, angustia*] (Dan. 12:1). Este término fue usado por Jesús cuando anunció la gran tribulación de Jerusalén y de los últimos días (Mat. 24:21; Mar. 13:19). El hecho de que Jesús haya utilizado el término de Daniel 12:1 para referirse al evento de Jerusalén, no afecta en nada nuestra interpretación futura de dicho pasaje, ya que él utilizó esa palabra para indicar un acontecimiento que serviría de *señal* o apuntaría hacia el

evento futuro del “tiempo del fin”. Lo que explicamos en Daniel 11:41 se aplica también a este versículo.

La resurrección especial (12:2)

Al final de la historia de nuestro mundo, cuando todos estén sumidos en la angustia, un grupo especial de los seguidores y opositores de Jesús resucitará. Éste es el evento que anuncia Daniel 12:2. Decimos que este pasaje habla de una resurrección especial, porque la gramática del texto lo exige, el contexto lo permite y la revelación del libro de Apocalipsis lo confirma (Apoc. 20:4-6, 14).

La frase hebrea, que ha sido traducida “muchos de los que duermen”, es *rabbîm miyyāsēn*; *rabbîm* significa muchos, una multitud o una gran cantidad, pero no necesariamente todos los que duermen. Por otro lado, la preposición *min*, que antecede al termino *yāsēn* (durmiendo, que duerme), tiene una función partitiva; es decir, indica una parte del grupo completo.³³ También el término “durmiendo” o “los que duermen” es una figura de lenguaje que señala a los que ya murieron (Job 3:13; Sal. 13:3; Juan 11:11-15), pero que tendrán el privilegio de resucitar para vida eterna o para confusión y vergüenza perpetua (12:2). Los resucitados para vida eterna serán aquellos que no adoraron a la bestia ni a su imagen (Apoc. 20:4, 5), y por tal motivo los mataron (Apoc. 13:15). Sin embargo, Miguel, que es la resurrección y la vida, los despertará y sacará de sus tumbas, para que nunca más vuelvan a morir.

Es importante notar que Jesús también habló de la muerte como un sueño (Juan 11:11-15), y esto lo hizo en el contexto de la resurrección de Lázaro. Este evento fue registrado por el apóstol Juan, quien se refirió a los milagros de Jesús como *señales* (Juan 2:11). Como ya vimos anteriormente, dicho término podía significar “una manifestación sobrenatural” o “un evento histórico” que tenía la función de prefigurar un acontecimiento futuro de mayor magnitud. Si esto es así, entonces Jesús, con la *señal* de la resurrección de Lázaro, demostró que él es Miguel, quien tiene poder para llamar a sus hijos del polvo de la tierra (Dan. 12:1). Es decir, él confirmó con la resurrección de Lázaro lo que será capaz de realizar en el futuro, cuando despierte a los que duermen en el polvo de la tierra.

Por lo tanto, la resurrección de los muertos ya es una realidad para los cristianos, porque Jesús lo demostró durante su ministerio

Las profecías apocalípticas de Daniel

terrenal al resucitar a Lázaro (Juan 11), el hijo de la viuda de Naín (Luc. 7:11-17) y su propio cuerpo (Mat. 28:1-10). Él dijo: “Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí, aunque esté muerto vivirá”. Esta promesa ha sostenido a los hijos de Dios cuando les ha tocado enfrentar la tragedia de la muerte. Por esa razón, ellos no han tenido ni tendrán miedo de ser testigos de su Salvador, aunque tengan que afrontar dicha tragedia.

Por tal motivo, ¡demos gloria a Dios por la realidad de la resurrección y de la vida eterna!

La glorificación del pueblo de Dios (12:3)

Una vez que los justos sean resucitados y los vivos transformados, sus cuerpos serán glorificados y brillarán como brilló el rostro de Jesús en el monte de la transfiguración (Mat. 17:1, 2). Los redimidos, con sus cuerpos glorificados, estarán ahora en condiciones de ver a Miguel, su Libertador. Estarán listos para ver el evento más extraordinario de todos los tiempos del planeta Tierra: la segunda venida del Señor Jesús (1 Tes. 4:16, 17; Apoc. 19:11-16). De ahí en adelante, estarán para siempre con el Rey de reyes y Señor de señores (1 Tes. 4:17). Entonces podrán cantar, “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” (1 Cor. 15:55).

¡Bendito sea Dios por su revelación escrita, que nos muestra la luz de la vida eterna y el final del túnel tenebroso del pecado y la rebelión! ¡Bendito sea Dios por el don precioso del Señor Jesús, que no escatimó ningún esfuerzo o sacrificio para sacarnos del túnel oscuro del pecado y de la muerte! ¡Bendito sea el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, por su gran plan de salvación!

Resumen

La última visión del libro de Daniel (10-12) es una explicación de la visión de Daniel 8. Por eso decimos que ambas profecías son paralelas. Es decir, ambas cubren los mismos temas y el mismo lapso de tiempo en la historia y, por lo tanto, se iluminan mutuamente.

El discurso del ángel Gabriel es un bosquejo profético que predice la sucesión de los tres últimos reinos mundiales, desde Persia hasta el inicio del reino de Dios. Dicho discurso tiene algunas predicciones específicas sobre Persia (11:2), Grecia (11:3-20), Roma (11:21-45) y el

El Anticristo del tiempo del fin

pueblo de Dios (12:1-3). De manera especial, el discurso aborda el rol de Roma o el cuarto reino universal de la Tierra (11:21-45).

La trayectoria histórica de este último reino mundial se presenta en dos etapas específicas: “antes del tiempo del fin” (11:21-35) y durante el “tiempo del fin” (11:36-45). En esta última etapa es cuando aparece el gran Príncipe del reino de Dios; es decir, Miguel (12:1-3). Entonces, el pueblo de Dios será liberado, los muertos en Cristo resucitados y, finalmente, todos los hijos de Dios serán glorificados.

El tiempo de angustia, la resurrección especial de los muertos y la glorificación del pueblo de Dios sucederán al final del “tiempo del fin” (12:1-3). Daniel 12:5-13 clarifica algunos aspectos de ese tiempo, y de manera especial el asunto de “la continuidad” y “la abominación desoladora”. Estos asuntos los estudiaremos en el próximo capítulo.

Referencias

1. John Warry, *Alexander 334-323 a.C.*, págs. 18-26.
2. *Ibíd.*, págs. 30-38
3. *Ibíd.*, págs. 53-67.
4. Walter C. Kaiser, Jr. *A history of Israel*, pág. 460; John Warry, *Alexander 334-323 a.C.*, pág. 85.
5. John Murray, *Alexander 334-323 a.C.*, pág. 85.
6. Walter C. Kaiser Jr., *A history of Israel*, pág. 460.
7. *Ibíd.*, pág. 461.
8. *Ibíd.*, pág. 464.
9. *Ibíd.*, pág. 463.
10. *Ibíd.*, pág. 464.
11. William L. Holladay, *A Concise Hebrew and Aramaic Lexicon of the Old Testament*, pág. 226.
12. *Ibíd.*, pág. 48.
13. Don Nardo, *The punic wars* (San Diego, CA: Lucent Books, 1996), pág. 42; Adrian Goldsworthy, *The punic wars* (London: Cassel and Co., 2000), pág. 12.
14. Adrian Goldsworthy, *The punic wars*, págs. 25, 29, 68.
15. *Ibíd.*, pág. 12.
16. *Ibíd.*, pág. 129.
17. *Ibíd.*, págs. 133-135.

Las profecías apocalípticas de Daniel

18. *Ibíd.*, pág. 145.
19. *Ibíd.*, pág. 217.
20. *Ibíd.*, págs. 181-190, 197-221; Polybius, *The rise of the roman empire*, Book III, 117; Book IV, 105; Book IX, 3-7; Livy, *The war with Hannibal*, Book XXII, 46-53; Book XXIII, 1-10.
21. “Arad”, *The Encyclopaedia Judaica*, 1972, I:249.
22. Livy, *The war with Hannibal*, Book XXIII, 33-39; Adrian Goldsworthy, *The punic wars*, pág. 256.
23. William L. Holladay, *A Concise Hebrew and Aramaic Lexicon of the Old Testament*, pág. 314.
24. Walter C. Kaiser, Jr. *A history of Israel*, págs. 85, 86.
25. William L. Holladay, *A Concise Hebrew and Aramaic Lexicon of the Old Testament*, pág. 211.
26. *Ibíd.*, pág. 205.
27. *Ibíd.*, pág. 382.
28. Ver el capítulo II de esta misma obra.
29. Leonard J. Coppes, “עֲרַ” en TWOT, II: 680.
30. William L. Holladay, *A Concise Hebrew and Aramaic Lexicon of the Old Testament*, pág. 321.
31. B. K. Walke y M. O’Connor, *An introduction to biblical hebrew syntax*, págs. 146 y 151.
32. Véase Hans K. LaRondelle, “Interpretation of prophetic and apocalyptic eschatology” en *A symposium on biblical hermeneutics*, ed. Gordon M. Hyde (Washington: Review and Herald Publishing Association, 1974), págs. 225-249.
33. *Ibíd.*, págs. 213, 214.



La señal del fin del mundo

Daniel 12:5-13 es la última sección de la visión de Daniel 10-12. Aquí encontramos un diálogo que se desarrolló en el río Hidekel entre el profeta Daniel¹ y “el varón vestido de lino”. El diálogo fue iniciado por Daniel, o posiblemente por un ángel, quien preguntó: “¿Cuándo² será el fin de las maravillas?” (Dan. 12:6). Es decir, ¿Cuándo concluirán las obras extraordinarias de Dios que fueron predichas por el ángel Gabriel? (Dan. 12:1-3). Enseguida, el “varón vestido de lino” le respondió bajo juramento: “Ciertamente será *hasta* un tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo. Y tan pronto como alguien complete el quebrantamiento del poder del pueblo santo, todas estas maravillas terminarán” (Dan. 12:7, trad. personal). Daniel escuchó la respuesta del “varón vestido de lino” pero no la entendió y, por lo tanto, le hizo otra pregunta: “Señor mío, ¿cuál será el fin de estas maravillas?” (Dan. 12:8). Es decir, ¿cuál será la conclusión de estos actos extraordinarios de Dios? Sin dilación, el “varón vestido de lino” le respondió: “Anda, Daniel, pues estas palabras están guardadas y selladas hasta el tiempo del fin. Muchos se purificarán, emblanquecerán y serán refinados. Los impíos procederán impiamente, y ninguno de los impíos entenderá, pero los entendidos comprenderán. Y desde el momento que será puesto a un lado el servicio continuo, poniendo la abominación desoladora, habrá 1290 días. Bienaventurado el que espere, y llegue a los³ 1335 días. Y

tú irás⁴ hasta el fin, reposarás y te levantarás por tu heredad al fin de los días” (Dan. 12:9-13, trad. personal). Estas preguntas de Daniel y las respuestas del varón vestido de lino, lamentablemente, no han sido entendidas bien y, por tal motivo, quisiéramos considerarlas una vez más.

Antes de interpretar la narración semipoética y el discurso profético de Daniel 12:5-13, quisiéramos analizar su estructura literaria para obtener una idea de su *función* tanto en el libro de Daniel como en la última visión. Esperamos que este análisis literario de Daniel 12:5-13 nos ayude a entender no solamente su función estructural, sino también su conexión lingüística o temática que pudiera tener con las otras visiones del mismo profeta (Dan. 2, 7, 8 y 9). Sin embargo, antes de hacer este análisis, necesitamos revisar la estructura general y el contenido de Daniel 10-12.

Estructura literaria de Daniel 10-12

Nuestro análisis literario de la visión de Daniel 10-12, presentado en el capítulo anterior, reveló que esta visión tiene tres secciones principales.

La primera de ellas abarca desde Daniel 10:1 hasta Daniel 10:21. Este segmento comienza con una breve introducción donde el autor presenta el año, el lugar y las circunstancias de su última visión (10:1-3). Luego describe, en primera persona singular, el primer ser sobrenatural (el varón vestido de lino) que se le apareció en una fecha específica en las márgenes del río Hidekel, y el efecto que éste le causó sobre su persona (10:4-9). Después, relata la intervención del ángel Gabriel en la misma visión, y el diálogo que ambos sostuvieron en el transcurso de ella (10:10-21). Esta primera sección de Daniel 10-12 podría titularse: “Daniel contempla dos seres sobrenaturales y sostiene un diálogo con Gabriel” (10:1-21).

La segunda sección de Daniel 10-12 comienza en Daniel 11:1 y termina en Daniel 12:4. Este segmento comienza con una declaración directa del ángel Gabriel que introduce su discurso profético (11:1, 2a). En este discurso, el ángel Gabriel le explica a Daniel los acontecimientos más importantes de los últimos tres reinos del planeta Tierra (11:2-45) y el desenlace final de la historia de nuestro mundo (12:1-4). El ángel Gabriel le explicó a Daniel los eventos futuros de los reinos

humanos usando las formas verbales *weqatal* y *yiqtol*, que pertenecen a la constelación del discurso profético.⁵ A nuestro juicio, el discurso de Gabriel es una recapitulación o explicación de la visión de Daniel 8 y, por tal motivo, ambas profecías deberían estudiarse juntas. Un título sugerente de esta sección podría ser: “El discurso profético del ángel Gabriel: desde el reino persa hasta la intervención de Miguel” (11:1-12:4).

La tercera sección de Daniel 10-12 comienza en Daniel 12:5 y termina en Daniel 12:13. Este segmento enfatiza la presencia de otros dos seres sobrenaturales en la última visión de Daniel y registra el diálogo de este profeta con “el varón vestido de lino”. En este segmento notamos que el autor, después de introducir a los dos seres sobrenaturales, registra la primera pregunta y la respectiva respuesta de los interlocutores (12:6, 7). Luego, después de un breve comentario narrativo, presenta la segunda pregunta y la respectiva respuesta de ambos dialogantes (12:8-13). Esta sección final de Daniel 10-12 podría titularse: “Daniel contempla otros dos seres sobrenaturales y sostiene un diálogo con Miguel” (12:5-13).

Los marcadores estructurales de Daniel 10-12, que dividen la visión en tres secciones, son lingüísticos, temáticos y genéricos. Entre los marcadores lingüísticos encontramos la palabra hebrea *wehinnē^h* (mira, he aquí), que introduce el contenido de la percepción visual del profeta en Daniel 10:5 y en Daniel 12:5, y la palabra *hinnē^h* (sin la conjunción), que introduce el discurso profético de Gabriel en Daniel 11:2.⁶ Además, notamos algunos marcadores temáticos que aparecen en la primera (Dan. 10:1-21), segunda (Dan. 11:1-12:4) y tercera secciones (Dan. 12:5-13) de esta visión. En la primera de ellas notamos, después de la introducción general (10:1-3), la fecha específica de la visión de Daniel (10:4), la descripción del varón vestido de lino (10:5-9) y la narración del diálogo de Daniel con Gabriel (10:10-21). Luego, en la segunda sección observamos, después de una breve introducción (11:1, 2a), el discurso profético del ángel Gabriel que bosqueja los acontecimientos de los últimos tres reinos (Dan. 11:2b-12:3) y la orden terminante de Gabriel a Daniel (Dan.12:4). Finalmente, en la tercera sección notamos que el autor, en primera persona singular, introduce a otros dos ángeles que estaban de pie en la ribera del río Hidekel (Dan. 12:5) y el diálogo que sostuvo con el “varón vestido de lino” (12:6-13).

Las profecías apocalípticas de Daniel

A continuación, presentamos un bosquejo gráfico-tentativo de la estructura concéntrica de Daniel 10-12:

- A. Daniel contempla dos seres sobrenaturales y dialoga con Gabriel (Dan. 10:1-21).
- B. El discurso profético del ángel Gabriel (Dan. 11:1-12:4).
- A' Daniel contempla otros dos seres sobrenaturales y dialoga con Miguel (Dan. 12:5-13).

Como observamos, la primera sección, al igual que la última, presenta dos seres sobrenaturales que fueron vistos por Daniel en su última visión y el diálogo que él sostuvo con uno de ellos, mientras que la sección del centro presenta el discurso profético del ángel Gabriel.

Estructura y género de Daniel 12:5-13

Nuestro análisis literario de Daniel 12:5-13 revela que esta sección, al igual que la primera (Dan. 10:1-21), contiene un diálogo que se desarrolló entre Daniel y un ser sobrenatural.

También indica que esta sección tiene nexos lingüísticos muy estrechos con la conclusión del discurso profético de Gabriel (Dan. 12:1-4). Esos nexos se realizan mediante términos idénticos o sinónimos tales como “levantar”, “días”, “tiempo”, “fin”, “eternidad”, “Daniel”, “entendidos”, “palabras”, “guardar”, “sellar”, “libro”, etc. Además, nuestro análisis revela que Daniel 12:5-13 es la conclusión de la última visión del profeta Daniel (10-12) y del libro que lleva su nombre.

Los marcadores estructurales que permiten separar a Daniel 12:5-13 de las secciones anteriores, como ya dijimos, son lingüísticos, temáticos y genéricos. Uno de los marcadores lingüísticos es la palabra hebrea *wehinne^h* o *hinne^h* que Daniel utilizó (1) para introducir nuevos participantes, (2) para insertar nuevos temas o (3) para expresar su conmoción de percepción visual en el transcurso de su narración. Este término *wehinne^h* o *hinne^h* aparece siete veces en Daniel 10-12 (Dan. 10:5, 10, 13, 16, 20; 11:2; 12:5) y tres, en el capítulo 8 (Dan. 8:3, 5, 15). Otro de los marcadores estructurales de esta sección es el género narrativo que la introduce. Notamos que el género literario de Daniel 11:2-12:4 es el del discurso profético, mientras que el de Daniel 12:5-13 es un género mixto: narración semipoética y diálogo. Asimismo, el estilo literario de Daniel 12:5-8 es prosa o narración semipoética, mientras que el de Daniel 12:1-4 es poesía profética.⁷

Estructura concéntrica de Daniel 12:1-13

Daniel 12:5-13 y Daniel 12:1-4 forman una estructura de simetría concéntrica. Ésta se observa mediante el paralelismo externo o distante de algunas palabras pares o mediante algunos elementos gramaticales o literarios. Es decir, una de las palabras pares de la primera estrofa de Daniel 12 tiene un paralelismo lingüístico con otra palabra par de la última estrofa del mismo capítulo. Luego, una de las palabras pares de la segunda estrofa forma un paralelismo lingüístico con otra palabra par de la penúltima estrofa. Enseguida, una de las palabras pares de la tercera estrofa logra un tercer paralelismo lingüístico con otra palabra par de la antepenúltima estrofa, y así, sucesivamente, hasta llegar al centro de la estructura.

Nuestro análisis literario de Daniel 12 revela que este capítulo tiene diez unidades poéticas y tres semipoéticas o prosaicas. Las primeras cinco unidades son poéticas, y tienen un total de 17 *líneas* (*colon* o *hemístich*).⁸ Las últimas cinco estrofas son también poéticas, y tienen un total de 16 *líneas*. Estas líneas o *cola* de los versos de Daniel 12 se han establecido según el método de O'Connor. De acuerdo con él, el *colon* o la línea de un verso poético no debe tener más de tres verbos finitos o predicadores de cláusula. El *colon* o línea tampoco debe tener menos de un componente gramatical o más de cuatro (verbo, sujeto y objeto). El *colon* o línea tampoco debe tener menos de dos palabras o más de cinco (verbos, sustantivos, adjetivos o adverbios). Además, si el *colon* o línea contiene tres verbos finitos o predicadores de cláusula, ella no puede tener una frase sustantiva dependiente. Y, sobre todo, el *colon* o línea debe tener integridad sintáctica.⁹ Siendo que este método está basado en poemas clásicos o poesías antiguas de la Biblia Hebrea, y el libro de Daniel fue escrito durante el exilio de Israel en Babilonia (siglo sexto a. C.), nos ha parecido bien implementar algunos puntos del método de O'Connor basados en los resultados más recientes de las investigaciones de la poesía hebrea en los libros de Rut y Miqueas.¹⁰

La mayoría de los estudiosos de la literatura hebrea concuerdan en que la poesía del Antiguo Testamento se caracteriza por sus líneas compactas o por su paralelismo semántico, fonético, sintáctico o específico.¹¹ El paralelismo semántico de la poesía hebrea se caracteriza porque el tópicum aparece en la primera línea o *colon*, y éste se repite, contrasta o amplía en la segunda línea. Además, el verso hebreo no se

Las profecías apocalípticas de Daniel

limita a dos *cola* o líneas (bi-cola), sino que también puede utilizar tres (tri-cola), cuatro (tetra-cola) o más líneas. La estructura cuidadosa de tres líneas o tri-cola, de acuerdo con Watson, se encuentra únicamente en los poemas verdaderos, de ahí que su presencia es un indicador inequívoco de la poesía hebrea.¹²

Nuestro análisis de Daniel 12:1-4 y Daniel 12:9-13 revela que estos versículos contienen algunos indicadores gramaticales, estructurales o fonéticos de la poesía hebrea.¹³ Dichos versículos, como ya dijimos, forman cinco unidades poéticas al principio de la estructura de Daniel 12 (12:1-4) y cinco al final (Dan. 12:9-13). Por otro lado, los versículos de Daniel 12:5-8, que aparecen en el centro de la estructura, son semipoéticos o prosaicos.

A continuación, presentamos la narración de Daniel 12:1-13 en forma de unidades poéticas y semipoéticas. Hemos traducido estos versos o estrofas casi literalmente, porque queremos que sus líneas se distingan claramente.

Daniel 12:1-13:

I

En aquel tiempo se levantará,
el gran Príncipe Miguel,
Quien se levantará a favor de los hijos de tu pueblo (12:1a).

II

Y será tiempo de angustia,
cual nunca ha sido desde que hay gente,
hasta **ese tiempo**.
Pero en **ese tiempo** será libertado tu pueblo,
todo el que se halle escrito en el libro (12:1b,c).

III

Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se levantarán;
unos para vida eterna,
y otros para terror, para oprobio perpetuo (12:2).

IV

Los **entendidos** brillarán como el resplandor del firmamento;
y los que enseñan la justicia a la multitud,
como las estrellas a perpetua eternidad (12:3).

La señal del fin del mundo

V

Empero tú, Daniel: guarda en secreto las palabras y sella el libro
hasta el tiempo del fin.

Muchos viajarán rápidamente y el conocimiento
se multiplicará (12:4).

VI

Luego yo, Daniel, miré otros dos que estaban de pie;
uno en este lado de la ribera del río,
y el otro en la otra ribera del río (12:5).

Entonces, uno le preguntó al varón vestido de lino,
que estaba sobre las aguas del río:

“¿Cuándo será el fin de las maravillas?” (12:6).

VII

Y yo escuché al varón vestido de lino,
que estaba sobre las aguas del río,
y él alzó su diestra y su siniestra hacia el cielo,
y juró por el Viviente Eterno:

**“Ciertamente será hasta un tiempo, tiempos
y la mitad de un tiempo.**

Y tan pronto como alguien complete el quebrantamiento
del poder del pueblo santo,
todas estas [maravillas] terminarán” (12:7).

VIII

Yo escuché, pero no pude entender.

Entonces dije: “Señor mío, **¿cuál será el fin de estas
[maravillas]?”** (12:8).

IX

Él respondió: “Anda, Daniel,
pues las palabras están guardadas y selladas
hasta el tiempo del fin” (12:9).

X

“Muchos se purificarán, blanquearán y serán refinados,
pero los impíos vivirán impíamente.

Las profecías apocalípticas de Daniel

Ninguno de los impíos entenderá,
pero los **entendidos** entenderán (12:10).

XI

“Y desde el tiempo que el servicio continuo sea quitado,
poniendo la abominación desoladora,
habrá mil docientos noventa **días** (12:11).

XII

“Bienaventurado el que espere y llegue
a mil **días**
trescientos treinta y cinco (12:12).

XIII

“Y tú irás¹⁴ hasta el fin.
Descansarás, y te levantarás por tu herencia,
al fin de los **días**” (12:13).

Esta estructura “concéntrica” de Daniel 12 fue formada mediante “palabras pares” que aparecen en cada una de las unidades de dicho capítulo. Por ejemplo, la primera unidad tiene las palabras “levantar” y “tiempo”, que forman un paralelismo distante con las palabras “levantar” y “días” de la última unidad. De la misma manera, la segunda unidad tiene la palabra “eterno” o “para siempre”, que forma otro paralelismo distante con la palabra “días” de la penúltima unidad. La tercera unidad tiene también la palabra “eterno” o “para siempre”, que forma otro paralelismo distante con la palabra “días de la antepenúltima unidad. Luego, la cuarta unidad tiene las palabras “muchos” y “conocimiento”, que forman otro paralelismo distante con las palabras “muchos” y “sabios” de la décima unidad. Enseguida, la quinta unidad tiene el nombre “Daniel”, que forma otro paralelismo distante con el nombre idéntico “Daniel” de la novena unidad. Luego, la sexta unidad tiene la expresión “fin de las maravillas”, que forma otro paralelismo distante con la expresión “fin de estas [maravillas]” de la octava unidad. Y, finalmente, en el centro de la estructura, aparece la primera respuesta del varón vestido de lino: “ciertamente será *hasta* un tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo . . .”

Gráfica estructural de Daniel 12:1-13

Las “palabras pares” o expresiones gramaticales que forman la estructura concéntrica de Daniel 12 se presentan a continuación. Veamos la siguiente ilustración gráfica:

- A. Tiempo, levantará (12:1a).
- B. Tiempo (12:1bc).
- C. Eterno o para siempre (12:2).
- D. Sabios, muchos (12:3).
- E. Daniel, palabras, tiempo del fin (12:4).
- F. Preguntó, fin de las maravillas (12:6).
- G. Después de un tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo. Y tan pronto como alguien complete . . . todas estas [maravillas] llegarán a su fin (12:7).
- F'. Pregunté, fin de las [maravillas] (12:8).
- E'. Daniel, palabras, tiempo del fin (12:9).
- D'. Sabios, muchos (12:10).
- C'. Días (12:11).
- B'. Días (12:12).
- A'. Tiempo, levantarás (12:13).

Este mismo tipo de estructura también se observa en Daniel 12, mediante algunos recursos literarios que aparecen en dicho capítulo. Ellos pueden observarse en el siguiente esquema gráfico:

- A. *Conclusión* del discurso profético del ángel Gabriel (12:1-3).
 - B. *Exhortación* determinante del ángel Gabriel (12:4).
 - C. *Interrogación* del profeta Daniel o de un ángel (12:6).
 - D. *Respuesta* del “varón vestido de lino” (12:7).
 - C'. *Interrogación* del profeta Daniel (12:8).
 - B'. *Exhortación* determinante del “varón vestido de lino” (12:9).
 - A'. *Conclusión* de la respuesta profética del “varón vestido de lino” (12:10-13).
- Como se ve, esta estructura literaria de Daniel 12:1-13 presenta en su centro la primera respuesta del “varón vestido de lino”: “ciertamente será *después* de un tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo. Y tan

Las profecías apocalípticas de Daniel

pronto como alguien complete el quebrantamiento del poder del pueblo santo, todas estas maravillas serán cumplidas” (Dan. 12:7). La posición central de esta respuesta en la estructura concéntrica de Daniel 12, nos permite asumir su gran importancia dentro del mensaje de Daniel 12 y de la última visión de Daniel. Dicho versículo, en su contexto, tiene la función de indicar cuándo comenzaría el “tiempo del fin” (Dan. 12:4, 9) o el período en que “las maravillas” se cumplirían (Dan. 12:6). En otras palabras, la primera respuesta del “varón vestido de lino” (Dan. 12:7), desde el punto de vista exegético y estructural, tiene la función de introducir el “tiempo del fin” o el tiempo en que se cumplirían “las maravillas” de la pregunta de Daniel 12:6.

Nuestro análisis de Daniel 12 revela también que las primeras cuatro estrofas de este capítulo, y las últimas cuatro del mismo, predicen ciertos eventos que tendrían que cumplirse durante el “tiempo del fin”, mientras que la estrofa del centro presenta el período de “un tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo”, que introduce el “tiempo del fin” o el “período final” de la historia de nuestro mundo. El “tiempo del fin”, como ya dijimos, es el lapso final de la historia durante el cual tendrían que cumplirse “las maravillas” de la primera pregunta del diálogo (Dan. 12:6). Esas “maravillas”, como se verá más adelante, se refieren a los actos extraordinarios de Dios que se mencionan al principio de la estructura de Daniel 12 (Dan. 12:1-3), y son de carácter escatológico, porque se cumplen *durante* el “tiempo del fin”. De la misma manera, la eliminación del “servicio continuo” y el asentamiento de la “abominación desoladora”, que se mencionan al final de la estructura de Daniel 12 (Dan. 12:11), son eventos de carácter escatológico, porque ellos también se cumplen *durante* el “tiempo del fin”. Solamente el período de un “tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo”, que aparece en el centro de la estructura de Daniel 12, pertenece estructural y exegéticamente *al período* que antecede al “tiempo del fin”.

Esta perspectiva de los eventos proféticos del tiempo del fin se puede visualizar gráficamente de la siguiente manera:

Daniel 12:1-3	Daniel 12:7	Daniel 12:10-13
Eventos proféticos del tiempo del fin	Período profético que introduce el tiempo del fin	Eventos proféticos del tiempo del fin

Como se observa, el paralelismo lingüístico o temático de Daniel 12:1-4 con Daniel 12:5-13 establece la estructura concéntrica de Daniel 12:1-13, y nos ayuda a discernir el tiempo en que se cumplirían los eventos escatológicos de dicho capítulo.

Daniel 12 tiene ciertas conexiones lingüísticas y temáticas con Daniel 11:40-45. Una de éstas se hace mediante la frase “en aquel tiempo” de Daniel 12:1, que alude a la expresión “tiempo del fin” de Daniel 11:40. Esta expresión es exclusiva del profeta Daniel y aparece dos veces en el capítulo 11 (35, 40) y dos veces en Daniel 12 (4, 9). El uso de esta expresión en dichas secciones nos demuestra claramente que Daniel 11:40-45 y 12:1-13 están conectados lingüísticamente. También hay conexión entre Daniel 11:40-45 y Daniel 12 mediante palabras o figuras relacionadas con el santuario y el pueblo de Dios (11:45; 12:11).

Por último, señalamos que las estrofas poéticas y semipoéticas de Daniel 12:1-13 enfatizan el factor “tiempo”. Esto se percibe a través de algunas palabras temporales (sustantivos, verbos y preposiciones) que aparecen en dicho capítulo y mediante el uso frecuente de ellas. Las palabras son “tiempo” (^c*ēṭ*), “eterno” o “para siempre” (^c*ōlām*), “cuándo” (^c*ad-māṭay*), “fin” (*qēṣ*), “días” (*yāmîm*), “tiempo determinado” (^c*mô-ēḏ*), “terminarán” (*tikleýnā^h*), “hasta” o “después” (*lā*), “hasta” (^c*ad*) y “fin” ([?]*ahārît*). La presencia de estos términos y su frecuencia en Daniel 12 revelan la importancia que el “tiempo” tiene en la última visión (Dan. 10-12) y, de manera especial, el “tiempo del fin” (^c*ēṭ qēṣ*).

Género literario de Daniel 12:5-13

El género literario de Daniel 12:5-13 es otro asunto importante en el estudio del libro de Daniel. Sin embargo, los eruditos de esta materia todavía no se han puesto de acuerdo sobre dicho tema. Esta situación nos permite aportar una perspectiva personal. Sin lugar a dudas, la Biblia contiene diferentes géneros y subgéneros literarios, y entre ellos está el subgénero apocalíptico. Esta clasificación literaria tiene su apoyo en el siguiente modelo:

Tipo del escrito: Narración semipoética (12:5-8) y poética
(12:9-13)

Tipo del texto: Revelación

Género: Profecía

Subgénero: Apocalíptico

Las profecías apocalípticas de Daniel

En base a esta jerarquía, Daniel 12:5-13 no podría clasificarse como literatura apocalíptica judía. La razón es obvia. En primer lugar, porque el género de Daniel 12:5-13 es profético y, en segundo lugar, porque dicha profecía es bíblica o canónica. Además, Daniel 12:5-13 no cumple con todos los requisitos del género apocalíptico que los histórico-críticos le aplican a la literatura apocalíptica judía. Por lo tanto, preferimos clasificar el texto de Daniel 12:5-13 como “profecía apocalíptica bíblica”.

De la misma manera, el libro de Daniel tampoco debería ser clasificado, exclusivamente, como literatura apocalíptica judía. En primer lugar, porque dicho libro no cumple con todos los requisitos de la definición histórico-crítica del término apocalíptico. Es decir, porque el libro de Daniel no es de carácter seudónimo, ni seudoprofético, como lo es la literatura apocalíptica no canónica. Por lo tanto, no podemos aceptar la teoría de que el libro de Daniel o la profecía de Daniel 12:5-13 pertenezca al género exclusivo de la literatura apocalíptica judía. Al contrario, creemos que Daniel 12:5-13 y todo el libro de Daniel deberían clasificarse mejor como *profecía apocalíptica bíblica*, porque tanto Daniel 12:5-13 como el resto del libro de Daniel, contienen ciertas características propias de la profecía bíblica clásica, y otras de la literatura apocalíptica judía.

Estudio histórico-gramático-teológico de Daniel 12:5-13

Daniel 12:5-13 ofrece un diálogo que se desarrolló en el río Hidekel o Tigris. En él participaron (1) Daniel, o un ángel, y (2) el “varón vestido de lino”. Daniel, o el ángel, inició el diálogo con una pregunta (Dan. 12:6), que el “varón vestido de lino” le contestó bajo juramento (Dan. 12:7). Luego, Daniel hizo otra pregunta (Dan. 12:8), que también el “varón vestido de lino” le contestó (Dan. 12:9-12). El mensaje de este diálogo es relativamente corto, pero muy importante.

La primera pregunta de Daniel fue: “¿Cuándo será el fin de las maravillas?” (Dan. 12:6). Es decir, ¿cuándo concluirán los actos maravillosos de Dios que fueron referidos en el discurso del ángel Gabriel? (12:1-3). La respuesta del “varón vestido de lino” fue:

“Ciertamente será *después* de un tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo. Y tan pronto como alguien complete el quebrantamiento del poder del pueblo santo, todas estas [maravillas] llegarán a su fin” (Dan. 12:7, traducción personal).

La señal del fin del mundo

Daniel nos informa que él escuchó la respuesta, pero que no la entendió. Entonces volvió a preguntar: “Señor mío, ¿cuál será el fin de estas [maravillas]?” (Dan. 12:8). Es decir, ¿cuál será la conclusión de estos actos maravillosos de Dios? o ¿qué sucederá al final de estas maravillas? Entonces, el “varón vestido de lino” le respondió:

“Anda, Daniel, pues las palabras [de Gabriel] están guardadas y selladas **hasta el tiempo del fin**” (Dan. 12:9, traducción personal).

“Muchos serán purificados, blanqueados y acrisolados,
pero los impíos actuarán impiamente.
Ninguno de los impíos entenderá,
pero los entendidos comprenderán” (Dan. 12:10,
traducción personal).

“Y desde el tiempo que el ‘servicio continuo’ será quitado,
poniendo la abominación desoladora,
habrá mil docientos noventa días” (Dan. 12:11, traducción personal).

“Bienaventurado el que espere y llegue
a mil días
trescientos treinta y cinco (Dan. 12:12).

“Y tú irás hasta el fin.
Descansarás, y te levantarás por tu heredad,
al fin de los días” (Dan 12:13, traducción personal).

Esta respuesta del “varón vestido de lino” concluyó el diálogo que se desarrolló en la margen del río Tigris (12:5-13). Ella es el clímax de la última visión de Daniel (10-12), de la segunda parte de su libro (8:1-12:13) y de todo el libro que lleva su nombre (1:1-12:13).

Sin lugar a dudas, el mensaje de este diálogo tiene la función de ayudarnos a comprender la última parte del discurso escatológico de Gabriel. Es decir, esa parte que predice los eventos del “tiempo del fin” (Dan. 11:40-12:4). Por lo tanto, necesitamos estudiar dicho diálogo con sumo cuidado para entender los eventos escatológicos de la última visión de Daniel. Para lograr este objetivo, haremos un análisis gramatical de

la primera pregunta (12:6) y de la primera respuesta del “varón vestido de lino” (12:7). También haremos un estudio estadístico y semántico de algunas palabras claves que constituyen o componen la primera pregunta de Daniel y la primera respuesta del “varón vestido de lino”, con el propósito de obtener el significado más probable de esas palabras según su contexto. Además, haremos un análisis sintáctico de las frases y cláusulas de la primera pregunta y de la primera respuesta del “varón vestido de lino”, para determinar el significado de ellas en su contexto. De manera especial, prestaremos atención a la frase interrogativa “hasta cuándo” ([°]*ad-māṭay*), el sustantivo singular “fin” (*qēš*) y el sustantivo plural “maravillas” (*happəlāōt*) de la primera pregunta de Daniel (Dan. 12:6). También prestaremos atención a la preposición “hasta” o “después” (*lā*), la frase “tan pronto como” (*kə*), el sustantivo “tiempo determinado” (*mô-ēd*), el infinitivo “terminar” (*kallôṭ*) y la frase “llegarán a su fin” (*tiḳleýnāḥ*) de la primera respuesta del “varón vestido de lino” (Dan. 12:7). Además, analizaremos la segunda pregunta de Daniel, prestando atención a la palabra interrogativa “qué” o “cuál” (*māḥ*) y al sustantivo “fin” ([°]*aḥāřît*). Por último, haremos un análisis sintáctico de la segunda respuesta del “varón vestido de lino”, prestando atención especial a las frases “tiempo del fin” ([°]*ēṭ qēš*), “el servicio continuo” (*hattāmîd*), “la abominación desoladora” (*siqqûš sômēm*), “1290 días” (1290 *yāmîm*) y “1335 días” (1335 *yāmîm*).

Primera pregunta del diálogo (Dan. 12:6)

Daniel 12:6 dice:

Entonces alguien preguntó al varón vestido de lino,
que estaba sobre las aguas del río:

¿Cuándo será el fin de las maravillas? (traducción personal)

Esta pregunta, que pudo haber sido hecha por Daniel o un ángel, comienza en la Biblia Hebrea con la frase interrogativa [°]*ad-māṭay*. Ésta se compone de la preposición hebrea [°]*ad* (hasta) y del adverbio interrogativo *māṭay* (cuándo). Dicha frase se ha traducido en algunas versiones “¿cuánto tiempo?” ✘ Esta traducción, como es obvio, enfatiza la “duración del tiempo” en lugar de su “terminación”. Esta posición, como veremos más adelante, es errónea. ✘

La frase hebrea *°ad-māṭay* (cuándo) aparece 27 veces en el Antiguo Testamento. Su estudio cuidadoso nos indica que los hebreos la utilizaron para inquirir sobre la terminación o el fin de un acontecimiento o situación apremiante, y no tanto sobre su “duración” (Éxo. 10:3, 7; Núm. 14:27; 1 Sam. 1:14; 16:1; 1 Rey. 18:21; Sal. 74:10; 80:5; 82:2; 90:13; Prov. 1:22; 6:9; Isa. 6:11). Este uso de *°ad-māṭay* concuerda con el uso que se le dio en Daniel 8:13. Allí notamos que Daniel o un ángel utilizó dicha frase para inquirir cuándo terminaría el cumplimiento de la visión, y no tanto cuánto tiempo duraría. Esta conclusión es corroborada con la respuesta del ser Santo que dijo: “Hasta (*°ad*) 2300 tardes-mañanas, entonces (*wə*) el santuario será purificado” (Dan. 8:14). Nótese que la respuesta del ser Santo se inicia con la preposición hebrea *°ad* (hasta). Cuando esta preposición realiza una función temporal, como en este versículo, significa “hasta” y no “durante”.¹⁵

Además, el uso de la conjunción *wə* (entonces), después de la frase temporal “2300 días”, implica que el ser Santo entendió el énfasis terminativo de la pregunta y respondió de acuerdo con dicho énfasis. En otras palabras, el uso de la preposición hebrea *°ad* (hasta) y la conjunción *wə* (entonces), en la respuesta del ser Santo, indica claramente que la frase interrogativa *°ad-māṭay* (cuándo) está inquiriendo acerca de la “terminación” del cumplimiento de la visión, y no tanto de su “duración”.¹⁶

Después de la frase interrogativa hebrea *°ad-māṭay* (cuándo) sigue el sustantivo *qēṣ* (fin). Éste aparece 67 veces en el Antiguo Testamento, de las cuales 15 están en la segunda división del libro de Daniel.¹⁷ El término *qēṣ* significa “fin” o “límite”.¹⁸ Éste fue utilizado en algunas cláusulas para indicar el “fin” de un período (Gén. 8:6; 41:1; Éxo. 12:41; Dan. 11:6; 12:13), de un espacio (2 Rey. 19:23; Isa. 37:24; Jer. 50:26), de una vida humana (Gén. 6:13; Sal. 39:4; Dan. 11:45), de un reino (Lam. 4:18; Eze. 7:3; Jer. 51:13; Dan. 9:26), del cumplimiento de una visión (Dan. 8:19; Hab. 2:3) o de la historia (Dan. 12:13). En todos estos versículos el sustantivo *qēṣ* (fin) tiene el significado de “fin” o “límite”. Sin embargo, la clase de “fin” (espacial, temporal, etc.) a la cual el escritor quiso referirse no está determinada exclusivamente por la palabra *qēṣ*, sino por el contexto en donde se la usa. En el caso de su uso en Daniel 12:6, el contexto exige que dicho término signifique el “fin” de las “maravillas” o el “fin” de los actos extraordinarios de Dios

referidos en el discurso del ángel Gabriel (Dan. 12:1-3), que tendría que acontecer en el período del “tiempo del fin”. Es decir, Daniel utilizó la palabra *qēš* (fin) para inquirir acerca del fin absoluto de la historia de nuestro mundo.

La palabra “maravillas”, de Daniel 12:6, es una traducción castellana del sustantivo hebreo *happālāʾôt*. ¿Cuál es el significado de esta palabra o a qué eventos se refiere? Es interesante notar que el sustantivo *peleʾ* (singular) o *pālāʾôt* (plural) aparece 13 veces en el Antiguo Testamento. De esta cantidad, doce veces está relacionada con los actos, el nombre, o la palabra de Dios. Ocho veces, de las doce, fue utilizada para referirse a las acciones extraordinarias de Dios a favor de su pueblo Israel (Éxo. 15:11; Sal. 77:12, 15; 78:12; 88:11, 13; 89:6; Isa. 25:1); una vez, para el nombre del Mesías (Isa. 9:6) y otra, para el testimonio o la ley de Dios (Sal. 119:129). Además, el sustantivo *peleʾ* (maravilla) fue usado dos veces para referirse a eventos de destrucción (Isa. 29:14; Lam. 1:9).

Basados en los versículos anteriores, afirmamos que el sustantivo bíblico “maravillas” se refiere exclusivamente a los “actos extraordinarios” de Dios que él realizó a favor de su pueblo o en contra de ellos. Es decir, las “maravillas” de Dios pueden ser de carácter positivo o negativo. Por lo tanto, la palabra “maravillas” de la pregunta de Daniel 12:6 se refiere, exclusivamente, a los actos extraordinarios de Dios del “tiempo del fin”. Dichas “maravillas” podrían ser, en el contexto de la pregunta, la destrucción del “rey del norte” (Dan. 11:45), la liberación del pueblo de Dios (Dan. 12:1), la resurrección de los muertos (Dan. 12:2) y la glorificación de los entendidos (Dan. 12:3). Todos estos eventos, según el contexto, podrían catalogarse como “actos extraordinarios” de Dios o del Príncipe Miguel.

Algunos estudiosos del libro de Daniel piensan que el sustantivo “maravillas” de Daniel 12:6 se refiere a las palabras blasfemas del “rey del norte” (Dan. 11:36) y a las destrucciones increíbles del “cuerno pequeño” (Dan. 8:24). Sin embargo, esto no puede ser así, porque los dos pasajes anteriores utilizan el verbo *pālāʾ*, y Daniel 12:6 utiliza el sustantivo *pālāʾôt*. Además, Hamilton ha demostrado que cuando el sujeto del verbo *pālāʾ* es un ser humano o una entidad humana, éste no puede significar “ser maravilloso” o “ser extraordinario”, sino “ser difícil de creer” o “ser difícil de entender”.¹⁹ En cambio, el sustantivo

*pele*²⁰ significa “maravilla” o “extraordinario”, y siempre se lo usa en el contexto de los actos o las palabras de Dios.²⁰

Siendo que el ángel Gabriel ya le había revelado a Daniel cuáles serían los eventos finales de la historia de nuestro mundo, ahora le tocaba al profeta o a otra persona preguntar cuándo, o en qué momento de la historia, terminarían de cumplirse dichos eventos. Es decir, cuándo se acabarían de cumplir los actos extraordinarios o maravillosos de Dios, que liberarían a su pueblo de sus enemigos y de la muerte.

Primera respuesta del varón vestido de lino (12:7)

La primera pregunta de Daniel, o del ángel (Dan. 12:6), le permitió al “varón vestido de lino” responder como sigue:

“Ciertamente será *hasta* un tiempo, tiempos
y la mitad de un tiempo.

Y tan pronto como alguien complete el
quebrantamiento del poder del pueblo santo,
todas estas [maravillas] llegarán a su fin” (Dan. 12:7;
traducción personal).

Esta respuesta del “varón vestido de lino” en la Biblia Hebrea, comienza con la partícula *kî* (12:7). Dicha partícula, en el hebreo bíblico, puede servir como una conjunción o como una partícula modal.²¹ Por tratarse de una declaración directa, debería ser considerada como una partícula modal. En tal caso, estaría sirviendo como las “comillas modernas” o como el signo que introduce una declaración directa. También, por estar en un contexto de juramento, podría servir para “afirmar” o “confirmar” una declaración y, en tal caso, su significado sería “ciertamente”. Aclaremos que cualquiera de estas dos funciones es apropiada y correcta en la respuesta del “varón vestido de lino”.²² Ellas tienen el apoyo de un buen número de eruditos que han estudiado el uso de la partícula *kî* en la Biblia Hebrea.²³

A la partícula *kî* (ciertamente), de Daniel 12:7, le sigue la preposición hebrea *la* (por, hasta, de, hacia, después) y el sustantivo *mô'ēd* (tiempo determinado). La preposición hebrea *la*, al igual que otras preposiciones del hebreo bíblico, puede ocupar una posición gramatical diferente en una oración (función sintáctica) y tener un significado diferente (función semántica). Esta realidad de la preposición hebrea *la*

debería alertarnos a prestar atención al contexto en donde aparece, para evitar el error de malentenderla o de traducirla incorrectamente. Si examinamos el contexto de Daniel 12:7, donde aparece la preposición hebrea *la*, notaremos que esa preposición ejerce allí una función “terminativa”, es decir, tiene la función de apuntar hacia el fin de un período o después de ese período. Por esa razón, la preposición hebrea *la* debería traducirse en ese lugar “hasta” o “después de”, pero de ninguna manera “por” (cf. Dan. 12:12, 13).²⁴ Lamentablemente, la mayoría de los traductores de la Biblia han traducido la preposición hebrea *la*, de Daniel 12:7, como “por”, en lugar de “hasta” o “después de” (cf. Deut. 16:4; 2 Sam. 13:23).

El significado de “por”, en la respuesta de Daniel 12:7, enfatizaría la duración de un proceso o el período de los eventos en lugar de su terminación. Ese significado, sin embargo, no es apropiado en Daniel 12:7 porque la persona que hizo la primera pregunta inquirió, ¿cuándo?, y no, ¿por cuánto tiempo? Si el interrogador preguntó ¿hasta cuándo? (Dan. 12:6), entonces la preposición hebrea *la*, de la respuesta de Daniel 12:7, debería traducirse “hasta” o “después de”, pero de ninguna manera “por”. Basados en este análisis gramatical, concluimos que la primera cláusula de la respuesta del varón vestido de lino debería traducirse: “Ciertamente será *después de* un tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo”. Es decir, después de los tres tiempos y medio proféticos de las profecías de Daniel o después del año 1798 d. C.

La palabra hebrea *mô'ēd* (tiempo determinado) sigue a la preposición hebrea *la* (hasta, después), y ambas aparecen juntas en la Biblia Hebrea. La palabra *mô'ēd* (tiempo) fue usada 224 veces en el Antiguo Testamento y “designa un lugar o determina un tiempo”, sin considerar el propósito.²⁵ Dicho sustantivo aparece 145 veces como el genitivo de la palabra *ohel*, para indicar la “tienda de reunión” o el tabernáculo israelita. El resto de las veces fue utilizado independientemente para referirse al tiempo de las fiestas solemnes del pueblo de Israel (Lev. 23:2, 3, 4; Deut. 31:10), al tiempo del nacimiento de un niño (Gén. 17:21; 21:2), al tiempo de la migración de los pájaros (Jer. 8:7), al tiempo del cumplimiento de una plaga (Éxo. 9:5), al tiempo del cumplimiento de una visión (Hab. 2:3), etc. La palabra *mô'ēd* (tiempo) implica la idea de un ciclo anual en el caso de las fiestas anuales y de la migración de los pájaros. Sin embargo, esa implicación no aparece en los otros usos de dicho término. Es interesante notar que la palabra *mô'ēd* (tiempo) apa-

rece seis veces en el libro de Daniel (Dan. 8:19; 11:27, 29, 35; 12:7), y en tres lugares califica al sustantivo *qēs* (fin).

Es de notar que el término *mōēd* significa también “señal” (Juec. 20:38). Este significado, en el contexto de Daniel 12:7, implica que el período de tres tiempos y medio, además de ser un período “determinado” durante el cual el pueblo de Dios sería perseguido o probado (cf. Dan. 7:25), es también una “señal” del comienzo del “tiempo del fin” o del período en que se cumplirían “las maravillas” de Dios. A nuestro juicio, la palabra *mōēd* (tiempo, señal) de Daniel 12:7, sirve tanto para determinar el período de persecución del pueblo de Dios, como para señalar el punto de partida del “tiempo del fin”. Es decir, la palabra *mōēd* indica la determinación del período de persecución del pueblo de Dios y la señal del punto de partida del “tiempo del fin”.

Después de la expresión “tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo” sigue la frase hebrea *ûkəkallôt*. Ésta se compone de la conjunción hebrea *waw* (y, entonces), la preposición hebrea *ke* (cuando, tan pronto como) y el verbo infinitivo hebreo *kallôt* (terminar). La conjunción “y” (*waw*), en este lugar, tiene la función de conectar la primera cláusula de la respuesta del “varón vestido de lino” (tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo) con la siguiente cláusula que comienza con la frase hebrea *ûkəkallôt* (tan pronto como alguien complete). Esta frase ejerce una función temporal y significa “el momento cuando alguien complete” o “tan pronto como alguien complete”.²⁶ La raíz del verbo *kālā^h*, de la cual proviene el infinitivo *kallôt* (terminar), aparece 237 veces en el Antiguo Testamento. Esta raíz verbal tiene el significado básico de “terminar” o “traer un proceso a su fin”.²⁷ Ella fue utilizada en el Antiguo Testamento tanto de manera positiva como de manera negativa. Eso significa que dicha raíz verbal se utilizó de manera positiva, cuando indicaba que un objeto se llenaba o una acción se completaba. Por otro lado, la misma raíz verbal se empleó de manera negativa, cuando indicaba que un objeto se consumió o una persona se arruinó. Por ejemplo, el verbo *kālā^h* (terminar) fue utilizado de manera positiva para indicar que una casa se había terminado de edificar (2 Crón. 8:16); de la misma manera se lo utilizó para indicar que una persona había terminado de hablar (Gén. 17:22), de comer (1 Rey. 1:41), de beber (Gén. 24:19), etc. Por otro lado, el verbo *kālā^h* (terminar) fue utilizado de manera negativa para indicar que objetos o seres humanos fueron consumidos o destruidos (Isa. 1:28; 29:20; Deut. 7:22; Jer. 16:4).

Las profecías apocalípticas de Daniel

En el hebreo bíblico, el tiempo y la duración de la acción del infinitivo ordinario no se determina por su forma verbal, sino por la preposición que lo acompaña. En Daniel 12:7 notamos que el infinitivo hebreo *kallôṭ* (terminar) está precedido por la preposición *ke* (tan pronto como), lo cual nos indica que la acción del verbo debería entenderse como puntual.²⁸ Además, la frase preposicional hebrea *ûkəkallôṭ* (tan pronto como alguien termine) indica que el evento de su cláusula temporal subordinada acontece un poco antes del evento referido en la cláusula principal, que sigue a la cláusula subordinada.²⁹ De ahí que la frase hebrea *ûkəkallôṭ* debería traducirse en Daniel 12:7 “tan pronto como alguien complete” o “el momento cuando alguien complete”.³⁰

Es importante reafirmar que la frase *ûkəkallôṭ* inicia una cláusula temporal, que está subordinada a la cláusula principal que le sigue. Esta cláusula temporal cumple la función de indicar que tan pronto como “alguien” complete o termine el quebrantamiento del poder del pueblo santo, “todas estas [maravillas] se terminarán”. En otras palabras, “el varón vestido de lino” le indicó a su interrogador que las “maravillas” de su pregunta (Dan. 12:6) terminarían “tan pronto como alguien complete o termine el quebrantamiento del poder del pueblo” de Dios.

Después de la frase hebrea *ûkəkallôṭ* sigue el verbo infinitivo hebreo *nappēš*. Esta forma verbal significa “quebrantar”, “romper”, o “hacer pedazos”.³¹ Desde el punto de vista sintáctico, este “infinitivo” no puede ser el sujeto de la frase hebrea *ûkəkallôṭ*, porque no tiene la preposición *lā*.³² Sin embargo, puede cumplir la función de un complemento verbal³³ de *ûkəkallôṭ* y traducirse como “quebrar o hacer pedazos”. También puede cumplir la función de un sustantivo en estado “constructo”³⁴ y traducirse como “el quebrantamiento de”. Siendo que el infinitivo hebreo *nappēš* (quebrar) no puede ser el sujeto de la frase hebrea *ûkəkallôṭ* (tan pronto como alguien termine), nos vemos en la necesidad de suplir el sujeto de acuerdo al contexto de la visión. En este caso particular, el único sujeto que rompe o quebranta el poder del pueblo santo es el “rey del norte” (cf. Dan. 11:44, 45). Por esta razón, podemos suplir el sujeto “rey del norte” con el pronombre “él” o “alguien” que cumplirá la función de señalar al “rey” que completará el quebrantamiento del poder del pueblo de Dios.

La frase “todas estas”, de la respuesta del “varón vestido de lino” (Dan. 12:7), alude a las “maravillas” de la pregunta de Daniel 12:6. Y la frase verbal “terminarán” o “llegarán a su fin” (*tikleýnāh*)

de Daniel 12:7, predice el cumplimiento final de las “maravillas” de Daniel 12:6. Es decir, estas palabras de la respuesta del “varón vestido de lino” (Dan. 12:7), en su contexto, tienen la función de indicar que el “rey del norte” tendría primero que completar el quebrantamiento del poder del pueblo de Dios, y entonces “las maravillas” llegarán a su fin o terminarán de cumplirse. Ya vimos anteriormente que el verbo *kālāh* significa “terminar” o “llevar un proceso hasta su fin”. Este hecho implica que el cumplimiento de las “maravillas” se realizará de manera sucesiva hasta que la última de ellas termine de cumplirse. Por lo tanto, concluimos que la expresión “llegarán a su fin” está prediciendo que “las maravillas” terminarán de cumplirse después de los “tres tiempos y medio” de las profecías de Daniel (1798 d. C.); y de manera específica, tan pronto como se complete el quebrantamiento del poder del pueblo santo en el “tiempo del fin”.

La primera respuesta del “varón vestido de lino”, desde el punto de vista sintáctico, es similar a la respuesta de Daniel 8:14. Ambas respuestas utilizan la preposición “hasta” (*ʿad / la*) y la conjunción *waw* (y). Este uso gramatical, en ambos contextos, indica que tanto la purificación del santuario (Dan. 8:14) como el cumplimiento de las maravillas (Dan. 12:7), son procesos que se cumplen después del período que los introduce, y “llegarán a su fin” o “terminarán de cumplirse” cuando Miguel se levante en el “tiempo del fin”.

Siendo que la primera pregunta fue: “¿Cuándo será el fin de las maravillas?” (Dan. 12:6); el “varón vestido de lino” respondió: “Ciertamente será *después* de un tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo. Y tan pronto como alguien complete el quebrantamiento del poder del pueblo santo, todas estas [maravillas] terminarán” o “llegarán a su fin” (Dan. 12:7). En otras palabras, esta respuesta del “varón vestido de lino” tiene tres puntos importantes de información: (1) que los tres tiempos y medio proféticos se cumplirían primero; (2) que las maravillas se cumplirían en el tiempo del fin y (3) que tan pronto como alguien completara el quebrantamiento del pueblo santo, las maravillas llegarían a su fin o terminarían. Es decir, tan pronto como el “rey del norte” termine de “quebrantar” el poder del pueblo santo (Dan. 11:40-45), las “maravillas” de la pregunta de Daniel 12:6 o los eventos de Daniel 12:1-3 terminarán de cumplirse (cf. 12:8-13).

Si esta interpretación de Daniel 12:7 es correcta, entonces el “tiempo del fin” se inició en 1798 y concluirá con el cumplimiento de los eventos de Daniel 12:1-3. Ellos son el levantamiento de Miguel, el tiempo de angustia, la resurrección especial de los muertos y la glorificación de los sabios o entendidos.

Daniel escuchó la respuesta del “varón vestido de lino” (12:7), pero no la entendió. De ahí que él se atrevió a formular otra pregunta.

Segunda pregunta del diálogo (Dan. 12:8)

La segunda pregunta de Daniel (12:8), en la Biblia Hebrea, comienza con la partícula interrogativa *māʰ*. Ésta significa “¿qué?” o “¿cuál?”³⁵

En el Antiguo Testamento, la palabra *māʰ* fue utilizada para formular preguntas relacionadas con cosas (Gén. 20:9,10), salarios (Gén. 29:15), posesiones (Gén. 31:17), nombres (Gén. 32:28; Éxo. 31:3) o hechos de una persona (1 Sam. 10:27; Eze. 19:2). En otras palabras, la partícula *māʰ* sirvió para hacer preguntas relacionadas con personas, como si éstas fueran cosas (Éxo. 16:7, 8; Núm. 16:11; 2 Rey. 8:13; Eze. 19:2), con objetos y eventos (Zac. 1:9,19; 4:4, 11). Por lo tanto, el significado de la palabra *māʰ*, en este contexto, debería ser “qué” o “cuál”. Es decir, la pregunta debería traducirse de una de las siguientes maneras:

¿Qué será el fin de estas [maravillas]

o

¿Cuál será la conclusión de estas [maravillas]?

o

¿Cuál será el resultado de estas maravillas?

Después de la partícula hebrea *māʰ* (cuál), en la segunda pregunta de Daniel, sigue la palabra *ʾahārît* (fin). El término *ʾahārît* es un sustantivo femenino singular, y aparece 60 veces en el Antiguo Testamento. Éste podría significar “descendencia” (Sal. 37:38; Dan. 11:4; Amós 4:2), “remanente” (Amós 9:1), “resultado” (Prov. 24:20) o “fin” (Deut. 11:12; 32:20; Isa. 46:10; Jer. 29:11; Dan. 8:23). El significado de “fin” prevalece en cláusulas relacionadas con espacio, tiempo, evento, reino, o la vida humana (Deut. 11:12; Núm. 23:10; Dan. 8:19, 23). Por otro lado, el término hebreo *ʾahārît* puede servir como adverbio y, en tal caso, significaría “último” (Deut. 8:16; Job 42:12; Jer. 50:12). Este significado, sin embargo, no es apropiado en Daniel 12:8, sino el de “fin”, o “resultado”. Por tanto, el término hebreo *ʾahārît* de Daniel 12:8

debería traducirse de una de las siguientes maneras: “¿Cuál será el *fin* de estas [maravillas]?”; “¿cuál será el *resultado* de estas [maravillas]?”; o “¿cuál será la *conclusión* de estas [maravillas]?”

La pregunta de Daniel, sin lugar a dudas, tenía el propósito de inquirir acerca del “fin” o la “parte final” de las maravillas y, por eso, esperaba recibir una respuesta que aludiera a ese “fin”. Es decir, Daniel estaba interesado en saber cuál sería la conclusión o el “fin” de la historia de nuestro mundo.

La segunda pregunta de Daniel le dio al “varón vestido de lino” la oportunidad de esclarecer su primera respuesta (Dan. 12:7). Veamos lo que él respondió:

Segunda respuesta del “varón vestido de lino” (Dan. 12:9-12)

“Él dijo: Anda, Daniel, porque las palabras [de Gabriel] están guardadas y selladas hasta el tiempo del fin” (Dan. 12:9).

Esta respuesta inicial del “varón vestido de lino” revela que “las palabras” del ángel Gabriel (Dan. 11:36-12:4) estaban guardadas y selladas, y continuarían de esa manera hasta que llegara el “tiempo del fin” (Dan.12:9). La práctica de “guardar” y “sellar” documentos importantes en el tiempo de Daniel tenía el propósito de preservarlos y de evitar su falsificación (Jer. 32:6-14; Dan. 6:17). Sin embargo, el “sellado” de la respuesta del “varón vestido de lino” no se refiere a un sellado físico (uso literal) del libro de Daniel, sino a un fenómeno sobrenatural (uso metafórico), que impediría el entendimiento de las palabras de Gabriel, especialmente aquellas que se refieren al “tiempo del fin” (11:36-12:13; cf. Isa. 29:10-12). Este fenómeno sobrenatural continuaría manifestándose en la lectura del libro de Daniel hasta que llegase el “tiempo del fin” (12:4, 9). Pero, ¿cuál es el significado de esta frase singular, y a qué período de la historia se refiere?

La expresión “tiempo del fin” es una frase exclusiva del libro de Daniel, que aparece cinco veces en dicho texto (8:17; 11:35, 40; 12:4, 9); está compuesta de dos palabras hebreas: *ʿēṭ* (tiempo) y *qēṣ* (fin). El sustantivo *ʿēṭ* (tiempo) aparece 73 veces en el Antiguo Testamento y significa, básicamente, “tiempo” o “temporada”.³⁶ El tiempo puede ser puntual (Éxo. 9:18; Jos. 11:6), no repetitivo (Miq. 5:3; Ecl. 7:17), extenso (1 Crón. 21:29; Eze. 16:8; Jer. 3:17; 50:20), regular o de temporada (como la lluvia, Est. 10:13; la cosecha, Jer. 50:16; la migración de los

pájaros, Jer. 8:7), etc. La clase de tiempo que el autor quiso indicar con la palabra עֵת (puntual, largo, repetitivo, no repetitivo, temporada o cronológico) no puede percibirse por ella misma, sino por el contexto en que se la usa. Por otro lado, el sustantivo קֵץ significa “fin” o “límite”. Dicha palabra puede indicar la “terminación” o “fin” de la vida, de un gobierno, de un territorio, de un evento o de un período histórico.³⁷

La frase hebrea עֵת קֵץ (tiempo del fin) es una “frase genitiva” o “frase constructa”. Ésta se forma en castellano mediante la preposición “de”, la cual cumple la función de indicar el tipo de relación que existe entre el primero y segundo sustantivos de una frase genitiva. El tipo de relación más común, en dichas frases, es la de pertenencia o “posesión-propietario”. Es decir, este tipo de relación se forma cuando la preposición “de” indica que el primer sustantivo es la “propiedad” y el segundo, el “propietario”. Por ejemplo, en la frase genitiva “el carro de Juan”, la preposición “de” indica que “el carro” o primer sustantivo es la “posesión” y “Juan”, o segundo sustantivo, el “propietario”.

Otro tipo de relación genitiva es la de “entidad-característica”.³⁸ Es decir, este tipo de relación se forma cuando la preposición “de” indica que el primer sustantivo es la “entidad” y el segundo, la “característica” del primer sustantivo. Por ejemplo, en la frase genitiva “el tiempo de angustia”, la preposición “de” indica que el sustantivo “tiempo” es la entidad y la palabra “angustia” la característica de esa entidad. Dicho de otro modo, el término “angustia” caracteriza o califica al primer sustantivo (tiempo).

La frase genitiva, en el idioma hebreo bíblico, es fácil de reconocer. Ella se conoce porque el primer sustantivo aparece en “estado constructo” y el segundo, en “estado absoluto”. Generalmente, el primer sustantivo no tiene ninguna función sintáctica exclusiva, pero el segundo puede desempeñar la función de un genitivo subjetivo, objetivo o adjetival.³⁹ En otras palabras, el segundo sustantivo puede ejercer la función de sujeto, objeto o adjetivo.

En el caso de la frase hebrea עֵת קֵץ , el segundo sustantivo (קֵץ) cumple la función de un *genitivo adjetival atributivo*. Es decir, קֵץ caracteriza o califica al sustantivo עֵת (tiempo). Esta función calificativa del término קֵץ (fin) se expresa en castellano con el adjetivo.⁴⁰ Por esta razón, la frase literal “tiempo del fin” debería entenderse en castellano como “tiempo final” o “período final”.⁴¹

La señal del fin del mundo

Este análisis sintáctico de la frase hebrea עַל־קֶסֶף y la exégesis de Daniel 12:7, nos permiten entender que la expresión "tiempo del fin" de Daniel 12:4 y 9 se refiere, específicamente, al "período final" de la historia de nuestro mundo. En otras palabras, la expresión "tiempo del fin" se refiere al "lapso" o "período" cronológico que se inicia con la conclusión de los "tres tiempos y medio" de Daniel 12:7 (1798 d. C.) y termina con la resurrección de los muertos y la glorificación de los "entendidos" (Dan. 12:2, 3). En términos más claros, el "tiempo del fin" es el período que abarca desde el año 1798 d. C. hasta la segunda venida de Cristo. Esta realidad de la cronología profética nos indica que estamos viviendo en el período final de la historia de nuestro mundo y que, en el momento indicado, el Señor Jesús se manifestará a la humanidad con gran poder y gloria (cf. Mat. 24).

El varón vestido de lino continuó diciéndole a Daniel que muchos serían purificados, blanqueados y acrisolados (Dan. 12:10). Esta purificación, en su contexto, se refiere al refinamiento espiritual del pueblo de Dios en el "tiempo del fin" y, por tanto, es distinto del evento de Daniel 11:32-35.

Los eventos de Daniel 12:10 se refieren al período del "tiempo del fin" porque la primera y segunda líneas de este versículo forman un paralelismo antitético, y la segunda y la tercera líneas hacen lo mismo. Desde el punto de vista literario, este versículo es un quiasmo que establece la identidad de los "purificados" de la primera línea con los "entendidos" o "sabios" de la cuarta línea, y los contrasta con "los impíos" de la tercera y segunda líneas. Los "entendidos" de Daniel 12:10, en el contexto de la respuesta del "varón vestido de lino", son personas que comprenden el mensaje escatológico de Gabriel y los eventos finales del planeta Tierra, porque ellos pertenecen al pueblo de Dios y viven en el "tiempo final" de la historia de nuestro mundo, cuando las palabras del ángel Gabriel serían deselladas y el conocimiento de las profecías sería incrementado (12:4, 9). Por tanto, los "entendidos" de Daniel 12:10 son idénticos a los "entendidos" de Daniel 12:3, pero diferentes de los "entendidos" de Daniel 11:32-35. Diferentes, porque les toca vivir en distintas épocas de la historia, pero iguales por su fe y experiencia.

Para clarificar y reafirmar este asunto, necesitamos analizar el contexto de los dos pasajes referidos. En primer lugar, notemos que Daniel 12:10 menciona que los "entendidos comprenderán" los eventos

finales. Y, sin lugar a dudas, ellos los entenderán porque pertenecen al pueblo de Dios y estarán viviendo durante el “tiempo del fin”, cuando el conocimiento del libro de Daniel sería incrementado (12:4). Sin embargo, los “entendidos” de Daniel 11:33 son personas que estarían viviendo antes del “tiempo del fin” (cf. 11:35). En segundo lugar, notemos que el verbo *bîn* de Daniel 11:33 y 12:10 son traducidos de manera distinta. El verbo *bîn* de Daniel 11:33 es traducido como “enseñar” o “hacer entender”, mientras que el verbo de Daniel 12:10, como “entender”. Finalmente, notamos que Daniel 11:35 limita los eventos de Daniel 11:32-35 hasta el inicio del “tiempo del fin”, mientras que los eventos de Daniel 12:10 suceden en el tiempo del fin (Dan. 12:8-13).

Sin lugar a dudas, las conexiones lingüísticas y temáticas de Daniel 12:10 y Daniel 11:33 son muy obvias, pero no son, por sí mismas, lo suficientemente determinantes como para llegar a una conclusión final, sin que tomemos en cuenta el contexto. Para que dichas conexiones indiquen que los eventos pertenecen al mismo período, es necesario que el contexto de ambos pasajes así lo indique. Nuestro análisis de ambos pasajes, como ya vimos, sugiere que los eventos de Daniel 11:32-34 fueron cumplidos antes del tiempo del fin, mientras que los eventos de Daniel 12:10 tienen su cumplimiento en el “tiempo del fin”. En otras palabras, ambos pasajes se refieren a eventos similares, pero tienen su cumplimiento en distintos períodos de la historia.

La continuidad y la abominación desoladora

El “varón vestido de lino” le siguió diciendo a Daniel:

“Y desde el tiempo que el *servicio* continuo sea puesto a un lado,
asentando la abominación desoladora,
habrá mil doscientos noventa días”
(Dan. 12:11; traducción personal).

“Bienaventurado el que espere y llegue
a los mil trescientos treinta y cinco días”
(Dan. 12:12; traducción personal).

Estos versículos aparecen en la parte final de la estructura literaria de Daniel 12:1-13. Si analizamos la primera parte de dicha estructura (Dan. 12:1-6), encontraremos que los eventos mencionados allí corresponden al “tiempo del fin”, excepto la exhortación de Gabriel

a Daniel (12:4) y la percepción visual del profeta de los otros dos seres sobrenaturales en el río Hidekel (Dan. 12:5, 6a).

Si analizamos la segunda parte de la estructura de Daniel 12 (Dan. 12:8-13), encontraremos también que los eventos que allí se mencionan corresponden al “tiempo del fin”. Por ejemplo, la expresión “fin” de estas [maravillas] de Daniel 12:8, se refiere al fin absoluto de la historia. También la expresión “tiempo del fin” (12:9), como ya vimos, se refiere al período que transcurre desde 1798 d. C. hasta el fin de la historia. Además, la purificación del pueblo de Dios y el entendimiento que ellos tienen del libro de Daniel (Dan. 12:10), según el contexto, son acontecimientos del “tiempo del fin”. Esta interpretación es lógica porque el texto declara que “los sabios” entenderán (Dan. 12:10), y ellos llegarán a entender, sin lugar a dudas, porque estarán viviendo en el “tiempo del fin”. Por último, la expresión “fin de los días” de Daniel 12:13, no puede referirse a ningún otro tiempo sino, solamente, al fin de la historia de nuestro mundo. Por tanto, concluimos que los eventos mencionados en la segunda parte de la estructura de Daniel 12 son acontecimientos del “tiempo del fin”.

Ahora, preguntamos: ¿Será posible que los períodos y eventos de Daniel 12: 11 y 12 sean los únicos que no se relacionen con el “tiempo del fin”? Lamentablemente, los dos períodos que se mencionan en dichos versículos no se vuelven a mencionar en ninguna otra parte del libro de Daniel o de la Biblia. Esta situación nos impide realizar un estudio comparativo con otros pasajes de las Sagradas Escrituras, para lograr determinar con precisión a qué período de la historia se refieren.

Afortunadamente, Daniel 12:11 contiene dos expresiones lingüísticas que casi son idénticas a las de Daniel 11:31, y esto nos permite estudiarlas y compararlas de acuerdo a su respectivo contexto. Ellas son “el servicio continuo” y “la abominación desoladora”. Sin embargo, antes de analizar dichas expresiones, volvemos a preguntar: ¿Es posible que la relación lingüística de Daniel 12:11 y Daniel 11:31 sea, en sí misma, suficiente para determinar que dichos eventos tendrían que cumplirse antes o después del tiempo del fin?

No obstante, debemos recordar que la relación lingüística de Daniel 12:10 con Daniel 11:32-34 no es capaz, por sí misma, de demostrar que el término “sabios”, de ambos pasajes, se refiere al mismo grupo de personas que viven antes o durante el “tiempo del fin”. También

Las profecías apocalípticas de Daniel

ya vimos, en otro lugar, que la relación lingüística y temática de Daniel 11:36-45 con Daniel 7:22-25 tampoco es capaz de demostrar por sí misma que la “entidad simbólica” de ambos pasajes actúa, exclusivamente, antes o durante el “tiempo del fin”. Lo único que esa relación temática o lingüística demuestra, por sí misma, es que las dos entidades o figuras simbólicas se refieren al mismo poder o institución, pero el contexto y otros factores indican que dichas entidades actuarían en distintos períodos de la historia. En otras palabras, el contexto es el factor indispensable que nos permite determinar que el “cuerno pequeño” de Daniel 7:22-25 actuaría antes del “tiempo del fin”, mientras que el “rey del norte” de Daniel 11:36-45, durante el “tiempo del fin”.

Si analizamos la relación lingüística y temática de Daniel 12:11 con Daniel 11:31 encontraremos también que el enlace lingüístico o temático de estos dos pasajes, por sí mismo, no es suficiente para demostrar que el acto de quitar “el servicio continuo” y poner la “abominación desoladora” se cumplirían, exclusivamente, antes del “tiempo del fin”. Esta declaración se basa en el contexto de Daniel 11:31, donde encontramos que los eventos de dicho pasaje acontecerían *antes* del tiempo del fin (cf. 11:35), mientras que el contexto de Daniel 12:11 indica que los eventos de ese pasaje se cumplirán *en* el tiempo del fin (Dan. 12:1-10). Nadie discute el hecho de que los términos de Daniel 11:31 y Daniel 12:11 son similares o idénticos, pero el contexto donde aparecen nos permite concluir que los eventos de ambos pasajes tendrían que acontecer en distintas épocas de la historia. Es decir, los eventos de Daniel 12:11 tendrían que acontecer *en* el “tiempo del fin”, mientras que los eventos de Daniel 11:31, *antes* del tiempo del fin.

Una evidencia más al respecto es la relación temática de Daniel 11:45 con Daniel 12:11 en su correspondiente contexto. En primer lugar, notamos que el “rey del norte” de Daniel 11:45 levantaría su tienda en el “monte glorioso y santo” durante el “tiempo del fin” (Dan. 11:40-45). En segundo lugar, observamos que la expresión “monte santo” de Daniel 11:45, se refiere al lugar donde el “santuario” de Dios se encontraba (Dan. 9:16, 17). En tercer lugar, encontramos que Daniel 12:11 predice que el “servicio continuo” sería quitado, para asentar o por la razón de haberse puesto, “la abominación desoladora”. En cuarto lugar, percibimos que el “servicio continuo”, al igual que el “monte santo”, está estrechamente relacionado con el “santuario” de Dios. Es

decir, ambos pasajes (Dan. 11:45 y Dan. 12:11) predicen que el santuario de Dios sería perturbado durante el “tiempo del fin”. Por tanto, la relación temática entre Daniel 11:45 y Daniel 12:11 nos permite concluir que Daniel 12:11 predice ciertos eventos que ocurrirían durante el “tiempo del fin”, mientras que Daniel 11:31 predice eventos idénticos que acontecerían antes del tiempo del fin (Dan. 11:35).

Con esta explicación en mente, pasemos a explorar el significado de las expresiones el “servicio continuo” y la “abominación desoladora” de Daniel 12:11.

El “servicio continuo” o “la continuidad” (Dan. 12:11)

Daniel 12:11 dice:

Y desde el tiempo que el *servicio* continuo sea puesto a un lado,
asentando la abominación desoladora,

habrá mil doscientos noventa días (Dan. 12:11, traducción personal).

Este versículo comienza en la Biblia Hebrea con la expresión *ûmē^cēṭ*. Esta frase se compone de la conjunción hebrea *waw* (y), la preposición *min* (desde) y el sustantivo *ēṭ* (tiempo). La conjunción hebrea *waw*, al inicio de este versículo, no puede ser adversativa sino más bien copulativa. En otras palabras, esta conjunción tiene la función de conectar la información del versículo anterior (Dan. 12:10) con la declaración de Daniel 12:11 y, posiblemente, enfatizarlo. Si esta conjunción fuera enfática, entonces debería traducirse como “especialmente”; pero si es copulativa, debería traducirse “y”, o “ahora”.⁴²

La preposición hebrea *min* (de, desde), al igual que las otras preposiciones del idioma hebreo, ejerce distintas funciones sintácticas y semánticas. En Daniel 12:11 aparece antes del sustantivo *ēṭ* (tiempo), y ambos forman una frase preposicional. En este lugar, la preposición *min* (de, desde) tiene una función semántica temporal y, por lo tanto, debería traducirse “desde”.⁴³ La palabra hebrea *ēṭ* (tiempo), como ya se vio anteriormente, aparece 296 veces en el Antiguo Testamento, de las cuales en 270 lugares significa “tiempo”. Si la palabra *ēṭ* está acompañada de la preposición *bə*, *lə*, *ke*, *ad*, *al* o *min*, el tiempo es “exacto o puntual”, o “un tiempo específico”.⁴⁴ Siendo que en Daniel 12:11 la palabra *ēṭ* está precedida por la preposición *min*, la frase debería entenderse como un tiempo específico en que el “servicio continuo” sería puesto a un lado para asentar, o por haberse asentado, la “abominación desoladora”. Es

decir, la frase adverbial “desde el tiempo” (*ûme^cēl*), que aparece antes del verbo “poner a un lado” o “remover”, está indicando “el punto de partida” o el *terminus a quo* (comienzo) de los 1290 días.

La frase preposicional hebrea *wālatēl* de Daniel 12:11 está compuesta de la conjunción *waw* (y), la preposición *lā*, (para, hasta, por, después) y el infinitivo *lēt* (poner). Esta frase ha sido traducida usualmente en castellano “para poner”. Sin embargo, hay versiones castellanas de la Biblia que la traducen como “hasta” (Reina Valera 1960, 1979, 1995 y 2000) o, sencillamente, la dejan sin traducir. Esta práctica no es correcta porque, según la gramática hebrea, la unión de la preposición hebrea *lā* con el infinitivo hebreo *lēt*, indica “propósito”, “explicación” o el gerundio de un verbo.⁴⁵ Si la frase hebrea *wālatēl* de Daniel 12:11 indica “propósito”, entonces debería traducirse “para poner” o “con el propósito de poner”. En cambio, si la función de *wālatēl* es “explicativa”, entonces debería traducirse “por haberse puesto”. El gerundio del verbo “poner” sería “poniendo”. Cualquiera de estas funciones sintácticas y semánticas de *wālatēl* son posibles en Daniel 12:11.

Pero, ¿cuál es el significado de la expresión “servicio continuo” (Dan. 12:11)? Ya hemos visto que el término hebreo *tāmîd* aparece 105 veces en el Antiguo Testamento. Sesenta y nueve veces, de las 105, realiza la función de adverbio y, como tal, significa “continuamente”, “diariamente”, “regularmente”, “siempre”, etc. Veintinueve veces, de las 105, realiza la función de un “genitivo adjetival” y, como tal, significa “continuo”, “regular”, “perpetuo”, “diario”, etc. Por último, cinco veces realiza la función de un sustantivo definido e independiente.⁴⁶

Los últimos cinco casos de la palabra *tāmîd*, donde aparece de manera definida e independiente, son exclusivos del libro de Daniel (8:11, 12, 13; 11:31; 12:11). Éstos han causado desacuerdos y controversia entre los estudiosos del libro de Daniel. Algunos eruditos de dicho libro comparten la idea de que el sustantivo *hattāmîd* es un término técnico o una elipsis de la frase *olat hattāmîd* (sacrificio continuo) y, por lo tanto, lo han traducido como “sacrificio continuo”.⁴⁷

Sin embargo, un estudio cuidadoso del uso y significado de la palabra *tāmîd* o *hattāmîd* nos permite sugerir que esa palabra no debería traducirse como “sacrificio continuo”, sino como “servicio continuo”.⁴⁸ La razón de esta propuesta se basa en el hecho de que el término *tāmîd* o *hattāmîd*, en la Biblia Hebrea, no se encuentra asociado únicamente a la palabra “holocausto” (*olat*), sino también a la palabra “pan”

(Núm. 4:7), “pan consagrado” (2 Crón. 2:3), “incienso” (Éxo. 30:8), “cereal” (Núm. 4:16, Neh. 10:34), “fuego” (Lev. 6:6), etc. Por lo tanto, la sugerencia de que el sustantivo *hattāmîd* sea una palabra técnica o una elipsis de la expresión “sacrificio continuo”, es un poco arbitraria. Por otro lado, si la palabra *hattāmîd* es un término técnico del servicio del santuario israelita, dicho término o elipsis debería traducirse como “el servicio continuo”. La razón de esta sugerencia se debe al hecho de que “el servicio continuo” utilizaba todos los componentes de las palabras que se asocian al término *tāmîd* en frases genitivas, es decir, el “pan”, el “incienso”, el “cereal”, el “fuego” y el “holocausto diario”. Si esta propuesta es correcta, entonces la frase *hattāmîd* debería traducirse como “el servicio continuo” o “la continuidad”, ya que ambas frases expresan la sustancia del término *hattāmîd*.

Para determinar el significado teológico de *hattāmîd*, necesitamos primero entender la teología del “servicio continuo” israelita y, luego, el uso de este término en el libro de Daniel (Dan. 8:11, 12, 13; 11:31 y 12:12). Para lograr esto, necesitamos hacer una exégesis de los pasajes donde aparece el término hebreo *hattāmîd* para determinar, en su contexto, si esta palabra se refiere al “servicio continuo” del santuario de Jerusalén o al servicio del santuario celestial.

El “servicio continuo” del santuario terrenal involucraba varios elementos simbólicos, tales como el “sacrificio continuo”, el “cereal continuo”, el “incienso continuo”, el “pan continuo” y el “fuego continuo” (Éxo. 25:30; 29:38-42; 30:7, 8; Núm. 28:3-8). Todos estos elementos rituales eran ofrecidos cada mañana y cada tarde (Éxo. 29:38-42; Núm. 28:3-8) por los sacerdotes de la tribu de Leví (Lev. 8 y 9; Núm. 18:1-7).

El “servicio continuo” fue diseñado por Dios y revelado a Moisés, para que él se lo enseñara a los sacerdotes y al pueblo de Israel. Este servicio tenía el propósito de proveer la salvación divina al pueblo del pacto, y al mismo tiempo enseñar una lección objetiva al pueblo de Israel y a la humanidad sobre la gravedad o problema del pecado y el plan de Dios para eliminarlo. En otras palabras, el “servicio continuo” era un modelo objetivo y pragmático de enseñanza teológica, mediante el cual Dios podía mostrar al pueblo de Israel y a la humanidad cómo se resolvería, definitivamente, el problema del pecado. Consecuentemente, todos los ritos del santuario apuntaban hacia la venida del Mesías

Las profecías apocalípticas de Daniel

prometido, su sacrificio, sus méritos morales y su ministerio sacerdotal en el santuario celestial a favor de la humanidad pecadora (Heb. 7:22-27; 9:9-14, 23-28; 10:19-25; 12:22-29). En síntesis, el “servicio continuo” abarcaba tanto la expiación del pecado como la expresión de gratitud y adoración a Dios.

Las Sagradas Escrituras enseñan que el pueblo de Israel adoraba a Dios todos los días de la semana, pero que el clímax de esa adoración se realizaba el séptimo día. Con esta fiesta sabática se terminaba el ciclo semanal del “servicio continuo”, y conforme a las instrucciones del pacto santo o la ley de Dios (Éxo. 20:8-11; 31:12-17).

El “servicio continuo” del santuario israelita operaba todos los días del ciclo semanal, del mes y del año; inclusive, durante el “día de la expiación” anual (Núm. 29:7-11). El tiempo dedicado al servicio matutino y vespertino se apartó, exclusivamente y de manera oficial, para la expiación del pecado y para la adoración de Dios. Estas horas que se dedicaban al “servicio continuo”, los judíos las respetaron aun durante el exilio babilónico o la época en que el templo de Jerusalén permaneció desolado. El libro de Daniel testifica que los israelitas tenían la costumbre de tornar sus rostros hacia Jerusalén para adorar a Dios (Dan. 6:10). Por lo tanto, con base en el testimonio del Pentateuco y del libro de Daniel, afirmamos que el “servicio continuo” del santuario israelita tenía una función expiatoria y de adoración, mediante la cual los pecadores tenían la oportunidad de liberarse del pecado y de expresar su gratitud y adoración a Dios.

Daniel 12:11 predice que el “servicio continuo” sería quitado en el “tiempo del fin” para poner, o por haberse puesto, la “abominación desoladora”. El significado de la frase “tiempo del fin” ya fue explicado anteriormente. Dijimos que dicho período abarca desde el año 1798 d. C. hasta el segundo advenimiento del Señor Jesús. Por esta razón, consideramos que el “servicio continuo” de Daniel 12:11 no se refiere a los rituales diarios del templo de Jerusalén, sino al ministerio del Señor Jesús en el santuario celestial. Esta propuesta se justifica, porque el templo de Jerusalén no existe más durante el “tiempo del fin”, ni sus rituales literales tienen alguna vigencia en el plan de Dios, pues el verdadero Cordero, que quita el pecado del mundo, ya fue sacrificado con el propósito de expiar los pecados de la humanidad. En otras palabras, el ministerio de salvación que se administraba en el santuario de Jerusalén mediante los sacerdotes y los rituales prescritos por Dios,

ahora se realiza en el santuario celestial gracias a la muerte, resurrección y ministerio sacerdotal de Jesús. La salvación que antes se ofrecía en Jerusalén, ahora se ofrece desde el cielo y en todo lugar donde los hijos de Dios se congregan para adorarlo. Hoy por hoy, la iglesia cristiana confiesa sus pecados a Dios y de él recibe su perdón y su salvación eterna. Este hecho es posible gracias a los méritos expiatorios de Jesús y a su ministerio de intercesión en el santuario celestial. Por esta razón, el pueblo de Dios expresa su gratitud y adoración a Dios todos los días de la semana. Sin embargo, el clímax de esta adoración es realizada, de acuerdo con la santa ley de Dios (Éxo. 20:8-11; 31:12-17), el séptimo día del ciclo semanal, o sábado.

Pero, ¿quién quitará y cómo se quitará “el servicio continuo” en la parte final del tiempo del fin? Antes de contestar esta pregunta, consideremos el asunto de la “abominación desoladora”.

La abominación desoladora (Dan. 12:11)

Daniel 12:11 dice:

“Y desde el tiempo que el continuo sea quitado,
poniendo la abominación desoladora,
habrá 1290 días” (Dan. 12:11, traducción personal).

La expresión “abominación desoladora” es una traducción de la frase hebrea *siqqûš sômēm*. El término hebreo *siqqûš* (abominación, cosa detestable) es singular y aparece 7 veces en el Antiguo Testamento. En Daniel 12:11 lo hace sin el artículo definido, mientras que en Daniel 11:31 lo tiene. En otros lugares, la palabra *siqqûš* se halla definido por un sustantivo que lo califica o por un pronombre que lo acompaña (1 Rey. 11:5, 7; 2 Rey. 23:13). Por otro lado, la forma plural del término *siqqûš* aparece 21 veces en el Antiguo Testamento (Deut. 29:16; 2 Rey. 23:24; 2 Crón. 15:8; Isa. 66:3; Jer. 4:1; 7:20, 30; 13:27; 16:18; 32:34; Eze. 5:11; 7:20; 11:18, 21; 20:7, 8, 30; 37:23; Dan. 9:27; Ose. 9:10; Nah. 3:6; Zac. 9:7). En todos estos versículos, a excepción de uno, el plural *siqqûšim* se refiere a los ídolos o las prácticas idolátricas de los pueblos.⁴⁹ La excepción del significado usual de esta palabra se encuentra en Oseas 9:10. Allí el término *siqqûšim* se refiere a los adoradores de los ídolos, en lugar de referirse a los ídolos. Posiblemente, porque los adoradores se identificaron tanto con los ídolos, que ellos mismos llegaron a ser “detestables” o “abominables” delante de Dios.

Las profecías apocalípticas de Daniel

El uso y significado común de la palabra *siqqûs* (ídolo detestable), en la Biblia Hebrea, nos obliga a entenderla de la misma manera en Daniel 12:11. Sin embargo, el hecho de que este pasaje se encuentre en un contexto del “tiempo del fin”, es una indicación de que el ídolo o la práctica idolátrica referida se relacione con un evento de carácter universal.

Daniel 11:40-45 predice que el “rey del norte” invadiría “la tierra gloriosa” en el “tiempo del fin”, y levantaría su tienda real en el “monte glorioso y santo” (Dan. 11:41, 45). Ya hemos visto que “el rey del norte” (Dan. 11:21-45) es un personaje simbólico que está estrechamente relacionado con el “cuerno pequeño” de Daniel 7 y con el “cuerno pequeño” de Daniel 8. Por lo tanto, el “rey del norte” de Daniel 11:40-45 se refiere al “poder” de la Roma escatológica, que plantará su tienda o tomará control del “monte santo” y pondrá a un lado los elementos sagrados del santuario, al asentar o establecer la “abominación desoladora” en la última parte del período conocido como el “tiempo del fin”.

Pero, ¿cuál es el significado de la expresión “levantará su tienda” de Daniel 11:45? El lenguaje y el contexto nos indican que se trata de una alusión a la práctica militar de los reyes de la antigüedad, que tenían la costumbre de instalar sus tiendas reales alrededor de las ciudades que ellos querían conquistar o someter bajo su reinado. Y la expresión “monte glorioso y santo”, del mismo pasaje, alude al lugar sagrado del santuario israelita, o la ciudad de Jerusalén (Dan. 9:16). Sin embargo, estas expresiones, por estar en el contexto del “tiempo del fin”, deberían entenderse de manera simbólica o de manera metafórica. La razón de esta sugerencia se debe al hecho de que los nombres geográficos de Israel ejercen una función simbólica o metafórica en las profecías del “tiempo del fin”.⁵⁰ Por tal motivo, sugerimos que la expresión “monte glorioso y santo” se refiere al santuario celestial, donde el Señor Jesús ejerce su ministerio sacerdotal durante el “tiempo del fin”, y a los elementos sagrados de dicho santuario, tales como el Decálogo y el “servicio continuo”. También dicha expresión podría referirse a la iglesia cristiana. Por lo tanto, Daniel 11:45 está prediciendo que el “rey del norte”, o la Roma escatológica, se levantará, una vez más, contra los elementos del santuario celestial (ministerio intercesor de Jesús, la adoración y el decálogo) y contra el pueblo de Dios en la última parte del “tiempo del fin”.

La señal del fin del mundo

Esta interpretación está en armonía con la revelación de Dios en todas las visiones de Daniel. Ya hemos visto que el rey del norte de Daniel 11:40-45 y el “cuerno pequeño” de Daniel 8:9-12, como elementos simbólicos, se refieren al mismo poder o institución religiosa. En otras palabras, así como el cuerno pequeño de Daniel 8 removió el “servicio continuo” del Príncipe del ejército, y arrojó el fundamento del santuario a tierra antes del tiempo del fin, también el “rey del norte”, o la Roma escatológica, quitará una vez más el “servicio continuo” del santuario celestial en la última parte del “tiempo del fin” (Dan. 12:11). Esta lucha escatológica de Roma contra los elementos del santuario celestial será una lucha espiritual e ideológica. Es decir, el “rey del norte” se apropiará de las funciones que le corresponden al Señor Jesús, atacará el “pacto santo” o la adoración verdadera y perseguirá al pueblo de Dios, con el deseo de eliminarlo completamente del planeta Tierra (Dan. 11:44).

Ya hemos visto que Daniel 12:11 predice que el “servicio continuo” sería quitado para poner, o por haberse puesto, “la abominación desoladora” (Dan. 12:11). Lamentablemente, este pasaje no nos indica quién es el actor de dichas acciones o quién es el agente de ellas. Sin embargo, por la información colectiva de la última visión y de las otras visiones de Daniel, podemos concluir que el actor de Daniel 12:11 es “el rey del norte”. Esto no es nuevo, pues ya vimos que “el rey del norte” es el antagonista principal de Daniel 11:21-45, quien atacó “el santuario” y asentó la “abominación desoladora” antes del “tiempo del fin” (Dan. 11:21-35). También vimos que él haría lo mismo en el “tiempo del fin” (Dan. 11:36-45; 12:11). Por tanto, afirmamos que el “rey del norte” o la Roma escatológica atacará, una vez más, los elementos del santuario celestial; es decir, la ley de Dios, el Sumo Sacerdocio de Jesús y la adoración de Dios.

Pero, ¿a qué se refiere la destitución del “servicio continuo” de Daniel 12:11? ¿No dijimos que el “servicio continuo” se refiere al *ministerio redentor de Jesús en el santuario celestial*? ¿Cómo podría, entonces, la Roma escatológica poner a un lado dicho ministerio que opera en el santuario del cielo? Para que podamos entender este asunto necesitamos recordar, en primer lugar, que el ministerio de Jesús en el santuario celestial está relacionado con la expiación del pecado y la adoración del verdadero Dios. En segundo lugar, que el ministerio de expiación y adoración del

Las profecías apocalípticas de Daniel

santuario celestial opera en conformidad con los principios de la ley de Dios. Si esta percepción es correcta, entonces el desplazamiento del “servicio continuo” ocurrirá cuando el “rey del norte” ataque la ley de Dios, o la autoridad de Jesús, al imponer de manera obligatoria y universal un día de descanso religioso contrario a los diez mandamientos de Dios. Es decir, cuando el “rey del norte”, directa y universalmente, ataque al autor del Decálogo, o al Creador de los cielos y la tierra, al asentar o establecer un día de reposo obligatorio contrario a la señal del pacto o la ley de Dios (Éxo. 31:12-17). Ahora, si la “abominación que causa desolación” o “asombro” se refiere a un ídolo o práctica idolátrica, entonces el asentamiento de dicha abominación debe estar relacionado con una imposición idolátrica que contradiga la ley de Dios, el sistema divino de adoración y el ministerio redentor del Señor Jesús. Es decir, dicha “abominación escatológica” debe estar ligada a una institución idolátrica que desafíe el mandamiento que identifica al verdadero Dios como el Creador de los cielos y de la tierra y, por tanto, contraria al pacto santo y al sistema de adoración verdadera (Éxo. 20:8-11; 31:12-17; Apoc. 13:11-18). Esta pugna del “rey del norte” contra el “servicio continuo” o el “ministerio redentor de Jesús”, según el libro de Apocalipsis, es el último acto del conflicto dramático entre Dios y Satanás o entre el bien y el mal. Por tanto, es muy importante entender este asunto.

Ya hemos visto en otro lugar que el “rey del norte” de Daniel 11:40-45, el “cuerno pequeño” de Daniel 7:25 y el “cuerno pequeño” de Daniel 8:9-12, se refieren al mismo poder o institución que se levantaría contra Dios y su pueblo en tres etapas distintas, aunque en dos períodos diferentes. Es decir, este poder actuaría antes del tiempo del fin (la etapa de la Roma imperial y la Roma papal) y durante el tiempo del fin (la etapa de la Roma escatológica). Esta perspectiva profética del libro de Daniel está en armonía con las profecías escatológicas del Nuevo Testamento. Apocalipsis 12, por ejemplo, describe que “un dragón” perseguiría a Jesús y a su iglesia durante tres etapas distintas: la etapa de la Roma imperial (Apoc. 12:1-5), la etapa de la Roma papal (Apoc. 12:6, 13-16) y la etapa de la Roma escatológica (Apoc. 12:17). Apocalipsis 13 clarifica que “la bestia marina” recibiría su trono y poder del dragón simbólico (Apoc. 13:1, 2), dominaría por 1260 días proféticos (Apoc. 13:5-8) y recibiría una herida mortal al final de dicho período (1798

d. C.; Apoc. 13:3). Sin embargo, su herida sería sanada y su poder restaurado (Apoc. 13:3, 4); es decir, la “bestia marina” recuperaría su poder y honor, al punto que los habitantes de la Tierra serían obligados a llevar su “marca” o el “número de su nombre” (Apoc. 13:11-17). El apóstol Pablo también predijo que un “hombre de pecado” aparecería antes de la segunda venida de Cristo, se sentaría en el templo de Dios y se haría pasar por Dios (2 Tes. 2:1-12). Estas referencias, la de Juan en el Apocalipsis y la de Pablo en Tesalonicenses, concuerdan perfectamente con nuestra interpretación de Daniel 12:11. Es un hecho, pues, que algunas profecías bíblicas predican que en el “tiempo del fin” existirá un poder “políticorreligioso” que se levantará contra Dios, su sistema de adoración y su ley. Como ya vimos, el rey del norte o el dragón apocalíptico será el actor principal de dicha imposición idolátrica, que desafiará al santo pacto o la ley de Dios.

La escritora Elena G. de White aplicó la expresión “abominación desoladora”, de Mateo 24:15, a los estandartes idolátricos del ejército romano⁵¹ y a la imposición futura de un falso día de reposo.⁵² Esta interpretación apoya nuestra conclusión de que la expresión “abominación desoladora”, de Daniel 12:11, es metafórica y se refiere a un falso día de reposo que será impuesto por el “rey del norte”, o por uno de sus aliados, o por ambos juntos. Este día falso de reposo, para que se le considere una “abominación”, tiene que estar relacionado con un ídolo o con alguna práctica idolátrica. Y esto es, exactamente, lo que está en juego en el establecimiento del día domingo como el día de adoración a Dios, pues la observancia de dicho día, desde su origen, está ligado a la adoración del sol. El establecimiento del domingo, como cumplimiento de la “abominación desoladora” o la “marca de la bestia”, será un hecho real y concreto cuando se imponga de una manera obligatoria y universal.

Dios estableció el séptimo día de la semana como el día en que su pueblo debía adorarlo (Éxo. 20:8-11). El séptimo día, dijo Dios, sería una señal entre su pueblo y él (Éxo. 31:12-17). Por otro lado, encontramos en el libro de Apocalipsis que el dragón simbólico tiene también su “marca” o “señal” (Apoc. 13:15-17). Allí notamos que el último conflicto entre Dios y Satanás será entre la religión de la Biblia y la tradición humana; entre los mandamientos de Dios y el poder del dragón apocalíptico y sus aliados (la bestia marina y terrestre). En esta

lucha final, los seres humanos tendrán que decidir a quién van a adorar y en qué día. Es decir, si adorarán a Dios, el Creador de los cielos y la tierra, o adorarán a Satanás, el dragón apocalíptico (cf. Apoc. 12:6-12, 17; 13:11-18; 14:1-13; 17:14).

La palabra “desoladora”, de Daniel 12:11, es una traducción del participio hebreo *sômēm* (desolador(a), asolador(a)). Este participio es un derivado del verbo *samēm*, que significa “desolar”, “asombrar” o “espantar”.⁵³ Este verbo, junto con sus derivados, aparece 195 veces en el Antiguo Testamento. Generalmente, el verbo indica la “desolación” causada por un gran desastre y como resultado de un juicio divino. Dicha “desolación” se relaciona, mayormente, con lugares o cosas, aunque en algunos casos está relacionada con personas.

En el libro de Daniel, el verbo *samēm* (desolar) aparece ocho veces y en distintas formas. En su forma *Po‘el* (*masômēm*), lo encontramos de manera independiente en Daniel 9:27 y en Daniel 11:31, asociado con el sustantivo *hassiqqûs* (abominación). La forma verbal *Po‘el*, en ciertos contextos, puede indicar la acción de un profesional, o una acción indirecta, o un resultado, o una causa.⁵⁴ Consideramos que el verbo *masômēm* (desoladora) de Daniel 9:27, indica la acción de un profesional y, por lo tanto, se refiere al ejército romano que destruyó la ciudad de Jerusalén en el año 70 d. C. En el caso de Daniel 11:31, consideramos que la forma verbal *Po‘el* está indicando que la “abominación detestable” sería la causante de la desolación del santuario judío de manera indirecta, es decir, a través del ejército romano. Por otro lado, la forma verbal *Qal* aparece tres veces como participio masculino (Dan. 8:13; 9:27; 12:11) y dos veces como participio femenino (Dan. 9:18, 26). El *Qal* participio de Daniel 8:13 y el de Daniel 12:11 cumple la función de un adjetivo atributivo o de un sustantivo y, por lo tanto, debería traducirse como “asolado(a)” o “desolador(a)”. En base a este análisis y al contexto de Daniel 12:11, consideramos que la frase hebrea *siqqûs sômēm* debería traducirse como “abominación asolada”, “abominación de desolación” o “abominación desoladora”.

La “abominación desoladora” de Daniel 12:11 es presentada en este pasaje como un elemento que contrasta al “servicio continuo”. Ya vimos que la “abominación” se refiere a un ídolo o práctica idolátrica que será impuesta en el “tiempo del fin” y que, a su vez, desplazará al “servicio continuo”. También ya mencionamos que Daniel 11:45

predice que el “rey del norte” levantará su tienda real en el “monte glorioso y santo”, es decir, en el santuario de Dios o en Jerusalén (Dan. 11:45). Siendo que la expresión “el monte glorioso y santo” es simbólica o metafórica, como el “rey del norte” y otros elementos del “tiempo del fin” lo son, entonces la expresión “el monte glorioso y santo” se refiere al santuario celestial y a sus elementos sagrados (la ley de Dios y el servicio continuo). Este sentido simbólico o metafórico del “ monte glorioso y santo”, en el contexto del “tiempo del fin”, encaja bien con la expresión metafórica del “servicio continuo” de Daniel 12:11. Además, siendo que Daniel 12:11 y 11:45 están conectados temática y contextualmente, entonces no podemos dudar de que el “rey del norte” atentará, una vez más, contra el santuario celestial y sus elementos sagrados. En otras palabras, lo que el “cuerno pequeño” de Daniel 8 realizó antes del tiempo del fin (8:11, 12; 11:31), el “rey del norte” lo hará en la última parte del “tiempo del fin” (11:40, 45; 12:11). Finalmente, si Daniel 12:11 y Daniel 11:45 son la fuente de información de 2 Tesalonicenses 2:1-12; Apocalipsis 12:17; 13:11-17 y 17:8-18, entonces la interpretación de Daniel 12:11 es correcta.

1290 y 1335 días

Intérpretes adventistas, actualmente, sostienen dos posiciones distintas sobre el significado del término días de Daniel 12:11 y 12, y sobre el tiempo de su cumplimiento. La mayoría de ellos sostiene que el término *días*, de estos pasajes, es simbólico, y que éstos ya se cumplieron en el pasado (508-1798/1843). Una minoría arguye que la palabra *días*, de esos versículos, es literal, y cuyo cumplimiento será en el futuro.

✠ Después de mi investigación de Daniel 12:11 y 12, he llegado a la conclusión de que el vocablo días de estos versículos es literal, y que se cumplirá en el futuro. Las evidencias de mi conclusión son las siguientes: ✠

El contexto de las expresiones “el servicio continuo” y “la abominación desoladora” de Daniel 12:11, indica claramente que se refieren a eventos del “tiempo del fin”. Por lo tanto, los días de dicho pasaje no pueden ser simbólicos sino literales. Esta conclusión, de ninguna manera, afecta o niega la realidad de la naturaleza de la literatura apocalíptica, que es de carácter figurado o simbólico, ya que el significado de las palabras o símbolos de todo tipo de literatura lo determina, finalmente, el contexto donde ellas se encuentran. Por

Las profecías apocalípticas de Daniel

ejemplo, nosotros entendemos que la palabra *yôm* (día) o *yāmîm* (días) de Daniel 1:12, 14, 15; 6:7, 12 y 10:13 significan días literales, porque así lo demanda la sintaxis de las oraciones y su contexto. Este principio de interpretación es muy importante y, por tanto, deberíamos también aplicarlo a nuestro estudio exegético de la palabra “días” de Daniel 12:11. Es decir, deberíamos permitir que la sintaxis y el contexto de Daniel 12:11 nos ayuden a decidir cuál es el significado apropiado de esa palabra en este pasaje específico.

✕Ya vimos anteriormente que los eventos de Daniel 12:11 se refieren al “tiempo del fin” y, por tanto, los 1290 días deben encajar en dicho tiempo. Es un hecho también que cada vez que los escritores del Antiguo Testamento usaron la palabra *yôm* (día) o *yāmîm* (días), con un número ordinal o cardinal, el significado de ellas fue siempre literal.⁵⁵ ✕ Ésta realidad sintáctica y semántica de la palabra *yôm* (día) o *yāmîm* (días) nos obliga a preguntar: ¿Será posible que la palabra *yāmîm* de Daniel 12:11 y 12, que está acompañada de un número cardinal, sea la única excepción en todo el Antiguo Testamento? La respuesta es no, porque el contexto y la sintaxis de ambos versículos demuestran que dicha excepción no es posible. Ahora, si alguno considera que estamos atacando el principio hermenéutico de “un día por año” o que corremos el peligro de ser inconsistentes, le queremos informar que los períodos simbólicos de Daniel 7, Daniel 8, Daniel 9 y Daniel 12:7 no utilizan la palabra *yāmîm* (días), sino la palabra *‘iddān* (tiempo), *‘éreb bôqer* (tardes-mañanas), *sābū‘îm* (semanas), o *mô‘ēd* (tiempo determinado). Estas evidencias textuales nos permiten concluir que los días de Daniel 12:11 y 12 deberían entenderse de manera literal. Sobre todo, porque la palabra *yāmîm* está acompañada de un número cardinal en ambos pasajes.

Y el género literario, ¿no puede acaso establecer una diferencia en el significado de las palabras? La palabra *yāmîm* (días), cuando está acompañada de un número ordinal o cardinal, también significa días literales en los libros de los profetas del Antiguo Testamento (cf. Eze. 4:5, 6). Hasta este momento, no hemos encontrado una excepción de este principio gramatical en la Biblia Hebrea. Por tanto, consideramos que tiene validez también en el libro de Daniel.

No está por demás aclarar que el profeta Daniel, al referirse a los 1290 días, siguió la misma estrategia literaria que utilizó en las otras visiones de largo alcance (Dan. 7 y 8). Al estudiarlas, notamos que

Daniel describió primero las visiones y luego mencionó los períodos de tiempo.⁵⁶ Por ejemplo, encontramos en el capítulo 7 que Daniel primero describió la visión (Dan. 7:2-14) y luego presentó el período de tiempo (Dan. 7:25). Lo mismo notamos en la tercera visión, es decir, Daniel primero describió la visión (Dan. 8:3-12) y luego presentó el período de tiempo (Dan. 8:14, 26). De acuerdo al sistema historicista, estos períodos proféticos deberían entenderse de manera simbólica, y no de manera literal. Nosotros aceptamos dicha conclusión, porque el contexto y la naturaleza de los símbolos involucrados así lo requieren. Sin lugar a dudas, los símbolos y el contexto requieren que el poder perseguidor de los santos del Altísimo aparezca después de la división del cuarto reino universal (476 d. C.), y que el período de persecución del cuerno pequeño de tres tiempos y medio, termine antes del inicio de la purificación del santuario de Daniel 8:14 (cf. Dan. 7 y 8; 1844 d. C.). Esta interpretación es congruente si tomamos en cuenta el significado de los símbolos, el significado de las expresiones de tiempo y el contexto donde ellos se encuentran. También ayuda si notamos que las 2300 tardes-mañanas (Dan. 8:14) comienzan, según Daniel 9:24-27, en el tiempo del imperio medo-persa (457a. C.) y se extienden hasta el “tiempo del fin” (Dan. 8:17; 1844 d. C.). Indudablemente, el contexto y los elementos simbólicos de las dos visiones apoyan este método de interpretar los períodos proféticos de Daniel 7, 8 y 9. Es decir, la naturaleza de los símbolos y el contexto de las expresiones temporales permiten y requieren que los períodos sean entendidos de manera simbólica.

Así como Daniel 7 y 8 presentan primero la descripción de la visión y luego el período temporal, también la visión de Daniel 10-12 presenta primero el discurso del ángel Gabriel (Dan. 11:2-12:4) y luego los períodos temporales (Dan. 12:7, 11, 12). Es decir, la última visión de Daniel presenta primero la explicación de Gabriel concerniente a los tres últimos reinos universales de la visión de Daniel 8 (Dan. 11:2-12:4) y, luego, la última sección menciona los tres períodos proféticos: tres tiempos y medio, 1290 días y 1335 días (Dan. 12:7, 11, 12).

Este método de Daniel, de presentar los períodos proféticos de las tres visiones de largo alcance, se puede ilustrar de la siguiente manera:

Las profecías apocalípticas de Daniel

Daniel 7	Daniel 8	Daniel 10-12
Visión 2-14	Visión 3-12 Audición 13-14	Visión 10:1-12:4
Tiempo 25	Tiempo 14, 26	Tiempo 12:7, 11, 12

Sin lugar a dudas, el diagrama de arriba nos muestra claramente que las tres visiones de largo alcance describen primero la visión o audición y después presentan el período de tiempo. La única diferencia entre las dos primeras visiones y la última es que las dos primeras visiones presentan los períodos de tiempo en la sección donde aparece la interpretación de los símbolos de la visión, mientras que la última visión presenta los períodos de tiempo en la sección donde se explica, exclusivamente, los eventos del “tiempo del fin” (Dan. 12:5-13).

Otro punto que deberíamos tomar en cuenta al interpretar Daniel 12:11, 12 es la naturaleza de los símbolos de la última visión. Es muy obvio que las primeras tres visiones del libro de Daniel (caps. 2, 7, 8) tienden a inclinarse un poco más hacia lo simbólico, mientras que la última visión tiende a inclinarse más hacia lo literal (caps. 10-12). Por último, consideramos que la estructura literaria del informe de la visión debería también tomarse en cuenta. Como ya vimos, la estructura concéntrica de Daniel 12 presenta los eventos del “tiempo del fin” al principio y al final de dicha estructura, mientras que en el centro presenta los “tres tiempos y medio” que pertenecen a la etapa anterior al “tiempo del fin”. El tema o temas de la estructura concéntrica se puede ilustrar de la siguiente manera:

Daniel 12:1-6	Daniel 12:7	Daniel 12:8-13
Tiempo del fin	Antes del tiempo del fin (Tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo)	Tiempo del fin (1290 y 1335 días)

Este esquema demuestra que los tres períodos de tiempo de Daniel 12 (tres tiempos y medio, 1290 días y 1335 días) pertenecen a distintas etapas de la historia y que, además, los últimos dos períodos son lingüísticamente distintos del primero. El primer período (12:7) está ubicado estructural y exegéticamente antes del “tiempo del fin”, y

utiliza la palabra hebrea *mô'ēd* (tiempo determinado); mientras que los otros dos períodos (12:11, 12), están ubicados en el “tiempo del fin”, y utilizan la palabra hebrea *yāmîm* (días).

La misma respuesta del “varón vestido de lino” confirma la solidez de nuestra interpretación de la palabra “días” de Daniel 12:11, 12. Él respondió: “Anda, Daniel, pues estas palabras están guardadas y selladas hasta el tiempo del fin” (Dan. 12:9). Esta respuesta implica que Daniel quiso obtener más información o conocimiento sobre los eventos del “tiempo del fin”, y que por tratarse de ese tiempo no le podían dar una respuesta más concreta o explícita. Es decir, el significado de “las palabras” de Gabriel, que predecían eventos del “tiempo del fin”, estaría oculto al entendimiento humano hasta que se iniciara dicho período. Esta interpretación encuentra apoyo en las palabras del “varón vestido de lino” que dijo: “Ninguno de los impíos entenderá, pero los sabios entenderán” (Dan. 12:10). Esta respuesta no tendría razón de ser planteada de esa manera, si Daniel hubiera preguntado sobre eventos que habrían de ocurrir antes del “tiempo del fin”. Pero como Daniel preguntó acerca de eventos del “tiempo del fin”, el varón vestido de lino le contestó en armonía con la previa revelación de Gabriel, de que el mensaje de dichos eventos estaba sellado hasta el tiempo del fin (Dan. 12:4, 9). Es decir, solamente el pueblo de Dios que viviera en ese tiempo entendería el mensaje escatológico de Gabriel.

Todo esto nos lleva a concluir que los días de Daniel 12:11 son literales. Ahora bien, si los días de Daniel 12:11 son literales, entonces los 1335 días de Daniel 12:12 también lo son, ya que ambos períodos aparecen en el mismo contexto del “tiempo del fin”, y el último es una extensión del primero. Esta realidad nos indica que ambos períodos tienen que comenzar al mismo tiempo, pero que uno de ellos terminará 45 días después del otro.

El punto de partida de estos dos períodos, según Daniel 12:11, sería el momento en que el “servicio continuo” sería quitado para poner, o por haberse puesto, la “abominación asoladora”. Estos dos eventos, aunque distintos, suceden de manera simultánea, pues un evento da lugar al otro. En otras palabras, el “servicio continuo” sería quitado al establecerse la “abominación asoladora”. Este evento, como ya hemos visto, tendría su cumplimiento con el establecimiento obligatorio de la observancia del día domingo, que es lo mismo que la marca de la

Las profecías apocalípticas de Daniel

“bestia” y la marca de su “imagen” (Apoc. 13:11-17). En síntesis, Daniel 12:11 predice que tan pronto como se imponga la observancia del “día domingo” como un día de reposo obligatorio y universal, los días de nuestro mundo estarán, definitivamente, contados.

Finalmente, resulta oportuno aclarar que la revelación divina de los períodos de Daniel 12:11 y 12, según su contexto, no tiene la función o finalidad de motivar a los lectores a que traten de “adivinar”, anticipadamente, la fecha del asentamiento de la “abominación desoladora” y del segundo advenimiento del Señor Jesús. Más bien, dicha revelación tiene la función de alentar al pueblo de Dios, que vivirá durante el “tiempo de angustia” (Dan. 12:1), a permanecer firmes en la verdad bíblica y a perseverar hasta el fin, porque el tiempo de prueba será relativamente corto. En otras palabras, la revelación de esos períodos proféticos no tiene la función de alentar la “imaginación” o la especulación, sino la fe y la esperanza en Dios. Lamentablemente, personas bien intencionadas, pero sin un método correcto de interpretación profética, se han atrevido a fijar una fecha en la cual se asentará la “abominación desoladora”. Esas personas, al no aplicar principios correctos de interpretación profética, se exponen a sí mismos y a sus seguidores a chasquearse y ser objetos de burla.

Por tal motivo, queremos afirmar el concepto bíblico de que el tiempo de espera del cumplimiento de las profecías, entre ellos la “abominación desoladora” y la segunda venida del Señor Jesús, debería ser usado en actividades laborales, educacionales, espirituales, recreativas y misioneras, pero no en tareas especulativas. Es decir, deberíamos aprovechar el tiempo de oportunidad que Dios nos concede para trabajar, estudiar, recrearnos, fortalecer nuestra fe en Jesús, crecer en santidad, compartir con nuestros semejantes las buenas noticias de salvación en Cristo y ayudarlos a ser cristianos íntegros. Si hacemos esto, por la gracia de Dios, estaremos preparándonos física, mental y espiritualmente para afrontar el futuro con fe y esperanza, y darle la bienvenida al Señor Jesús cuando aparezca por segunda vez con gran poder y gloria.

Resumen

Nuestro análisis estructural de Daniel 12:5-13 revela que este segmento o sección es la conclusión de la última visión (10:1-12:13), de

la segunda división (8:1-12:13) y de todo el libro de Daniel. Esta sección está conectada estructural y lingüísticamente con Daniel 12:1-4 y, de ninguna manera, es independiente de la última visión (10:1-12:4).

Nuestro análisis estructural ha demostrado también que Daniel 12 tiene diez unidades poéticas y tres unidades semipoéticas, o prosaicas, que forman una estructura de simetría concéntrica. Ella es simétrica porque las primeras seis unidades del poema tienen una correspondencia lingüística o temática con las últimas seis unidades de dicha estructura, y la unidad del centro presenta el período profético que introduce y señala el comienzo del “tiempo del fin”.

Daniel 12:5-13, desde el punto de vista literario, presenta un diálogo que se desarrolló en el río Hidekel. Los actores del diálogo fueron Daniel y el “varón vestido de lino”. El diálogo se inició con la primera pregunta de Daniel, o de un ángel (12:6), y la respectiva respuesta del “varón vestido de lino” (12:7). Luego, el diálogo concluyó con la segunda pregunta de Daniel (12:8) y la segunda respuesta del “varón vestido de lino” (12:9-13).

Este estudio exegético de Daniel 12:5-13 presenta un análisis gramatical de la primera pregunta del diálogo que dice: “¿Cuándo será el fin de las maravillas?” (12:6). El análisis demuestra que el interrogador estaba más interesado en saber “cuándo” terminarían “las maravillas”, que en “cuánto tiempo” se cumplirían. En otras palabras, la frase interrogativa anterior estaba más enfocada en la terminación del tiempo, que en su duración.

El “varón vestido de lino” respondió la primera pregunta como sigue: “Ciertamente será *hasta* un tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo. Y tan pronto como alguien complete el quebrantamiento del poder del pueblo santo, todas estas [maravillas] llegarán a su fin” o “terminarán” (12:7). Esta respuesta del “varón vestido de lino” implica que los “tres tiempos y medio” tendrían que cumplirse primero y, luego, tan pronto como “alguien” completara el quebrantamiento del pueblo santo, todas “las maravillas” terminarían de cumplirse en el “tiempo del fin”. Además, el uso del término *mô'ēd* implica que la terminación de los “tres tiempos y medio” sería una *señal* de que el “tiempo del fin” o el período del cumplimiento de “las maravillas” había llegado.

Daniel 12: 8 declara que el profeta Daniel escuchó la respuesta del “varón vestido de lino”, pero que no la entendió. Por lo tanto, él se atrevió a hacer otra pregunta: “¿Cuál será el fin de estas [maravillas]?”

Las profecías apocalípticas de Daniel

o “¿qué evento marcará el fin de estas [maravillas]?” (12:8). Nuestro estudio sintáctico y semántico de la segunda pregunta de Daniel ha demostrado que él estaba interesado en saber cuál sería el “fin” de las maravillas o qué evento marcaría el fin de “las maravillas”.

La segunda respuesta del “varón vestido de lino” fue analizada en dos partes. En la primera parte notamos que el “varón vestido de lino” le dijo a Daniel que “las palabras” o la revelación escatológica (11:40-12:4) estaban guardadas y selladas hasta el “tiempo del fin”. Esta última expresión se refiere al período final de la historia de nuestro mundo. Éste comenzó al terminarse los tres tiempos y medio de la persecución del “cuerno pequeño” (Dan. 7:25; 12:7; 1798 d. C.), y continuará hasta que llegue el “fin de las maravillas” o hasta que se termine de cumplir el último evento de Daniel 11:40-12:4. Es importante notar aquí que “el fin” del tiempo es el foco central de la primera (Dan. 12:6) y segunda (Dan. 12:8) preguntas de Daniel.

En la segunda parte de la respuesta notamos que el “varón vestido de lino” le concedió a Daniel más información concerniente a los eventos del “tiempo del fin” (12:8-13). A partir de Daniel 12:10, observamos que (1) muchos serían zarandeados (purificados), emblanquecidos y acrisolados (refinados); (2) los impíos vivirían impiamente, pero ninguno de ellos entendería los eventos del fin; (3) en cambio, los *maškīlīm* (sabios) entenderían dichos eventos; (4) “el servicio continuo” (*hattāmīd*) sería quitado para poner o por haberse puesto la “abominación asoladora” (*siqqûš sômēm*); (5) desde la destitución del “servicio continuo”, comenzarían a correr 1290 días y se extenderían hasta 1335 días; por último, (6) Daniel se levantará al fin de los días (Dan. 12:10-13).

Este discurso profético del “varón vestido de lino” es un mensaje de seguridad y esperanza para el pueblo de Dios que, al final de la gran lucha entre la verdad y el error saldrá victorioso, gozará de libertad plena y obtendrá el galardón de la vida eterna. En otras palabras, el varón vestido de lino le aseguró a Daniel y a su pueblo que “el fin de las maravillas” o el fin de los eventos escatológicos de Daniel 11:40-12:3 será un evento glorioso y victorioso para todos los hijos de Dios. Es decir, un evento de liberación, resurrección y galardón para todos los “entendidos” o “sabios” (Dan. 12:3).

Estos seis puntos de la respuesta del “varón vestido de lino” son, en resumen, el mensaje optimista y positivo de la profecía del “varón vestido de lino” (Dan. 12:5-13), de la última visión (Dan. 10:1-12:13),

de la segunda parte del libro de Daniel (8:1-12:13) y de todo el libro del “varón muy amado”.

Que Dios nos conceda el privilegio de estar entre los “entendidos” o “bienaventurados” de su pueblo, porque entonces tendremos el privilegio de participar del galardón glorioso y extraordinario de Dios. Sobre todo, porque tendremos el privilegio de conocer a Miguel, nuestro amante redentor y protector.

Referencias

1. El sujeto del texto hebreo es indefinido. El sujeto de la versión Septuaginta es Daniel.
2. Literalmente “hasta cuándo”.
3. Literalmente “hasta mil trescientos treinta y cinco días”.
4. Véase Paul Jouin and T. Muraoka, *A grammar of biblical hebrew. Part three: syntax* (Roma: Pontificio Istituto Biblico, 1996), pág. 379. Allí dice: “In poetry the imperative is sometimes equivalent to a future with energetic nuance”.
5. Robert E. Longacre, “Weqatal forms in biblical hebrew prose” en *Biblical hebrew and discourse linguistics*, ed. Robert D. Bergen (Dallas, TX: Summer institute of linguistics, 1994), págs. 50-98; R. E. Longacre, “Discourse perspective on the hebrew verb: affirmation and restatement” en *Linguistics and biblical hebrew*, ed. Walter R. Bodine (Winona Lake: Eisenbrauns, 1992), págs. 177-189; Roy L. Heller, *Narrative structure and discourse constellations: an analysis of clause function in biblical hebrew prose* (Winona Lake: Eisenbrauns, 2004), pág. 462.
6. Sobre la función de *wehinne*, como marcador estructural, véase Bruce K. Waltke y M. O'Connor, *An introduction to biblical hebrew syntax*, pág. 634.
7. De acuerdo a Raymond de Hoop, la Biblia Hebrea contiene tres estilos poéticos: lírico, profético y poesía narrativa. Raymond de Hoop, “Trichotomy in masoretic accentuation in comparison with the delimitation of units in the versions” en *Unit delimitation in biblical hebrew*, eds. Marjor Korpel and Joseph Oesh (Assen: Royal Van Gorcum, 2003), 39.
8. Lo que algunos estudiosos de la poesía hebrea llaman *colon*, otros lo llaman línea, *stich* o media línea.
9. M. O'Connor, *Hebrew verse structure* (Winona Lake: Eisenbrauns, 1980), págs. 87, 315.
10. M. C. A. korpel, *The structure of the book of Ruth* (Assen: Royal Van Gorcum, 2001); Raymond de Hoop, “‘Trichotomy’ in masoretic accentuation in comparison with the delimitation of units in the versions” en *Unit delimitation in biblical hebrew and northwest semitic literature*, págs. 33-60; Francis I. Andersen, “The poetic properties of prophetic discourse in the book of Micah” en *Biblical hebrew and discourse linguistics*, págs. 520-528.
11. Adele Berlin, *The dynamics of biblical parallelism* (Indianapolis: Indiana University Press, 1992), págs. 6, 7; Wilfred G. Watson, *Classical hebrew poetry* (Sheffield: Sheffield Academic Press, 1995), págs. 46, 47; “The parallelism of greater precision: notes from Isaiah 40 for a theory of

Las profecías apocalípticas de Daniel

hebrew poetry” en *On the way to the postmodern Old Testament essays 1967-1998, Vol. I* (JSOT Sup, 292; Sheffield: Sheffield Academic Press, 1998), págs. 314-336.

12. Wilfred G. Watson, *Classical hebrew poetry*, pág. 53.
13. *Ibíd.*, págs. 46, 47.
14. Ver Paul Joüon and T. Muraoka, *A grammar of biblical hebrew. Part three: syntax*, pág. 379. Allí dice: “In poetry the imperative is sometimes equivalent to a future with energetic nuance”.
15. Bruce K. Waltke and M. O’Connor, *An introduction to biblical hebrew syntax*, pág. 215.
16. Gerhard F. Hasel, “The little horn, the heavenly sanctuary and the time of the end: a study of Daniel 8:9-14”, en *Symposium on Daniel*, ed. Frank B. Holbrook (Washington: Biblical Research Institute, 1986), págs. 429, 433; Gerhard Pfandl, *The time of the end in the book of Daniel* (Berrien Springs, MI: Adventist Theological Society Publications, 1992), págs. 258, 259.
17. Gerhard Pfandl, *The time of the end in the book of Daniel*, pág. 241.
18. William L. Holladay, *A Concise Hebrew and Aramaic Lexicon of the Old Testament* (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1971), pág. 321.
19. Victor P. Hamilton, “*pele^o*,” en *Theological wordbook of the Old Testament* (Chicago: Moody Press, 1980), II:723.
20. *Ibíd.*
21. Christo H. J. van der Merwe, et al., *A biblical hebrew reference grammar*, págs. 300-303.
22. *Ibíd.*, págs. 303, 309.
23. *Ibíd.*, pág. 309; Bruce K. Waltke and M. O’Connor, *An introduction to biblical hebrew syntax*, pág. 657.
24. Christo H. J. van der Merwe, et al., *A biblical hebrew reference grammar*, pág. 285; Bruce K. Waltke and M. O’Connor, *An introduction to biblical hebrew syntax*, pág. 206.
25. Jack P. Lewis, “*mō^cēd*,” en TWOT, I: 388.
26. Christo H. J. van der Merwe, et al., *A biblical hebrew reference grammar*, págs. 284.
27. John N. Oswalt, “*kālā^h*,” en TWOT, I: 439.
28. Christo H. J. van der Merwe, et al., *A biblical hebrew reference grammar*, págs. 157, 284.
29. *Ibíd.*, pág. 284.
30. *Ibíd.*, pág. 157.
31. William L. Holladay, *A Concise Hebrew and Aramaic Lexicon of the Old Testament*, 242.
32. Paul Joüon and T. Muraoka, *A grammar of biblical hebrew. Part three: syntax*, 433. Él dice: “The infinitive construct without l. never seems to be used as the subject of a verb”.

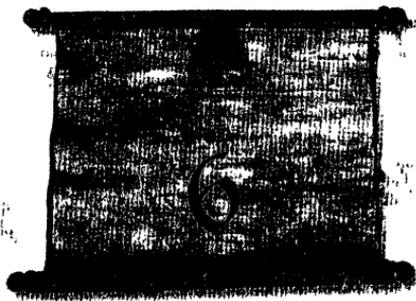
La señal del fin del mundo

33. Waltke and O'Connor, *An introduction to biblical hebrew syntax*, 602.
34. J. C. L. Gibson, *Davidson's introductory hebrew grammar-syntax* (Edinburgh: T & T Clark, 1994), 30.
35. William L. Holladay, *A Concise Hebrew and Aramaic Lexicon of the Old Testament*, pág., 183.
36. Leonard J. Coppes, “*et*,” en TWOT, II: 680.
37. William L. Holladay, *A Concise Hebrew and Aramaic Lexicon of the Old Testament*, pág. 321.
38. Christo H. J. van der Merwe, et al., *A biblical hebrew reference grammar*, pág. 199.
39. Bruce K. Waltke and M. O'Connor, *An introduction to biblical hebrew syntax*, págs. 136-154.
40. La Real Academia Española, *Gramática de la lengua castellana* (Madrid: Perlado, Páez y compañía, 1920), págs. 184, 185, 228.
41. *Ibid.*, pág. 149.
42. Ronald J. Williams, *Hebrew syntax: an outline* (Toronto: University of Toronto Press, 1976), pág. 71.
43. Bruce K. Waltke and M. O'Connor, *An introduction to biblical hebrew syntax*, págs. 212, 213.
44. Gerhard Pfandl, *The time of the end in the book of Daniel*, pág. 216, 234.
45. Bruce K. Waltke and M. O'Connor, *An introduction to biblical hebrew syntax*, págs. 605-608.
46. Samuel Nuñez, “The usage and meaning of the word *tamid* in the Old Testament” en *To understand the Scriptures. Essays in honor of Wilkam H. Shea*, ed. David Merling (Berrien Springs: Institute of Archaeology, 1997), págs. 95, 96.
47. J. A. Montgomery, *A critical and exegetical commentary on the book of Daniel* (Edingurgh: T. & T. Clark, 1927), 336; Holger Gzella, *Cosmic battle and political conflict: studies in verbal syntax and contextual interpretation of Daniel 8* (Roma: Editrice Pontificio Istituto Bíblico, 2003), 116.
48. Samuel Nuñez, “The usage and meaning of the word *tamid* in the Old Testament,” en *To understand the Scriptures. Essays in honor of William H. Shea*, 100.
49. William L. Holladay, *A Concise Hebrew and Aramaic Lexicon of the Old Testament*, pág. 382.
50. See Hans K. LaRondelle, “Interpretation of prophetic and apocalyptic eschatology” en *Symposium on biblical hermeneutics*, págs. 225-249.
51. Elena G. de White, *El conflicto de los siglos*, págs. 28, 29.
52. Elena G. de White, *Servicio cristiano* (Mountain View: Publicaciones Interamericanas PPPA, 1981), pág. 200.
53. Herman J. Austel, “*samem*,” TWOT, II:936.
54. Bruce K. Waltke and M. O'Connor, *An introduction to biblical hebrew syntax*, págs. 400-409, 416.
55. F. Nichols, *The seventh-day adventist bible commentary* (Washington: Review and Herald Publishing Association, 1953), 4: 51; P. Gerard Damsteegt ed., *Seventh-day adventists believe* (Hagerstown:

Las profecías apocalípticas de Daniel

Review and Herald Publishing Association, 1988), pág. 71; Armando J. Collins Tr., *Creencias de los adventistas del séptimo día* (Nampa: Publicaciones Interamericanas, PPPA, 1988), pág. 83.

56. Ver William H. Shea, "Unity of Daniel: chapters 8, 9 and 11" en *Symposium on Daniel*, pág. 227; William H. Shea, "The relationship between the prophecies of Daniel 8 and 9" en *The sanctuary and the atonement*, ed. Arnold V. Wallenkampf (Washington, D.C.: Review and Herald Publishing Association, 1981), págs. 231, 232; William H. Shea, "Time prophecies of Daniel 12 and Revelation 12-13" en *Symposium on Revelation - Book I*, ed. Frank B. Holbrook (Silver Springs, MD: Biblical Research Institute, 1992), págs. 334-342.



Conclusión

Al concluir este libro, queremos reafirmar, una vez más, que las tres últimas visiones de Daniel fueron registradas en base al principio de repetición y ampliación. Es decir, el capítulo 8 presenta la visión principal de la segunda división del libro de Daniel. Daniel 9:24-27 amplía o explica el tema de la purificación del santuario celestial y el período profético de Daniel 8:14. Daniel 11:2-12:4 amplía aún más la profecía de Daniel 8. Y, finalmente, Daniel 12:5-13 amplía algunos puntos exclusivos que conciernen al “tiempo del fin” (Dan. 11:40-12:4).

Indudablemente, la visión de Daniel 8 es predominantemente simbólica. Allí aparece un carnero de dos cuernos como símbolo de Medo-Persia, un macho cabrío como símbolo de Grecia y un cuerno pequeño como símbolo de Roma: (1) la Roma imperial, (2) la Roma papal y (3) la Roma escatológica.

Según la visión de Daniel 8, el cuerno pequeño se extendió horizontalmente hacia el sur (Sicilia, Cartago y Egipto), hacia el este (Grecia, Asia menor, Babilonia y Medo-Persia) y hacia la tierra deseable (Palestina). También creció verticalmente hasta el cielo, hasta el ejército celeste (el pueblo de Dios) y aun hasta el Príncipe del ejército (el Señor Jesús). Dicho cuerno se engrandeció hasta el “Príncipe del ejército” (1) al quitarle la vida en la cruz del Calvario, (2) al usurparle su derecho de ministrar la iglesia, (3) al derribar el fundamento de su templo de

Las profecías apocalípticas de Daniel

la tierra y del cielo y (4) al arrojar por tierra la verdad de las Sagradas Escrituras.

La guerra de Roma contra Dios, su santuario y su pueblo, llegará a su fin cuando el proceso de la purificación del santuario celestial termine (Dan. 8:14; 12:1-3). Dicha purificación se refiere a un proceso judicial o expiatorio, administrado por Jesús, que llegará a su fin cuando todos los santos del Altísimo sean vindicados y el cuerno pequeño simbólico condenado. Esta purificación, según la visión de Daniel 8, comenzaría a cumplirse al terminar el período de las 2300 tardes-mañanas, o sea en el otoño de 1844 d. C. (Dan. 8:14). Y el proceso de esa purificación llegará a su fin, de manera definitiva, cuando Miguel concluya su ministerio sacerdotal en el santuario celestial y llegue el tiempo de vindicar su nombre (Dan. 12:1). Entonces, él vendrá al planeta Tierra para destruir al cuerno pequeño o rey del norte (Dan. 8:25; 11:45) y salvar a su pueblo de la cautividad babilónica y la muerte eterna (Dan. 12:1-3; Apoc. 19).

Una vez que Miguel (el Señor Jesús) termine su ministerio sacerdotal en el cielo, ya no habrá más oportunidad de salvación para los pecadores, y el cuerno pequeño tendrá que ser destruido por completo (Dan. 8:25; 11:45). En otras palabras, el proceso de purificación del santuario celestial es la solución al problema del pecado humano y de la rebelión del cuerno pequeño contra Dios y su pacto santo.

Pronto, de acuerdo con las profecías de Daniel, el santuario celestial quedará totalmente purificado, el registro de los pecados del pueblo de Dios completamente borrados, los santos del Altísimo definitivamente liberados y el cuerno pequeño, finalmente, destruido. Es decir, Dios y su pueblo habrán ganado la victoria en el gran conflicto entre el bien y el mal.

El fundamento de esta victoria de Dios, en su lucha contra el pecado y el “príncipe de este mundo”, se colocó estratégicamente en el Calvario mediante el sacrificio del Señor Jesús a favor de todos los seres humanos. Este sacrificio fue crucial e indispensable para que él pudiera realizar la purificación definitiva del santuario celestial y vindicar el carácter de Dios en el apocalíptico “tiempo del fin”.

La naturaleza de la purificación del santuario celestial y el tiempo de su administración se amplían o explican en la visión de Daniel 9:24-27. Esta profecía es una pieza literaria extraordinaria, que construye o desarrolla un poema de 10 unidades y 33 líneas. Este poema se divide

Conclusión

naturalmente en dos partes, y ambas tienen una estructura concéntrica. Los temas estructurales de ella son Jerusalén y el Mesías. Ellos son los dos tipos de bloques que el poeta utilizó para construir su poema y darle su forma concéntrica.

El tema del Mesías aparece en el centro de la primera parte del poema (Dan. 9:24). Y el mismo tema aparece también en el centro de la segunda parte de dicho poema (Dan. 9:25-27). Por otro lado, el tema de la reconstrucción de Jerusalén se desarrolla en las dos primeras unidades de la segunda parte del poema (Dan. 9:25), mientras que el tema de su destrucción se desarrolla en las dos últimas unidades de la misma parte (Dan. 9:26, 27). De esta manera, la estructura concéntrica de dicho poema señala, de manera incontrovertible, que el Mesías tendría que manifestarse entre el pueblo de Israel después del decreto persa (457 a. C.), que ordenaría la reconstrucción de Jerusalén, y antes del evento futuro de su destrucción (70 d. C.).

La profecía de las 70 semanas (Dan. 9:24) se divide en tres partes desiguales: 7 + 62 + 1 (Dan. 9:25-27). Durante las primeras 7 semanas se reconstruiría la ciudad de Jerusalén. Luego, al final de las siguientes 62 semanas, se ungiría al Príncipe de Israel o se manifestaría el Mesías prometido. Entonces, durante la primera mitad de la última semana el Mesías ejercería su ministerio redentor y, finalmente, moriría por todos los pecados del mundo. En esta profecía, un día representa un año, igual que en la profecía de las 2300 tardes-mañanas.

Indudablemente, la ingratitud o indiferencia de Israel al rechazar a su Mesías sería la causa de la destrucción de Jerusalén. El culpable de dicha destrucción sería “el pueblo del príncipe” y el destructor, el ejército romano. Esta profecía de Daniel 9 se cumplió en el año 70 de nuestra era, tal como lo predijo Daniel.

La profecía de Daniel 9:24-27 es clave en la identificación del Señor Jesús de Nazaret como el Mesías prometido. Esta profecía garantiza que la muerte de Jesús es suficiente, para que todos los que creen en él reciban la justicia eterna, predicha en la primera parte del poema (Dan. 9:24). El cumplimiento fiel de esta profecía mesiánica es la garantía de que todas las profecías del libro de Daniel, que todavía no se han cumplido, se cumplirán al pie de la letra. En otras palabras, la muerte de Cristo es el sello y la garantía de que todas las profecías de Daniel

Las profecías apocalípticas de Daniel

son genuinas y auténticas y, por lo tanto, todas ellas se cumplirán en el momento determinado y de la manera anunciada.

La profecía de Daniel 9 y el mensaje del Nuevo Testamento señalan claramente que después de las 70 semanas (34 d. C.), el pueblo del pacto no sería más la nación de Israel, sino la iglesia cristiana fiel, que estaría compuesta de todas las razas y pueblos que aceptasen a Jesús como el Mesías y Salvador del mundo. De ahí que las profecías que revelan eventos futuros, más allá de la destrucción de Jerusalén (70 d. C.), y utilizan los mismos términos geográficos o étnicos del pacto para referirse a dichos eventos, no deberían entenderse de manera literal sino simbólica.

Siguiendo el principio de repetición y ampliación, la última visión del libro de Daniel (10-12) cubre los mismos temas principales, y el mismo lapso de tiempo que la visión de Daniel 8. Por eso afirmamos que ambas profecías son paralelas, y se iluminan mutuamente.

El discurso de Daniel 11:1-12:4 es un bosquejo profético de los tres últimos reinos mundiales, desde el reino persa hasta el inicio del reino de Dios. Este discurso tiene algunas predicciones sobre Persia (11:2), Grecia (11:3-20), Roma (11:21-45) y el reino de Dios (12:1-3). De manera especial, este discurso le dedica 25 versículos a Roma o el cuarto reino universal (11:21-45). La trayectoria de este último reino humano se presenta en dos etapas específicas: “antes del tiempo del fin” (11:21-35) y durante el “tiempo del fin” (11:36-45). La última etapa se destaca, porque durante ese tiempo se llevará a cabo el último conflicto entre el anticristo, o rey del norte, y la iglesia cristiana fiel. Entonces, al final de dicho período, aparecerá el Príncipe del reino de Dios o Miguel (12:1-3).

El tiempo de angustia, la resurrección especial de los muertos y la glorificación del pueblo de Dios sucederán un poco antes que concluya el “tiempo del fin” (12:1-3). De manera especial, Daniel 12:5-13 clarifica algunos aspectos de ese tiempo, es decir, el desplazamiento del “servicio continuo” y el establecimiento de “la abominación desoladora”.

Nuestro análisis estructural y exegético de Daniel 12:5-13 revela que este segmento tiene la función de ampliar lo concerniente al “tiempo del fin” (Dan. 11:40-12:4) y servir de epílogo a la última visión (10:1-12:13), la segunda división (8:1-12:13) y el libro de Daniel. Esta sección está conectada, estructuralmente, con Daniel 12:1-4 y, de ninguna

Conclusión

manera, es independiente de las primeras dos secciones de la última visión (10:1-12:4). Nuestro análisis estructural de Daniel 12 demuestra que este capítulo tiene diez unidades poéticas y tres unidades semipoéticas. El conjunto total de ellas presentan algunos temas o términos que sirvieron para formar una estructura de simetría concéntrica. Es decir, las primeras seis unidades del poema tienen correspondencia lingüística o temática con las últimas seis unidades de dicha estructura, y la unidad del centro presenta el período de tres tiempos y medio (Dan. 12:7), que introduce o señala el inicio del “tiempo del fin”.

Daniel 12:5-13, desde el punto de vista literario, describe un drama de dos diálogos que se desarrollaron en el río Hidekel. Los actores del primer diálogo son un ángel, o Daniel, y el “varón vestido de lino”. Y los actores del segundo diálogo, son Daniel y el mismo “varón vestido de lino”. El primer diálogo se inicia con una pregunta del ángel o Daniel (12:6) y termina con la respuesta del “varón vestido de lino” (12:7). El segundo diálogo se inicia con la pregunta de Daniel (12:8), y concluye también con la respuesta del “varón vestido de lino” (12:9-12). El epílogo, propiamente dicho de esta sección, es la orden y la promesa que se le dieron a Daniel (Dan. 12:13).

Nuestro estudio exegético de Daniel 12:5-13 comienza con un análisis gramatical de la pregunta del ángel (12:6). Dicho análisis demuestra que éste estaba más interesado en saber “hasta cuándo” terminarían “las maravillas”, que en saber durante “cuánto tiempo” se cumplirían. En otras palabras, la frase interrogativa de la pregunta se enfoca más en la terminación del tiempo que en su duración.

También nuestro estudio analiza la respuesta del “varón vestido de lino” que dice: “Ciertamente será hasta un tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo; entonces, tan pronto como alguien complete el quebrantamiento del poder del pueblo santo, todas estas [maravillas] llegarán a su fin” (12:7). Esta respuesta del “varón vestido de lino” nos da a entender que primero tendrían que cumplirse los “tres tiempos y medio”, y entonces seguiría el cumplimiento de “las maravillas” en forma sucesiva, hasta la última de ellas en el “tiempo del fin”. Es decir, al terminarse de cumplir los “tres tiempos y medio” (1798 d. C.), se iniciaría el “tiempo del fin” o el período del cumplimiento de “las maravillas”.

Daniel 12: 8 declara que el profeta escuchó la respuesta del “varón vestido de lino”, pero que no la entendió. Por lo tanto, él se atrevió

Las profecías apocalípticas de Daniel

a hacer su propia pregunta: “¿Cuál será el fin de estas [maravillas]?”, o “¿qué sucederá al final de estas [maravillas]?” (12:8). Nuestro estudio de esta pregunta demuestra que Daniel no estaba interesado en saber cuándo terminarían las maravillas, sino en conocer qué sucedería durante la parte final de “las maravillas” o cómo terminarían los eventos del fin.

La respuesta del “varón vestido de lino” a la segunda pregunta de Daniel, se inicia en Daniel 12:9. Allí encontramos que el “varón vestido de lino” le dijo al profeta que “las palabras” o la revelación escatológica del ángel Gabriel (11:40-12:4) estaban selladas hasta el “tiempo del fin”. Este período se refiere al tiempo final de la historia de nuestro mundo, que comenzó tan pronto como se cumplieron los “tres tiempos y medio” de la persecución del “cuerno pequeño” (Dan. 7:25; 12:7; 1798 d. C.), y el cual continuará hasta el “fin de las maravillas” o hasta que se cumplan los eventos de Daniel 12:1-3. Es importante notar aquí que el énfasis temporal de la primera pregunta (Dan. 12:6) y de la segunda (Dan. 12:8) es el fin de todas las cosas o el fin absoluto de la historia. Por lo tanto, las respuestas del “varón vestido de lino” se enfocan en eventos del tiempo del fin.

El “varón vestido de lino” continuó dándole más información a Daniel concerniente a ciertos eventos cruciales del “tiempo del fin”. Algunos de ellos son (1) la purificación del pueblo de Dios y la actitud o conducta de los impíos (Dan. 12:10), (2) la advertencia de la eliminación del “servicio continuo” (*hattāmīd*) y el establecimiento de la “abominación asoladora” o el establecimiento de un falso día de reposo dominical (*siqqûš sōmēm*; Dan. 12:11), (3) una declaración de bienaventuranza para los que lleguen a los 1335 días (Dan. 12:12) y (4) la promesa a Daniel de que él se levantará al fin de los días (Dan. 12:13). En otras palabras, el mensaje escatológico del “varón vestido de lino” nos advierte sobre el peligro de los últimos días y nos alienta con la promesa de la resurrección. Indudablemente, “el fin de las maravillas” o el fin de los eventos escatológicos de Daniel 11:40-12:3 será un clímax de vindicación y victoria para el pueblo de Dios, porque todos los muertos que fueron fieles al pacto de Cristo resucitarán y los “entendidos” o “sabios” serán glorificados (12:1-3, 13).

Estos eventos escatológicos son, en síntesis, el mensaje de la profecía del “varón vestido de lino” (12:5-13). Un mensaje de advertencia

Conclusión

y esperanza que se cumplirá, de manera total y definitiva al terminar el “tiempo del fin”. Es decir, cuando llegue el fin de la historia de nuestro mundo.

Permita el Dios del cielo que seamos contados entre los “entendidos” y “bienaventurados” de la profecía de Daniel, a fin de que recibamos el galardón glorioso y extraordinario de la vida eterna. Sobre todo, que tengamos el privilegio de conocer a Miguel, al Espíritu Santo y al Padre eterno que se sacrificaron por nosotros. Todo depende de la decisión personal que se tome AHORA:

SÍ, VEN SEÑOR JESÚS.

Bibliografía

- Andersen, Francis I. "The poetic properties of prophetic discourse in the book of Micah." *Biblical Hebrew and Discourse Linguistics*, ed. Robert D. Bergen. Dallas, TX: Summer Institute of Linguistics, 1994.
- Andreasen, Niels-Erick. "Translation of Nisdaq/Katharisthesetai in Daniel 8:14." *Symposium on Daniel*, ed. Frank B. Holbrook. Washington: Biblical Research Institute, 1986.
- "Arad." *The Encyclopaedia Judaica*, 1972.
- Austel, Herman J. "*samēm*." *Theological wordbook of the Old Testament*. 2 vols. Chicago: Moody Press, 1980.
- Berlin, Adele. *The dynamics of biblical parallelism*. Indianapolis: Indiana University Press, 1992.
- Bullinger, E. W. *Figures of speech used in the Bible*. Grand Rapids: Baker Book House, 1968.
- Canale, Fernando. *Understanding Revelation-Inspiration in a postmodern world*. Sin lugar sin casa publicadora, 2001.
- Coppes, Leonard J. "*cēl*." *Theological wordbook of the Old Testament*, 2 vols, Chicago: Moody Press, 1980.
- Damsteegt, P. Gerard ed., *Seventh-day adventists believe*. Hagerstown: Review and Herald Publishing Association, 1988.
- _____. *Creencias de los adventistas del séptimo día*, tr. Armando J. Collins. Nampa: Publicaciones Interamericanas PPPA, 1988.

Bibliografia

- Durant, Will. *The life of Greece*. New York: Simon and Schuster, 1939.
- Pfandl, Gerhard. *The time of the end in the book of Daniel*. Berrien Springs, MI: Adventist Theological Society Publications, 1992.
- Fohrer, Georg. *Introduction to the Old Testament*. Nashville: Abingdon Press, 1968.
- Gibson, J. C. L. *Davidson's introductory hebrew grammar-syntax*. Edinburgh: T & T Clark, 1994.
- Goldsworthy, Adrian. *The punic wars*. London: Cassel and Co., 2000.
- Gzella, Holger. *Cosmic battle and political conflict: Studies in verbal syntax and contextual interpretation of Daniel 8*. Roma: Editrice Pontificio Istituto Bíblico, 2003.
- Hamilton, Victor P. “*pālā*.” *Theological wordbook of the Old Testament*, 2 vols, Chicago: Moody Press, 1980.
- Hanson, P. D. “Apocalypse, Genre.” *The Interpreter's Dictionary of the Bible*, 1976, supplementary volume.
- . “Apocalypticism.” *The Interpreter's Dictionary of the Bible*, 1976, supplementary volume.
- Harris, R. Laird, Archer, Gleason L. and Waltke, Bruce K. *Theological wordbook of the Old Testament*, 2 vols, Chicago: The Moody Bible Institute, 1980.
- Harrison, R. K. *Introduction to the Old Testament*. Grand Rapids, MI: William B. Eerdmans Publishing Company, 1969.
- Hasel, Gerhard F. “The little horn, the Heavenly Sanctuary and the time of the end: A Study of Daniel 8:9-14.” *Symposium on Daniel*, ed. Frank B. Holbrook. Washington: Biblical Research Institute, 1986.
- Heller, Roy L. *Narrative structure and discourse constellations: an analysis of clause function in biblical hebrew prose*. Winona Lake: Eisenbrauns, 2004.
- Holladay, William L. *A Concise Hebrew and Aramaic Lexicon of the Old Testament*. Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1971.
- Hoop, Raymond de. “Trychotomy in masoretic accentuation in comparison with the delimitation of units in the versions.” *Unit delimitation in biblical hebrew*, eds. Marjo Korpel and Joseph Oesh. Assen: Royal Van Gorcum, 2003.
- Josephus, *The jewish war*.
- Joüon, Paul and Muraoka, T. *A Grammar of biblical hebrew. Part three: syntax*. Roma: Pontificio Istituto Biblico, 1996.
- Kaiser, Walter. *A history of Israel*. Nashville: Broadman and Holman Publishers, 1998.

Las profecías apocalípticas de Daniel

- Korpel, M. C. A. *The structure of the book of Ruth*. Assen: Royal Van Gorcum, 2001.
- La Real Academia Española, *Gramática de la lengua castellana*. Madrid: Perlado, Páez y Compañía, 1920.
- LaRondelle, Hans K. *Las profecías del fin*. Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2000.
- . “Interpretation of prophetic and apocalyptic eschatology.” *A symposium on biblical hermeneutics*, ed. Gordon M. Hyde. Washington: Review and Herald Publishing Association, 1974.
- Lewis, Jack P. “*mô^ced*.” *Theological wordbook of the Old Testament*, 2 vols, Chicago: Moody Press, 1980.
- Livy. *The war with Hannibal*.
- Longacre, Robert E. “Weqatal forms in biblical hebrew prose.” *Biblical hebrew and discourse linguistics*, ed. Robert D. Bergen. Dallas, TX: Summer Institute of Linguistics, 1994.
- . “Discourse perspective on the hebrew verb: affirmation and restatement.” *Linguistics and biblical hebrew*, ed. Walter R. Bodine. Winona Lake: Eisenbrauns, 1992.
- Maxwell, C. Mervyn. *The message of Daniel: God cares* volume one (Boise, Idaho: Pacific Press Publishing Association), 1981.
- Montgomery, James A. *The book of Daniel*. The International Critical Commentary. New York: Charles Scribner’s Sons, 1927.
- Nardo, Don. *The punic wars*. San Diego, CA: Lucent Books, 1996.
- Nichols, F. *The seventh-day adventist bible commentary*, 7 vols, Washington: Review and Herald Publishing Association, 1953-1957.
- Novak, Ralph Martin. *Christianity and the roman empire*. Harrisburg: Trinity Press International, 2001.
- Samuel, Nuñez. *The vision of Daniel 8: interpretations from 1700 to 1900*. Berrien Springs, MI: Andrews University Press, 1989.
- . “The usage and meaning of the hebrew word *tamid* in the Old Testament.” *To understand the Scriptures: essays in honor of William H. Shea*, ed. David Merling. Berrien Springs: Archaeological Publication Department, 1997.
- O’Connor, M. *Hebrew verse structure*. Winona Lake: Eisenbrauns, 1980.
- Olmstead, A. T. *History of the persian empire*. Chicago: University of Chicago Press, 1970.

Bibliografía

- Oswald, John N. "kālāh." *Theological wordbook of the Old Testament*, 2 vols, Chicago: Moody Press, 1980.
- Packer, James I., Tenney, Merrill C. and White, William. *The Bible almanac*. Nashville: Thomas Nelson Publishers, 1980.
- Polybius. *The rise of the roman empire*, traducido por Ian Scott-Kilvert.
- Probstle, Martin T. "A linguistic analysis of Daniel 8:11, 12." *Journal of the Adventist Society*, vol. 7 (1996).
- Shea, William H. "Unity of Daniel: chapters 8, 9 and 11." *Symposium on Daniel*, ed. Frank B. Holbrook. Washington: Biblical Research Institute, 1986.
- _____. "The relationship between the prophecies of Daniel 8 and 9." *The sanctuary and the Atonement*, ed. Arnold V. Wallenkampf. Washington, D.C.: Review and Herald Publishing Association, 1981.
- _____. "Time prophecies of Daniel 12 and Revelation 12,13." *Symposium on Revelation - Book I*, ed. Frank B. Holbrook. Silver Springs, MD: Biblical Research Institute, 1992.
- Schwantes, Siegfred J. "Ereb boqer of Daniel 8:14 re-examined." *Symposium on Daniel*, ed. Frank B. Holbrook. Washington: Biblical Research Institute, 1986.
- Van der Merwe, Christo H. J, et al. *A biblical hebrew reference grammar*. Sheffield: Sheffield Academic Press, 2000.
- Walvoord, John F. *Daniel: the key to prophetic revelation*. Chicago: Moody Press, 1971.
- Warry, John. *Alexander: 334-323 BC*. Oxford: Osprey Publishing, 1991.
- Waltke, Bruce K. and M. O'Connor. *An introduction to biblical hebrew syntax*. Winona Lake: Eisenbrauns, 1990.
- Williams, Ronald J. *Hebrew syntax: an outline*. Toronto: University of Toronto Press, 1976.
- Watson, Wilfred G. E. *Classical hebrew poetry*. Sheffield: Sheffield Academic Press, 1986.
- White, Elena. *El conflicto de los siglos*. Mountain View: Pacific Press Publishing Association, 1945.
- _____. *Servicio cristiano*. Mountain View: Publicaciones Interamericanas, PPPA, 1981.